3 1761 09545363 5

Juan Eugenio Hartzenbusch

F. A. Brockhaus Sc.

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XIV.

S
H338

OBRAS ESCOGIDAS

DE

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

NUEVA EDICION, CORREGIDA POR EL AUTOR.

TOMO PRIMERO.

CON EL RETRATO DEL AUTOR.

8390
23/1/86

LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.

1873.

3631
+/6690
2.V.
L 6

ÍNDICE.

Pág.

Biografía de Don Juan Eugenio Hartzenbusch. 1

CUENTOS.

La hermosura por castigo. Cuento moral. 19
Palos de Moguér. Cuento inmoral. 27
La Reina sin nombre. Crónica visigótica del siglo VII. 32
La novia de oro. Cuento en castellano antiguo. 88
Mariquita la Pelona. Crónica española del siglo XV. 96
Miriam la Trasquilada. Historia hebrea. 106
Doña Mariquita la Pelona. Carta biografía. 124
La locura contagiosa. Anécdota del siglo XVII. 140
La deuda olvidada. Anécdota contemporánea. 147
Vocabulario para la mejor inteligencia de los dos cuentos en castellano antiguo, titulados: La novia de oro y Mariquita la Pelona. 155

FÁBULAS.

I. La guindilla y el dulce. 163
II. El niño en alto. 165
III. El muchacho y la vela. 165
IV. El ratoncillo y el gato. 165
V. El cabello suelto. 168
VI. Bizca y amable. 171
VII. La hija de Seyano. 172
VIII. Dionisio el de Siracusa. 174
IX. El maestro y las velas. 174
X. Los cuclillos. 177
XI. El tábano. 178
XII. El barómetro. 180
XIII. El caminante y el kilómetro. 181
XIV. El metro y la vara. 182
XV. A la vejez viruelas. 183

Pág.
XVI. Las abarcas olorosas. 183
XVII. Las indirectas del padre Cobos. 184
XVIII. Orígen del cigarro. 185
XIX. El sastre y el avaro. 189
XX. El anticuario. 193
XXI. La campana de Toledo. 194
XXII. La gradacion inversa. 194
XXIII. El mastin y el gallo. 195
XXIV. El fiscal. 195
XXV. La alacena. 196
XXVI. La invencion del círculo. 197
XXVII. El escritor y el ladron. 199
XXVIII. El loro. 200
XXIX. El enano de la venta. 201
XXX. El moral y la moral. 203
XXXI. Los dos pinos. 203
XXXII. El murciélago. 204
XXXIII. El águila y el caracol. 207
XXXIV. La rueca y la vara. 207
XXXV. El ministro. 210
XXXVI. El caballo de Calígula. 211
XXXVII. La distancia. 211
XXXVIII. El cangrejo sastre. 212
XXXIX. Los capullos de oruga. 214
XL. El reloj de sol. 216
XLI. El viaje de Hércules. 216
XLII. El elefante domesticado. 218
XLIII. Los mandamientos de España 218
XLIV. El placer en la virtud. 219
XLV. Las orejas del borrico. 220
XLVI. Monos y hombres. 220
XLVII. El astrónomo y el mendigo. 221
XLVIII. Los Caribes. 222
XLIX. Los micetes. 222
L. La lámpara de la torre. 224
Notas. 226

Poesías Varias.

Poesías á varios asuntos.
Á la Reina Dª Isabel IIª en la declaracion de su mayoría. Coplas en castellano antiguo. 229
Epístola gratulatoria del Marqués de Villena al Conde de Sant Luis por la ereccion del teatro español. 231
Á S. M. la Emperatriz de los Franceses. 236
Anton Berrío, poeta de la corte de Juan II. de Castilla, al muy excelente scriptor Don Manuel Josef Quintana. 238

Pág:
En el nacimiento del Príncipe Imperial de Francia, epístola al Exmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga. 242
La casa de la madre. A los serenísimos Señores Infantes, Duque y Duquesa de Montpensier. 245
Romance para el romancero de la guerra de Africa. 248
Las tres bellezas. Versos para la primera distribucion de premios á la virtud, celebrada en Madrid. 253
A Calderon. 258
A la prematura muerte del virtuoso jóven y eminente artista, Don Leonardo Alenza. 259
En la corona poética del Sr. D. Alberto Lista. 259
La cama de matrimonio. 260

OBRAS DRAMÁTICAS.

LOS AMANTES DE TERUEL. Drama en cuatro actos en verso y prosa. . . . 261
JUAN DE LAS VIÑAS, comedia en dos actos en prosa. 321

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Tan fácil nos parece llegar á poseer con perfeccion la parte teórica de la taquigrafía en los tres primeros meses del curso, como difícil fijarse en las facciones de los muchos que se matriculan anualmente, aspirando á seguir la palabra. Se disminuye de dia en dia el número de alumnos. Pasadas las vacaciones, empieza la práctica por Febrero, y ya se saludan todos como condiscípulos antiguos, y no es comun ver allí ninguna cara nueva. Cursábamos nosotros ese arte, que es á la escritura lo que el vapor á la navegacion, por el año de 1835, bajo la direccion de Don Sebastian Eugenio Vela. Desde las primeras lecciones de práctica nos apercibimos de la presencia de un individuo, igualmente desconocido para todos: se sentaba en el último puesto: vestia pobre y aseado traje: su capa azul, todavía en uso, parecia cortada por mano previsora contra las injurias del lodo: nunca iba á cuerpo gentil, como se dice vulgarmente, aun cuando el frio no fuese intenso y amenazase lluvia: en este último caso jamas se le veia sin paraguas. Solo conocíamos el metal de su voz por lo que le correspondia de lectura al descifrar los signos; pues, apénas terminadas las lecciones, salia á la calle del Turco, veloz como una flecha, doblaba la esquina de la calle de Alcalá en ménos de dos segundos, y se eclipsaba hasta el dia siguiente. De su puntual asistencia, de su aplicacion constante éramos testigos: todo lo demas concerniente á su persona se presentaba á nuestros ojos como un insondable misterio. A fines de Junio se celebraban los exámenes: de ciento treinta se habia reducido el

número de discípulos á once: tres pasaban de la clase de taquigrafía á la tribuna del Estamento de Procuradores. A poco de abrirse la legislatura de 1835, á mediados de Noviembre, redactábamos las sesiones de la Gaceta en compañía del desconocido. Seguia distinguiéndose por lo taciturno: prolijo en el trabajo y no del todo perfecto, no ponia ningun despropósito en boca de los oradores: omitia mucha parte de sus discursos; por lo demas redactaba su turno con esmero: en suma ni podia brillar entre taquígrafos de alguna nombradía, ni era capaz de deslucir lo que hicieran aquellos con lo que arrojara la traduccion de sus notas. Nuestro carácter nos induce á no molestar al prójimo, y así cruzamos pocas palabras con tal compañero en el trascurso de muchos meses: por casualidad supimos que hácia la calle del Escorial tenia su vivienda. Ya un dia nos preguntó con cierto interes por las obras de García Gutierrez, anteriores al *Trovador*, recientemente aplaudido: se las enumeramos una por una, y nos dió las gracias. No fué mayor la intimidad de nuestras relaciones despues de este incidente. A fines de 1836 se anunciaba para el beneficio de Cárlos Latorre un drama nuevo; hablando de esta produccion en son de mofa un escritor de costumbres y un poeta, que han fallecido en la flor de sus años, pronunciaban el nombre del autor con desdeñosa indiferencia; correspondia exactamente al del taquígrafo misterioso. — *¿Y quién es ese individuo?* interrogaba el crítico al poeta. — *Dicen que un sillero:* respondia este. — *Entónces su obra debe tener mucha paja:* reponia el primero, y sus oyentes celebraban el equívoco con estrepitosas risas. Anhelábamos nosotros la hora de asistir á la tribuna del Estamento para salir de incertidumbres: no bien vimos entrar al literato vergonzante, le interpelamos resueltamente. ¿Con que es de V. el drama próximo á representarse, y nos lo tiene callado? — Brotó al punto á sus mejillas el carmin del sonrojo, como si se tratara de un delito, y confesándonos la verdad del hecho, nos rogó encarecidamente no revelárselo á nadie. No quisimos empeñar una promesa á riesgo de quebrantarla: iniciamos en el secreto á todos nuestros amigos de tribuna; y á los pocos dias preparábamos un banquete para solemnizar el éxito

brillante del drama. No hubo manera de vencer la obstinacion del poeta laureado, quien, escudándose con lo desabrido de su genio y con su natural propension al aislamiento, manifestó sencillamente que el mayor agasajo que podíamos hacerle se reducia á dispensarle de asistir al convite. Cedimos á sus instancias, por no convertir un corto obsequio en mortificacion tiránica, y nos contentamos con brindar repetidas veces, deseando la renovacion de tan señalados triunfos teatrales á nuestro esquivo colega.

Todo el que haya tratado á Don Juan Eugenio Hartzenbusch por la época á que nos referimos, encuentra sin duda semejanza entre el original y nuestra copia. Esos rasgos de su carácter y costumbres, ya esencialmente modificadas, eran resabios de una niñez triste y amarga, por carecer de los halagos de una madre tierna, víctima de su sensibilidad exquisita. Habíala perdido Hartzenbusch poco despues de cumplir dos años: provino su muerte de una expresion piadosa pronunciada cerca de un tumulto, y respondida con una soez amenaza. Viguri feneció arrastrado en Madrid el 4 de Agosto de 1808: al sentir en su calle tropel de gentes y frenéticos gritos, la madre de Hartzenbusch se asomó á su reja: sobrecogida á la vista del antiguo intendente de la Habana, horriblemente macerado y con una soga al cuello, no pudo ménos de exclamar con sentido acento: *¡Jesus, qué lástima!* Uno de los odiosos criminales dijo á impulsos de bárbaro encono: *con el que tenga lástima se debia hacer otro tanto.* Desde entónces vino á ménos la salud de aquella mujer excelente: al mes daba á luz su segundo hijo; caia en la demencia, y repetia á menudo las voces de los asesinos de Viguri: *¡Viva Fernando VII! ¡Muera José I!*, imitando hasta su entonacion salvaje; y espiraba á las dos semanas de continuo delirio y de agitacion penosa. Aleman de nacimiento y ebanista de oficio el viudo de tal esposa, era bondadoso y de condicion blanda; pero metido en sí, meditabundo, sin íntimas relaciones con persona alguna, atento solo á su taller, para proporcionar subsistencia á sus hijos. Por necesidad habia de infundirles su método de vida, cortedad de genio, cierta aversion al trato de gentes, gusto por la soledad y la reserva.

Hartzenbusch cursaba latin y dos años de filosofía en San Isidro: despues emprendia su carrera de artesano; mas habia ya cobrado aficion al estudio, y en sus ocios aprendia los idiomas de Lamartine y de Manzoni, y el arte de versificar en la poética del P. Losada. Con instintiva avidez leia cuantas comedias llegaban á sus manos: quince años habia cumplido ántes de conocer el teatro más que por fuera y de oidas. Aprovechó con su hermano á fines de 1821 una corta ausencia de su padre, y algunos ahorrillos destinados á comprar unas figuras de nacimiento, para asistir á una funcion del Príncipe, coliseo más cercano á su casa. Diversas veces nos ha contado lo infinito que le maravillara una ópera de Rosini en un acto, titulada *Antínoo en Eleusis*, y lo mucho que le divirtieran un baile pantomímico, en que era protagonista un borracho, y el sainete de Don Ramon de la Cruz, *El Tordo*. Describe Hartzenbusch con encantadora frescura de recuerdos todas sus sensaciones en aquella noche memorable, por haber servido de poderoso aliciente á su vocacion firme, y hoy fecunda en buenos resultados: narra con imponderable viveza todo lo acaecido en el teatro, de modo que imaginan asistir á la fiesta cuantos le escuchan. Se le ve impaciente, no bien ocupa su asiento; al correr el telon, absorto; bajo el dominio de fantástico ensueño al vibrar en su oido las armonías de la orquesta y las voces de los coros, y al dilatar sus ojos por el templo de Céres, donde se eleva la estatua de la diosa, á que rinden profano culto sacerdotisas y sacerdotes y pueblo. ¡Oh en aquel éxtasis prodigioso tal vez se remontaba su espíritu á la edad esplendente de la antigua Grecia, y paseándose á orillas del Eurótas y á la falda del Hymeto, surgian en su rededor las augustas sombras de Homero, Aristófanes y Esquilo, por inflamarle con el sacro fuego de Apolo! Acontecimientos hay en la vida, que dejan hondo vestigio en los corazones y decretan la suerte de los mortales; visiones fugitivas que descubren los arcanos del porvenir á la luz del entendimiento. Hartzenbusch se entretenia con la meditacion del estudio, cifraba su ventura en frecuentar el teatro: sabia medir versos: abrigaba su pecho un tesoro de sentimientos nunca expresados con efusion vehemente en conceptos amorosos, ni en frases

que estrecha amistad inspira: era desgraciado, y el infortunio ha servido de escuela á grandes hombres. Con tales elementos ¿cómo no habia de crecer pomposa esa flor de nuestra literatura, en jardin retirado y escondido entónces á todas las miradas?

Su primer ejercicio literario se redujo á traducir del frances algunas comedias en prosa. Por complacer á un amigo tuvo ocasion de aguzar más su ingenio: quiso escribir un papel trágico nuevo con que se luciera en el teatro casero de la calle de la Parada, de cuya compañía tambien formaba parte: sirvióle de modelo la *Adelaida Duguesclin* de Voltaire; su traduccion literal ofrecia algunos inconvenientes. Habiéndose estrenado un año ántes el *Abufar* de Ducis, produjo general desagrado su desenlace con dos bodas y ninguna muerte, y la *Adelaida* adolecia del propio defecto: debia pasar por la censura, y las obras de Voltaire se hallaban expresamente prohibidas. Hartzenbusch supo orillar ambas dificultades, haciendo morir á la novia, á fin de evitar los desposorios, y supuso la accion en España y en el reinado de Don Pedro, bajo el título de *Doña Leonor de Cabrera*, á fin de que el censor no sospechase su orígen bastardo. En años posteriores se resolvió á presentar aquella produccion al teatro, y temeroso de que áun se adivinara su procedencia, disfrazóla más con trasladar sus personajes al remoto siglo del rey Wamba y bautizar de nuevo á *Adelaida Duguesclin* con el nombre de *Floresinda*. Acredita este dato la inexperiencia del escritor sin consejo, y que por su timidez en pedirlo hacia estéril su docilidad en aprovecharlo.

Solitario en su modesto albergue, iba amoldándose poco á poco y como por instinto á las exigencias del buen gusto, y en 1829 hizo una refundicion de *El amo criado* de Rojas y dos traducciones del frances, *El Tutor* y *El regreso inesperado*: se representaron las tres en uno de los teatros de la Corte; repitióse varias noches la primera, agradó la segunda, no hizo más que pasar la tercera. Cada vez más amante de nuestro teatro antiguo, lo estudiaba Hartzenbusch con fe ardorosa y refundia los *Empeños de un acaso*, una de las

mejores comedias de Calderon de la Barca, en que sirve de exposicion la primera redondilla, por nadie ignorada;

— O he de matar ó morir,
O quién sois he de saber.
— Pues mirad cómo ha de ser;
Que yo no lo he de decir.

Hacia el mismo trabajo con *La confusion de un jardin,* linda comedia de Moreto. Aquí vemos á Hartzenbusch dominado por la idea de restaurar nuestro antiguo teatro, y atinado en la eleccion de las producciones con que aspiraba á hacer valedera su doctrina. Con la esperanza de lograr la representacion de estas dos refundiciones, se prestó á arreglar una extravagante comedia original de Don Manuel Fermin de Laviano, muy representada en el siglo pasado. Ardua empresa debia parecer al hombre ménos experimentado la de adquirir aplausos con una produccion fundada en el milagro de Nuestra Señora de Atocha al resucitar á las hijas de Gracian Ramirez, degolladas por este poco ántes. Ocurre á menudo degenerar en temeridad la timidez alentada: así Hartzenbusch se lanzó con arrojo al difícil empeño: dió pinceladas de brocha gorda, aglomeró situaciones de bulto, y suprimió el milagro. *La restauracion de Madrid* fué lastimosamente silbada: Hartzenbusch asistia á tan completa derrota desde un rincon del palco por asientos: á haber estado junto á la puerta, huyera de aquel sitio, por miedo de que le conocieran en la cara su sobresalto. Infecundo vino á ser su sacrificio meritorio, pues no se pusieron en escena *La confusion de un jardin,* ni *Los empeños de un acaso;* ni tuvo más fortuna con las traducciones que hizo del *Edipo de Voltaire* y la *Mérope de Alfieri,* ni con su tragedia original titulada Medea, ni con su drama *Don Fernando de Antequera.*

Hasta aquí Hartzenbusch habia seguido la carrera de la literatura por una especie de galería subterránea, por un camino cubierto; nadie habia sentido sus primeros pasos; todos ignoraban su nombre; y si no abjuraba de su vocacion manifiesta, podia saltar á la palestra como paladin nuevo, sin que

el mal éxito de *La Restauracion de Madrid* le deslustrara, ni contribuyeran á cimentar su crédito *El Tutor* ni *El Regreso inesperado.* Su gusto dramático habia sufrido alteraciones esenciales, inclinándose ya á la tragedia, ya á las comedias de capa y espada. Asomó en esto la nebulosa aurora del romanticismo: ganaba entónces Hartzenbusch su jornal en el Estamento de Próceres, ejerciendo por última vez su oficio: concluida la obra, empezó el estudio de taquigrafía: ya hemos dicho que fué taquígrafo de la *Gaceta;* luego del *Diario de Cortes;* despues de ninguna parte: pudo vivir de la literatura, é hizo bien en abandonar la taquigrafía, profesion penosa, sin porvenir alguno, poco conocida y malamente remunerada.

Tiempo hacia que la triste y popular historia de los *Amantes de Teruel* alhagaba su mente; al primer triunfo de Hartzenbusch contribuyó sin duda Larra, aunque indirectamente. Segun habia imaginado el plan, escribiendo en prosa todas sus escenas, resultaba muy parecido al *Macías.* Hartzenbusch abandonó por algunos meses su proyecto; mas volvió á encantarle la belleza del asunto, introdujo diversos personajes, complicó la intriga, creó el carácter de la mora, prestó oido á las juiciosas observaciones del actor Don Juan Lombía, y alternando con la esmerada prosa sentidos y sonoros versos, unánimes aplausos coronaron su obra.

Advertimos en los *Amantes de Teruel* un plan profundamente meditado y un conjunto de caractéres interesantes. Marsilla luchando fuerte contra su destino, es una creacion vigorosa: Isabel de Segura es emblema del amor entrañable que resiste á los rigores del tiempo y de la distancia, del amor acrisolado por la ausencia. Su padre la sacrifica como siervo del honor, y no por hábitos de tirano. Isabel podria oponerse al cumplimiento de una promesa que la somete á perpetua desdicha; pero cede luego que excucha las revelaciones de su madre, preparadas por el poeta con discrecion oportuna, pues no declara el delito sino despues de haber sucedido en el transcurso de muchos años la expiacion y la penitencia al arrepentimiento. Así Margarita mueve á lástima, y no se hace odiosa. Si Don Rodrigo de Azagra exige al padre de Isabel la realizacion de su palabra, si la mora

persigue sin descanso á Marsilla, procede el primero á impulsos de amor ferviente, y de furibundos celos la segunda. Hermosa figura es la del padre de Marsilla, acatando el honor del noble Segura y llorando el infortunio de su hijo. Solo hay de histórico en el drama el terrible plazo concedido al amoroso mancebo, y la muerte de los amantes: todo lo demas es una invencion sublime en que se hermanan la verosimilitud, el interes y la belleza. Con todo, algunos califican de inverosímil el desenlace, fundados en que el amor no mata á persona alguna: sobre esto escribia el malogrado Fígaro con estilo brioso lo siguiente. «Si el autor llegare á oir este cargo, «vulgar á todas luces, puede responder que es un hecho con«signado en la historia; que los cadáveres se conservan en «Teruel, y la posibilidad en los corazones sensibles; que las «penas y las pasiones han llenado más cementerios que los «médicos y los necios; que el amor mata (aunque no mate «á todo el mundo) como matan la ambicion y la envidia; que «más de una mala nueva al ser recibida ha matado á per«sonas robustas, instantáneamente y como un rayo; y áun «será mejor en nuestro entender que á ese cargo no responda, «porque el que no lleve en su corazon la respuesta, no com«prenderá ninguna. Las teorías, las doctrinas, los sistemas «se explican; los sentimientos se sienten.»

Al terminar la representacion del drama, un grito general pedia la salida del poeta á las tablas: este no se hallaba en el teatro, resuelto á no quebrantar la promesa que hizo cuando la *Restauracion de Madrid* era recibida á silbidos: un actor anunciaba su nombre, y el público lo saludaba con bravos y batir de palmas. Desde aquella noche comienza realmente su gloriosa carrera; cultivando la amistad de varones eminentes, ocupándose en tareas literarias, ya en el Liceo, ya en el Ateneo, pudo hacer brillar la solidez de sus estudios.

Sus producciones más celebradas son *Doña Mencía*, en que entra por mucho la crueldad del Santo Oficio; *Don Alonso el Casto*, en que se halla fielmente retratado aquel monarca; *La jura en Santa Gadea*, en que seducen la juvenil bravura del Cid y la pasion amorosa de Jimena. Ahora escribe *La Madre de Pelayo*, á que auguramos tambien buena fortuna.

Han obtenido mediano éxito sus dramas *Primero yo, Honoria, El Bachiller Mendarias.* No disgustaron sus comedias *La Visionaria, La Coja y el Encogido, Juan de las Viñas*, y *Es un bandido,* en la cual tiene parte. Son suyas tres comedias de magia, *La redoma encantada, Los polvos de la Madre Celestina*, y *Las Batuecas.* Treinta y cuatro noches seguidas se repitió la primera, fué bien acogida la segunda, cuyo argumento está tomado de las *Píldoras del Diablo*: alcanzó la última corto número de representaciones.

Analicemos á Don Juan Eugenio Hartzenbusch en globo, para encontrar la fórmula del vario y desigual suceso de sus obras. Ante todo conviene decir que es un escritor de conciencia: conoce bien el teatro inglés, el teatro frances, el teatro italiano, el teatro aleman, y el de su país como pocos. Su imaginacion no es espontánea en grado sumo: cada uno de sus dramas es producto de muchos meses de trabajo: durante ellos lucha el poeta con el erudito, el versificador con el purista, la inspiracion con el arte. Piensa con detenimiento sus planes, los desbarata, los refunde, al fin los fija: concluye á veces un acto, ó acto y medio, le disgusta lo escrito, y lo rompe: vuelve á emprender la tarea, corrige, tacha, lima y escribe más de un borrador ántes de terminar un drama. Esto puede ser beneficioso ó nocivo á sus primitivas concepciones, y no lo citamos como una falta, sino como un hecho. Propende Hartzenbusch al gusto aleman, y en ocasiones es acaso más profundo de lo que conviene en la escena; resultan confusos algunos de sus giros, y al espectador jamas se le debe poner en el caso de que adivine, porque, si no acierta, se enoja, y el autor lo paga. Por ejemplo, el carácter del protagonista de *Primero yo* se comprenderia admirablemente en Alemania; no es tan admisible si la accion se supone en el Escorial y en el reinado de Fernando VI. Con el argumento de *Honoria* habia sobrado para dos producciones; de reducirlo á una, es forzoso omitir mucho, sin libertarse de la nota de prolijo. Desde luego se conoce que aludimos al efecto de algunos dramas de Hartzenbusch puestos en escena, más bien que á su mérito literario, pues existe gran diferencia entre lo uno y lo otro; y nosotros reconocemos

que el autor de los *Amantes de Teruel* no puede escribir ninguna obra mala, literariamente hablando. Tiene excelentes dotes para el drama de pasion y de sentimiento: su versificacion es excelente y conceptuosa, fácil su diálogo y la frase castiza. Si no siempre ha triunfado, consiste en no escoger con tino el asunto, y en añadir así dificultades á las no pequeñas de escribir para el teatro. Sabe mejorar considerablemente todo argumento ántes tratado por otros autores, y de ello dan fe los *Amantes de Teruel* y *Don Alfonso el Casto.*

Reune asimismo el Sr. Hartzenbusch grandes cualidades de historiador, y es lástima que no se ejercite en este género de literatura, si bien nos asisten razones para creerle con deseos de ocuparse en la historia de nuestro teatro. Su escrupulosidad en buscar documentos corre parejas con su buen criterio en clasificar la mayor ó menor autenticidad de las autoridades que consulta. Vamos á aducir un ejemplo.

Se ha atribuido á Calderon de la Barca una comedia cuyo título es *El sacrificio de Efigenia;* Hartzenbusch indaga noticias, analiza datos, y cuando no le queda por hacer nada, forma un razonamiento parecido á este. Vera Tassis y Villaroel publicó despues del fallecimiento de Calderon una lista de las verdaderas comedias de aquel gran poeta, y allí figura *El sacrificio de Efigenia* como suya. Don Gaspar Agustin de Lara en su *Obelisco fúnebre* dió á luz una carta escrita por Calderon al Duque de Veragua con fecha 21 de Julio de 1680, en que por satisfacer á su demanda le incluye una lista de todas sus comedias, así inéditas como publicadas; y allí no se halla *El sacrificio de Efigenia.* Pudo escribirla posteriormente: sin embargo Calderon de la Barca exhaló el último aliento el 25 de Mayo de 1681, diez meses despues de dirigir su carta al Duque, en la cual se queja de una leve caida, que se hizo de gravedad por los achaques de su edad avanzada. Ahora bien, cotejando la lista de Vera Tassis con la de Calderon de la Barca, se advierten cinco comedias más en aquélla que en ésta, *La Vírgen de Madrid*, *Céfalo y Pócris*, *Desagravios de María*, *El condenado de amor* y *El sacrificio de Efigenia.* Cinco comedias no las escribe en tan corto tiempo un hombre octogenario y achacoso. Existe

en la Biblioteca Nacional un índice manuscrito, el cual contiene los títulos de todas las comedias impresas en verso español y portugues hasta 1716, formado en 1717 por Don Juan Isidro Fajardo: allí está *El sacrificio de Efigenia* como de Calderon de la Barca; pero alude á la comedia de Cañizares, ya entónces impresa y atribuida falsamente al esclarecido poeta, del mismo modo que se le atribuye en una impresion de aquel tiempo y en la propia lista *Yo me entiendo*, tambien de Cañizares.

Luego que junta tales datos, y sabe que Tassis Villaroel era amigo de Calderon de la Barca, mas no hasta el punto de estar informado de sus interioridades, deduce Hartzenbusch legítimamente que Tassis no pudo tener á la vista más documento que algun apunte facilitado por uno de los sacerdotes naturales de Madrid, herederos de Calderon de la Barca, ántes de enterarse bien de sus manuscritos, y luego un escrupuloso registro manifestaria el yerro: así duda mucho que sea obra suya *El sacrificio de Efigenia*: cuando más se hallaria entre sus papeles alguna comedia con ese título, ó tendria pensamiento de tratar el asunto, no llegando á hacerlo nunca. Ademas, de las cinco comedias en que excede la lista de Vera Tassis á la de la carta dirigida al Duque de Veragua, solo una, *Céfalo y Pócris* se ha incluido en el teatro del célebre poeta; y la circunstancia de pertenecer al género burlesco, tan impropio del autor de *El Médico de su honra,* le inclina á creer que no es produccion de su pluma.

Erudito que discurre con tan buen criterio, dando á sus conjeturas carácter de irrecusables testimonios, puede contar á su devocion el parecer de cuantos estudiaren sus juicios.

Ya no es menester encomiar el mérito de la edicion del *Teatro escogido* de Fr. Gabriel Tellez, religioso mercenario, por Hartzenbusch dirigida, consultando malísimas impresiones llenas de erratas, faltas de vocablos, y hasta de versos. Todo lo suple el pensador paciente á fuerza de cavilaciones y de vigilias: por las notas se viene en conocimiento de las enmiendas que introduce, y de que Tirso de Molina seguramente no dijo, ni quiso decir allí otra cosa. Porque no se nos tache de prolijos, no apuntamos la serie de cálculos hecha por el restaurador de Tirso para interpretar racionalmente un soneto

plagado de errores en la comedia titulada *Mari-Hernandez la Gallega.*

Con igual parsimonia, con la misma cordura procede al dirigir el Teatro de Ruiz de Alarcon, de que solo se han publicado dos comedias. De grande importancia y de necesidad imprescindible es su auxilio en la edicion de Lope de Vega, á que se consagra la seccion de literatura del Liceo. Buen crítico el Sr. Hartzenbusch, ha escrito excelentes artículos sobre *Don Ramon de la Cruz, Don Dionisio Solis, Don Enrique de Villena*, y sobre los *Comentarios de Clemencin al Quijote.* Completan sus obras las traducciones de una comedia de Picard, *El novio de Buitrago*, otra de Beaumarchais, *El Barbero de Sevilla*, y el drama de Dumas *Angela*, bajo el título de *Ernesto.* En un volúmen hallamos reunidas sus composiciones sueltas en verso y prosa, contándose entre ellas versiones del aleman como la *Infanticida* y la *Campana;* fábulas de Lessing como la *Oveja y la Golondrina* y el *Leon y la Liebre*, composiciones originales de más mérito por sus ideas que por la gala de su poesía, como *La Medianía del Ingenio, El alcalde Ronquillo, A la muerte* y otras.

Hartzenbusch, nacido en Madrid el 6 de Setiembre de 1806, ha desperdiciado poquísimas horas en sus treinta y nueve años; puede decirse que acababa de salir de un taller de ebanista cuando el público se fijó por primera vez en su persona: fuera inexacto suponer que desde entónces ha crecido, como la espuma, pues ya poseia gran caudal de conocimientos, y solo tuvo necesidad de que se le alentara, no á aprender, sino á lucir lo que sabia. Hartzenbusch es el refugio de todo principiante, el paño de lágrimas de todo el que le pide consuelos en sus aflicciones literarias, el defensor habitual de lo que parece ménos susceptible de defensa. Juzga con severidad sus propios escritos, y los ajenos con blandura; no pertenece á la Academia Española, y es acreedor á esa honra, porque escribe con pureza y elegancia, y su nombre va al frente de obras que han alcanzado diversas ediciones; mas para ser individuo de esa Corporacion respetable, hay que solicitarlo: si alguno insta á Hartzenbusch á que lo solicite, brota de sus labios una negativa rotunda: si sus amigos le anuncian que

la redaccion de la solicitud queda á su cargo, con tal de que no rehuse estampar al pié su firme, Hartzenbusch les ruega que desistan de su intento. ¿Pretende acaso que en obsequio suyo quebrante la Academia lo prevenido en los estatutos que rigen su conducta? Se escandalizaria la modestia del Señor Hartzenbusch de que hubiera quien le achacase tal desvarío. ¿Mira con desden la distincion de ser académico, al lado de Quintana y Lista, de Gallego y Burgos? Pocos hay que acaten al talento tan ciegamente como el autor de *Don Alfonso el Casto*. ¿En qué se funda pues su resistencia á figurar en las listas de la Academia. . . . . ? Lo callamos, solo por lo pueril del motivo.

Hartzenbusch es oficial primero de la Biblioteca de esta Corte, y goza de la consideracion de bibliotecario: adornan su pecho las cruces de Isabel la Católica y de Cárlos III.

(*Galería de la Literatura*: *1846.*)

1862.

Diez y seis años se cumplen ahora de la publicacion de la *Galería de la Literatura*, donde insertamos la biografía del Señor Hartzenbusch de manera, que no tenemos que hacer enmiendas ni rectificaciones: la adicionamos de buen grado con el fruto de sus provechosas tareas. Ante todo conviene decir que al reformarse á principios de 1847 la Real Academia Española, no tuvo más remedio que darse á partido, y así ocupó una de las tres plazas vacantes en virtud de nuevo arreglo; y cediendo siempre á su predileccion por el teatro antiguo, su discurso de recepcion fué sobre el esclarecido autor de *La Verdad sospechosa*.

Ademas de *La Madre de Pelayo*, que escribia el Señor Hartzenbusch cuando publicábamos nuestro libro, y que el mismo año de 1846 fué puesta en escena, se han representado sucesivamente las siguientes obras dramáticas, debidas á su pluma. — *La ley de raza*, 1852, drama en tres actos, referente á la época de Recesvinto, y en verso. — *La Archiduquesita*, comedia en tres actos y en prosa, escrita expresamente en 1854 para la malograda niña, Rafaela Tirado, y en que la niña Pilar Ros alcanza ahora merecidos triunfos. — *Un sí*

y un nó, comedia en tres actos y en prosa, de excelente corte, tambien estrenada el año 1854. — *Derechos póstumos,* loa para celebrar en 1856 el aniversario del natalicio de Calderon de la Barca. — *Vida por honra*, drama en tres actos y en prosa, con que se inauguró en el teatro del Príncipe el año cómico de 1859 á 1860, y en el cual es protagonista el Conde de Villamediana. — *El mal Apóstol y el buen Ladron,* drama cuaresmal en cinco actos y en verso, estrenado el año de 1860 en el Teatro del Circo. Se resiente esta produccion de ser una especie de pié forzado, pues no se concibe la magna tragedia del Calvario, sin aparecer el Redentor del mundo; y así toda la habilidad del Señor Hartzenbusch no fué bastante á llenar este inmenso vacío, que se veia obligado á dejar, en observancia de un Real decreto, refrendado por el Señor Escosura, y contra el cual nos impide nuestra situacion especial exponer muy sólidas reflexiones. — *La hija de Cervántes*, loa escrita para conmemorar el aniversario de la muerte de este gran ingenio en 1861. — En union del malogrado Valladares y Garriga y del aplicadísimo y sesudo Rosell, tradujo el año de 1850 en verso la comedia titulada *Jugar por tabla.* — Una zarzuela en tres actos tiene compuesta con el título de *El Amor enamorado;* y al presente dedica los ratos que le permiten sus continuas ocupaciones á otro drama, cuya protagonista es *Doña Juana Coello,* esposa del célebre ministro de Felipe II. Ocioso es decir que todas las producciones citadas se han representado con aplauso. Igual buena suerte alcanzaron sus refundiciones de *La esclava de su galan*, de Lope de Vega, y la *Prudencia en la mujer*, de Tirso de Molina, los años de 1849 y de 1858 en los teatros del Príncipe y del Circo; y sus dos traducciones libres de dos piezas de Scribe en un acto, y tituladas *El Doctor Capirote ó los curanderos de antaño*, y *Los dos maridos.* Impresas corren y no se han puesto en escena las traducciones siguientes: *La pupila y la péndola,* pieza en un acto, y la tragedia *Mérope de* Alfieri: desde el año de 1830 estaban concluidas ambas. Suyas son tambien dos comedias infantiles, *El niño desobediente*, en dos actos y en prosa con algunos versos, y la *Independencia filial*, en tres actos y en prosa.

Siempre celoso el señor Hartzenbusch por las glorias de nuestro Teatro, ha publicado en la notabilísima *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneira, las comedias escogidas de Tirso de Molina, todas las de Calderon de la Barca, las de Alarcon, y cuatro tomos de las escogidas de Lope de Vega. Con su habitual esmero ha insertado al principio las noticias y los juicios críticos de autores de nota sobre ingenios tan privilegiados, ha restablecido los textos en muchos pasajes oscuros, y ha juntado en los apéndices muy importantes datos hasta sobre el órden cronológico de las comedias.

A nombre de la Academia Española contestó en 1853, 1860 y 1861 á los discursos de recepcion de los Señores Ferrer del Rio, Monlau y Cutanda, que versaron sobre la *Oratoria sagrada en el siglo XVIII*, el *Orígen y la formacion del Castellano*, y la *Historia é índole del epigrama entre nuestros escritores*. Esta última coyuntura le dió márgen á tratar del Conde de Villamediana y á hacer muy curiosas investigaciones sobre las causas de su asesinato, y de modo de llegar casi á la certidumbre, ya que no á la evidencia, en caso tan hondamente misterioso.

Siendo Director de la Escuela Normal de Instruccion primaria, compuso y leyó un notable discurso acerca de este importantísimo ramo, al comenzar el curso del año de 1855 y ante una escogida concurrencia.

Sus *Ensayos poéticos y literarios* se imprimieron el año de 1843 en un tomo: sus *Fábulas puestas en verso castellano*, cinco años más tarde; y últimamente ha dado á luz sus *Cuentos y Fábulas* en dos tomos; siendo de notar que de uno de los cuentos, titulado *La Locura contagiosa*, está sacada la deliciosísima zarzuela de *El loco de la guardilla*, de Don Narciso Serra, uno de los ingenios más felices; que en el lecho del dolor y quizá de muerte se está ya malogrando á la temprana edad de treinta y dos años.

Mucho tendríamos que alargar este trabajo, si hubiéramos de enunciar las comisiones de la Biblioteca y de la Academia Española que el Señor Hartzenbusch ha tenido ó tiene á cargo, y no de las de puro honor, sino de las que exigen laboriosidad suma. No hay obra de las consagradas por varios ingenios

á sucesos infaustos ó venturosos en que no figure su nombre; y la *Corona fúnebre* del inolvidable Don Alberto Lista, el *Album* dedicado al Conde de San Luis por la creacion del Teatro Español, y el *Romancero de la guerra de Africa* son testimonios de nuestro aserto. Tampoco se celebra funcion teatral en conmemoracion de alguno de nuestros célebres autores, sin que Hartzenbusch coopere á su lustre. Nunca responde negativamente á esta clase de invitaciones, por sobrecargado que esté de trabajo; y jamas brota composicion de su pluma, que no tenga originalidad y agudeza. Solo nos resta decir que para consignar estas alabanzas nos hemos atenido á nuestra calidad de historiadores, y no á la inalterable amistad que nos une al señor Hartzenbusch ya hace muy cerca de treinta años.

Antonio Ferrer del Rio.

CUENTOS.

LA HERMOSURA POR CASTIGO.

CUENTO MORAL.

Maravilla del Oriente llamaban á la hija del Emperador Teodosio, la sin igual en hermosura Pulquéria, que ya gozaba de tan lisonjero título desde la casi infantil edad de trece años. El apacible genio de la Princesa, nacida como su padre en Itálica, el tierno atractivo de su virginal semblante, la gallardía española de su cuerpo, su entendimiento claro, y su honesta vida sobre todo, le atraian de cerca y léjos adoradores rendidos, muchos en número y eminentes en jerarquía, sin que ninguno reparase en un defecto gravísimo, que debia oscurecer no poco las relevantes gracias de la augusta doncella. La hija del sucesor de Valente, la hermana de Arcadio y Honorio, ídolo de la imperial familia, jamas habia visto á sus padres, ni á sus hermanos, ni á nadie, ni nada. Pulquéria, cuyos rasgados y hechiceros ojos envidiaban las mas gentiles damas de Constantinopla, no veia con ellos: Pulquéria nació y habia vivido ciega hasta la edad juvenil. Ciega oyó las cariñosas palabras de su madre Flaccila, cuando la criaba á sus pechos; ciega recibió la bendicion de aquella mujer santísima, cuando la llamó el Señor á recibir entre los ángeles el premio debido á sus altas virtudes; ciega habia escuchado los rendidos y amorosos ruegos del Príncipe Favencio, que solicitó y obtuvo del padre y de la hija la promesa de poderla llamar esposa, en llegando la jóven á contar quince abriles.

Feliz Pulquéria por ser hija de padre tal, más feliz por los dones corporales y del espíritu con que la Providencia la habia enriquecido, felicísima por el amor que le tenian los suyos; bienes tan superiores y tantos eran nada para ella desde que, entrada en la mocedad y dando oidos á la voz universal que la proclamaba la mas bella de las hermosas,

nació en su corazon el vanidoso y vehemente deseo de ver para verse. Persuadida, y con razon, de que su madre habitaba gloriosa la mansion de los bienaventurados, cada noche le dirigia una ardiente súplica, para que le alcanzase del Todopoderoso el don de la vista. Apareciose una noche Flaccila á Pulquéria en sueños, ó por mejor decir, sintió Pulquéria una noche que milagrosamente se abrazaba con ella la feliz matrona, ceñido en la sien ya inmortal el divino lauro de las esposas sin mancilla, una palma en la diestra, y en la izquierda una corona formada de estrellas. «Hija mia (le dijo Flaccila con acento dulcísimo), Dios, que sabe mejor que el hombre lo que al hombre conviene, se niega de continuo á satisfacer vuestros imprudentes antojos, porque de satisfacérloslos, irremediable se seguiria vuestro daño. Cuando el Señor que te crió te mantiene ciega, señal es de que ciega te quiere; y no pudiendo querer la Divina Majestad sino lo mejor y mas justo, bien puedes tener por cierto que la privacion de la vista era para tí un beneficio tan grande, como para otros es el tenerla. Movido, sin embargo, el Señor con mis ruegos, como yo de los tuyos, ha resuelto por fin concedértela, en virtud de su saber y poder infinitos; pero á fin de que ese don, en vez de producirte males, te sirva para conseguir la corona rica y la inmarcesible palma de los mártires, victoriosas insignias que acerco á tus manos para que las toques, necesario es, hija mia, que te resignes á no ver, hasta la hora precisa de tu muerte, aquello que mas quieras, aquello cuya vista mas ahincadamente desees. Dí si á ese precio quieres recibir la luz de los ojos, y mañana á mediodía te será sobrenaturalmente otorgada.»

Con aquella rapidez con que el alma del hombre, en fe de su celestial orígen, piensa á veces en una difícil cuestion cuanto hay que discurrir y la resuelve en un punto, hizo Pulquéria en el imperceptible espacio de tiempo que empleó en pronunciar un *sí*, este largo razonamiento: «Si el Señor me da un bien que yo ansiaba tanto, y ese bien, limitado en parte, me ha de proporcionar, ademas de la dicha en la tierra, la felicidad de los justos, loca seria yo en verdad si no lo admitiese. ¿Qué es lo que amo yo mas en el mundo? Lo primero, á mi padre; luego á mi prometido esposo, despues á mis hermanos. Duro me será no ver hasta la hora de mi muerte á mi Favencio, al Emperador, á mis queridos Arcadio y Honorio; pero veré el sol de que nace el dia, y las estrellas que alumbran la noche; veré el mar, cuyos rugidos oigo desde mi lecho; veré la tierra que piso, las criaturas que la pueblan, la grandeza y esplendor de este soberbio alcázar: leve sacrificio es permanecer siempre ciega para solo un objeto, pudiendo saciar la vista en el campo dilatadísimo

de la creacion entera. Admito la condicion, madre: quiero ver, *sí.*» Dicho apénas este monosílabo, con la sorda articulacion de una persona que habla durmiendo, se desvaneció ó se retiró la vision celeste.

Los goces que provienen del cielo se distinguen de los placeres puramente humanos en una circunstancia notable: estos, en siendo muy vivos, fatigan y á veces matan como el dolor mas agudo; las fruiciones que el Altísimo envía á sus predilectos, por intensas que sean, se disfrutan apaciblemente, sin detrimento de nuestro débil ser físico. Así Pulquéria, despues de la desaparicion de su madre, siguió reposando tranquila; tranquila y gozosa despertó á la hora ordinaria; gozosa y tranquila se dejó ataviar por sus camareras, y pasó á la habitacion de su padre, á quien, lo mismo que á sus hermanos, quiso, para que la sorpresa fuese mayor, callar la prodigiosa visita que la noche ántes habia recibido. Un solo efecto visible producia el júbilo interior que saboreaba Pulquéria: el de animar su rostro con tan nuevo encanto, su voz con un dejo tan dulce, sus ademanes y movimientos con tan admirable dignidad y gracia reunidas, que jamas, ni áun el dia que, amando ella ya, supo el amor de Favencio, la habian visto los que la rodeaban, tan alegre y hermosa. Sentada frente al Emperador en una estancia magnífica, teniendo á sus hermanos á un lado y al otro á su amante, recibia de todos, y áun de Teodosio mismo, afectuosos encarecimientos de su peregrina belleza, nunca mas deslumbradora que entónces, cuando llegó el sol á mediar su curso. Instantánea y portentosamente, como si abriese los ojos despues de un sueño apacible y breve sin que la luz los ofendiera, la hermosa hija de Flaccila y de Teodosio, la mas bella de las hijas de Itálica, se halló con el divino don por su madre ofrecido, y supo lo que era ver, lo que era verdaderamente vivir, lo que era embriagarse y desfallecer de puro contento. En un *ay* prolongado se resumieron la sorpresa y el gozo suyos, la admiracion y la alegría causadas por el hallazgo y posesion de una dicha, mayor que se la pudo pintar la esperanza, mayor que la habia solicitado el deseo. Tres veces cerró y abrió inmediatamente los ojos; tres veces creyó que habia muerto y que revivia. Conoció á Favencio, conoció á Teodosio, conoció á sus hermanos, el sol, el cielo, las nubes, los campos, el mar, las estatuas, las pinturas, el brillo de las joyas, los cambiantes de la seda... — y quiso, en fin, conocerse á sí misma. Trájole Teodosio un espejo de oro tersísimo...miróse en él...y vió en la pulida superficie convexa una túnica y un manto encima, y sobre ellos vió tambien un collar, y mas arriba un zarcillo á cada lado, y mas arriba una diadema ó cinta sembrada de piedras preciosas...y todas estas imágenes de túnica, manto, collar,

zarcillos y cinta se movian en el espejo segun movia el cuerpo y la cabeza Pulquéria; pero, de humana figura, no se descubria en el espejo, ni rastro. Llevóse la Princesa la diestra á la frente, y entónces desapareció parte de la diadema, como si la taparan con algo: aparecieron en el espejo la manilla y el anillo que adornaban la mano puesta en la frente; pero sin verse frente ni mano: despues de muy pocos instantes de prueba, se convenció de que el espejo reflejaba todos los objetos que delante de él se ponian, ménos la imágen de la Princesa desde el cabello á la planta. Probados otros espejos de diferentes materias, aconteció con todos lo mismo; quiso Pulquéria explicar á los circunstantes el terrible prodigio, y referir el coloquio habido entre ella y Flaccila; y negósele mal su grado la lengua á revelar el secreto, que por divina disposicion habia de mantenerse largos años oculto. Preguntó á su padre y á todos si la veian en el espejo, y respondieron que sí; porque para ellos representaba la imágen de Pulquéria lo mismo que la de otra persona. Cayó, pues, en la cuenta de que el objeto que no le habia de ser visible en su vida, era su cuerpo, eran sus gracias; y, por consiguiente, que lo que ella amaba mas, y con mas ahinco apetecia ver en el mundo, no era su padre, ni eran sus hermanos, ni el hombre á quien habia consagrado su primero y único amor; era ella misma.

Y si algun género de duda le hubiese quedado, el tormento indecible que principió á sentir desde el punto que se vió sin reflejo en el bruñido disco de oro, le hubiera hecho comprender que una hermosura célebre, adorada por todos, naturalmente, sin conocerlo tal vez, y áun sin quererlo de suyo, habia de venir por último á idolatrar en sí propia. Ojos, boca, tez, cabellos, garganta, seno, talle, manos, apostura, voz, sonrisa, su andar, su actitud en la silla, su actitud en el carro, su actitud en el templo, todo lo habia oido encarecer mil y mil veces: queria, pues, complacerse con su sonrisa, admirar su caida de ojos, percibir el brote y crecimiento de los matices purpúreos con que teñia el rubor sus mejillas, estudiar el tocado mas propio para que luciese la rica madeja de sus cabellos, y el vestido mas conveniente para que resaltara la morbidez de su cuello y brazos, y la elegancia de su cintura; queria, en fin, conocerse y gozar de sí; habia creido llegada la hora, y hallaba que para todo tenia vista ménos para verse: ¡no podia ser el engaño mas doloroso, mas atroz el martirio! Lágrimas de amargura y sollozos de pena se tornó en seguida el momentáneo placer que le causó la inestimable adquisicion de la vista; mas ¡oh portento! con la angustia y el llanto (que todos los que lo vieron lo creyeron de júbilo), parecia mas bella que ántes, cuando solo res-

piraba alegría: díjole Favencio que estaba mas hermosa llorando, y este elogio fué para ella una lanzada. Por librarse de la serie larguísima de padecimientos que veia se le preparaban, hubiera querido entónces que desfigurara su rostro una fealdad espantosa...con tal que, visible para ella, no lo fuese para otro alguno.

Desde aquel dia, que tan venturoso habia de haber sido para la hermosa Pulquéria, la risa huyó de sus labios, y de su corazon el contento; pero su seriedad, bien que triste, era bella: todos eran á decírselo, y ella á rogar en vano que enmudecieran en su alabanza. ¡Cuánto no hubo de padecer con los encomios de los poetas que cantaron sus bodas con el amante Príncipe, ya en la lengua de Píndaro, ya en los metros de Horacio! ¡Cuánto no envidió la suerte de los mendigos é imposibilitados, entre quienes solia repartir caritativa sus tesoros! Ellos la veian, y para ella ni áun era visible la dadivosa mano que les alargaba. Dió á luz un hijo, una hija, dos... «Quizá vea mi retrato en esta criatura», exclamaba al sentir fecundado su seno. ¡Vana esperanza! Todos se parecian á Favencio. Desesperada, frenética, se arrancó muchas veces sus ricas galas, desgreñó su cabello, y se vistió con un traje tosco de penitente...nunca mas seductora que en aquel desaliño. Retirada en el palacio para evitar los aplausos del vulgo, llegó á mandar á su servidumbre y familia, y al mismo Favencio, que para no alabarla no la mirasen: fué obedecida; pero ¿cómo sujetar los ojos ni la lengua de sus hijos pequeñuelos? Y aquellos inocentes, admirando en la faz de Pulquéria unos rasgos que la diferenciaban de cuantas mujeres veian, no podian ménos de prorumpir en el lenguaje cándido y fogoso de la infancia: «¡Madre, querida madre, tú eres la mas hermosa de las mujeres! — Sí, respondia ella para sí suspirando: soy la mas hermosa del mundo, y es tal mi desdicha, que no puedo ver lo que soy.» Para desahogarse de alguna manera, escribió una vez una carta á su esposo, refiriendo la aparicion de Flaccila y la dura ley á que sus ojos estaban sujetos; mas en el momento de acabar el escrito, se le desapareció de entre las manos.

Muchos años fué Pulquéria infeliz, como víctima rebelde de una vanidad no satisfecha, hasta que hubo de acordarse de la corona y la palma que le ofreció su madre, cuando le anunció que veria. Consideró que si no llevaba con paciencia la privacion de verse durante su vida, no solo no ganaria la palma del martirio, sino que ni áun tendria el consuelo de conocerse cuando muriera; y por saciar su curiosidad, á lo ménos á la hora de la muerte, se determinó á sufrir con resignacion aquel martirio de su deseo, miéntras el Señor la mantuviese en el mundo. El excesivo amor de sí misma la

habia apartado de la virtud, y por consecuencia de la felicidad; y aquel amor, ya bien dirigido, la conducia por fin á la virtud y á la dicha: prueba de que las pasiones humanas únicamente son malas ó buenas, únicamente nos dañan ó nos benefician, segun el uso que de ellas hacemos. Así Pulquéria, gastada algun tanto su curiosidad con el tiempo, fuése poco á poco avezando á oir sus elogios, primero sin ira, despues con tolerancia, mas adelante con sufrimiento, y al cabo con humildad reverente. Siempre experimentaba una sensacion dolorosa al oir una razon ó percibir una mirada laudatoria ó admirativa; pero un instante despues obraba en ella el conocimiento, y decia: «Cuando muera me veré: sometámonos entre tanto á lo que el Señor ha dispuesto.» No se escondia ya de las gentes para excusarse de oir felicitaciones y cumplidos; no se vestia mal para quitar lucimientos á su belleza; salia con frecuencia en público, prendida y adornada como correspondia á la hija y hermana de los Césares, buscando ocasiones para triunfar de sí misma. Ocurríasele varias veces que su belleza naturalmente debia decaer con los años, y cesar la mortificacion que le ocasionaba; equivocóse hasta en esto: Pulquéria estaba condenada á ser bella en todas las edades de la vida. A los quince años, florecia con la delicada hermosura de la doncella; de treinta, descollaba con la sazonada y perfecta beldad de la esposa; de cuarenta, ostentaba la gallardía augusta de las madres, que son las reinas del género humano. Iba á cumplir cincuenta años, cargada de hijas y nietos; y su hermosura indestructible, bien que era otra, no por eso era ménos. Ya Teodosio habia muerto. En aquel medio siglo todo habia envejecido al rededor de Pulquéria; Pulquéria no: Pulquéria tenia la beldad por castigo.

Dispuso Favencio que para celebrar el quincuagésimo aniversario del natal feliz de su esposa, viniesen de mañana al palacio imperial todos sus hijos, nueras y yernos, trayendo cada pareja su familia consigo. Sentada en el cuarto de vestir, cuyas paredes cubrian, entre fajas de mármol, trozos enormes de pulida obsidiana que servian de espejos, dejábase engalanar por sus damas Pulquéria, no léjos del luciente muro que reflejaba para ella sus vestidos y no sus carnes, cuando la ilustre turba invadió la estancia, precipitándose á los piés de la abuela hermosísima. Echada la bendicion á todos, desahogado el cariño recíproco en abrazos y en ósculos, hijas, nueras y nietas se disputaron á porfía el honor de ataviar á la augusta princesa española. Quién le servia el calzado, quién le rodeaba el ceñidor, quién le ponia el collar, quién le echaba á los hombros el manto, quién le adornaba los cabellos con la diadema. Era aquel uno de esos momentos de felicidad suprema, que solo una vez suelen ocurrir en la vida del

hombre; Pulquéria, no obstante, habia disfrutado otro igual cuando sus ojos cobraron la vista. «Mírate á la pared, señora, le dijo con tierna efusion la mayor y mas hermosa de sus nietas; mírate y verás cómo todavía nos vences á todas en hermosura.» Miró Pulquéria por complacer á la nieta, que era su favorita, aunque estaba muy ajena de verse; y, por primera vez de su vida, percibió en la negra obsidiana una imágen, que debia ser suya. Vió primero una niña de pocos dias, que, sin embargo, era ya hermosa; las facciones de la niña fueron sucesivamente cambiándose y tomando la belleza de una criatura bella de un año, de dos y de mas; y así fueron apareciendo en la lisa piedra especular cincuenta aspectos ó retratos diferentes de un mismo rostro, todos igualmente bellos: de manera que en muy breves instantes conoció Pulquéria todo lo que habia sido, todos los grados de belleza que habia contado desde que nació hasta aquel mismo dia. «¿Con que yo he sido ésta!» dijo con un acento de indefinible expresion, que confundió á su familia, la cual no veia en el espejo mas que la imágen de la abuela, tal como naturalmente debia entónces representarla. «¿Con que ésta soy yo!» volvió á decir mucho mas conmovida, y ya balbuciente. Y respondiendo á sus palabras una voz del cielo, aquella voz que la hablara en sueños treinta y cinco años ántes, la voz de Flaccila, clara y blandamente le dijo: «Esa fuiste, hija mia; pero mira lo que vas á ser ahora.» Súbito desaparecieron en el mural espejo los atavíos mundanales de la Princesa; cubrió allí su cuerpo una maravillosa túnica, hecha de luz blanca; desprendiéronse sus cabellos de los nudos y adornos que los mantenian sujetos, y derramáronsele vagarosos por las espaldas; tomó su rostro un sello de belleza inefable, distinta de lo que se llama belleza en la tierra, porque era la que embellece á los moradores del empíreo; en su diestra apareció la palma del triunfo, en su cabeza la corona de estrellas, refulgente símbolo de imperecedera ventura; dos alas candidísimas, doradas á trechos, le salieron de los hombros; y así, representada en la figura de un ángel, que desde nuestro mezquino globo se tornaba al gremio de sus hermanos, clavada la vista en las alturas de la Jerusalen celeste, vió Pulquéria en el negro espejo, despues de las gracias de su ser físico, la imágen de su alma. Una sonrisa dulce asomó á sus labios; cerró los ojos, estrechó la mano á Favencio, dejó suavemente caer la cabeza en el seno de su nieta querida; y su espíritu, en brazos de la bienaventurada Flaccila, se remontó á las regiones de la dicha sin fin. La obsidiana del muro, que ya no habia de ser profanada con otra imágen, perdió su lucidez, convirtiéndose en otra piedra, blanca y sin pulimento, brotando al par en su superficie las letras de

aquella carta que escribió Pulquéria para revelar el secreto de sus pesadumbres, la cual se le huyó de las manos en cuanto acabó de trazarla. El dolor que Favencio y sus hijos experimentaron al perder á Pulquéria, se mitigó al entender por aquel escrito que la siempre hermosa princesa infaliblemente ocupaba una silla en el coro gloriosísimo de los mártires.

Una señora madrileña del siglo pasado, que tenia la rara costumbre de leer este cuento á sus hijas cuando se ponian al tocador para vestirse de baile, añadia de su cosecha siempre, al terminar la lectura, estas breves palabras: «En efecto, queridas, el mayor suplicio para la mujer es el que atormenta su vanidad, así como el castigo mayor para el hombre es aquel en que se le abate el orgullo.» [1]

[1] La heroína de *La hermosura por castigo se llama Pulquéria,* y es hija del emperador español Teodosio. Ya supondrá el lector instruido que habiendo fallecido (segun nuestra relacion) aquella señora al cumplir cincuenta años, ha de ser diferente de la otra hija de Teodosio, llamada Pulquéria, que murió niña, en vida del padre, y cuya oracion fúnebre pronunció san Gregorio Niseno. De nuestra hermosa Princesa, mártir de su hermosura, no dice palabra la historia.

PALOS DE MOGUÉR.

CUENTO INMORAL.

En la costa de Andalucía, ya cerca de la raya de Portugal, hay una villa, no de gran poblacion, pero bellísimamente situada, que disfruta de cierta celebridad, bien que no de toda la que merece: la villa de Palos de Moguér, ó lisa y llanamente de Palos. De allí salieron las tres carabelas con que se arrojó Colon á cruzar desconocidos mares en demanda de un nuevo mundo, y esto es lo que principalmente da fama al pueblo con cuyo nombre va encabezada esta breve anécdota; pero allí tambien han ocurrido lances dignos de memoria eterna; y, sin embargo, tal ha sido la incuria de nuestros historiadores, que ninguno los ha consignado en sus escritos, abandonándolos á la tradicion, que todo lo confunde y lo vicia, dando motivo despues á que los críticos suspicaces y osados nieguen hechos tan auténticos y positivos como la aventura de don Rodrigo en la caverna ó torre célebre de Toledo, y las portentosas hazañas de los doce Pares.

Palos fué antiguamente una ciudad populosa, cuyos habitantes, muy inclinados á la emigracion, fundaron diferentes pueblos dentro de España y fuera; y de Palos traen su orígen muchísimas familias, célebres ya en los primitivos tiempos de Grecia. En Palos, ántes que en parte alguna, se rindió culto á las diosas Pálas y Páles; de Palos fueron oriundos los Palantes y Palamedes; hijos de Palos fueron los fundadores de Palencia y Palermo, los Palomeques, Palomos, Palomares, Palomeros y Palominos; y una limpia ó expulsion hecha en Palos en la época de su mayor brillo y cultura, llenó de paletos las aldeas de España. En Palos se inventaron los palotes y la paleografía, las palanganas y el baile paloteado, los palanquines, las palatinas y los paletoques, especie de sayos que, abiertos por delante y añadiéndoles mangas, se han

convertido en los paletoes modernos. Entre los paloteros nació ese género de conversacion que áun conserva el nombre de *palique*, y de los lances que vamos á referir provino la expresion vulgar de «cantar la palinodia». En qué siglo ocurrieron estos, parece imposible determinarlo; pero consta por la tradicion que en aquella época ya se usaban en Palos camisas con pechera bordada, abanicos de sándalo y alcaldías constitucionales. Esas modas, los faroles de las calles y otros inventos de ayer no son sino repeticiones de lo que ya se ha usado y abandonado repetidas veces. En el mundo no hay nada nuevo, y para mí no tiene duda que en la edad antediluviana habia ya caminos de hierro, bolsa, fósforos, sistema representativo, sistema de curar con agua, iluminacion de gas, libertad de imprenta y baile de polka, y todos los sistemas, bailes y libertades posibles; porque si los hombres no lo hubiesen ya inventado todo, y no hubiesen abusado de todo, no se hubiera visto el Señor en la precision de acabar con todos.

En la época á que nos referimos, componian los paloteros la mejor gente del mundo: ellos eran hombres de bien, y ellas mujeres de vergüenza. Distinguíanse notablemente por la felicidad que reinaba entre los casados: las mujeres eran unas santas, y los maridos unos benditos. Solo se echaba en cara á aquellos ciudadanos el defecto de ser algo testarudos; pero tal defecto no habia producido áun dolorosas consecuencias. (Entre paréntesis, hasta entónces Palos era una ciudad anónima; el nombre de Palos vino despues, como verán los lectores.)

Era sacristan de la iglesia mayor un mozo recien casado, á quien por su índole, mansa como la de un cordero, llamaban *Agnus Dei*; su esposa, célebre tambien por su dulzura, tenia el nombre de *Paloma*. Amaneció un domingo, fatal para este matrimonio y áun para todos sus vecinos: Agnus Dei al ponerse camisa limpia para ir á la iglesia, se halló manchada la pechera, cosa que le desazonó bastante contra su cara esposa; Paloma fué á buscar su abanico, y lo halló roto y estrujado todo en una silla en que se habia sentado Agnus Dei sin repararlo. Hubo un rifirrafe pasajero entre los dos consortes; pero la bondad y el amor de ambos contuvo la explosion por lo pronto. Al almuerzo ocurrió otro incidente, que alteró tambien algun tanto la paz doméstica: parecióle á Agnus Dei que estaba soso el pisto; fué á coger de un vasar el salero, y derribó involuntariamente un cacharro, que Paloma estimaba mucho, y se hizo añicos en el suelo. «¡Cuidado, marido, exclamó acaloradamente Paloma, que estás hoy para destrozar! ¿Por qué no miras lo que haces? — Mas valiera que lo miraras tú: ¡vaya un planchado! ¡vaya un almuerzo! — La mancha y el almuerzo remedio tienen; pero el abanico

y el vaso solamente se remedian con otros. — De mi bolsillo sale. — No te debian nada esas prendas, que eran regalos de mi padrino. — El padrino y la ahijada me van hartando ya de modo...» La bondad ingénita de los dos esposos triunfó tambien aquí, y la tempestad que amenazaba, se deshizo: diéronse sus satisfacciones, restablecióse la paz, y se ayudaron cariñosamente á vestir el uno al otro para salir á la calle. Mas ¿por qué tanto, al tiempo ya de marcharse, no echó de ver Paloma que Agnus Dei llevaba un pelo en la ropa! «Aguarda, le dijo muy oficiosa, voy á quitarte un pelo que llevas. — Por cierto, replicó Agnus Dei mirándolo, que debe ser tuyo, porque es de mujer. — Yo digo que debe ser tuyo, porque es de hombre. — Yo no llevo el pelo tan largo. — Ni yo tan corto. — Pero si es del color de tu pelo. — Es mas rubio el mio. — El mio es mas castaño. — ¡Que has de negar lo que uno está viendo! — ¡Que has de querer hacerle ciego á uno! — ¿Sabes que estás insufrible, Agnus Dei! — ¿Sabes tú que *Agnus Dei* está por coger un *qui tollis peccata mundi*, y hacerte cantar el *miserere nobis!* — ¡Tú á mí, infame! — ¿Cómo se entiende!...»

¡Pobre Paloma! Era hija de un dómine: el marido la puso de blanda como la chupa del suegro.

Un rato despues iba la infeliz, llorosa y desmelenada, á contar sus cuitas á su madrina, esposa de un ministro...de justicia sin gracia, álias alguacil.

La alguacilesa toma la defensa de su ahijada, apaleada por un pelo; el alguacil defiende al marido; enciéndense los ánimos, agítase en los aires la vara, y la señora ministra sin excelencia recibe una tunda, que no hay mas que pedir.

Madrina y ahijada acuden á casa del escribano, para entablar una querella; la escribana se pronuncia en pro, el escribano se declara en contra, y la señora escribana sufre una soberbia paliza.

Las tres apaleadas se dirigen á la alcaldía constitucional. Resultado próximo, proteccion y apoyo de parte de su señoría la alcaldesa; resultado subsiguiente, riña entre alcaldesa y alcalde; resultado final, otra individua apaleada.

Lo mismo sucedió con la barbera, la boticaria, y áun con tres ó cuatro amas de solteros, prohombres de Palos. Dado el ejemplo por las notabilidades, el vulgo no quiso ser ménos: zapateras y sastras, taberneras y aguadoras, todas abrazaron la causa de la sacristana, y sellaron su fe, si no con la sangre de sus venas, con los cardenales de sus costillas. Era un dolor el espectáculo que presentaba aquella noche la villa, ó por mejor decir, eran muchísimos dolores: de cabeza, de brazos, de espaldas, y de ahí abajo.

Pero la bondad y dulzura de aquellas gentes rayaba en

tal grado, que á los pocos dias todo se habia dado al olvido, y se pasó un año sin que hubiese en el pueblo un sí ni un no.

El dia del triste aniversario de la general paliza se estaban desayunando la angélica Paloma y el amabilísimo Agnus Dei, tan léjos de pensar en quimeras como el diablo en hacerse bueno. En un instante de silencio escapósele indeliberadamente una sonrisa á la jóven sacristana, y preguntóle su marido por qué se sonreia. «Por nada, respondió ella. — Por algo será, replicó él. — Es una tontería. — Díla, y nos reiremos los dos. — ¿Te acuerdas de lo que pasó hace hoy un año? — ¡Ah caramba! es verdad: tal dia como hoy fué la de márras. ¡Cómo traté á mi pobrecita Paloma! Y todo ¿por qué? — Por un pelo. — Por un triste pelo de mujer. — No, por un pelo de hombre. — De mujer: no volvamos á las andadas. — ¿Si querrás tener razon todavía! — ¿Si querrás decirme que no la tuve! — Pues ya se ve que sí. — Es mentira. — ¡Mujer! — ¡Marido!»

Y pasando naturalísimamente del pelo al palo, la malaventurada Paloma fué tratada por su marido como él trataba á los santos para quitarles el polvo, es decir, como si diese sobre madera.

Y fué á quejarse á la alguacila, y el alguacil repitió la escena del año anterior, y lo mismo sucedió por sus pasos contados con la escribana y con la alcaldesa y con todo el pueblo: vareo general para todas las casadas, y para muchas viudas y solteras en espectativa de boda.

La noticia de tan singular acontecimiento hizo creer á los habitantes de los pueblos convecinos que los ciudadanos anónimos se volvian locos en un dia del año, por lo cual trataron de poner remedio á tan grave mal. Las Autoridades de la ciudad de Moguér se encargaron de la intervencion armada; y en uno de los aniversarios, al tiempo que á consecuencia de recordar el fatal dia de márras, andaba el palo por alto en todas las casas de la ciudad sin nombre, hétele que penetra en ella un destacamento de caballería, y empieza á poner paz en los matrimonios, á golpes de espada sacudidos de plano. Los maridos, viéndose atacar en el ejercicio de sus derechos, se arman para defenderse; las mujeres, que ven que los extraños se introducen á poner órden en asuntos caseros, hacen causa con los esposos para hostilizar á los advenedizos. La suerte de los moguereses fué la que siempre suele caber al que media en riñas de casados: la rabia que se han excitado recíprocamente, se desfoga en el mediador. Acometidos los forasteros por todas partes, hubieron de ceder al furor y al número de los adversarios; los amabilísimos y benignísimos compatriotas de Agnus Dei no dejaron hueso sano á los de Moguér: lo mejor y mas recio de aquel dia de paliza fué para ellos.

Dicen los etimologistas que desde entónces se dió á la ciudad anónima el nombre de *Palos*, y que se añadió luego *de Moguér*, por los que llevaron los que vinieron de esta última poblacion á pacificar á los apaleadores. Otros afirman que el nombre verdadero de la ciudad fué *Palos de mujer*, porque en su orígen los palos consabidos fueron destinados al bello sexo; otros, por último, sostienen que la ciudad fué llamada *Pelo de mujer*, porque la riña principió por un pelo. El lector puede decidir la cuestion como quiera, sin reparar en pelillos.

Los aniversarios de esta clase duraron en Palos hasta que un sabio de no sé qué pais persuadió á las paloteras que el agua de Rio Tinto, cogida en cierto paraje, dia y momento, tenia la prodigiosa virtud de librar de todo mal tratamiento á las mujeres, miéntras la conservaran en la boca. Hicieron la prueba, y (como es de creer) les salió perfectamente: no hablaban por no arrojar la bocanada, y como no habia disputa, no habia paliza.

Hoy dia, que en España reñimos á cada paso por todo, seria muy útil ensayar este método: en ciertas reuniones, sobre todo, convendria mucho que un gran número de personas, en vez de echar bocanadas, tuvieran continuamente la boca llena con una del líquido que fuese mas de su gusto. Las palenses de hoy, muy otras que las paloteras antiguas, pudieran enseñarnos á callar á tiempo y hablar con juicio: distínguense en efecto, por estas dos rarísimas prendas.

LA REINA SIN NOMBRE.[1]

CRÓNICA VISIGÓTICA DEL SIGLO VII.

CAPITULO I.

La ley que hasta aquí rigió,
Dice: «Quien godo nació,
Con goda, segun su clase,
Con vándala ó sueva case;
Mas con española, no.»
(La ley de raza, *acto* 1.)

En el año 686 de la era española, 648 contando desde el nacimiento de Cristo, y el séptimo desde que, por abdicacion del malogrado mancebo Tulga, reinaba el octogenario Flavio Quindasvinto en España, fueron llamados á Toledo, ya con una ya con otra razon plausible, casi todos los duques y condes, gobernadores de las provincias. Uno fué el Duque Froya, varon de excelsa cuna y esforzado caudillo, que gobernaba parte de la provincia tarraconense.

Celebró el anciano y sagaz monarca muchas y secretas conferencias con los duques y condes, reuniendo unas veces á varios en su pretorio, y avistándose otras veces solo con uno: el último de todos fué el Duque Froya.

En una espaciosa y rica estancia del pretorio, con vistas al Tajo, se encerraron una tarde el soberano y el súbdito. Flavio guardó silencio por un breve rato y paseó lentamente

[1] Las breves notas, que van al pié de las páginas, son del presbítero D. Julian Antonio Martinez, de quien se hace mencion al fin de la leyenda.

la sala, como quien se disponia para discurrir sobre un importante negocio; el gobernador se cruzó de brazos y siguió con la vista los movimientos del Rey, sin manifestar sorpresa ni ansiedad en el rostro, como quien sabia de qué iba á tratarse. Dirigióle una mirada el Rey, conoció que los preámbulos eran inútiles, y tomando de una mesa un rollo de pergamino, diósele á Froya, diciéndole sencillamente: «Lee esa carta y díme tu voto.»

Desarrollóla el Duque y leyó en alta voz: «Al gloriosísimo señor nuestro, el Rey Flavio Quindasvinto, su mínimo siervo el Obispo de Zaragoza Braulio, juntamente con los presbíteros, diáconos y fieles que Dios le encomienda, esto hace presente.

«Aquel en cuya mano posan los corazones de los Reyes, aquel ademas lo gobierna todo, segun nuestra ley nos enseña. Siendo esto así, acaso el pensamiento que tratamos de sugeriros, sea tambien una de las inspiraciones del cielo. Oid, pues, de buen talante, benigno Príncipe, las súplicas que vuestros subordinados, con leal intencion os dirigen solícitos; porque departiendo repetidas veces unos con otros, movidos por la esperanza y ahinco natural con que apetece cada hombre la tranquilidad de su vida, excusando peligrosos accidentes; recordamos las pasadas revueltas, y paramos la atencion en los grandes riesgos y conflictos, en las muchas tropelías hechas á mano armada que habíamos padecido. Y reflexionando maduramente, y viendo que suscitado vos por la bondad celeste nos habiais librado de tamañas calamidades; apreciando en lo justo vuestras fatigas en el tiempo que habeis imperado; atendiendo al porvenir de la patria; dudosos entre la esperanza y el recelo, pero vencidos al cabo por la confianza, hemos resuelto pediros lo que consideramos como lo mas hacedero y conveniente hoy á vuestra quietud y á nuestras circunstancias: á saber, que durante vuestra vida y buena salud os deis por compañero, y á nosotros por Rey y señor, á Recesvinto, hijo y súbdito vuestro, que se halla en la edad mas propia para sobrellevar las incomodidades de la guerra, ser nuestra defensa y vuestro descanso, acallar los clamores y destruir las asechanzas de los públicos enemigos, y asegurar á los vasallos leales una existencia libre de todo género de inquietudes.»

Más contenia la carta[1]; pero el Soberano interrumpió aquí la lectura diciendo á Froya:

«Eso me propone el prelado mas ilustre del reino por su santidad y su ciencia; los demas obispos siguen ó seguirán su dictámen; á él se inclina tambien gran parte de los gober-

[1] Puede verse íntegra en el tomo XXX de la *España Sagrada*.

nadores y próceres: díme tú sin rebozo qué te parece el proyecto.

— Mal, respondió secamente Froya.

— Sin embargo, siendo electiva la monarquía gótica, lo mismo puede ser nombrado rey el hijo del que reina, que cualquier otro varon de linaje ilustre. No son ya nuevas entre nosotros las sucesiones de padre á hijo. Al gran Leovigildo sucedió su hijo, el católico Recaredo.

— Pero se urdió contra él una conjuracion, de que se salvó por milagro.

— Muerto Recaredo, fué elegido en su lugar su primogénito Liuva.

— A los dos años le mató Viterico.

— Recaredo el segundo fué tambien exaltado al trono que desocupó Sisebuto su padre.

— Recaredo el segundo falleció á los tres meses de su coronacion. A Suintila, que se empeñó en que habia de reinar con él y despues que él Recimiro su hijo, le depusimos y arrojamos de España; y al mísero Tulga, sucesor de su padre Chintila, bien sabes la suerte que le ha cabido. Le obligamos á renunciar, á encerrarse en un monasterio... y á morirse.

— No se dejaria destronar tan fácilmente mi hijo. Tulga era una criatura endeble, y Recesvinto es muy hombre: no temo por él. Pero todavía no me has dicho si tu oposicion á mi proyecto nace de que te desagrada la persona ó el principio. ¿Te parece mal que el hijo suceda al padre, ó te desagrada Recesvinto para rey?

— Creo que no gobernará bien Recesvinto.

— ¿Por qué?

— Yo no acuso á nadie, sino cara á cara: si quieres saber lo que pienso de tu hijo, mándale venir.

— Al momento.»

Llegóse el Rey á una puerta, con mas prontitud que era de esperar de un octogenario, y con recia voz, que retumbó por las altas bóvedas, llamó á los esclavos para que avisaran al Príncipe. Un instante despues se presentó en la sala el regio candidato. Entrado ya en la edad varonil, conservaba áun la lozanía de la juventud mas floreciente: su rostro, ménos regular y majestuoso que el de su padre, tenia cierta expresion de noble dulzura, que cautivaba; su estatura era alta, sus ademanes naturalmente medidos, la robustez del cuerpo mediana. Al lado del atlético Froya y del venerable Quindasvinto, su hijo lucia poco; y á pesar de esto, naturalmente se inclinaba uno á él: inspiraba el Gobernador repugnancia, el Monarca susto, el Príncipe amor.

Froya va á acusarte (prorumpió el anciano, clavando su

mirada de lince en su hijo, y sentándose briosamente en una silla): oye y responde.

«Diga Froya, pues, respondió pacificamente Recesvinto, colocándose en frente del acusador.

— Díme primero tú, replicó el Duque, poniéndose á la derecha del Rey, lo que te propones hacer, si empuñas el cetro.

— En el momento que yo reine, los privilegios injustos de nuestra raza dejarán de existir. Los godos, nuestros antecesores, conquistaron á España, se apropiaron dos terceras partes del territorio, y dejaron una sola para los naturales; apartáronlos de los cargos militares, eclesiásticos y civiles, y les cerraron para siempre la puerta á los honores, prohibiendo con rigorosas penas que pudiera casarse goda con español, ni española con godo. Este afan de mantener aislados al pueblo vencedor y al vencido pudo ser justo en su orígen, y quizá indispensable, porque existia entre ambos entónces el muro de separacion mas fuerte, la diferencia de la fe: los godos eran arrianos, y los españoles católicos. Pero desde que Recaredo entronizó el catolicismo en todo su reino; desde que la raza señora se hizo, por el vínculo de la religion, hermana de la raza sometida, ¿qué razon hay para que siga el apartamiento entre los que por todas las consideraciones de sana política están llamados á unirse? Yo creo que en el estado en que hoy se hallan las provincias de España, no será buen rey aquel que no se proponga cimentar la futura grandeza y prosperidad de la península, levantando del suelo á la raza española, devolviéndole su libertad ingénita y formando de dos pueblos uno. La primera ley que dictaré, si reino, será la que permita los enlaces entre las dos naciones.

— ¡Cómo! exclamó el Rey, acaso con mas admiracion que disgusto.

— Ya lo oyes, repuso Froya: tu hijo no quiere que haya distincion de clases en España; no quiere que gocemos nosotros la herencia que ganó el valor de nuestros mayores, y el nuestro nos ha conservado; quiere que nuestra noble sangre, hasta ahora pura, se contamine y pierda su brio, revolviéndose con la sangre bastarda de los españoles, mezcla vil de la ibérica, céltica, fenicia, griega, cartaginesa y romana; con la sangre de esos hombres turbulentos y cobardes, incapaces de una idea de union, de un pensamiento fijo, y que por no saber tolerarse á sí propios, están destinados á arrastrar las cadenas de todos los conquistadores que se las traigan. Yo soy godo, y quiero que lo sean mis hijos y mis nietos, porque sé lo que vale mi noble raza, que puso el pié sobre la cerviz de la altiva Roma; yo quiero que los españoles sean esclavos, porque solo sirven para eso, porque no han sabido

nunca ser libres: tú, que pretendes confundir lo que por el comun provecho debe estar separado, nunca tendrás mi voto para ceñir la corona de Quindasvinto.

— Doscientos años, contestó pausadamente el Príncipe, necesitó Roma para terminar la conquista de España; ¿le parece á Froya cobarde una nacion, capaz de tan porfiada resistencia! Nuestros abuelos eran arrianos, y nosotros ya observamos el rito católico: ¿le parece á Froya que no es capaz de un pensamiento fijo el pueblo que, áun permaneciendo en la servidumbre, consigue imponer su religion al pueblo que le manda! Si los españoles valian poco al tiempo que nuestros antepasados invadieron su tierra, culpa fué de los corrompidos señores que tenian; culpa fué de los romanos, indignos ya de llevar tan ínclito nombre. Si ahora los españoles no valen mas, créeme, Froya, es porque nosotros no les permitimos ser nada. Aun así, los ingenios superiores que entre ellos se crian, se refugian instintivamente en torno de las aras: desde allí su sabiduría y sus virtudes los elevan á las cátedras episcopales, y de éstas nos vemos precisados á traerlos al consejo del príncipe. Los españoles se nos entran en palacio por la puerta del templo: franqueémosles tambien las del valor y de la virtud. ¡Si tú, Froya, hubieses penetrado, como yo, en el hogar doméstico de los españoles; si hubieras visto, como yo, cuán elevadas prendas atesoran muchos individuos de la raza que tú calumnias!...

— Tú te figuras en cada español ver una copia de tu Floriana.»

Violenta impresion produjo aquel nombre en el semblante del Soberano y del pretendiente á la soberanía.

«¿Quién es esa mujer?» preguntó el Rey, balbuciente de ira, y con los ojos hechos centellas. «¿Quién es esa mujer?» repitió levantándose, viendo que su hijo, inmóvil y confuso, no acertaba á contestarle. Froya, erguida la cabeza en ademan de triunfo, contemplaba alternativamente al padre y al hijo, pronto á descubrir del todo el misterio que habian dejado traslucir aquellas maliciosas palabras. Recesvinto dijo por fin, despues de unos momentos de agitacion y de duda:

«Floriana es una huérfana, de linaje español... que, Dios mediante, será mi esposa.

— ¡Una española! ¡El hijo del Monarca dando el ejemplo de desobediencia á las leyes!

— Cuando Recesvinto conoció á esa jóven, repuso Froya, todavía no eras tú nuestro Rey.

— De todas maneras...

— De todas maneras, el amor de Recesvinto á la que, segun dice, será su esposa es la causa única, es el solo móvil que le induce á desear una revolucion que trastorne el Estado.

Por eso, y por que no quiero que la monarquía gótica, que fué y debe ser electiva, degenere en hereditaria, me opongo á la eleccion de tu hijo. No cuentes con mi voto, aunque presumo que por desgracia no te será muy necesario.»

El altanero duque hizo al Rey un acatamiento casi imperceptible, y se retiró. El Príncipe y el Rey quedaron por un buen espacio de tiempo sin saber qué decirse.

CAPITULO II.

¡Ay! en aquel paraiso
Donde fe pura y ardiente
Juró mi labio sumiso,
Resbalando por el piso,
Nos sorprendió la serpiente.
(ALFONSO EL CASTO, *acto* 2.)

Como unos siete años ántes, en el tiempo en que se hizo el primer movimiento de rebelion contra Tulga, los capitanes fieles al jóven Monarca persiguieron tan hábil y constantemente á los amotinados, que por entónces les fué forzoso separarse y renunciar á la empresa, miéntras no se presentara mejor coyuntura. Hallábase á la sazon Recesvinto, de órden de su padre, en los confines de la Celtiberia, y habiendo desde allí pasado á vista de Opta, disfrazado y solo, sin entrar en la poblacion, receloso de ser conocido, tomó una senda que guiaba hácia unos valles, situados como á dos leguas de la ciudad, y al oriente de ella, donde creyó que podria permanecer oculto hasta que recibiese de Quindasvinto encargo para moverse: la espesura y soledad de aquellos valles, y lo que se contaba en particular de uno, le hacian creer que no podria ofrecerse mas acomodado asilo para un reo de estado. Subiendo, pues, y bajando cerros por aquella quebradísima tierra, llegó por fin á uno, poblado de encinas, en cuya altura cesaba toda especie de camino; desde la pendiente opuesta principiaba un profundo y estrecho valle que, haciendo recodos á cada lado, continuaba luego, ya con mas, ya con ménos anchura, ofreciendo en su centro llanas y floridas praderas, cortadas á cada paso por grupos de árboles agigantados, entre los cuales serpenteaban dos arroyos de no despreciable caudal,

que se unian en medio del llano: el uno bajaba de unos cerros distantes, el otro nacia en la misma pradera, y ambos recogian los muchos manantiales, que desde las alturas iban á precipitarse en el fondo de la vega. Cerros escarpados, y á trechos vestidos de impenetrable maleza, defendian por do quier la entrada del valle, sirviéndole de inaccesible muro; y allí donde entre uno y otro quedaba abierto un angosto portillo, las peñas que habian rodado de la cumbre, las ásperas y punzantes zarzas, cuyos vástagos nunca encentados por el hierro habian adquirido una elevacion y grueso prodigiosos, y principalmente la inseguridad del suelo impedian la entrada al mas temerario viajante. Porque los diversos hilos de agua que brotaban entre los riscos de las laderas, encontrando mil obstáculos á su curso en las desigualdades del terreno, filtrábanse invisibles por él, y formaban abajo extensos tremedales ó charcos, cubiertos de bellísimo y engañoso verde: praderas nadantes, donde se sepultaba el incauto que ponia el pié en su movible superficie. Sobre ella descollaban peñas enormes anegadas por su base, y árboles corpulentos que desarraigados por el incesante curso de las aguas, habian caido en ellas, y clavando en el fangoso suelo sus ramas, se habian convertido en raíces allí, y habian producido nuevos retoños. Las dificultades que se presentaban para introducirse en aquel recinto, vedado al parecer á la planta humana; la hermosura de la porcion de vega que podia descubrirse desde uno ú otro punto, y la noticia de que en lo mas intrincado de su seno habitaban criaturas felicísimas, ajenas de cuanto pasaba en el mundo, habian dado ocasion á que todos los pueblos de la redonda tuvieran el sitio por sagrado, y lo designasen con el nombre de *Valle del Paraíso.*[1]

Delante de uno de los portillos ó gargantas del valle se encontró Recesvinto; y acosado por un irresistible deseo, resolvió penetrar adentro á toda costa. Apeóse del caballo, que estaba enseñado á seguirle, rodeóle las riendas al cuello, y sirviéndose de la lanza, comenzó á sondear el terreno por todos lados, para descubrir por dónde podria caminar sin peligro. Saltando de roca en roca, y de ellas tal vez á un árbol caido, que prestaba el servicio de puente; abriéndose paso con la espada entre los matorrales, y metiéndose sin reparo por las tierras inundadas, cuando el agua era poca y el fondo firme, llegó á un paraje donde un peñon altísimo, liso, sin grietas, cóncavo por la parte inferior y saliente por arriba en figura de labio de ánfora, cerraba absolutamente el camino: un cenagal profundo, que se extendia delante de él, le servia

[1] Mucho ha variado este sitio desde entónces acá; pero déjase conocer que mil años há seria otra cosa.

de foso. Para acercarse á aquella pared, construida por la naturaleza, no habia mas punto de apoyo que una piedra cilíndrica, de unos dos piés de grueso, á manera de columna miliaria, que se alzaba sobre la verde superficie del foso. Por uno de aquellos caprichos que no tienen mas fundamento que la intensidad con que se desea una cosa, brincó ágilmente Recesvinto, y colocóse encima del estrecho vértice de la columna, con lo cual nada adelantaba para escalar el peñasco; ántes aquella inconsiderada resolucion le puso en el mas grave peligro: la columna, cargada con el peso de un hombre, comenzó á bajar, hundiéndose lentamente en el cieno. Quiso Recesvinto volver á saltar á la orilla apoyado en la lanza; pero la lanza se le hundió tambien, y húbola de soltar para no caerse tras ella. Imposible parecia salir del atolladero sino por milagro, cuando desde lo alto del peñon inaccesible descendió suavemente una escala de cuerdas, sin que se viese de qué mano venia echada. Asió del torcido cáñamo el apurado jóven, alegre y atónito; subió ligero por las firmes traviesas, y al llegar á la cima de la enorme peña, su pasmo rayó en lo inexplicable. Detras del lomo del peñasco, labrado á pico por la parte de adentro, á semejanza de un pretil ó parapeto, de donde pendia la escala, enganchada en robustas argollas de hierro, sonó un grito infantil de sorpresa, y apareció en seguida una niña hermosísima, ó mas bien un ángel tutelar, encarnado bajo la cándida figura de una muchacha de once á doce años, la cual, echada de pechos sobre el pretil, tendia cariñosamente sus tiernos brazos á Recesvinto. Maquinalmente el jóven prófugo tomó la mano de la niña para trasponer el borde de la peña; la agitacion producida por el riesgo pasado y la aparicion presente le tuvieron mudo un momento, miéntras la prodigiosa desconocida le decia con acento de inefable dulzura:

«Bien pensaba yo que era necesario facilitarte la entrada; por fin has venido.

— Díme, por Dios, quién eres, celestial criatura, prorumpió enajenado Recesvinto, mirando de hito en hito á su libertadora.

— Soy Floriana, respondió graciosamente la niña: vivo aquí con mi padre Fulgencio y con Laureano, Nebridio y Apicela, que son todos los que habitamos el valle.

— ¿Son esas las únicas personas que conoces?

— Conozco ademas al sacerdote Agivario; pero yo no he salido nunca de aquí. Mi padre y el sacerdote me han dicho muchas veces que era preciso que Dios trajera para mí un compañero. Yo me hallaba hoy en este sitio, reflexionando en eso; y como reparase en la escala de que se sirve Agivario cuando se marcha, yo no sé á dónde, me dije á mí misma:

«Si mi compañero viene, y no halla puesta la escala por el otro lado, no podrá subir: es necesario tenérsela preparada.» Inspiracion fué seguramente del cielo: apénas la arrojé por encima de ese peñasco, cuando sentí que trepabas por ella. Tú eres sin duda el compañero que me está destinado.

— Tú sí que estabas destinada por Dios para salvarme la vida, repuso Recesvinto, estrechándola en sus brazos, como se abraza á un niño.

— Ven á que te vea mi padre, ven pronto.»

Asióle ella de una mano, y él la siguió.

Despues de caminar largo trecho entre los árboles, cuya espesura era tal, que se perderia en aquel laberinto mil veces el que no llevara guia, porque la frondosidad del ramaje se condensaba por partes en términos de no permitir que llegase al suelo un rayo de luz, sino en los meses invernales, salieron á sitio mas despejado. Allí ya se echaba de ver la mano inteligente del hombre: por un lado se descubrian mieses, por otro viñedos, árboles fructíferos casi por todos. En un repecho asentaban unos cuantos vasos de colmena; una ligera columna de humo, que se elevaba por los aires, indicaba una habitacion; indicábanla tambien copiosas bandadas de palomas torcaces que por allí revoloteaban. Todas estas cosas llamaban sucesivamente la atencion de Recesvinto; pero era solo por un instante: lo que le ocupaba sin cesar los ojos y el espíritu era su encantadora guia. La estatura y formas de la niña eran precoces para su edad: un candor del todo infantil, pero reunido á una gran claridad de ingenio y una gracia exquisita, daban á su conversacion un hechizo singularísimo, irresistible. La magia nativa de su lenguaje se realzaba con la expresion celeste de la fisonomía; el fuego de sus ojos negros se templaba con la paz de su tersa frente blanquísima, con el tierno rosicler de sus mejillas virginales, con la finura indefinible de sus labios: parecia ajeno de tan pocos años el negro tan subido de su luciente y poblada cabellera; pero el delicioso conjunto de sus facciones, ménos regulares acaso que delicadas, y cuyo suave contorno era un óvalo lindísimo, restablecian la blanda armonía del todo: la hija del valle, tal como brillaba á los ojos de Recesvinto, era una niña hechicera, próxima á ser una gran beldad.

Salia de la casa el anciano Fulgencio, cuando su hija y el huésped llegaron á ella. Vió con sorpresa á un forastero en el valle; pero oyó con benignidad la relacion de su entrada. Al repetir Floriana aquella expresion «este es el compañero que Dios me envía», sonrióse apaciblemente el anciano, dió una mirada penetrante al jóven godo, y le abrió en seguida los brazos, llamándole hijo.

En aquel valle, mansion de felicidad, pasó Recesvinto dos

meses, los mas apacibles de su vida: paz habia encontrado allí, consejos prudentes, adorable inocencia, y áun libros de grato y provechoso entretenimiento. Floriana, enseñada por su padre, traia de continuo en la mano las *Geórgicas* de Virgilio, y los *Varones ilustres* de san Isidoro.

Fulgencio, español de orígen, ocultando su nacimiento, habia militado con gloria bajo las banderas de Recaredo. En una riña con un capitan godo, le hirió de muerte: súpose entónces el linaje del homicida, y condenado á servidumbre, fué ignominiosamente vendido por esclavo. Fugitivo de su señor, habíase refugiado en aquel intrincado valle, donde un lejano pariente suyo tenia una pobre y segura vivienda, poco ántes labrada. Largos años la cultivó Fulgencio con solo un sirviente; una excursion que hizo fuera del valle le facilitó ver y conocer á la bella y virtuosa Pomponia, con quien se unió al pié de las aras, y vivió feliz algun tiempo: fruto fué de su casto seno Floriana. Al cumplir el primer lustro la hija, falleció la madre.

A los dos meses partió Recesvinto en su caballo, que habia sido recogido por un esclavo, ó mejor dicho, por un liberto de Fulgencio. En torno del bondadoso anciano español no habia esclavos, sino hijos, amigos.

Al partir el godo, lloraron el español y la española. «Tú eres sin duda, repetia Floriana, tú eres el compañero que me está destinado.

— Sí, ángel mio, exclamó Recesvinto, cediendo á un impulso desconocido, invencible; yo lo soy, yo he de serlo: no sé cuándo volveré á verte; pero yo volveré. Espérame, y no desconfíes aunque tarde.»

Partió. Tardó. Volvió.

El amor y el respeto á su padre le mandaban abandonar aquel asilo, impropio de un guerrero. — Partió.

Quindasvinto fué elevado al trono de España; las grandezas y los cuidados rodearon á su hijo. — Tardó.

Pero los cuidados de su jerarquía le abrumaban, y las grandezas dejaban en su alma un vacío. — Volvió.

Floriana crecia en belleza, en ingenio, en virtud. Recesvinto repitió con frecuencia sus visitas al valle, alejándose de la Corte ya con uno, ya con otro pretexto.

Comprendió que poco á poco habia ido brotando en su corazon un afecto, que ya era una pasion vehemente; recordó la ley que le impedia recibir en su tálamo á una romana, recordó sus obligaciones de príncipe y quiso cumplirlas. El Rey su padre le habia instado de continuo á que aceptase una esposa: Recesvinto, resuelto á vencer su flaqueza, cedió á los deseos del Rey, y entregó el anillo de los esponsales á la bella y orgullosa Teodosinda, hermana de Froya, con lo

cual quedaba obligado, segun la ley, á casarse con ella dentro de dos años, á mas tardar; bien que todavía era posible excusar el matrimonio, si convenian en ello ambos contrayentes. La comparacion entre Teodosinda y Floriana fué tan ventajosa á la hija del valle, que ella sola condujo al Príncipe á pensar en lo que si no, jamas se le hubiera sériamente ocurrido: ser esposo de la humilde española. Dejó, pues, trascurrir los dos años, provocando gravemente la ira de la ilustre desposada y de su familia, y pasado aquel término, se encaminó al Valle del Paraíso. No se puso ántes de acuerdo con los deudos de Teodosinda para declarar disueltos los esponsales; pero el desvío que ambas familias se manifestaban desde que se empezó á notar frialdad en el Príncipe, le autorizaba en cierto modo para omitir aquella formalidad; el Rey parecia haber renunciado al proyecto, y Froya, por altanería ó por prudencia, no habia querido pedir cuentas al Rey. El Príncipe acudió al valle, como ya dije, y trató de casar con Floriana secretamente, sin revelarle su jerarquía. Para ella, Recesvinto solo era un romano, natural de Toledo: esto era lo que habia dicho él á Fulgencio, cuando por primera vez le recibió en su pobre cabaña; el nombre con que se habia disfrazado era Heliodoro. Larga enfermedad, que terminó en la muerte del padre, detuvo el convenido enlace de la hija y el Príncipe: Froya lo supo de un siervo, regalado con otros dones por él al sacerdote que asistió á Fulgencio en su última hora. Necesitó el sacerdote llevar consigo al valle el esclavo, conoció este al moribundo, y en un viaje á Toledo avisó de todo á su antiguo señor.

Muchas de estas cosas hubo de referir ó explicar Recesvinto á su padre, despues de la entrevista con Froya, que tan perniciosa fué para el Príncipe. Flavio oyó á su hijo con la imperturbabilidad ceñuda de su carácter enérgico.

«Tú me encareces, le dijo al fin, las prendas de esa romana, y áun las de todas; yo creo que no hay una de ellas que merezca ni áun ser la concubina de un godo.

— ¡Qué blasfemia, padre! Si conocieras á Floriana... si tuvieras ocasion de conocer sus virtudes...

— Si esas virtudes se sujetaran á una prueba...

— Hazla.

— Tú me desafías.

— Sí.

— Insensato, repuso el padre en el tono del que teme que le adivinen el pensamiento, retírate á tu cuarto, y no salgas de él ni hables con nadie hasta que yo te lo permita.»

Con esto se separaron por distintos lados el padre y el hijo.

CAPITULO III.

Si dispone de su fe,
Porque otra en su pecho mande,
Mi dolor será muy grande;
Mas yo lo soportaré.
Y firme se me verá,
Combatiendo con mi suerte,
Amarle en vida y en muerte,
Y áun, si puedo, mas allá.
(La ley de raza, *acto* 1.)

Veinte dias despues todo era confusion en el valle: sus desembocaderos habian sido franqueados con el azadon y el hacha; huéspedes turbulentos, soldados destructores, habian desterrado de aquel recinto la antigua paz; las reses espantadas se habian refugiado entre los matorrales; las palomas torcaces, que diariamente venian á recibir su alimento delante de la choza por mano de Floriana, habian huido para librarse del arco matador. Las entradas del valle estaban guardadas, y á los criados de Floriana se les habia prohibido salir de él, pena de la vida.

Floriana en tanto entraba una noche recatadamente en una humilde casa del arrabal de Toledo. Los soldados habian sido enviados al valle por el Rey, Floriana habia salido de él por disposicion del Príncipe.

Cuando ponia el pié en el umbral de la estancia que iba á ocupar, penetraba Recesvinto en ella por la puerta de en frente. Arrojáronse los tiernos amantes uno en brazos del otro, y lágrimas de casto júbilo expresaron mudamente lo que sentian en aquel primer momento. «¡Mi Heliodoro! ¡Floriana mia!» fueron las únicas palabras que pudieron decirse.

«Ya ves que me rindo á tu gusto: me enviaste una carta pidiéndome que viniese á Toledo, y aquí me tienes; me ofreciste declararme aquí los motivos de esta resolucion, y ya los espero. Muy poderosos deben ser, porque ántes la idea de sacarme del valle, te estremecia.

— Floriana mia, ármate de valor.

— ¿Cómo ha de faltarme á tu lado?

— Tengo que hacerte una confesion penosa.

— ¿Vas á decirme que no me amas?

— Eso no seria confesion, seria mentira.

— Entónces nada me importa cuanto me digas. Habla.

— Mi padre vive, es muy poderoso, y yo pretendia casarme sin su noticia.

— Mal hecho; pero á tu edad no necesitas ya su licencia.

— La necesito, sí. El puesto de mi padre y el mio... En fin, él ha sabido nuestros amores, me ha encarcelado, y ha querido apoderarse de tu persona.

— ¿Tanto es el rigor, el poder de tu padre?

— Tanto, que difícilmente he podido enviarte un mensajero que te hiciera salir del valle, ántes que los emisarios de mi padre penetrasen en tu morada. Por eso te han conducido á Toledo por caminos extraviados; aquí estás mas segura que en otra parte, porque, de cierto, no te buscarán aquí.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué de peligros nos rodean! Sin embargo, bien dices: en ninguna parte estoy mejor que cerca de tí. Pero ¿por qué nos persigue tu padre? ¿Por qué le irrita tanto nuestro matrimonio?

— Tú eres española... y yo...

— Acaba...

— Perdóname, bien mio; perdona un engaño, hijo del amor. Cuando te vi la primera vez, fué una precaucion necesaria encubrirme con un nombre supuesto; cuando te ofrecí la mano, temí que, si te revelaba quién era, me rehusases la tuya.

— ¿Por qué? Pues ¿quién eres? Dímelo, dí pronto. ¿Quién eres tú? ¿Quién es tu padre?

Abrióse de golpe la puerta por donde habia entrado el Príncipe, y apareció Flavio, con manto de púrpura y báculo de marfil, y séquito de guardias que se quedaron en la pieza vecina.

«El padre de tu engañoso amante, dijo Flavio, adelantándose majestuosamente en la sala, soy yo.

«¡Bien has cumplido mis órdenes! prosiguió dirigiéndose á Recesvinto: has pretendido ocultar de mis ojos á tu víctima, y has quebrantado el arresto en que te puse. Véte de aquí.

— ¡Señor! replicó el Príncipe con una arrogancia que jamas se habia visto en él en presencia de su padre, yo necesito defender á Floriana.

— Necesitas obedecerme, repuso Flavio: obedece, pues. Véte de aquí.»

Era irresistible la fuerza de una órden en boca de Flavio: su hijo tuvo que salir de la estancia.

Solos en ella el Rey y la solitaria del valle, Floriana, con la sencillez noble de la inocencia, se llegó á Quindasvinto, le cogió blandamente una mano, y mirándole como á Fulgencio cuando se le mostraba disgustado y estaba ella segura de que iba á desvanecer su disgusto, le dijo entre acentos dulcísimos:

«¿Por qué no me quereis para hija, venerable señor?»

Quindasvinto, afable y áun tierno sin poder excusarlo, contestó á Floriana, echándole la mano al hombro:

«Doncella hermosísima, porque tú eres española, tu Heliodoro es el príncipe Recesvinto, y yo soy el Rey.

— ¡El Rey! exclamó aterrada la jóven, y cayó de rodillas al suelo, cubriéndose con las manos la cara.

— El Rey, sí, prosiguió Quindasvinto, sentándose, ese Rey de España, del cual, allá en tu soledad, quizá te habrá dado tu padre perversas noticias. Te habrá dicho que es muy viejo y muy malo: que ha dado muerte á muchos, grandes y chicos; que ha reducido á la esclavitud á mujeres ilustres, á doncellas de pocos años: todo es verdad, y ha sido todo necesario para sujetar y encaminar al bien á un pueblo, que se precipitaba en un abismo de corrupcion. Tú eres inocente, mi pobre Floriana, y tu Rey te tiene de rodillas: cree que no ha de ser sin motivo. ¿Sabes, malaventurada niña, que nuestras leyes vedan el casamiento entre un godo y una romana?

— Sí lo sé. Ataulfo, el primer soberano de vuestra estirpe en este pais, pereció asesinado porque se casó con una romana, que era hija de un emperador, y hermana de otro. El rey Téudis fué asesinado tambien, porque eligió para casarse á una dama española, que era poderosísima. Yo ¡mísera de mí! solamente soy...

— Solo eres hija de un hombre que, en virtud de judicial sentencia, fué vendido por siervo: tú, infeliz criatura, has nacido en la servidumbre.

— ¡Yo esclava, señor! No me digais que soy esclava; no, por lo que mas ameis.

— No lo digo yo sino porque lo ha manifestado, y lo prueba en justicia, tu dueño, ó por mejor decir, tu ama.

— ¿Quién es mi dueño?

— Oye. Un prócer godo, difunto ya, compró á tu padre, que se le huyó; un hijo y una hija heredaron al prócer, él los esclavos, y las esclavas ella. Tu señora es la hija de aquel magnate, y se llama Teodosinda.

— Y decid: esa Teodosinda, esa mi señora, ¿qué especie de ama es?

— Teodosinda, rica y hermosa dama, hermana del poderoso Duque Froya, ha estado tratada de casar con mi hijo, y no se ha celebrado todavía el contrato, ni se ha disuelto.

— ¡Poderoso Dios! prorumpió aquí la hija del valle, dando con la frente en el suelo. ¡Amante yo de un godo, no solo soy española, sino que soy esclava; amante de un Príncipe, no solo soy esclava, sino que lo soy de la desposada con el Príncipe, de la que tal vez será su esposa, de mi rival! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡yo en poder de quien me creerá su compe-

tidora! ¿Me matará Teodosinda, Señor? Si ya que me matase, no me humillara....

— Más querrá servirse que privarse de tí. Pero esfuérzate, virtuosa doncella, á tener valor. Has rodado á lo mas profundo de la desgracia; más no puedes bajar, y es posible que subas. Mucho me engañará mi experiencia de mundo, si en casa de Teodosinda, á la cual me será forzoso entregarte, no hallas quien te saque de tu estado abatido. Floriana, si en aquella casa te ofrece, á pesar de la ley, algun personaje godo la mano, créeme, ni la aceptes ni la rehuses, y avísame al punto.

— Señor, yo prometí á vuestro hijo y á Dios, yo me he prometido á mí misma no amar á otro que al que vos nombrais Recesvinto, y yo llamo Heliodoro. Heliodoro, pues, ó Recesvinto, será mi único amor. Ya no puede ser mio, quizá no querrá ya serlo, quizas ame á otra, quizá sea esposo de Teodosinda, quizá tenga yo que lavar los piés á su esposa: Recesvinto será mi primero y postrero amor. Vos le habeis mandado salir de aquí; no sé si le veré ya mas; no sé si aunque le vea me dejarán hablarle: vos, á cuyos piés estoy como esclava, y estaria aunque fuese nuera, me hareis la gracia de pedirle en mi nombre que no piense ya en mí. Se me figura que no ha de olvidarme, porque juzgo de su corazon por el mio; pero deseo yo su vida, su seguridad, su esplendor, cueste lo que cueste, y tengo obligacion de dirigirle esta súplica. No quiero que, por amar á una española, se le rebele el pueblo godo, le persiga y le mate. No moriria sin defensa, como estuviese yo á su lado: jamas lancé una flecha ni áun á los milanos que acechaban á las palomas de mi cabaña; mas viendo una espada contra mi Heliodoro, dos cogeria, dos manejaria yo, una en cada mano. Me contaba mi padre que los matadores del Rey Ataulfo, para degradar ignominiosamente á la Reina viuda, hija y hermana de emperadores, la condenaron á correr en público delante de un verdugo á caballo, que la perseguia con látigo en mano, diciéndole: «Corre, ó te doy.» No hubiera corrido yo, hija de un esclavo; no hubiera envilecido yo, sujetándome á tan afrentosa pena, la memoria del Rey mi esposo: primero me hubiera dejado machucar y despedazar, pisoteada por el caballo. Señor, señor (concluyó la enamorada jóven, saltándosele las lágrimas en medio de aquel arranque de fortaleza), el Príncipe me ofreció su amor; no me quejo de que me ocultara su clase, porque sabiéndola yo, no le hubiera podido amar; y las dulzuras que he debido á este amor no se pagan con lo que puedo padecer en lo que me resta de vida: al fin penando mucho, viviré poco.»

El Rey, observando primero si le veian los guardias que

estaban en la pieza anterior, tendió á Floriana los brazos, penetrado de ternura insólita, y le dijo: «Ven, valerosa niña; ven, y ántes que llegue por tí tu ama, recibe este beso que Flavio Quindasvinto (el cruel, segun le apellidan) estampa llorando en tu frente, que Dios bendiga.»

Momentos despues, erguida y grave y con paso lento, llegó Teodosinda, acompañándola Froya y parte de su femenil servidumbre. Flavio Quindasvinto, ocultando su conmocion profunda, asió de la ropa á Floriana, y obligándola á dar un paso hácia Teodosinda, dijo con voz solemne: «Esclava, hé ahí tu señora.»

Teodosinda hizo una seña á las esclavas de su séquito para que rodeasen á Floriana, y les dijo: «Llevad á mi palacio á vuestra nueva compañera. Mañana se os prevendrá lo que habeis de hacer.»

Con esto se retiraron todos.

Los lances de este capítulo necesitan poca explicacion. Flavio habia descubierto que su hijo habia mandado conducir á Floriana sigilosamente á Toledo, y habia querido sorprender á los poco prevenidos amantes, para cumplir con Teodosinda y con Froya, de quien sabia lo correspondiente á la esclavitud y fuga del difunto Fulgencio. Apreciador sagaz y justo de las prendas eminentes de la española, vió con cierto placer la necesidad de colocarla cerca del mas fuerte enemigo de la estirpe romana; en cuanto al desconcepto que á Recesvinto podia traer el haber querido casar con la hija del siervo, creyó que se disiparia sin consecuencias graves.

Flavio, aunque rey electivo, habia sabido hacerse respetar mucho, y temer áun mas: tenia casi todas las cualidades de un gran monarca, y para tirano le faltaba muy poco.

CAPITULO IV.

Aquel riesgo tan temido
Sagaz artificio ha sido
Para que obediente diera
Mi cabello á la tijera,
Mis amores al olvido.
(Doña Mencía, *acto* 2.)

Cruel fué la primera noche que Floriana pasó bajo el techo de Teodosinda. De libre habia pasado en pocas horas á la condicion de sierva; rápida como un relámpago habia pasado por su mente la idea de casar con un príncipe, y en el mismo momento se habia visto privada de amante, libertad y esperanza. Momento de luz que le alumbró para ver el abismo en que la precipitaba su suerte. ¿Qué seria de ella, entregada á los caprichos de una rival! ¿Qué seria de ella, cuando la mirase Recesvinto! ¿Qué, si no la miraba! ¿Qué seria de él! ¿Cómo aquel hombre de tanto brio habia sido capaz de abandonarla al rigor de un padre y de una competidora! Recesvinto no la habia amado nunca; y sin embargo, Floriana, á pesar de todo, no podia ménos de creer que Recesvinto la amaba siempre. Copiosas lágrimas regaron el lecho humilde de la hija del valle, igual en todo al de las esclavas que dormian encerradas con ella; pero en un alma verdaderamente virtuosa, por tierna que sea, solo breve tiempo domina sin límites el dolor. Veíase infeliz; pero se sentia inocente, consuelo el mas poderoso que existe. Veíase esclava; pero en Toledo no habia nadie que la hubiera conocido en el estado de libre. Como se habia criado en un retiro, le causaba ménos rubor el pasar de un estado próspero á un estado abatido: sentia, pues, su infelicidad; pero este dolor iba exento de los aguijones de la vergüenza, que es el suplicio mayor de los que padecen. No tenia padres ni deudos á quienes afligiese su desventura: tambien es alivio padecer solo. Así, despues de haberse abandonado largas horas al desconsuelo, vino al cabo el instante destinado á la victoria debida á su heróico valor. «Yo haré ver, dijo interiormente con una resolucion del todo española, yo haré ver en el estado de esclava que la mujer en quien puso Recesvinto los ojos, no era indigna de ascender á su lecho.» Una fervorosa oracion acabó, de restablecer en su espíritu aquel género de tranquilidad que su situacion permitia: la tranquilidad de la resignacion,

que se funda en el conocimiento de sí propio, en el respeto á la voluntad del cielo, y en la confianza en su bondad infinita.

A la mañana siguiente las esclavas hicieron tomar un baño tibio á la nueva compañera, le vistieron el hábito de su clase, corto de falda y mangas, pero rico, segun convenia á la opulencia de la casa; y con el cabello tendido, la llevaron á presencia de la señora. Estaba Teodosinda sentada en un rico estrado, vestida con la mejor de sus galas, como si celebrase una fiesta, ó como si quisiera hacer alarde de su riqueza, gallardía y buen gusto á los ojos de la mujer que habia reinado en el corazon de Recesvinto. La satisfaccion del triunfo animaba su rostro, blanco sí, pero ordinariamente descolorido. Era Teodosinda alta, gruesa, rubia, de regulares facciones, de grandes ojos y proporcionada boca; era hermosa mujer, y sin embargo, le faltaba alguna cosa notable para ser bella: faltábale aquel rayo vivificante que desde lo íntimo del alma sale á los ojos, brota en el labio y vibra en el acento; faltaba en aquel rostro el sello imponente de la inteligencia, la marca gloriosa de la bondad. Y con todo, si alguna vez habia podido creerse Teodosinda perfectamente bella, era en aquel instante: el lujo de sus vestiduras y el esmero de su tocado, que otras veces le favorecian tan poco como si se hubiesen empleado en una estatua inmóvil, ahora que la alegría, el orgullo y cierta complacencia maligna daban movimiento á su faz severa, gallardía á sus ademanes y desusado tono á su habla, prestaban á su hermosura prodigioso realce: la envidia afea; pero la malicia y la fatuidad... por ventura embellecen. Con tímidos pasos, como víctima conducida al altar, entró Floriana por la cámara adelante; y habiendo tenido resolucion suficiente para aventurar una mirada furtiva hácia su señora, húbole de hacer tan terrible impresion el júbilo derramado por aquella fisonomía naturalmente adusta, que sin remedio le fué forzoso bajar los ojos: habia comprendido el secreto de aquella sonrisa, y habia visto tambien en una mesa trípode, á la derecha de la señora, un collar, un látigo y unas tijeras.

«Ven, mujer, ven, dijo Teodosinda á Floriana con todo el cariño que cabe en el que tiene enteramente á su disposicion á un contrario; yo he querido honrar á la hermosura que ha sido capaz de avasallar á un príncipe: y así la propia mano de tu señora, y no la de una de tus compañeras de servidumbre, será la que te despoje de tu cabellera, y cerque tu garganta con el collar que te declare por mia. Lástima es, á fe, que esa crecida mata se haya de sujetar al hierro; lástima es que ese cuello de cisne se haya de encerrar en un aro de cobre; pero no tengo yo la culpa de que

sea esta la suerte que te ha cabido: suerte que yo procuraré hacer tolerable. Tú serás la sierva mas inmediata á mi persona; me vestirás, me harás el trenzado, estarás á mi lado siempre, y dormirás al pié de mi cama.

— Gracias os doy, señora», respondió Floriana con sublime paciencia.

Las esclavas le hicieron señal de que se arrodillase y besara los piés de su ama: toda la sangre se le agolpó á las mejillas á Floriana en aquel terrible momento de prueba; vencióse, empero, se hincó de rodillas, sus largos cabellos hermosísimos ondearon por el suelo cuando inclinó la cabeza sobre el escabel en que descansaba el pié de Teodosinda, quien, desarmada con la docilidad de su sierva, le alargó compasivamente la mano: un ardiente beso y una lágrima, áun mas ardiente, comunicaron á aquella mano un temblor cobarde. Aquel ósculo y aquella lágrima, ambos tan amargos, hicieron comprender á Teodosinda cuán poderoso era el atractivo de aquella mujer, que áun sabia enternecer á una rival ofendida: irritóse consigo propia por aquel momentáneo impulso de ternura; y sus facciones, que, por primera vez acaso, habian brillado con el encanto celeste de la clemencia, cobraron su rigidez acostumbrada. Asió, pues, el látigo, y tendiéndolo sobre la espalda de Floriana, dijo con entereza cruel: «Derecho tengo sobre tí, casi de vida y muerte: mira cómo me sirves.» En seguida, soltando el afrentoso instrumento del castigo servil, cogió á la paciente jóven con la mano izquierda una porcion del cabello, y tirando suavemente de él hácia atras, la obligó á levantar el rostro, demudado en aquel punto por la angustia, y estúvole contemplando algunos momentos, preguntándose interiormente á sí misma: «Pero ¿es, en efecto, esta mujer tan hermosa? No, se contestó mudamente, y ahora lo parecerá mucho ménos»; — y dándose prisa, agarró las tijeras, dió movimiento á las cortantes cuchillas, y quedó despojada de su natural adorno la sometida y hermosa cabeza. Tomó luego el collar, ciñósele, cerró el candado, y entónces volvió á mirarla otra vez, y apareció de nuevo una sonrisa en sus labios, que traducida en palabras significaba: «Bien estás así.» El collar tenia la marca ó las iniciales de la señora.

Froya vino un momento despues. Al ver á Floriana, hizo un gesto de desagrado, como si sintiera haber llegado tarde, y mandó recoger los cabellos cortados, dando por razon que podian servir para adornar un yelmo. Teodosinda le pidió que la acompañase á la basílica. Froya, enojado, se negó con dureza. «Anda, le contestó, sola con tus esclavas; anda á lucir por las calles la nueva adquisicion que has hecho.» Teodosinda, sin hacer caso, se dispuso á salir, y mandó á

Floriana que llevase la piel sobre que habia de arrodillarse la señora en la iglesia.

A la puerta del palacio de Froya habia una porcion de gente agolpada; pues habiendo cundido por la ciudad la nueva de los sucesos ocurridos en la noche anterior, todos querian conocer á la romana, que habia osado aspirar á princesa. Su modesto porte reunió todos los afectos de cuantos la miraban en estas dos exclamaciones: «¡Cuán desgraciada! ¡cuán hermosa!» Froya, asomado á un mirador, siguió con la vista la comitiva de su hermana, hasta que torció por la bocacalle primera.

Recesvinto no estaba en Toledo: su padre, la noche ántes, le habia mandado salir á sosegar á los vascones, que principiaban á alborotarse.

CAPITULO V.

Pregunta, averigua, inventa
Cuanto por medios humanos
Pueda á godos y romanos
Tenerles en algo cuenta,
Y acude á mí; si vacilo
En cumplirte algun empeño,
Que me castigue ese ceño,
Que no puedo ver tranquilo.
(LA MADRE DE PELAYO, *acto* 3.)

Jamas habia mostrado Teodosinda tanto empeño en parecer hermosa, como desde que tenia en su poder á Floriana: la señora competia con la sierva, y se valia del ministerio de la sierva misma para obtener la victoria.

«Nunca has tenido camarera que te vista y adorne como Floriana, le dijo un dia su hermano.

— Verdad es, le respondió Teodosinda. Yo creí que me serviria de mala gana; pero he visto que no. Nacida para la esclavitud, se ha conformado con su suerte.

— Quizá es que tiene un espíritu demasiado elevado para hacer caso de pequeñeces. Cuando tú gozas extraordinariamente, obligándola á esmerarse en tu tocado, quizá ella te compadece en sus adentros y se dice á sí misma: Satisfagamos el capricho de esta mujer envidiosa, para hacerle ver que valgo mas que ella.

— ¡Si tal supiera!... ¡Yo envidiosa! Pero ¿cómo es que has variado tanto de opinion respecto de los españoles, á quienes tanto menospreciabas ántes?

— Los desprecio aún lo mismo.

— ¿Y á las españolas?

— Tambien.

— ¿A todas sin excepcion?

— ¿Te figuras que me ha enamorado Floriana?

— Locamente.

— Cuidado cómo me la tratas, entónces.»

Este breve diálogo hizo que Floriana perdiese la benevolencia de su señora, que con su mansedumbre se iba granjeando.

Miéntras tanto pasaban dias y dias, y el Rey guardaba un absoluto silencio respecto del Príncipe. Teodosinda habia promovido la reconciliacion de su hermano y el Rey, con la esperanza de que el Rey haria que se verificase el matrimonio interrumpido. Callaba el Rey, y no habia cartas del Príncipe.

Froya y su hermana comenzaron á dar oidos á ciertos próceres descontentos, que atizaban en secreto la rebelion de los vascones. Decidiéronse, en fin, á hacer causa comun con ellos, vivamente irritados contra el hijo y el padre.

Flavio tuvo noticia de la coligacion la noche misma en que fué jurada. Al siguiente dia se presentó de improviso en casa de los dos hermanos. A Teodosinda le dijo que habiendo pasado ya tiempo bastante para que el Príncipe conociera su yerro, le habia escrito que se preparase para dar la mano á su antigua desposada, si esta se dignaba admitirla; á Froya le mandó restituirse á su gobierno: con esto quedó la conspiracion deshecha en un punto. Froya, separado de sus cómplices, no podia entenderse con ellos; Teodosinda, esperanzada de ser esposa del Príncipe, no habia de conspirar contra el Rey padre. Como el secreto se hallaba entre muchos, la division era segura, y la ruina del proyecto inevitable.

Froya pidió á su hermana, llamándola burlonamente *su futura Reina*, las albricias de la gran fortuna que le esperaba. Por don de partida reclamó el Duque una joya de gran valía, la posesion de la hija del valle.

Negóse Teodosinda á desposeerse de la sierva; pero el Gobernador supo vencer fácilmente su resistencia, porque solo, siendo amo él de Floriana, consentia en cesar de oponerse á la exaltacion de Recesvinto. Floriana pasó de manos de Teodosinda á las de Froya. El último servicio que exigió de ella su ama fué el mas cruel y repugnante de cuantos le habia prestado: Teodosinda mandó escribir á Floriana una carta para el ausente Recesvinto, en la cual, segun las instruccio-

nes del Rey, permitia Teodosinda al Príncipe aspirar de nuevo á su cariño; la turbada amanuense tuvo que trazar, entre otras, estas durísimas expresiones: «Creo que habrás olvidado completamente á mi esclava; de ella puedo asegurarte que se acuerda poco de tí.» La letra de estas líneas estaba desfigurada y temblona; por fortuna la ilustre Teodosinda no podia conocer sino los borrones. Floriana supo con sobresalto que cambiaba de poseedor; pero salió de Toledo con alegría.

Caminaban en direccion de Segóbriga el Duque y Floriana, montados ambos en poderosos corceles; venia la noche, y el Duque trataba de continuar su camino. Hallábanse en una vega regada por un manso arroyo, cuyas márgenes poblaban ánsares silvestres; iban los viajeros á entrar en una senda estrecha y muy honda, ahogada entre dos cadenas de cerros empinadísimos, cubiertos de peñascos amenazadores, interpolados con espeso ramaje, los cuales, elevándose de repente sobre el llano de la vega, se extendian considerable trecho en forma de hoz ó de media luna. La luz iba menguando, la tarde era nublada, y Froya habia observado que los habian ido siguiendo mañana y tarde unos hombres á caballo, que aparecian á lo léjos en lo llano, y desaparecian entre las fragosidades. El sitio era peligroso, y la hora mala; por eso el cauto Froya se previno ántes de penetrar en el desfiladero; mandó abrir á sus esclavos un arca, púsose una ligera armadura de aros y un casco á la romana antigua, de finísimo temple, que presentó sonriéndose á Floriana para que lo reconociese; la larga cabellera de la española, saliendo del cuerpo de un grifo, adornaba la cimera de aquella arma defensiva. Aprestado el Duque, dispuso que los dos esclavos que llevaba consigo hiciesen guia con sus caballos del diestro; detras, á cierta distancia, habian de caminar dos soldados; Floriana en el centro, y él á su lado para acudir donde hubiese peligro: todos á pié, porque lo estrecho, tortuoso y desigual de la senda hacia imposible el manejar bien una caballería. Las precauciones que el Duque tomaba hubieron de asustar un poco á Floriana, y mirando cuidadosamente á la cumbre de la mano siniestra, dió de pronto un grito, que puso en cuidado á los cinco viajantes: habíale parecido ver en lo mas alto de las peñas un hombre. Tranquilizóse Froya al momento, reparando que realmente en la cima del cerro, por aquel lado, descollaba una peña alta y estrecha, la cual, de improviso y en aquella hora, podia sin duda parecer una persona á los ojos de un tímido; Floriana, sin embargo, creyó que habia visto ondear una capa, infiriendo de aquí que detras del peñasco estaria el hombre. Sin mas detencion, se internaron en la hondonada: ya allí, la oscuridad era mayor,

por lo alto de los cerros y lo frondoso de los árboles de que se cubrian á trechos. Pisaba Floriana con cuidado; pero tropezaba con frecuencia en los guijarros con que estaba la senda obstruida: de modo que por la lentitud de su marcha, los soldados que habian de guardarles la espalda, los alcanzaban á cada instante, y tenian que detenerse. Froya, ajeno ya de temor, porque habian caminado sin novedad la parte acaso mas peligrosa de la angostura, mandó á los soldados que siguiesen adelante y se reunieran con los esclavos: queria coger del brazo á Floriana, y no gustaba de que nadie lo viese.

«Ásete aquí, le dijo Froya con cierta aspereza fingida; si no, no saldremos de la Hoz en toda la noche.

— ¡Yo apoyarme en tu brazo, señor! ¡Una esclava!

— La esclava cuyos cabellos ornan mi capacete, bien puede rozarse con mi persona.»

Floriana, modesta y confusa, tomó el brazo de Froya. Siguió un breve rato de silencio, durante el cual llegaron al paraje mas claro del desfiladero. A la izquierda se alzaba una pared de roca, perpendicularmente cortada; en ella, á la altura como de cinco estados, veíase un nicho natural, casi lleno de guijas, tiradas allí por los caminantes; al pié, un monton de cantos que, dirigidos al nicho, no habian entrado en él, ó habian rodado cuando entraban otros.

«¿Tendrás habilidad para introducir una piedra en aquel agujero?» preguntó afablemente Froya á Floriana, señalándole el nicho.

Maravilloso fué el efecto que hizo esta pregunta en Floriana: su viaje á Toledo, su esclavitud, lo peligroso del sitio, todo desapareció de su memoria. Parecióle que se hallaba en el Valle del Paraíso, libre y feliz, traveseando con los custodios de su infancia. Cogió una piedra, despidióla con brio, y desapareció en el fondo del nicho.

«¡Bien! dijo entusiasmado Froya: no tienes mala suerte. ¿Sabes lo que significa lo que acabas de hacer?

— Lo ignoro completamente, señor.

— Hay un pronóstico, ó por mejor decir, hay dos pronósticos en este país acerca de ese hueco. El viajero que mete en él una piedra, está seguro de volver á pasar por aquí.

— Es decir que á lo ménos saldrá de este paso con vida. Ese es el primer agüero: ¿y el segundo?

— La jóven que introduzca allí una piedra, se ha de casar ántes de un año.

— No se verificará ese agüero en mí.

— ¿Por qué?

— Porque no me casaré ya.

— ¿Aunque te lo mande tu amo?

— Aunque me lo rogara el Rey.

— El Rey nada tiene que entender en negocios del Duque Froya. Ni el Rey ni su hijo. Verdad es que el hijo quiere ocupar el trono del padre. Verdad es tambien que se halla en una provincia inquieta, donde... donde puede morir.

— ¡Oh! ¡no lo permita Dios!

— ¿Le amas todavía! Despues de su indigno porte contigo, ¿pudieras conservarle inclinacion alguna! ¡Consentir que pasaras á ser esclava de tu rival, no hacer nada por tí, no verte ni hablarte, y por último admitir, pretender quizá, la mano de mi hermana! ¿Merecen mas que odio y desprecio tan inicua traicion, tan horrible abandono?

— Yo no puedo creer que el Príncipe sea tan inhumano.

— ¿Qué motivos tienes para dudar? Quien principió engañándote, ¿por qué no ha de acabar por darte al olvido? Ese hombre no sabe amar, no te ha querido nunca: si te hubiese amado, si tuviera corazon de hombre, ¿te hallarias tú ahora aquí al lado de este adusto guerrero, que tampoco ha sabido amar hasta que te vió? Esclava mia (añadió con un entusiasmo que amedrentaba), el Duque Froya, enemigo y despreciador de tu raza perpetuo; el Duque Froya, que te ha sacado del poder de una tigre, que gozaba en atormentarte; el Duque Froya, tu amo, que jamas ha mentido, y que jamas ha renunciado á un proyecto, te declara que te ama, y te pide tu amor.

— ¡Ah señor! ¿qué dices! Yo no puedo amarte. Soy esclava; pero me he criado libre, y sé lo que manda la fe en que me han criado. Pon los ojos en quien pueda corresponderte sin crímen.

— Si hay crímen aquí, mio es tan solo, y de él daré cuenta. Floriana, tú has de ser mia.

— Jamas.

— ¿Sabes lo que dices, imprudente! ¿Sabes que contra mí no tienes amparo ninguno? ¡Eh! comprende mejor tu estado, lo que puedo y lo que merezco. Mira, Floriana, que aunque hubieses visto postrados á tus piés mil amantes, ninguno deberia darte la gloria que yo. Entre las bellas de nuestras principales ciudades he podido escoger á mi gusto una compañera, y á todas las he desairado: un talento y una virtud comunes no son para mí; yo quiero mas. Pero te he visto sentir la adversidad vivamente, y superar, sin embargo, tu sentimiento; te he visto ejercer los oficios serviles, y quedar, sin embargo, elevada sobre tu clase, y obligar á que te respetaran tus compañeras, tu señora, y yo mismo. No hay en España quien conozca lo que tú vales, como yo lo conozco; no hay quien te ame como yo te amo: no ha de haber quien te posea sino yo, que te aprecio y te amo segun mereces.

— ¡Oh, señor! ¡cuánto te debo! ¡Qué gozo es para mí ver que no eres tal como yo pensaba! Te creia feroz, insensible: ¡oh! perdon de la ofensa que hasta ahora te hacia. Desde que llevo el yugo de la servidumbre, no he tenido mas momento de consuelo que este. Pero, señor, ya que he debido al cielo la dicha de tener un amo que me engrandezca á mis ojos, yo sabré hacer ver que soy digna del concepto que de mí ha formado. Duque Froya, cuenta desde hoy con mi gratitud entrañable; cuenta con el respeto mas leal y mas puro, con la adhesion mas decidida: no puedo concederte mas, sin que me desprecies tú propio.

— Mira, Floriana: mi carácter es adusto y silvestre; mis gobernados tiemblan delante de mí; colócate tú entre ellos y mi persona; sé tú la intérprete de sus ruegos, la abogada de sus necesidades. Aborrezco á tu pueblo; pero adoro tus gracias: sirve á los tuyos, mediando conmigo en su beneficio. Casarme solemnemente contigo no me es posible; pero entre nosotros está usado y protegido por la ley el casamiento á *yuras* [1], único lícito entre desiguales. ¿Quieres ser mi mujer así?

— No.

— Floriana, acabemos. Recesvinto ¿vale mas que yo en prendas del alma?

— Quizá no.

— ¿Es mas noble, mas gallardo, mas rico?

— No.

— Mas valeroso y constante, de seguro que no: tú no lo sabrás; pero lo sabe España: puedo decirlo.

— Y yo lo creo.

— ¿Por qué me niegas el amor que le concediste?

— Porque, á no ser por tí, hubiera sido yo su mujer.

— ¡Floriana! ¡Floriana! exclamó arrebatado y fuera de sí con el delirio de la pasion el ardiente godo. ¿Quieres ser *solemnemente* mi esposa?

La prueba, la tentacion era terrible. El amor embellecia, divinizaba en aquel momento el rostro, la expresion, la voz, el ademan, hasta el aliento de Froya: tenia la majestad del leon, que respeta magnánimo la debilidad de su presa.

Floriana, agitadísima, recogiendo con fuerza las riendas de su razon, que se extraviaba, dijo con inexplicable dulzura al Duque, arrasados los ojos de lágrimas:

«Señor, el dia que Recesvinto pidió mi mano, le prometí no ser nunca de otro, y él me dijo lo mismo: no sé si lo cumplirá; yo no quebrantaré mi palabra.

[1] No tengo noticia de que se usara este casamiento entre los godos; pero así dice el manuscrito latino, de que se hablará al fin de la leyenda. *(Nota del Traductor.)*

— Tú has querido tu pérdida», gritó entónces el godo, rugiendo como un tigre: asió entre sus fornidos brazos á Floriana, la levantó como un haz de pluma, y se entró con ella entre los espesos árboles de una quebrada, que subia serpenteando hasta lo mas alto de las rocas.

Bregando inútilmente para desasirse de Froya, dió Floriana, al desaparecer en la espesura, dos ó tres gritos de angustia, que resonaron una y otra vez, repetidos por los ecos de la hondonada.

A los gritos de angustia sucedió uno de sorpresa, cuya vibracion era indefinible: un momento despues salió corriendo Floriana de entre los árboles de la senda; entre los árboles sonaba espantoso martilleo de espadas.

Otro momento despues apareció Froya retirándose hácia la senda, reciamente acosado por un desconocido en traje de mercader oriental. Los cabos de su toca ó turbante revueltos á la cara y cuello, solo le dejaban descubiertos los ojos; los golpes de su alfanje eran irresistibles, su silencio aterraba.

Una fuerte cuchillada, dirigida al cuello de Froya, descargó sobre la espesa cabellera de Floriana que Froya llevaba en el casco: allí se embotó el acero, y aquel preciado adorno salvó al Duque la vida; pero al violento vaiven producido por el golpe, rompióse el corchete de las correas que se unian por debajo de la barba, y el casco rodó por el suelo: otro mas furioso golpe amenazaba la cabeza desnuda del godo.

«¡Piedad!» exclamó Floriana, lanzándose entre los dos combatientes.

El incógnito se detuvo, dejó que Froya diese un paso atras, y asió de la mano á Floriana.

«Suéltame, quien quiera que fueres», dijo Floriana á su libertador; «yo no puedo separarme de mi amo.»

El desconocido clavó sus miradas centelleantes en Froya.

«Déjala venir conmigo, si quieres: juro que puede ir segura.»

El incógnito soltó la mano de Floriana y se escondió en la maleza.

A media noche Froya y su esclava, que habian caminado en profundo silencio, subian la cuesta de Segóbriga: el yelmo del Duque habia quedado en el sitio de la refriega.

CAPITULO VI.

Si hace el médico sangría,
Y muere el paciente luego,
Quede el médico al arbitrio
De los parientes del muerto.
(La ley de raza, *acto* 1.)

Nada de particular ofrecieron los quince primeros dias que pasó Floriana en Segóbriga. Situado en lo mas alto de la ciudad el castillo, residencia del Duque, desde sus azoteas se descubrian los cerros que cercaban el Valle del Paraíso, donde Floriana habia vivido feliz. Allí descansaban las cenizas de su madre y su padre; allí habia quedado tambien sepultada su ventura. ¿Qué seria de la anciana Apicela, que habia servido de madre á Floriana, despues del fallecimiento de Pomponia? ¿Qué seria de los fieles Nebridio y Laureano? ¡Cuántas lágrimas habrian vertido por la ausencia de su amada señora! Y ¡si hubieran sabido su suerte!... ¡oh! entónces, Apicela sin duda hubiera expirado de pesadumbre.

Estas reflexiones acosaban á Floriana cada vez que se alzaba del lecho, porque su primer cuidado era subir á la azotea para dirigir una mirada hácia el valle. Desde allí se elevaba al cielo su fervorosa oracion matutina.

Froya parecia haberla olvidado: ni la buscaba, ni huia de su vista. La noche que entraron en la ciudad le dijo estas pocas palabras: «He querido hacerte mi esposa; tú has preferido ser mi esclava: sélo en buen hora.» No le habia dicho mas, y su porte con ella parecia conforme al dicho; mas aquella indiferencia era una capa de nieve que encubria un volcan.

Los designios sediciosos de Froya habian vuelto á reproducirse despues del acontecimiento nocturno verificado en la Hoz. Muchos de los jefes de la conjuracion proyectada habian acudido á Segóbriga, y otros se mantenian esparcidos en las poblaciones convecinas. La ambicion y la venganza ocupaban mucho lugar en el corazon de Froya, para que le quedase alguno al amor. En esto llegó inopinadamente á Segóbriga Teodosinda.

«¡Venganza!» fué la primera palabra que dijo á su hermano. «Me han injuriado cruelmente: véngame.

— ¿Qué injuria te han hecho?

— Sabes que por consejo, ó mas bien por órden del Rey, escribí una carta á su hijo.

— Dí que se la hiciste escribir á Floriana.

— Pues bien, la dicté yo, la escribió ella. En aquella carta me mostraba benigna y áun amorosa con Recesvinto. ¿Cuál te figurarás tú que ha sido su respuesta?

— Dímela lisa y llanamente, y excuso figurarme nada.

— Me ha contestado que su padre no piensa en casarle conmigo, y que si me ha visitado y hecho concebir esperanzas, sin duda ha sido con el objeto de ganar tiempo y desbaratar las asechanzas que armamos contra él, de las cuales está perfectamente enterado. Que mire por mí y por tí, aprovechando el aviso que me envía, porque Flavio, aunque tardío en amenazar, es inexorable cuando alza el brazo para el castigo, de lo cual el mismo Recesvinto tiene pruebas recientes. Que renunciemos, en fin, á minar el trono de Flavio, y guardemos un prudente silencio sobre las noticias que nos comunica.

— ¿Sabe ya nuestros proyectos el viejo? Mejor: es preciso ya luchar cara á cara. A mí quizá me debe el ceñir corona; á mí me deberá tambien su caida. Flavio es un usurpador.

— Es un ingrato.

— Quiere hacer hereditaria la dignidad real.

— Oprime y escarnece á los que le han servido.

— Es un monstruo sanguinario. A fuerza de suplicios, no ha dejado en España ni siquiera uno de los capitanes y hombres de cuenta que se levantaron en varias épocas contra todo género de tiranía.

— Es un instrumento ciego de la ambicion y rapacidad de la clerecía. El Obispo de Zaragoza y el de Toledo mandan á Epaña en su nombre. Es necesario que Flavio sufra la suerte de sus predecesores. Veintisiete reyes llevamos desde Ataulfo los visigodos, no contando el que hoy reina: de estos, entre asesinados, muertos en batalla ó depuestos, creo que se cuentan catorce. No hará novedad añadir uno á ese número. Muerto el padre, quedará sin valedores el hijo.

— Sí, sí: tú estás llamado á ser Rey.

— Yo no sé si lo seré, ni me importa: lo que me importa es vengarme.

— Y á mí. A eso vengo á Segóbriga: los medios de llevar á cabo la insurreccion quedan á tu cuidado; al mio queda satisfacerme. Es necesario que me entregues la esclava.

— ¿Para qué?

— ¿Puedes dudarlo? Para quitarle la vida. Por ella me ha despreciado Recesvinto.

— Recesvinto es el culpable: él es el que debe perecer. Y perecerá, no tengas cuidado: de ese yo te vengaré.

— Es que yo no quiero que muera Recesvinto.

— Es que yo no quiero que muera Floriana.

— ¿Qué venganza es la mia, si no me libro de una rival?

— Y ¿cómo puedo yo ocupar el trono, si no acabo con mi competidor! La vida de Floriana á nadie perjudica, la de Recesvinto es incompatible con la mia. O ¿quieres, si me apodero de su persona, que se le inhabilite para el trono cortándole el cabello, como tú hiciste con Floriana, y que te le entreguemos luego para que le des la mano?

— Pues ¿con qué objeto pretendes conservar la vida de Floriana?

— Con el de tenerla por esposa no, porque no debo. Pero aunque me casara legítimamente con ella, ¿es lo mismo una mujer que un hombre? ¿Es lo mismo un godo que una romana? A ella no le envilece esa pena, y á él sí. Como te creyera yo capaz de unirte á un hombre degradado, aquí mismo te daria de puñaladas, tras haberte escupido al rostro.»

Teodosinda se mordió los labios de rabia, no sabiendo qué responder. «¡Oh!» dijo, sin embargo, entre sí, «mi rival no vivirá, yo lo aseguro: para algo he venido yo de Toledo.»

La conversacion de los dos hermanos fué interrumpida por un sirviente que avisó á Froya de que tenia que hablar con él el verdugo Sisberto.

«Es mi mejor espía, dijo Froya á su hermana: déjame solo con él un rato.» Teodosinda se retiró, no sin haber parado ántes la vista y la atencion en aquel hombre, acerca del cual pidió informes en seguida al mayordomo ó inspector del palacio-castillo. La historia del verdugo era digna de saberse.

Nacido Sisberto en Valeria, su padre, que era médico, le destinó á su profesion, en la cual hacia el jóven progresos notables, y se hubiera acaso distinguido como habilísimo confeccionador de remedios, á no haberle lanzado ignominiosamente de su docta, bien que poco estimada carrera, la suerte contraria. Era el padre de Sisberto tutor de una hermosa doncella, heredera de pocos bienes, pero dotada de una soberbia desmedida. Prendóse Sisberto de la altiva doncella, cuyo nombre era Centola: el padre aprobaba la inclinacion del hijo; ella recibia de buen talante sus obsequios; pero de la noche á la mañana, habiendo cumplido los quince años, edad en que termina la tutela del huérfano, pidió al tutor cuenta de sus bienes, y se separó de su casa, codiciosa la mal aconsejada jóven de mas alto empleo. El Gobernador de Valeria puso los ojos en Centola, que se le entregó sin reparo con escándalo tal de toda la ciudad, que el anciano tutor que la habia educado, falleció de pesadumbre: júzguese ¡cuál seria la de su hijo! Dió á luz una niña Centola, un año despues de su conocimiento con el Gobernador de Valeria: nació enferma la criatura; y como ya entónces hubiese hecho Sisberto

algunas curaciones que le dieron fama, el Gobernador le llamó para que asistiera á su hija. Rehusó áun el verla Sisberto, confesando francamente que aborrecia tanto á la madre, despues de su perfidia y envilecimiento (tales fueron sus palabras, á la verdad poco prudentes), que temia no mirar con el debido interes por la vida del inocente fruto del trato culpable. El Gobernador, hombre feroz y maligno, léjos de estimar esta confesion ingénua, se empeñó tenazmente en que Sisberto habia de asistir á su hija; Sisberto hubo de ceder, y por malos de sus pecados murió la criatura. Enfurecido el Gobernador, puso acusacion al físico, haciendo de juez y de parte, alegando que Sisberto habia sangrado á la niña, y que habiendo esta fallecido, el médico, segun la ley, debia ser puesto á disposicion de los parientes del difunto, para que hicieran de él lo que les pluguiera: lo que hizo el Gobernador con Sisberto fué cosa terrible. No se podia meter en cárcel á un médico sino por homicidio; Sisberto lo negaba, y no podia probársele: el Gobernador discurrió un tormento inusitado, para satisfacer su ira: mandó encerrar á Sisberto en un patio cercado de altas y gruesas paredes, donde no habia forma de escaparse, y prohibió con pena de la vida que se le proporcionase abrigo ninguno. Era esto en medio de un invierno horroroso, en que á una fuerte nevada sucedian agudísimos hielos, y cuando aflojaba el frio del hielo, volvia á caer nieve. El Gobernador decia mofándose que no se podia guardar mas estrictamente al físico su prerogativa: la ley vedaba que se le tuviese en la cárcel, y cierto que no era cárcel donde él le tenia. En medio de una noche de las mas crudas que puede haber en region destemplada, Sisberto, arrecido, desesperado, hinchadas todas sus extremidades, gritó repetidas veces para que le sacaran de allí, aunque fuera para quitarle la vida; el Gobernador, alzándose del caliente lecho, se asomó á una ventana que daba al patio, y es voz comun que dijo á Sisberto las siguientes ó semejantes razones: «De envilecida has tratado á la mujer que honro con mi cariño; si quieres conservar esta noche la vida, es preciso que te coloques mil veces mas bajo que ella: si ella es mi combleza, tú, que la has injuriado, has de servirme de verdugo.» Rabioso Sisberto, y como si en aquel instante se sintiese inspirado con profético espíritu, dicen que le respondió sin detenerse: «Monstruos como tú, y la que te ha sugerido quizá ese pensamiento, no podreis ménos de encontrar al fin el castigo de vuestros crímenes; acepto el empleo que me ofreces, ya que no tengo padre ni parientes en quienes recaiga el oprobio; me queda la esperanza de que vengais un dia á parar en mis manos.» Rióse descaradamente el Gobernador; mandó abrir las puertas á Sisberto, y que le instalaran en su nueva casa y oficio;

pero el terrible pronóstico del amante de Centola llegó con el tiempo á realizarse. Exaltado al trono un príncipe tan severo como Flavio, no era posible que un Gobernador tan inhumano subsistiera en su puesto: incurrió ademas en el crímen de traicion, y le fueron sacados los ojos por Sisberto, el propio verdugo que él habia creado. Centola, abandonada del Gobernador, se abandonó á todos; el Conde ó Gobernador nuevo de la ciudad le impuso el castigo que la ley señalaba: recibió 300 azotes por primera vez de mano de Sisberto, é igual número despues por haber reincidido. Y como á la mujer mundana reincidente debe el Conde de la ciudad entregarla por esclava á un hombre de ínfimo estado; Sisberto, despues de ejecutada públicamente la segunda pena de Centola, pidió al nuevo Gobernador que se la diese á él, como se la habia de dar á otro, y le permitiera pasar á ser verdugo en otra ciudad, puesto que Centola debia tambien segun la ley salir desterrada: otorgó el Conde la súplica, y Sisberto vino á establecerse en Segóbriga, donde se casó con Centola, la cual desde que cayó en poder de Sisberto, estuvo á pique de morirse, no de enfermedad, no de desesperacion ni vergüenza, sino de miedo. Sisberto cumplió siempre con puntualidad sus terribles obligaciones, las cuales, sin embargo, nunca le obligaron á teñir de sangre la segur matadora, merced á la sábia parsimonia con que se emplea en España la pena de muerte; con todo, malas lenguas decian que le repugnaba atormentar á un esclavo ó un pobre, y sentia una ruin complacencia en el castigo de un reo de la superior jerarquía: por lo ménos, es cierto que aborrecia á los condes inhumanos, y á las mujeres orgullosas. Curaba, empero, con humanidad á sus víctimas; era hábil en la composicion de venenos, y los Condes de Segóbriga le solian emplear para sonsacar á los esclavos y gente humilde, entre quienes el dejarse ver producia el mismo efecto que la amenaza de la tortura. No habia secreto que permaneciese oculto, en dirigiendo él al preguntado este aviso terrible: «¡Mira no vengas á parar á mis manos!»

Con estas noticias que recibió Teodosinda del mayordomo del castillo, mandó inmediatamente llamar á Centola. En tanto que desde las cárceles del castillo, donde tenia su habitacion, subia la *verduga* á la torre que habitaba Teodosinda, tenian Froya y Sisberto un diálogo así:

«En efecto, señor, tus sospechas eran fundadas: una persona de gran viso anda escondida en estos alrededores; la he descubierto, la he visto. Quizá no podrás imaginarte quién es.

— Quizá sí. ¿No es el hijo de Flavio?

— El Príncipe es.

— ¿Conseguiste penetrar en su habitacion?

— Entré.

— ¿Sin que te viera nadie?

— Si álguien me ha visto, habrá cerrado los ojos, y procurará olvidarse de que me vió: en fin, callará.

— ¿Qué notaste en la habitacion de Recesvinto? Te mandé abrir todas las puertas, registrar armarios y cofres.

— Sobre una mesa tenia muchas cartas en cifra.

— ¿En cifra? ya: la correspondencia con los de su partido. Pero, adelante: ibas provisto de llaves maestras para todo. Háblame de sus armas. ¿Qué armas le hallaste, ofensivas y defensivas? Hasta de sus vestiduras quiero que me des cuenta.

— En cuanto á vestidos, no dejó de sorprenderme el hallar en aquella habitacion uno, como de mercader africano ó sirio.

— Un turbante, una túnica de mangas largas, un manto blanco...

— Precisamente. Un alfanje corvo... una cota flexibilísima de escama para debajo del vestido. ¡Ah! y en una arquita, envuelto con mucho cuidado, un yelmo á la romana antigua, adornado con una cabellera magnífica de mujer.

— Él es sin duda: él era. No estaba entre los vascones; me estaba siguiendo los pasos: quiere aún á Floriana. ¡Oh! esta vez perderá la esclava y la vida.

(Estas expresiones fueron pronunciadas en voz tan sumisa, que el verdugo no pudo entenderlas, ó se hizo el sordo.)

— Y ¿dices, siguió el Duque, que solo le acompañan dos ó tres esclavos?

— Y tan ocupados los trae, que por lo comun solo uno se halla á su lado.

— Esta noche, ¿á qué hora le esperan?

— A media noche, y vendrá solo.

— Perfectamente, dijo para sí el Duque, apartándose de Sisberto; poniéndome en emboscada con media docena de hombres determinados, Recesvinto cae sin remedio en mi poder, y me le traigo á los calabozos del castillo. Tú, prorumpió, dirigiendo la palabra al verdugo, vas ahora á permanecer en tu habitacion, sin salir de ella ni hablar con nadie.

— ¡A buen tiempo tomas precauciones! pensó el disimulado Sisberto: ántes de venir aquí, ya he dado cuenta de todo al confidente del Príncipe.»

Separáronse con esto: el Duque á buscar á sus cómplices, y el verdugo á Centola.

CAPITULO VII.

Es justo que me indemnice
Quien todo mi bien estraga:
Reclamo la justa paga
Del sacrificio que hice.

(La ley de raza, *acto* 3.)

El alcázar destinado á los Gobernadores de Segóbriga, situado, como ya hemos dicho, en lo mas alto del cerro donde tiene apoyo esta ciudad, ménos grande que fuerte, contenia unos calabozos casi subterráneos, contigua á los cuales se hallaba la habitacion del verdugo Sisberto: un estrecho y largo chiribitil le servia de almacen para los trastos de su oficio. En un rincon se veia una cuchilla mohosa y un tajo cubierto de polvo; más á la mano varios instrumentos de tortura; y colgadas de las paredes, cuerdas, correas y varas. Al lado de una ventana un hornillo pequeño, y en los andenes que ocupaban uno de los cuatro muros del cuarto, varias vasijas, manojos de yerbas, y drogas. Cuando Sisberto se hallaba acometido por alguna idea honrada y noble, digna de su primer estado; cuando, anheloso de hacer algun bien, tropezaba con su impotencia, se encerraba en aquella cámara, donde el aspecto de los cordeles y el potro le hacia recordar su vil ejercicio; y en contemplándose verdugo, se creia dispensado de interesarse por nadie. Era ya muy entrada la noche; daba luz al cuarto una lámpara, que cuanto mas visible hacia el menaje de aquella mansion, tanto mas horrible la presentaba. Sisberto, silencioso y mustio, se paseaba de un extremo á otro; la puerta del cuarto se hallaba entreabierta, y habiendo indeliberadamente dirigido la vista á ella dos ó tres veces, creyó haber visto á su mujer, asomada observándole. Sorprendióle la novedad, porque no suponia él á Centola, desde que vino á sus manos, con bastante atrevimiento para espiarle: motivo era preciso que hubiese. Mandóle con desagrado que entrase, y le preguntó: ¿por qué le acechaba?

Obedecióle Centola tímida y trémula. Desde su aciaga boda no cabia en ella mas pasion que la del miedo. Sus mejillas habian perdido los vivos y hermosos matices de otro tiempo; sus ojos habian cobrado una expresion espantadiza; una palabra fuerte de su marido bastaba para que se le espeluznara la corta cabellera que velaba de negro su cabeza,

abatida siempre, como en señal de servidumbre, harto bien merecida.

Balbuceando, interrumpiéndose, y graneándosele el cútis de todo el cuerpo cada vez que veia á su tremebundo marido arquear las cejas, refirió Centola que la habia llamado Teodosinda, y quedándose sola con ella, la señora habia principiado por encargarle que dijese la verdad y guardase secreto, porque si no, le mandaria echar un lazo á la garganta. Centola, con tan benigna advertencia, habia prometido todo lo que se exigia de ella. Teodosinda le habia preguntado si le habia enseñado Sisberto á preparar algun veneno fuerte, cuya accion fuera tan rápida, que no diese lugar á ningun remedio. Contestó Centola que sí; le encargó Teodosinda que aderezase uno aquella noche misma, y se lo entregara; y habiéndole hecho presente Centola que tendria necesidad de dar cuenta á Sisberto y éste al Duque, la señora le habia dicho que era muy dueña de tratar con Sisberto el asunto; pero que si Froya llegaba á saberlo, contase con que ella y el verdugo moririan á la primera ocasion sin remedio. Hé aquí por qué temblaba Centola de anunciar á su marido el compromiso fiero en que la hermana del Gobernador los ponia. Por fortuna Sisberto escuchó la noticia con mas extrañeza al pronto que desagrado; echóse á discurrir para qué persona querria Teodosinda el veneno, y no pudo ménos de ocurrírsele al instante que debia estar destinado á Floriana, como era en efecto: al dia siguiente habia de salir de Segóbriga el Duque, y durante su ausencia queria envenenar Teodosinda á su detestada competidora. Hubiera Sisberto avisado al Duque, no obstante la amenaza de Teodosinda; pero al querer abrir una puerta colocada al fin de un pasillo, por donde se salia de su habitacion á un patio, halló que por la parte de afuera habian puesto á la puerta un recio candado, á fin de tener incomunicado á Sisberto, miéntras la suerte del Príncipe se decidia. El verdugo con esto, despues de un rato de profunda y silenciosa meditacion, llamó á su mujer, y afectando serenidad, se puso á preparar el tósigo, ayudado de Centola. La operacion fué larga y les ocupó mucho tiempo; Sisberto se enojó veinte veces con su mujer, diciendo que lo equivocaba todo; echóla por fin del laboratorio, y concluyó él la confeccion de la funesta bebida. Más de la media noche era ya cuando la envilecida pareja, terminada su obra, iba á ocupar el lecho: ruido de pisadas y crujir de armas por los tránsitos inmediatos les hicieron comprender que traian algun preso al castillo. Era, en efecto, el Príncipe, que sorprendido por los satélites de Froya al retirarse á la casa donde se escondia, habia sido preso sin poder defenderse: un esclavo, á quien

Sisberto habia encargado que dijera á su amo que se guardara, no habia podido encontrarle. Abrieron un calabozo, y encerráronle en él, amarrándole á una fuerte cadena.

Muerte próxima amenazaba á los dos amantes. Froya, á escondidas de su hermana, queria acabar en aquel mismo dia con Recesvinto; Teodosinda se proponia envenenar á Floriana, así que su hermano saliese de la ciudad.

Al quitar el candado, que Froya mandara poner á la puerta de la habitacion del verdugo, á quien iba á ordenar que por primera vez preparase el hacha y el tajo, un pensamiento, una esperanza cruel y agradable cruzó por su mente, que le obligó á suspender la órden y quedarse en el tránsito. Encargó á uno de sus satélites que hiciera despertar á Floriana, vestirse y venir allí sin demora. Despertarla no fué necesario, porque no habia podido cerrar los ojos en toda la noche: la llegada, las palabras y miradas siniestras de Teodosinda le habian infundido terror. Vistióse obediente y siguió al soldado, encomendándose mil veces al cielo. Froya la cogió de la mano, y le previno que callase y pisara quedo; abrió con el mayor tiento la puerta de un calabozo inmediato al que ocupaba Recesvinto; mandó al soldado que mantuviera cerca de la puerta una luz, de modo que diese alguna, aunque poca, al calabozo vacío, y entró en él con Floriana; entreabrió con gran cuidado la puertecilla de una ventana pequeña con reja, que daba á la prision del Príncipe, alumbrada por una lámpara, é hizo seña á Floriana para que se acercase. Floriana obedeció, prometiéndose ya un funesto espectáculo.

«Mira sin que te sientan, y calla», le dijo Froya: miró y vió á Recesvinto sentado sobre una piedra, con cadena al pié y esposas en las manos. Oprimiósele el corazon á la tierna jóven, porque en él subsistia siempre el cariño al que un dia contempló como esposo; pero supo contenerse sin dar un grito. Cerró blandamente Froya la ventana, y sosteniendo á Floriana, que estuvo á punto de dar en tierra consigo, sacóla de allí y llevóla á su cuarto, sin reparar en su mal reprimida angustia, ni en las copiosas lágrimas que derramaba callando. Luego que subieron á la estancia del Duque, la hizo sentarse, y habiéndole concedido algunos momentos para reponerse un poco, le dijo:

«Recesvinto ha caido en mis manos, Floriana. Tú no sabes lo que significa el tenerle yo encarcelado aquí, á pesar de ser el hijo del Rey de España, y yo solamente duque-gobernador de una provincia: voy á explicártelo. El reinado de Flavio ya ha fenecido: voy yo á sucederle. Los grandes del reino descontentos con él, los cuales, si no son los mas en número, son los mas poderosos, se han resuelto á deponerle, como él hizo deponer á su antecesor, el malogrado

Tulga; hoy es la reunion de los coligados, que vendrán á acamparse, con las tropas ligeras que hayan podido reunir, en las llanuras que cercan á Segóbriga; allí voy á ser álzado sobre el paves monarca de los visigodos hoy mismo; desde aquí podrás verlo. Flavio que, aunque tan viejo, es muy temible, morirá, si se deja prender; inhabilitarle, cortándole el cabello y encerrándole en un claustro, no bastaria. Recesvinto es tambien para mí un rival peligroso: mi seguridad y la quietud del reino exigen igualmente que muera.

— ¡Ah Señor! exclamó Floriana, cayendo de rodillas y juntando las manos. ¡Misericordia con él!

— Levántate, y cesa de pedir en su favor, porque te fatigas en vano. Un medio hay para salvarle, y voy á decírtelo; pero ántes escucha: quiero hablarte con la franqueza del que no teme á nadie, y está seguro de su poder, de su fuerza, del triunfo. Floriana, yo en el paso de la Hoz acusé á Recesvinto de haberte olvidado: tal creia entónces; ahora estoy persuadido de que te ama.

— ¿Es posible! ¿Es verdad!... ¿Seré tan dichosa!...

— Me apresuro á interrumpirte, porque la dicha que te figuras, no es muy envidiable. Prosigo: vuelvo á decirte que Recesvinto debe amarte aún, porque desde la noche que os separó en Toledo su padre, él sin duda (tengo motivos para creerlo) no ha hecho mas que observarte, que seguirte los pasos. En Vasconia no hizo mas que aparecer y retirarse al momento; el dia que salimos tú y yo de Toledo, fué toda la jornada detras de nosotros: esto indica que se hallaba cerca de la Corte. El mercader árabe que te defendió de mi violencia, era Recesvinto.

— ¡Cielos! y ¡yo que dudaba... yo que le acusaba de infiel!... Pero, señor, entónces tú debes á Recesvinto la vida.

— No, te la debo á tí; primero á tu cabellera, despues á tu intercesion generosa: favor que necesito pagarte. El premio será una corona.

— ¡Cielo santo!

— Sí, Floriana, sí, una corona y mi mano. Mira si Froya cree y confía en tus altas virtudes, cuando te propone un sacrificio terrible, sin disimularte nada de lo que debe costarte. Hacerte creer que Recesvinto no te amaba ya, para que por despique aceptaras lo que te ofrezco, hubiera sido ahora una superchería indigna de mí; hubiera sido mentira, y yo no miento: ¿á qué he de mentir, si no lo necesito? Casarse conmigo por venganza, es cosa que cualquiera mujer haria; casarse conmigo por salvar á su amante, sabiendo que el amante es leal, y resignándose, sin embargo, á ser fiel esposa, es accion que de tí sola puede esperarse. Floriana, este es el momento de mostrar si una española puede abrigar

una alma tan enérgica, tan valerosa, tan sublime, como la de un descendiente de los bravos caudillos del norte. Admite mi mano, participa de mi trono, y Recesvinto y su padre salvan la vida, y se les recluye en un monasterio; si no eres mi esposa, el padre y su hijo perecen: el hijo, al momento. Contempla tu situacion, y decide: ó vivir esclava de Teodosinda, llorando á tu amante difunto, ó vivir soberana de los visigodos, unida á un hombre, á quien tu deber te hará que le ames con el tiempo, gozando la dulce complacencia de haber libertado de la muerte á un Rey y al que pretendia heredarle. No creo que haya mucho que titubear para decidirse.»

Cuando Froya acabó su razonamiento, ya no le escuchaba Floriana: habia comprendido que Recesvinto la amaba leal, y que á ella se le mandaba salvarle: sola esta idea entraba en su entendimiento, ofuscado por la inminente desgracia; lo demas ya no cabia en su juicio, no estaba en disposicion de entenderlo. Sola, abandonada de todas las criaturas del mundo, á merced de aquel hombre inflexible, su pensamiento voló naturalmente al único ser capaz de socorrerla en tan amargo conflicto, á Dios. «¡Padre de los que lloran! exclamó la desconsolada hija del valle, postrándose otra vez de rodillas en el suelo: ¿es posible que permitais tanta crueldad!

— ¿Posible! Dentro de dos horas á lo mas, verás esos valles cubiertos de guerreros, congregados para nombrarme su caudillo, su rey.

— ¡Su rey! ¡su rey! ¿Qué falta te hace la corona? dijo la humilde esclava, elevándose por grados hasta tratar con el Duque de igual á igual, casi de superior á inferior. ¡Rey! ¿Sabrás tú serlo mejor que lo ha sido Flavio! ¿Mejor que lo seria su hijo!

— ¿Qué importa que el sucesor de Flavio se llame Froya, ó tenga otro nombre? Flavio ha de ser depuesto, y su hijo no ha de sucederle; sucediéndole yo, y queriendo tú, conservarán ambos la vida. Si el jefe de la conjuracion fuese otro, Recesvinto ya no existiria; la loca pasion que me inspiras le vale. Puesto que soy mas humano que seria otro en mi lugar, justo es que tenga mi premio; este eres tú: sé mia, porque, tan cierto como Dios existe, has de serlo.»

Llamas, rayos brotaban los ojos de Froya, al pronunciar el temerario juramento. El furor del Duque, la seguridad blasfema con que se anunciaba dueño de Floriana, la exasperaron por primera vez de su vida, y le comunicaron una osadía increible. «¿Tan persuadido estás de que yo he de ser tuya, replicó indignada, que te figuras que no hay en el mundo poder capaz de impedirlo? ¡Oh! pues es menester que sepas que basta con muy poco para que salgan fallidas tus esperanzas; basta con una palabra mia, que será la expresion de mi vo-

luntad, de mi obligacion, de mis afectos, de la repugnancia con que te miro. ¿Tú juras que he de ser tuya? Pues bien, ¡yo juro que NO!»

El primer impulso del colérico Duque fué acercarse á Floriana con la mano alzada, quizá con ánimo de tratarla como á sierva; el segundo, casi simultáneo con el primero, fué detenerse. Miróla de alto á bajo pausadamente; y sonriéndose con malignidad y desprecio, le volvió la espalda, salió de la habitacion y cerró la puerta con llave. Floriana, así que se vió sola, corrió á la otra puerta para huir por ella: ¡vano designio! estaba cerrada tambien.

La estancia en que se veia, tenia una ventana á cada lado: la una daba al campo; la otra, á un patio del castillo: ambas estaban provistas de rejas fuertes. Floriana se llegó á las dos, y probó si podia pasar su cuerpo entre los hierros: era imposible.

Dió voces; no acudió ninguno. Froya habia mandado que nadie se acercase á las puertas.

Buscó las armas del Duque, con intencion de quitarse la vida; solo vió sobre un bufete el yelmo, adornado con la cabellera, cortada por mano de Teodosinda. «¡Ah! gritó desesperada, ¡bien haya quien me despojó de estos cabellos, que ahora me pueden servir para hacer un lazo que termine mi deplorable existencia!» Arrancó, pues, la trenza y fué á la reja interior para atarla á un hierro. Un objeto que vió, la dejó inmóvil. El verdugo Sisberto colocaba en medio del patio un tajo y una cuchilla. Toda la exaltacion frenética de Floriana cedió, se abatió, desapareció con aquel espectáculo. Froya iba á entrar por la puerta que conducia al calabozo de Recesvinto: Floriana lanzó un ay penetrante que hizo al Duque volver la cabeza.

Ya no podia hablar Floriana; no pudo hacer mas que sacar una mano fuera del enrejado de la ventana. El Duque comprendió que aquella mano era suya: dió contraórden á Sisberto, y subió. Cuando abrió el Duque la puerta de su estancia, Floriana se hallaba caida sobre el escalon de la ventana y asida aún á los hierros. Un torrente de lágrimas le dió la vida; sin ellas, la congoja la hubiera ahogado.

«Procura sosegarte, le dijo con piedad el Duque: vivirá Flavio, vivirá Recesvinto.»

El nombre de Recesvinto hizo á Floriana volver en todo su acuerdo: cesaron de correr sus lágrimas, levantóse con ímpetu y dijo:

«Es que no me contento yo con que vivan; quiero yo ademas que no se los deshonre. Nadie ha de tocarles á la cabeza, añadió, arrojando sobre un bufete la trenza que aún tenia en la mano.

— Bien, lo concedo: no se les inhabilitará, no se les obligará á tomar un hábito religioso.

— Ni áun con eso me satisfago; no quiero que se los encarcele; solo permito que los lleven fuera del reino, dejándolos en absoluta libertad.

— Mira, Floriana, repuso blandamente el Duque: eso que pides es imposible por ahora; mas adelante podrá concedérsete. Si me apodero de Flavio, como me he apoderado de su hijo, los tendré presos hasta que asegure mi dominio; despues los pondré en libertad. Creo que no pueden imponérseme mas condiciones.

— ¡Oh! sí, falta todavía la mas importante. Yo he sido amante del Príncipe, y he debido mirar por el hombre que amé y que amo; pero ántes era española, ó, como vosotros decís, romana. Reclamo la emancipacion de los españoles.»

Froya inclinó meditabundo la cabeza, al oir esta súplica. «¡Pedirme á mí, decia, que iguale á los españoles con los godos, cuando mi odio á Recesvinto ha principiado justamente por eso!

— ¿No quieres á viva fuerza casarte con una mujer de esa casta aborrecida? Deja que puedan hacer lo mismo los que no nos tengan el odio que tú.

— Jurara yo, prosiguió el Duque, jurara que ese taimado viejo, ese infernal Quindasvinto, me hubo de oir con gozo, cuando fuí tan ufano á decirle que tu padre habia sido esclavo del mio. «Si tan seductora es la hija del fugitivo (diria para sí), vaya á casa de Teodosinda, para que enamore al enemigo de su raza, como ha cautivado á mi hijo: este necio se busca su ruina. Pero al fin, al fin, continuó, los reyes que quieran sujetar á los grandes turbulentos, habrán de llamar en su ayuda al pueblo, mas pronto ó mas tarde. Bien, Floriana: cuando me haya asegurado en el trono, igualaré con los visigodos á los españoles. En mí es esta determinacion mucho mas meritoria que lo seria en Recesvinto: los de mi bando están en contra de la abolicion de privilegios, y muchos de los amigos de Recesvinto están en favor de la emancipacion de los españoles. Puede que me cueste la vida el intento; pero ese no es para mí motivo de retroceder: un rey de los godos debe estar pronto á disputar su vida á cada momento. Esta idea debe ser para tí de consuelo, añadió Froya con inexplicable amargura: los reyes de España duramos poco.»

No dejó de hacer impresion á Floriana esta última frase; pero la réplica fué áun mas amarga. «Las reinas como yo, dijo, deben durar ménos.»

Un correo puso término á esta conversacion penosa. El Duque, en vista de un aviso que se le daba, tenia que salir

fuera de la ciudad para verse con los coligados. Llamó á unas esclavas, y les mandó que no perdiesen de vista á Floriana; pero que le guardasen las consideraciones de libre y de señora: fuése con esto. Una de aquellas siervas instó en particular á Floriana á que tomara su ordinario desayuno; no estaba la infeliz liberta en disposicion de atravesar un bocado: negóse á probarlo, y la esclava no se atrevió á redoblar sus importunidades, por no contravenir á la órden que acababa de darles el Duque. Por entónces Floriana se salvó del veneno, que para ella habia mandado confeccionar la rencorosa Teodosinda.

CAPITULO VIII.

A la que el lecho ocupó
De un monarca, la sujeta
El uso, casi hecho ley,
A retirarse á una celda.
(LA JURA EN SANTA GADEA, *acto* 1.)

A la hora de haber salido Froya de la ciudad, comenzaron á entrar en ella algunos emisarios de los malcontentos; dieron la seña convenida á los custodios de las puertas y á los capitanes con quienes debian entenderse, y se prepararon todos en medio de cierta agitacion sorda á esperar la venida del Gobernador, que habia de ser aquel mismo dia saludado Rey de las Españas. Por tres diferentes puntos habian de asomar en el llano las tropas reunidas por los insurgentes; al descubrirlas desde el castillo, habíanse de tocar los clarines de la ciudad, se habia de acudir á las armas y aclamar al monarca nuevo, que seria recibido en triunfo cuando volviese al frente del cuerpo mas considerable de soldados. Tomadas inmediatamente las disposiciones precisas, marcharia el grueso de la hueste á la ciudad real de Toledo, que juzgaban Froya y los suyos no se defenderia, porque sabian de fijo que Flavio no estaba en ella. Allí se renovaria la eleccion para que fuese válida, y seria el Rey con toda solemnidad consagrado.

Algunos caudillos rebeldes recien llegados, que conocian á Teodosinda, se presentaron á saludarla; noticiosa ella de que las tropas amigas no tardarian en descubrirse á lo léjos,

subió acompañada de aquellos jefes á las almenas del castillo, para gozar el momento en que se dejasen ver por alguno de los tres caminos.

Impacientes volvian todos la cabeza, ya á un lado, ya á los otros dos. Pasaba tiempo, y no relucia el hierro de una lanza en toda la redondez del horizonte: aquella expectacion, aquella ansiedad era intolerable.

Cerca del mediodía se vió á un hombre á pié subir apresurado la cuesta de la ciudad; al propio tiempo aparecieron acullá abajo dos jinetes por el mismo camino.

El hombre que venia á pié era Sisberto. Teodosinda mandó llamarle, y en presencia de los guerreros le preguntó á qué habia salido, y de dónde venia; respondió satisfactoriamente Sisberto que habia salido con un encargo del Duque, y venia de desempeñarlo; no podia decir cuál era, por haberle encargado el secreto. Ninguno de los presentes puso en duda la veracidad del verdugo. Ademas habia otra pregunta que hacerle, que era la que mas importaba á todos, á saber, si no habia visto tropas por aquel lado. Respondió afirmativamente, asegurando que parada detras de una pequeña eminencia á corta distancia del camino, estaba descansando una legion entera.

«¡Ya están aquí! ¡ya no hay cuidado! gritaron todos los oyentes á una voz. Habrán recibido de Froya órden de detenerse.

— Debo anunciaros una novedad, continuó Sisberto. Más acá, en un ribazo, desde donde no se descubren las tropas, acabo de ver sentado en una piedra con el mayor sosiego, acompañado de un escudero, que tenia dos caballos del diestro, al mismo Rey en persona.

— ¿A quién dices! exclamaron todos atónitos.

— A Flavio Quindasvinto, al Rey. Por lo que les oí decir, comprendí que venian del Valle del Paraíso, y se dirigian aquí.

— ¿Aquí!

— Y no tiene duda, porque son aquellos dos caballeros que se van acercando.

— Ellos son, sí, ellos deben ser, prorumpió Teodosinda enajenada. Retírate, Sisberto.» Obedeció el verdugo, sonriéndose malignamente así que volvió las espaldas.

El júbilo de Teodosinda y los conjurados era inexplicable: su designio se les lograba mejor que hubieran podido desear. Era claro que el Rey habia pasado algunos dias en el Valle del Paraíso; miéntras tanto la conjuracion habia dado pasos de gigante. Flavio no sabria nada, y venia incautamente á ponerse en manos de sus enemigos. Teodosinda y los caudillos rebeldes ignoraban lo que habia prometido Froya á

Floriana, y persistian en la determinacion que ántes se habia tomado, la de quitar la vida al padre y al hijo.

En lo que se cuenta un millar, quedó decidida en aquel conciliábulo de traidores la suerte del anciano Rey, que lentamente se iba encaminando á Segóbriga, como la indefensa res á la casa del carnicero. Teodosinda dijo que tenia un veneno á punto; pero que lo necesitaba para deshacerse de otra persona. Uno de los circunstantes ofreció á Teodosinda quitarle de en medio aquel embarazo, en designándole el sujeto: una muerte mas ó ménos en un dia de tumulto era cosa en que no debia repararse. El veneno, pues, quedó destinado para el Rey, y un conjurado se encargó de asesinar á Floriana.

Dejaron los conjurados que el Rey entrara en Segóbriga y se diese á conocer, haciéndose ellos los desapercibidos. Cuando desde la puerta envió aviso al alcázar anunciando su llegada, fuéronle á recibir con grandes demostraciones de gozo. Sin embargo, en el momento de hablarle, todos sus enemigos balbucearon, perdieron el color y se estremecieron. Teodosinda, al doblar la rodilla en los umbrales del palacio, estuvo á pique de desmayarse: la culpa lleva su tormento en sí misma, ántes y despues de ser cometida. Flavio, al parecer, no advirtió nada. Manifestó que venia cansado y necesitaba reposar; propúsosele que tomara algun alimento ántes; dijo que se le dispusiera, y lo tomaria despues.

«Se dispondrá al momento», le respondió Teodosinda, y dejaron á Flavio en su dormitorio.

Miéntras el Rey dormia, el mayordomo ó alcaide del alcázar por un lado, y el verdugo Sisberto por otro, se acercaron misteriosamente á la alcoba, abrieron muy quedito la puerta, y entráronse, cerrando por dentro sin que nadie lo percibiera; un rato despues, cada uno de ellos estaba en su cuarto sin haber salido por el dormitorio: era evidente que desde la alcoba habia comunicacion, que se extendia hasta el piso de los calabozos. Teodosinda en esto echaba por su propia mano en el vino el tósigo que habia de acortar á Flavio los dias de la vida. Un conjurado habia de servir la copa, á fin de que solo el Rey tomase la bebida mortífera, dándose á los demas que comiesen con él, si se les dispensaba esta honra, otro vino, no adulterado. Teodosinda necesitó recordar mil veces los motivos que tenia para odiar al Rey; y áun recordándolos, temblaba con extraño frio al tiempo de hacer la fatal mixtura. Pero dominó su temor, y la hizo.

El Rey descansó largo rato, mudó de vestido y salió tranquilamente á una sala, donde le esperaba Teodosinda, que ni acertaba á hablar, ni se atrevia á mirarle. Conversó con ella algunos momentos, y pidió la comida.

Era llegado el terrible trance. Era ya mediodía: Froya no habia vuelto; pero ya, en fin, comenzaban á asomar por sendas y caminos, en los extremos del horizonte, largos cordones negros de hombres y caballos, cuyas armas y jaeces brillaban á los rayos del sol. Entónces respiraron los conjurados: ya el triunfo era cierto.

«Teodosinda, dijo el Rey, yo soy aquí huésped de tu hermano: hazme tú en su nombre los honores de la mesa; siéntate conmigo.» Teodosinda se sentó frente al Rey: su pecho latia de una manera desusada; las venas de las sienes parecia que iban á saltársele; el Rey estaba sereno, y casi jovial, contra su costumbre. Pasados algunos instantes de silencio, el Rey pidió de beber. El cómplice le presentó la copa de vino emponzoñado: el Rey la tomó y se la llevó á los labios. Teodosinda apartó la vista.

Pero deteniéndose de pronto el Rey, puso la copa en la mesa, y dijo á Teodosinda: «Manda llamar á tu esclava Floriana, y miéntras viene, te referiré el motivo de haber hecho este viaje.»

Teodosinda hizo una seña á un criado, para que cumpliese la órden del Rey. Este hizo otra á todos los circunstantes, y se desviaron á los extremos de la sala. El Rey continuó en voz baja, de manera que solo Teodosinda pudiera oirle:

«Yo he venido á Segóbriga, para reconciliarme con dos personas, contigo y Floriana. No te admires, no te asustes del preámbulo, Teodosinda, porque seguramente vas á oir cosas muy raras, y no todas son agradables.

«Toda España me conoce desde que soy Rey; tu familia y tú me habeis conocido ántes: inútil es que yo pretenda hacerme distinto del que soy. Mi vida ha sido tan borrascosa como larga: por espacio de muchos años viví sin rienda; no hay culpa que no haya querido cometer; he sido en los vicios el mayor y el primero. Estas palabras se han de insertar á la letra en mi epitafio, que tengo ya mandado escribir en verso al metropolitano de mi ciudad real, el santísimo Eugenio.[1] Como por un órden natural, poco tiempo debe quedarme de vida, voy haciendo ya los preparativos de la jornada. Sí, pronto pesará sobre mi cuerpo la tierra: de nada me aprovecharán entónces la real vestidura, las piedras preciosas, la corona resplandeciente, el oro de mis arcas, ni la pompa de mi palacio; solo podrá servirme el bien que haya hecho. ¡Dichoso el que, dedicado constantemente á la virtud, menosprecia los bienes caducos de la tierra!»

[1] En efecto, estas y las expresiones con que termina el párrafo, se hallan en el epitaño de Quindasvinto, entre las Obras de san Eugenio.

Este exordio, cuya última mitad habia sido pronunciada en alta y sonora voz, alteró á todos los que se hallaban presentes.

«Quiero, prosiguió, bajar pacíficamente al sepulcro. Malo he sido, males he hecho; pero he hecho grandes bienes tambien; he sabido lo que han ignorado muchos; he gobernado á España con acierto, con gloria: por las cualidades de Rey, pueden perdonárseme las faltas de ciudadano. Como me juzgo con severidad á mí mismo, no es extraño que sea tambien severo para con los demas, contigo. Oyeme, Teodosinda.

«Cuando fuí exaltado al trono, se arregló tu casamiento con mi hijo: tu hermano fué el que mas trabajó en mi favor entónces; tu hermano solicitó el enlace: nada podia yo negar á tu hermano. Tú supiste desde luego el convenio; yo me tomé tiempo á fin de preparar á mi hijo: hombre hecho, no se le podia mandar como á un muchacho. Tú hasta entónces habias sido una doncella recatada y buena, aunque despegada y altiva; pero desde que cobraste humos de nuera real, tus defectos crecieron á ojos vistas; tus virtudes desaparecieron del todo. Yo queria que Recesvinto me sucediese en el mando; yo sé el dominio que una mujer ejerce en el ánimo de un monarca. Teodosinda, esposa de Recesvinto en la condicion privada, no me daba cuidado: Teodosinda, reina, me daba mucho. En esto mi hijo se habia prendado de Floriana; tu hermano me instaba para que se celebrasen vuestros esponsales; yo tuve que hablar á mi hijo; él, para olvidar su pasion á una mujer, cuya mano le estaba vedada, te ofreció la suya, y te dió el ósculo de novia. Aquel ósculo acabó de perderte: tu orgullo degeneró en menosprecio de todos, tu frialdad de alma en inhumanidad. Yo juré que no serias Reina de España.»

(Teodosinda miró á Flavio con los ojos como ascuas.)

«Pero yo no doy cuenta á nadie de mis proyectos: los preparo, dejo que llegue la ocasion, y los ejecuto. Mi hijo, cuya pasion habia vuelto á embravecerse, me servia sin figurárselo; Froya me dió cuenta de los amores de Recesvinto y de su próximo casamiento: esto último lo sentí, porque, verificado, para con muchos próceres debia perjudicarle. Desde entónces mi hijo, tu hermano y tú habeis estado rodeados de espías. No te estremezcas, Teodosinda; te he dicho que venia á reconciliarme contigo: ahora vas á saber el cómo.

«Froya y tú habeis conspirado y conspirais contra mí. No te levantes, mujer: ¿á dónde quieres ir? Escucha el fin, que supongo no te será tan desagradable. Tu hermano, tú y tus amigos sois poderosos; yo soy viejo, y estoy cansado de luchas: quiero la paz. Tú sueñas con el poder; tú ansias la

grandeza; yo he sido quien ha dado lugar á esos sueños y á esa ansia: justo es que yo ponga el remedio á mi costa. Al lado de un hombre como mi hijo, propenso á ceder al femenil alhago, es necesario que esté una esposa mejor que él, para que él gane en ceder al influjo de su consorte; tú, por el contrario, necesitas un esposo, cuyo ánimo firme te haga volver á tus antiguas virtudes, y te reprima en tus defectos presentes. Mi hijo te dió palabra de esposo, y por el bien del país no debe cumplirla: ni él quiere, ni yo quiero; pero tampoco es justo que un rey y un hijo de rey quebranten su palabra, aunque sea por la salud del estado, sin desagraviar cuanto sea posible á la persona á quien se perjudica. No te casarás con mi hijo; pero no dejarás de ser reina por eso. Teodosinda, yo he venido á casarme contigo.»

(La sorpresa, la confusion y hasta el arrepentimiento asaltaron de golpe el corazon de Teodosinda.)

«Durante mi vida, que ya será bien corta, gozarás ese fausto y grandeza que tanto te alhagan: daño no podrás hacer, porque yo no te lo permitiré; ántes al contrario, por tu conducto dispensaré yo todas las gracias que pueda. La práctica del bien, voluntaria ó forzosa, te aficionará á él, y te hará contraer la costumbre de la virtud: las bendiciones que recibas, te afirmarán en ella. Despues de mi fallecimiento, habrás de entrar, segun se usa, en un monasterio: de esta manera se evita que vuelvas á pervertirte, aunque te falte mi vigilancia. Ea, pues, Teodosinda, renuncia á tus ideas de venganza, y da la mano á tu marido.

— ¿Sabrá el Rey lo que tenemos últimamente dispuesto? se decia á sí propia Teodosinda. Imposible; ha venido sin gente. En mi mano tengo el ser reina, y si me vengo, no lo seré. Pero ¡es tan dulce vengarse!

Señor, dijo por fin, sin atreverse á tender al Rey la mano, ¿qué hareis de Floriana?

— No quiero disimular mas tiempo contigo, respondió el Rey en voz baja: Floriana será esposa de Recesvinto.

— ¡Su esposa! exclamó Teodosinda, levantándose sin poder contenerse: su esposa!»

Al levantarse habia alcanzado á ver por el balcon de la sala numerosas huestes, que llenaban los campos inmediatos á la ciudad. Ya se oian claramente los instrumentos bélicos; ya cundian dentro de Segóbriga voces de alboroto. Los conjurados se miraban unos á otros con satisfaccion; Teodosinda se repuso, y expresando su interior contento, pero haciendo como si contestara á la exclamacion de «su esposa!» añadió esta sola palabra: «¡Bien!»

En esto entró Floriana en la estancia: la ira de Teodosinda creció al verla.

«Hija mia, le dijo benignamente el Rey, yo he necesitado tiempo para experimentar y conocer tus virtudes, ha llegado el dia en que tengan su premio. Como principio de los honores que te destino, vas ahora á servirme la copa: cógela, Floriana.»

Floriana aletargada, alelada por la pena, habia venido hasta el salon maquinalmente; ni la presencia del Rey allí, ni el tono en que la hablaba, le causaron impresion ninguna; solo sentia, solo comprendia, solo podia pararse su imaginacion en el terrible pensamiento, de que iba á ser esposa de Froya.

«Hija mia, prosiguió el Rey, hazme tú la salva, para que beba.» Floriana no le entendió.

«Bebe tú primero, Floriana; bebe tú primero en la copa de que va á servirse tu Rey, repitió Flavio, poniendo á la hija del valle la copa en la mano.»

La celosa Teodosinda, que vió á Floriana con la copa cerca de los labios, se olvidó completamente de todo lo que ántes se habia dispuesto: nada le importaba el mayor peligro, con tal que pereciese la odiosa rival; ningun caso hizo de las miradas interrogatorias que algunos conjurados le dirigian. El Rey hizo apurar á Floriana toda la copa. Cuando Floriana acababa de beber, entró Froya en la sala precipitado y fuera de sí.

«Apártate de ahí, hermana, gritó con voz espantosa; apártate de ahí, que nos han vendido.»

La mayor parte de los conjurados, no poco aturdidos ya desde que vieron que Flavio no habia bebido el veneno, echó á correr al oir estas palabras. Quedaron en la sala unos cuantos...inmóviles.

«Flavio, continuó Froya, yo te he querido destronar, y tú has burlado mis designios. Las tropas que cercan esta ciudad están en tu favor, aunque han fingido que me serian fieles. Pero aunque tus soldados rodean á Segóbriga y penetran en su plaza, tú te hallas imprudentemente aquí en medio de los mios. Moriré sin duda; pero tú perecerás primero.»

Froya se dirigió al Rey con espada en mano.

«¡A mi lado!» exclamó Quindasvinto.

Los conjurados que se habian quedado, y estaban ganados por el Rey, desenvainaron los aceros, y se colocaron delante y en defensa de Flavio, diciendo á voz en grito: «¡Muera el traidor!

— ¿No he de vengarme!» dijo Froya rugiendo.

— Yo he sido mas feliz, repuso Teodosinda, señalando á Floriana, que, perdido el conocimiento, caia en el suelo. Mi rival ha perecido, envenenada.

— ¡Me has robado mi amor! gritó Froya rechinando los

dientes. Yo mataré al que es objeto del tuyo.» Salióse de la sala corriendo.

— Seguidle y prendedle, dijo el Rey á algunos de los fingidos conjurados. No encontrará Froya á Recesvinto en el calabozo. Vosotros, encerrad á esa mujer y llamad á un físico: llamad gente que asista á esta otra desventurada.»

Los que no habian seguido á Froya, rodearon á Teodosinda y se retiraron con ella; el Rey quedó algunos momentos solo con Floriana.

«¡Animo, hija mia! ¡ánimo!» le decia el Rey sosteniéndola. «Van á socorrerte; áun es tiempo; tus enemigos van á ser ejemplarmente castigados.» Estas palabras últimas que entreoyó la inocente víctima, le hicieron esforzarse á articular algunos sonidos, que se negaba ya á formar su lengua paralizada.

«¡Perdon! ¡perdon!» exclamó la misericordiosa jóven; y cerrando los ojos, desaparecieron de su cuerpo todas las señales de vida.

Cuando llegaban el físico y las esclavas, se oyó terrible ruido de cuchilladas en un aposento del castillo: acudió el Rey á la puerta; pero la halló cerrada. Al retirarse Froya, seguido por los confidentes del Rey, les ganó la delantera, y cerró aquella puerta, que era de solidísimo roble. Por el lado opuesto venia Recesvinto, libre ya, como se dirá mas adelante: encontráronse los dos rivales, y una mirada instantánea, recíproca, les dió á entender que de aquella estancia solo habia de salir vivo el uno. Recesvinto cerró tambien la puerta por donde habia entrado, desnudó la espada, y se puso delante de Froya. Los conjurados que le habian seguido, intentaron forzar la puerta; pero fué en vano.

«Miéntras buscan instrumentos con que echar abajo las puertas, dijo Froya á Recesvinto, hay tiempo de sobra para que nos matemos.

— Si soy yo el que perezco, contestó el Príncipe, tú puedes librarte. Mira.»

Diciendo y haciendo, abrió en un ángulo una puertecilla disimulada, que daba entrada á una escalera tortuosa. El alcaide ó mayordomo del castillo, fiel al Monarca y al Príncipe, les habia descubierto el secreto, ignorado de Froya. La escalera comunicaba con el calabozo donde habia estado Recesvinto, y desde allí por un camino subterráneo guiaba fuera de la ciudad. Por este camino tambien, pero por otra escalera, habia entrado Froya hasta la sala de los banquetes. Como las tropas que rodeaban á Segóbriga iban entrando, no quedaba en los contornos soldado ninguno, y la fuga de Froya era posible. Recesvinto habia sido puesto en libertad por el alcaide y Sisberto, espías del Rey, miéntras este habia fingido reposar en la alcoba.

La lucha entre los dos competidores en amor y grandeza principió con tal ímpetu, que debia durar muy poco. La ventana del aposento donde pasaba esta escena sangrienta, daba enfrente del cuarto donde habian arrestado á Teodosinda, que era donde poco ántes habia estado Floriana encerrada por Froya. Teodosinda, acudiendo al ruido, se asomó á la reja á ver. El uno de los combatientes era su hermano; el otro era el hombre á quien habia tenido amor. El resultado del combate siempre habia de ser funesto para ella. Asaltada su razon con tan repetidos golpes, comenzó á turbársele; agarróse fuertemente á la reja, y principió á dar alaridos horribles inarticulados.

A un mismo tiempo los confidentes del Rey comenzaron tambien á golpear las dos puertas de la sala para vencerlas. Con el estrépito de los martillos retumbaba el palacio todo; el batir de las espadas estremecia; los chillidos de Teodosinda hacian temblar.

A los primeros lances hirió Froya á Recesvinto ligeramente; el furor del Príncipe se aumentó con la herida, y el Duque fué herido tambien. Yéndose entónces á Recesvinto, como un jabalí al que le disparó el dardo, Froya hundió su espada en el costado del Príncipe, al mismo tiempo que la espada de Recesvinto daba como una segur sobre el cráneo del Duque. Cada uno cayó por su lado: Froya sin vida, Recesvinto sin conocimiento.

Forzadas las puertas, el Rey, desatentado, llorando como un niño, cogió á su hijo en sus brazos, y él solo le condujo á una cama. El médico llamado para cuidar de la amante, que ya no necesitaba su auxilio, tuvo que acudir á la cabecera del amado. El cadáver de Froya quedó abandonado algunas horas en el paraje en que habia caido, frente á la ventana. Cuando el alcaide del castillo fué á recogerle para darle sepultura por mandado de Flavio, otro espectáculo mas lastimoso espantó su vista. En la reja de enfrente se habia suspendido Teodosinda de un hierro, echándose por dogal al cuello la cabellera de Floriana.

CONCLUSION.

¡Gloria se dé al Altísimo,
Y él bendicion derrame
Sobre el piadoso espíritu,
Que, roto el yugo infame,
La libertad ingénita
Devuelve al español!

(La ley de raza, *acto* 3.)

Unos cuantos dias despues pasaba por la Hoz una litera enlutada, rodeada de sacerdotes, pajes, esclavos y soldados. Uno de estos habia acompañado á Froya cuando llevó á Floriana por aquel camino. El alcaide del castillo de Segóbriga iba al frente de la fúnebre comitiva. Llegados á vista del agujero, adonde Floriana tiró la piedra, el soldado (que lo habia visto, á pesar de las precauciones de Froya) no pudo ménos de decir al alcaide: «La prediccion que hay acerca de este nicho, siempre se cumple de un modo ú de otro. Como Floriana metió en él un canto, era preciso que volviese á pasar por aquí, viva ó difunta: el agüero queda cumplido.» El alcaide se sonrió; pero corroboró la idea del soldado: «En efecto, la prediccion de la Hoz no quedará desmentida esta vez.»

Algunas semanas mas adelante celebraba toda la grandeza visigoda en Toledo el restablecimiento de Recesvinto. Al anochecer habia principiado el banquete, y á mas de media noche no habia concluido: se habian retirado los ancianos; los jóvenes seguian bebiendo y conversando bulliciosamente. Cerca de Recesvinto se hallaban los Duques Venderio y Frandila y el Conde Evárico, amigos suyos, con quienes habia tenido largos coloquios durante el festin.

«Continúa, dijo Venderio al Príncipe, continúa la historia de esos malaventurados amores. Tu esposa, la romana, era un ángel de Dios.

— Un ángel» repitieron todos los jóvenes que se hallaban inmediatos; porque la conversacion iba haciéndose general: los que no habian oido el principio, lo preguntaban á los que lo sabian.

«Que hable alto, para que todos oigamos,» gritaron algunos que se hallaban distantes.

Recesvinto prosiguió así:

«Cuando yo dije á mi severísimo padre que Floriana, aunque española de todos cuatro costados, era una mujer de

talento y virtudes tan eminentes como la más ilustre dama de nuestra sangre, mi padre me tomó la palabra, y me juró que si hechas con Floriana rigorosas pruebas, se mostraba tan virtuosa como yo decia, permitiria por solemne decreto mi enlace con ella. En medio de la exaltacion en que yo me hallaba, admití las condiciones de mi padre, porque conocia muy bien el inmenso valor de mi amada; despues temí las consecuencias del peligroso empeño. Vosotros, guerreros de corazon demasiado fuerte, vais á mofaros de mí si os confieso que mi temor era, no que Floriana sucumbiese en la prueba, sino que padeciera en ella tanto, que despues no pudiese amar al hombre que habia sido capaz de consentir en su largo martirio. ¡Os reís como de una cosa inaudita! ¡Os parece que el temor de perder el cariño de una mujer no es digno de albergarse en el corazon de un hombre! Yo os juro que merecia Floriana que tuviera yo ese temor por ella. Mi padre me obligó á prometerle que, miéntras las pruebas duraban, me mantendria siempre distante de mi dulce española; á la verdad, si hubiera sido testigo de sus amarguras, á pesar de mi edad y promesas, yo me hubiera hecho traicion repetidas veces. Se me echó de Toledo, Floriana fué reducida á la clase de sierva, se anunció mi boda con Teodosinda; y la virtuosa romana se mostró siempre resignada á su suerte, respetuosa con su ama, fiel á su amor. Solamente fué capaz de faltar á él por el mismo amor que me profesaba. Un amigo de Froya, ó más bien un amigo nuestro que engañó á Froya, me ha dicho que la misma noche que fuí preso y conducido á Segóbriga, el Duque, determinado á matarme, ofreció á Floriana que me dejaria con vida, si consentia en ser su esposa.

— ¿Su esposa! exclamaron con asombro todos los convidados.

— Su legítima esposa, contestó Recesvinto. Floriana consintió en dar la mano á Froya para salvarme; pero le obligó á jurar tambien que respetaria la vida de mi padre y permitiria que casasen las gentes de la raza goda con la celtibérica.

— ¿Eso prometió Froya! volvieron á exclamar los amigos de Recesvinto.

— Así lo dijo Froya á nuestro leal amigo Everedo en la mañana de la sublevacion. Esa ley pensaba dar el grande enemigo de los romanos, esa ley que tanto os repugnaba cuando yo por primera vez os manifesté su conveniencia.

— Ya nos has convencido, replicó Frandila. Mañana, hoy mismo, porque pronto amanecerá, vamos á proclamarte Rey en union con tu padre: cuando quieras promulgar esa disposicion, tendrás nuestro apoyo.

— A pesar, añadió Venderio, de lo impolítico que era el casarte con la romana, si viviera, la saludaríamos Reina gustosos.

— Sí, sí, gritaron todos á una voz.

— Decís eso, replicó el Príncipe, porque no existe; si viviera, pensariais de otro modo.

— No, no, no.

— No os creo.

— Lo juro, lo juramos. Por la fe, por el honor, por nuestro nombre.

— ¿Jurais, repuso el Príncipe, que si viviera Floriana, no llevariais á mal mi enlace con ella?

— ¡Sí! sí! sí!» gritaron sin vacilar todos.

Entónces Recesvinto se acercó á una puerta de la sala, delante de la cual pendia un gran cortinaje; descorriólo de golpe, y apareció ante aquella juventud entusiasta la candorosa figura de la hija del valle, que, puesta de pié, ruborosa y confusa, esperaba el fin de la conversacion.

«¡Floriana vive! exclamó el enamorado Recesvinto: vedla, ved á la que me concedeis por esposa.

— ¡Viva! gritaron todos, ¡viva nuestra Reina!»

(Sisberto habia confeccionado un narcótico para Floriana, en lugar de un veneno, y habia dado aviso de todo al Rey, que se hallaba en el Valle del Paraíso, disponiendo la manera de frustrar la sublevacion tramada por el Duque Froya.)

La vocería de los convidados despertó á todo el palacio de Quindasvinto. Exaltados con la presencia de la hermosa Floriana, que ceñida de una toca blanca, vestida de túnica y manto blanco tambien, tenia un no sé qué de celestial en todo el atavío de su persona, ya no acertaron á contenerse en los límites de una moderada alegría. Quisieron que la proclamacion de Recesvinto se hiciese en aquella hora misma; hicieron que se levantara y vistiera el Rey, se tocaron los clarines y se puso en arma á Toledo entera. El santo metropolitano Eugenio y el santo Obispo de Zaragoza Braulio, principal patrono del Príncipe, que se hallaba en la ciudad á la solemne fiesta, acudieron al pretorio al instante desde la iglesia donde juntos estaban orando. Toda la poblacion, que velaba solemnizando con hogueras, bailes y cánticos la víspera del fausto dia, corrió, voló, se precipitó á la plaza del pretorio. A un balcon anchuroso y largo, sostenido en el pórtico, salieron Flavio y Recesvinto llevando á Floriana en medio; á sus lados iban los dos prelados de Toledo y de Zaragoza; á los lados de éstos y detras, en cuanto el balcon lo permitia, se apiñaron los duques y caudillos de la nobleza gótica; los demas ocuparon las ventanas próximas.

Entre riquísimos colores de grana y oro despuntaba el sol,

resplandeciente como nunca, para señalar el momento feliz de la emancipacion de la raza española.

Gritos agudos de júbilo rompian los aires.

Los soldados agitaban los capacetes en la punta de las lanzas; los vecinos batian las palmas; los mantos volaban, arrojados sobre las cabezas sin cesar.

Tendió Quindasvinto la mano, y siguióse un silencio tan profundo, como si Toledo hubiera de repente quedado desierta.

«Godos ilustres, dijo el Monarca, yo os he pedido que asocieis á mi hijo al trono, y vosotros me lo concedeis.

— ¡Sí! gritaron los próceres, que se hallaban en el balcon ó mirador principal; ¡sí! dijeron los que estaban en los miraradores contiguos; ¡sí! dijeron los sacerdotes, los soldados, todos.

— ¡Viva el Príncipe! ¡viva el Rey! ¡viva Recesvinto!»

Sosegado el primer estrépito de aclamaciones, el Obispo Braulio hizo seña de que habia más que saber; el modestísimo Eugenio no quiso tomar la palabra delante del que veneraba como maestro.

«Fieles, que me oís, dijo con esforzada voz el Obispo: hasta ahora, por juicios del Todopoderoso, ha habido en España un pueblo conquistador y un pueblo vencido; desde hoy, mediante la celeste misericordia, no ha de haber más que un pueblo de hermanos, de españoles, de fieles adoradores del Señor que nos crió á todos. El Rey, el Príncipe, la Nobleza y la Iglesia consienten los matrimonios entre godo y romana, y romano y goda. El Príncipe Recesvinto, que habia, tiempo há, ofrecido su mano y fe á esta española, que veis á su lado, se desposa hoy solemnemente con ella: la ley lo autoriza, la Iglesia lo bendice, y yo me complazco en declarar á Floriana altamente merecedora de tan ilustre casamiento, por ser la gloria de nuestro país, la corona de su estado y la más virtuosa de las mujeres.»

La sorpresa, la ternura, la embriaguez de júbilo, que el brevísimo razonamiento de Braulio produjo en los espectadores de la raza indígena, fué inexplicable. Gritos, lágrimas, bendiciones... Ya entre el agudísimo y confuso clamoreo se distinguia la voz de *¡libertad!* y la de *¡igualdad!* ya los nombres de *Flavio* y de *Recesvinto;* pero más veces y más claro resonaba el nombre de *Floriana.* Aquella esclava, que habian visto cruzar con los ojos bajos y rostro melancólico las calles de Toledo, en el séquito de Teodosinda, aquella segunda Ester, más mortificada que la primera, habia conseguido la libertad de su pueblo. En un momento fueron escaladas todas las ventanas del pretorio; en un momento los árboles de la plaza fueron despojados de sus ramas para adornar con ellas

los antepechos de la fachada: el entusiasmo de los favorecidos se propagó á los bienhechores, disfrutando aquéllos el placer inmenso que causa un bien merecido, pero inesperado, y éstos la fruicion inefable que siente el corazon de donde ha salido una accion magnánima. Godos y españoles se abrazaban llorando al pié del balcon, donde agrupadas las personas de los pontífices, los Reyes y la hija del valle, se reunia en un punto lo más sagrado que hay en la tierra: la fe verdadera y pura, el poder clemente y justo, la virtud heróica y amable.

Pisando flores, plantas aromáticas y mantos que arrojaba la multitud al suelo, marchó aquel dia Floriana en un caballo blanco como la nieve á ser por fin desposada, ungida y coronada en el templo. A cada instante la detenian los españoles para besarle los piés, para ofrecerle palmas y coronas. Flavio y Recesvinto no podian hacer dar un paso á sus alazanes, oprimidos por la muchedumbre. Existia en una capilla que cogia al paso, la caja ó concha de un carro magnífico de guerra, consagrado al Señor, como despojo el más preciado que un general de Recaredo, fundador de la capilla, habia ganado al Rey de los francos, Gontramo, en las inmediaciones de Carcasona. El pueblo tomó aquella silla, ya convertida en andas; hizo subir á Floriana en ella; y levantándola en hombros, la condujo así en triunfo á la iglesia, con una palma en la mano, descollando sobre el Rey, sobre el Príncipe, sobre los caudillos y los guerreros: porque el dia en que la virtud es conocida de los hombres, se eleva sobre todas las grandezas, dignidades y glorias del mundo. Floriana, objeto de tan fervoroso entusiasmo, gozando moderadamente la dicha, como habia sentido el mal sin exceso, dejábase conducir, enviando una ú otra mirada tímida á los lugares que habian sido testigos de su abatimiento; y entre los vivos afectos de gratitud que partian de su alma á los piés del Altísimo, dos ruegos tan solo le dirigia: felicidad para su esposo y para su pueblo, tranquila oscuridad para ella.

APÉNDICE

DEL

ORDENADOR Y EDITOR DE ESTA CRÓNICA.

Los votos de Floriana fueron cumplidos: sus virtudes, su influencia en la suerte de España y su nombre mismo han permanecido ignorados; si hubiera sido una princesa criminal, tan deforme de cuerpo y alma como la madrastra de san Hermenegildo, su nombre hubiera encontrado lugar en la historia. Los bienhechores del género humano suelen pasar sin dejar señales de su existencia; los monstruos nacidos para azote de la humanidad inmortalizan su memoria.

El nombre de *Floriana*, que lleva la heroína en esta narracion, tiene el orígen siguiente.

Entre los papeles que mi abuelo materno heredó en el año de 1805 de su hermano, don Julian Antonio Martinez Calleja, que falleció en Madrid entónces, siendo teniente segundo de la iglesia parroquial de San Antonio de la Florida, pareció un cartapacio de pocas hojas, que tenia en la cubierta escritas estas palabras de letra del difunto: *Traduccion de un códice latino que se descubrió y pude haber á las manos cuando se hicieron las excavaciones en el cerro Cabeza del Griego, donde existió la antigua ciudad de Segóbriga.*[1] Al pié de la primera página, que, como era natural, principiaba con el título de la obra y decia: *Historia de la Reina* (aquí un nombre borrado), *escrita por Anacleto, diácono de la iglesia episcopal segobrigense en la Celtiberia*, se leia la siguiente nota, igualmente de puño y letra del presbítero: *Es obligacion mia divulgar este escrito, por lo que en él se refiere del sitio donde fué fundado siglos despues el pueblo de mi naturaleza, Valparaíso de Abajo, distante tres leguas de Cabeza del Griego.* Desde que, por muerte de mi abuelo, vinieron á mi poder algunos escritos de mi tio don Julian Antonio, entre los cuales se hallaba la traduccion mencionada, he practicado constantes y muy exquisitas diligencias para averiguar el paradero del códice de Anacleto; pero todas han sido sin fruto: privado del original, he tenido que contentarme con la copia, á cuyo texto me he arreglado fielmente en la relacion de los sucesos, bien que no así en el estilo. Para muestra de este,

[1] Esto creian muchos á principios del siglo actual; ahora se cree que no fué Segóbriga, sino Ercávica, la ciudad que existió en Cabeza del Griego.

y por lo que conviene á mi propósito, reproduzco aquí la introduccion á la letra.

«Bajo el amparo (dice) de Dios Todopoderoso y de la bienaventurada Vírgen María, yo Anacleto, siervo inútil de la Santa Iglesia episcopal de Segóbriga[1], me propongo referir compendiosamente las heróicas pruebas y merecimientos insignes de la serenísima Reina..., española de linaje, cuyas virtudes ofuscaron la gloria de todas las matronas régias de orígen godo que la precedieron, sin haber sido jamas igualada por ninguna de sus ilustres sucesoras. Y en señal de la veneracion que yo y todos los descendientes de los españoles indígenas y de los romanos (conquistadores nuestros, pero confundidos ya con nosotros) profesamos á la gran princesa restauradora de su pueblo, he resuelto que siempre que el augusto nombre de... aparezca en este breve libro, que mi fe le dedica, sus letras vayan escritas con brillantes colores y labor tan delicada y prolija, como la que he empleado en el códice más suntuoso de los varios que tengo hechos, como escribiente de esta Santa Iglesia. En cuyo propósito, que cumpliré (Dios mediante), siempre que mi vista, harto débil hace ya tiempo, me lo permitiere, comienzo así. En el año 686, etc.»

Bien fuese porque el pobre diácono perdiera la vista, como parece se lo recelaba, bien fuese porque su entusiasmo en favor de la Reina se entibiara más adelante, bien porque le faltase tiempo, ó quizá la vida, para cumplir su designio, ello es, segun advierte mi tio, que el códice original estaba plagado de huecos, dejados de intento en blanco para poner el nombre de la Reina siempre que la narracion lo exigia, y el nombre no se hallaba escrito ni una vez siquiera: el cronista debió dejar para lo último aquella tarea, por ser más delicada; no llegó á principiarla; y la Reina, por consiguiente, se quedó anónima para la posteridad: porque aquella Reciberga, que algunos autores han dado por esposa de Recesvinto, indudablemente, si damos fe á otros, lo fué de su padre.

Oigamos á mi tio las circunstancias con que se verificó el bautismo de la Princesa, las cuales justifican el título que lleva la obra.

«Pareciéndome una profanacion (escribe en sus notas) dar un nombre supuesto á un personaje verdadero tan respetable, puse el negocio en manos de la Providencia. Tomé el *Martirologio Romano,* impreso en Roma en 1585; llamé á la hi-

[1] Probablemente diria *Ercávica* en el códice, y en éste como en los demas casos hubo de leerse *Segóbriga*, ya por la dificultad de la letra, ya por el mal estado del manuscrito.

ja de mi hermano, María, niña de pocos años, que áun no sabia leer entónces, y le entregué el libro, mandándole que lo abriera por donde mejor le pareciese: obedeció la niña á su modo, introduciendo el índice de la mano derecha por la página 251, y el índice de la siniestra por la 684. Preguntéle entónces cuál de las dos páginas me designaba; y la criatura, con la inocencia de su edad, respondió que una y otra. Observé entónces con sorpresa que en los dos puntos donde sentaba los dedos en ambas páginas, habia dos santos de un mismo nombre: san Floriano, mártir, de quien se hace mencion á 4 de Mayo, y san Floriano, mártir tambien, de quien se lee á 17 de Diciembre. Esta misteriosa coincidencia me ofuscó de suerte, que me persuadí con toda certeza de que, por divina permision, habia hallado el propio nombre de la esposa de Recesvinto, abuelo ó bisabuelo paterno del gran Pelayo; y sin escrúpulo ninguno planté á mi traduccion por título: *Historia de la Reina Floriana.* Borré poco despues el nombre, porque una reflexion me aguó todo el contento que me habia producido el hallazgo maravilloso: recordé que tenemos en España la palabra *fulano*, para indicar una persona cuyo nombre se ignora ú omite; y discurriendo sobre la etimología de la voz, me ocurrió la sospecha siguiente. Los Fruelas, Froilas, Froilanes y Froilanos (que todo es uno) abundaban mucho en Asturias en el tiempo de la restauracion y siglos inmediatos; quizá (como ahora se llama Pedro Fernandez á cualquiera, porque abundan los Pedros) dirian entónces *un Froilano* á todo hombre desconocido; y de aquí, algo más adelante, se formaria el *fulano.*[1] El *Froilano* gótico probablemente seria el *Floriano* latino; y si esto es así, indudablemente está de Dios que no tenga nombre nuestra heroína, pues ni se le ha podido aplicar uno supuesto. *Floriana,* en nuestro país, no es nombre, sino sustitucion indeterminada por el nombre que se desconoce: de modo que titular este escrito: *Historia de la Reina Floriana,* equivale á escribir *Historia de la Reina doña Fulana*, es decir, una *Reina sin nombre.*»

[1] Nuestros orientalistas quieren que el *fulano* español venga de la palabra hebrea *feloni,* que, en efecto, significa en aquel idioma *un cierto hombre.* A mí me parece una *felonía* separarme de la opinion de mi tio. J. E. H.

LA NOVIA DE ORO.

CUENTO EN CASTELLANO ANTIGUO.

Salomon fué llamado un conde, asaz rico en vasallos é asaz pobre de magin, que, segund cuenta el Maestro Ferruz en su corónica de los varones famosos non conoscidos, hobo tierras é poder nada cortos acullá en las septentrionales partes de España: el cual Salomon fué muy mucho familiar é devoto de un mágico sabidorísimo, timoroso de Dios é los condes, que habia nombre *Babieca*, ansí dicho con farta razon, ca seyendo home doto más que otro ningun, non salió en cuasi toda su vida, luenga como de suegra ó simple, non salió, digo, de sayo pardo de gruesa filaza, casa de alquiler y potaje de almortas. El bienaventurado Salomon casó, por consejo del Babieca su amigo, con doce mujeres arreo en soldemente treinta años; é todas las doce mujeres salomónicas fueron á maravilla fermosas é honestas é ricas é plascientes, é de poca vida, que es rara ventura; é todas encaescieron, é vivióles la cria, é fallescieron luego é la cria despues, é Salomon heredó en aquesta guisa una docena de padrimonios de gran cuantía: é catad á Salomon doce vegadas viudo, é doce vegadas más rico ansimesmo que cuando era barragan, solo é señero en el mundo. E como entendiera en buscar la tredécima desposanda, platicó de boda con el mago, é le rogó afincadamente de facer trato con los planetas más graves é copetudos, como don Junípero, don Saturio é don Marcio, é con los celestes enhastados signos, á saber, don Arias, don Tahur é don Capigorrenio, de le dejar una esposa que le cuidara en su postrimería, é le diese fijos que su potente señorío heredaran. Acucioso el mago, tomó á la hora sus cuadrantes é astrolabios é otras máquinas peregrinas para fablar con los astros por señas, é sinificóles el cristiano deseo del Conde; é respondiéronle las estrellas faciendo guiños,

que aína podria el Conde haber sucesion felice para su casa; pero en casando que se casase, moriria de fijo: ca sus altezas los planetas é signos é toda la demas cámara lúcida tenian por número razonable el de una docena de novias para un solo novio, sin que la docena fués la del fraire. Amohinóse un tanto el adocenado Salomon con lo de morir, si paladeaba más el pan de la boda; ca discurriendo que sus doce veladas habian tan de súpito fenescido por ser altas é ilustres doncellas, revolvia en su caletre de se desposar al cabo con una mondonga de palacio, ojialegre é rolliza, que semejaba seer asaz vividera é más que asaz encaescedora; seyendo empero recia cosa finar á sabiendas, parescióle consejo más sano seguir conde viudo, que facer viuda condesa. Mas como en echando un conde el ojo á una moza, penoso el desviarlo dende le sea; é como agudamente duela á cualquier príncipe non dejar herederos, á su talante habidos; Salomon dando hí é tomando, cayó en cuenta un viérnes en ayunas, á la hora de alheñarse la barba, de que don Capigorronio é don Junípero (llamado otrimente don Jóven), don Saturio, don Arias é compañía amagábanle con la muerte, si se casaba; pero non se casando, nada se decia de *requiem æternam.* E como fuese notoria fazaña que el mismísimo don Jóven hobiese habido fijos, sin casar, en doña Bleda, doña Anade, doña Guilopa[1] é otras mancebas que conosció en sus barzoneos por acá ayuso, ántes de se encaramar acullá suso á las planetarias esferas; el temerario Salomon, como se vido con la barba en la mano, quísosela facer á todas las estrellas que su casamiento impedian; é non catando ál que la conveniencia del su estado, propúsose de tener subcesion sin tener esposa: é salióse con ello, é non morió, nin dolióle una uña siquiera; ca las estrellas, como gente que non se sale del su carril, magüera ofendidas, atoviéronse á la letra de lo prognosticado. E la mondonga *Pavonesa* (que ansí la apellida Maese Ferruz, por seer vana á la par del pavon cuando ha más poblada la cola) des que se cató con una gentilísima rapaza de veinte meses en el regazo, dejóse en mal hora tentar del demonio de la superbia; cercóse de boato é atuendo al tenor de una emperadora; puso é quitó en el condado; trató mal á baron y escudero, dama é labriega, viuda é pupilo: á tanto, que otro viérnes como el de márras, enojado el Conde por consejo del sesudo

[1] En este cuento se llama don Saturio á Saturno, don Junípero y don Jóven á Júpiter, don Marcio á Marte; á los signos Aries, Tauro y Capricornio se convierte en tres caballeros con los nombres de don Arias, don Tahur y don Capigorronio; finalmente, de Leda, Europa y Dánae se hace una doña Bleda, una doña Guilopa y una doña Anade. Para estropear nombres mitológicos se pintaba solo el Maestro Ferruz.

mágico, envió de improviso á la cámara de la cuasi condesa un fraire, tremebundo sermonador, é con él un muy reverente é manso bochin, con el hacha al hombro, recien aguzada. Amonestó el coronado á la Pavonesa, que, mal que le pesara, se convirtiese á Dios, é viese de reparar la su mundanería; é díjole melosamente el bochin, que si non, se dejase apercollar de gentil talante; é la non mal avisada mondonga, súbito con celeste lumbre de santa vocacion asistida, partió de carrera, é tras ella el bochin, á un monesterio, gridando por la calle: «Pecadora fuí, monja quiero seer, cilicio é penitencia demando.» Recebiéronla edificadas la abadesa é sororas del monesterio, motiláronla, ciliciáronla, é fué de todo punto monjificada, et en pocos dias, olvidada de lo que en vano remembrarie, deprendió diestramente la manifatura de las tortas y pan pintado, bollos, conservas é suplicaciones, seyendo luengos años sonada por ende, é fenesciendo en paz con renombre de una de las más ejemplares é zarandeadas madres de la caostra.

Rematado ya el cuento de la mondonga, que Dios ha de cierto consigo, vengamos á la fija, cuyos loores luengamente relata en su corónica el Maestro Ferruz, que de seis á trece años le enseñó cuanto él sabia, et á los trece y medio ya sabia la rapaza mucho más que el Maese. Nascida en el dia de san Carísimo, con tal nombre fué baptizada, nombre en ella dos vegadas sinificativo: ca notorio es que esta palabra de *carísima* vale tanto como *muy querida* é *muy costosa*; é la mochacha, como subcesora en el condado, fuera muy *querida* é deseada del su padre ántes áun de nascer, é fué muy *amada* en nasciendo, é fué muy *costosa* á su madre, é púdolo seer á su padre, á malquistarse las estrellas con él por haberles fecho la barba; seyendo empero una cosa barbas é pelo, aplacáronse las iras celestes con la motilacion de la pecatriz convertida; ca los arrojos de los príncipes nunca se pagan en propia, sino en ajena cabeza: de grandes es errar; de pequeños satisfacer por los grandes. Como quier que fués, Carísima cresció por sus dias andados gentil é donosa, traviesa é aguda, é señaladamente damísima en todo: nunca sofrió un vestido más de una postura; dormia con guantes é con un polido tocado; en su vida sentó los piés fuera de alfombra, litera, silla de manos ó estribo. No alcanzaba muy grand estatura; facíala, sí, más linda el seer pequeñuela; el talle cabia en los jemes; labios coralinos, dientes nacáreos, la color un tanto quebrada, cabello negro, abundoso é de lustre; los ojos, negros ansimesmo como el zabache, magüer non grandes por demas, eran sobremanera graciosos é bailarines, que alzaban en vilo: fabla era vulgar en toda España destónces, que mirada é remirada Carísima á la menuda, non dábase en ella parte

ó faicion que fués de suyo acabada é perfeta; ayuntadas empero todas, armaban la fermosura más apetescible que toparse pudiera. Aquí el Maestro Ferruz, en descargo de su consciencia, declara é jura por el hábito de Sant Pedro que la medietad é un tantico más de la gentileza de la Condesica iba ciertamente en el atavío precioso et atinado que usaba; ca tal cobdicia de galas habia la moza, é tan grandes algos despendia en ellas, que á darle Salomon barro á mano, los doce bien logrados heredamientos de las doce malogradas condesas non abastaran para su arreo, é destonce sí que fuera para su padre *carísima.* Fueras ende, la rapaza salió discreta como una sierpe, dulce como una tórtola et alegre como un pandero, á tal que non se apartaba de su boca la risa, ca decíale asaz bien á su cara. Ansí seyendo, dicho es que habria pretendientes abondo: cual moscas á miel acudian príncipes, duques é barones á recuestarla; ella con apacible faz oia los requiebros de todos, respondíales con falagüeras razones que non la ponian en premia, é dejábales en obsequio suyo bofordar, tornear, dar é tomar buenos tumbos é tal cual espadada, é gastar sus dineros por añadidura.

Veíalo todo é facia la vista gorda el buen Salomon, por consejo del bonísimo sabio; ca veyendo farto dubdoso el que la Carísima heredase la ventura de heredar á doce maridos, cordura era comenzar por uno, rico por doce. Tan á manos llenas echaron los cielos la su bendicion á la fija de la Pavonesa, que á la par dos condes é un duque, perilustres y prepotentísimos, pretendiéronla por mujer á la faz de la eglesia, sin se curar de que su madre non fuera velada; bien que Salomon hobiérala reconocido ante el su Consejo, é todo el condado salomoniense recebídola é saludádola con vítores Condesa futura.

Dias corrian, años pasaban, la Condesa llegaba á sazon: forzoso era ponerla en estado. Un dia que se habia aderezado con sus galas mejores, llámase á palacio al astrólogo: Babieca viene. «¿Con quién aparellamos esta paloma? dícele jubiloso el padre. El Conde Bolonio, el Conde Espárrago et el Duque Armatoste sospiran por la mi única fija: ¿quién carga con ella? — Dicho lo habedes, respondió gravemente Babieca: fallo es inapelable de las estrellas, que solo sea marido de la gentil Carísima el su amador que en hombros la pueda levar desde este palacio á mi choza. — Catad, repuso el Conde, que la manceba non es grandemente rolliza é pesante, ni cae lueñe tampoco vuestra posada: levarán atal fardo cuantos lo quieran, é non sabremos á quién endilgarlo. — Si pesa ó non pesa, tornó á decir malicioso el mago, decírnoslo han los que tomarla deben á cuestas: vengan é prueben.» A la hora fueron congregados los condes é mucha gente: echaron suertes; cúpole el primero al Conde Bolonio, forzudo gar-

zon é redondo como una bola; cogió á Carísima de la cintura, echósela al hombro como un haz de centeno, fué á dar un paso... ¡Sant Llorente nos valga! El malaventurado Bolonio cayó al suelo fecho tortilla, salpicando de sangre á todos los hí estantes en torno: en el punto crudo de posarse en sus hombros Carísima, convirtióse en estatua maciza de oro, é despachurróle con su descomunal pesadumbre, quedándose ella luégo como si nada hí hobiera pasado. Asió de ella el Conde Espárrago, altísimo é derecho mozon, é morió estrujado, ni más ni ménos que el Conde gordo: el Duque Armatoste, alto é fornido como los otros dos é muy más robusto, emprendió tambien con la aciaga novia: cargó, é reventó con la carga. Espantados los demas condes é barones, que non osaban pretender á Carísima sinon de lueñe, fugieron dende á pícaro el postre. La Condesica, toda confusa et avergonzada, fuése á desnudar sus galas sanguinolentas; colérico el Conde caviló un rato si deberia quemar vivo, ó enforcar por lo ménos, al mago; mas habiendo costumbre de pedirle consejo en todo, sospechó que tal idea non le cuadrase mucho, é dejólo estar para mejor coyuntura. El doctor Babieca, solo quedante en la cámara condesil, rezó sendos responsos por los tres atortillados, é fués á yantar su escudilla de almortas.

E vedes aquí alborotados los pueblos de España con la extraña noticia de la *Novia de oro*, cundiente por do quier: sabrosa nueva para las damas á quien Carísima furtó sus galanes, aceda para los que presumian conquerir á Carísima, miraculosa para todos los ál, que así á ver la ya terrible Condesa acudian, como á tornante ánima del otro mundo. Mirábanla é remirábanla, é placíales el talle é la cara, el vestir, el andar, el decir é reir de la moza; concomíanse un tanto, é luego santiguábanse, é partian de carrera diciendo: «Novia que pese, puédese sofrir, pesan todas; novia que aplaste, ¡guarda! Carísima tan cara non la queremos.» El Conde, que nunca pensara en desanchar los términos de sus tierras lidiando, paresciéndole más facedera cosa los acrescentar con una boda á su interese acomodada, cobró ira tan fuerte de ver incasable á su Carísima, que de buen grado la monjificara como á la madre, tomando luégo otra mondonga que otro heredero le diera; hubo empero de desechar el audaz propósito, sospechando seer ya tarde para le traer á felice cabo; é non acertando á desfogar su iracundia en la su fija ni en el Babieca, torció la inquina, como era justo, hácia sus vasallos, pagando por todos los que más á la mano estovieron: enforcó por ende gobernadores Pilatos, azotó Magdalenas escandalizantes, encorozó escribas, engaleró malsines, é fizo otras mucho buenas justicias, que solo se logran cuando

por la permision de Dios se acedan los condes. Era el estado de Salomon una balsa de aceite; estornudaba él, é calambregábase su corte. Carísima en tanto estrenaba una gala por dia, non dándosele un figo de ir á la tumba con palma.

Pero otra cosa estaba de suso. Figuradvos, pues, amados leyentes de la mi leyenda, que un fermoso dia de Mayo, á la tardecica, monta á caballo la Novia de oro (ca los caballos, como non pretendian casar con ella, levábanla á cuestas é non reventaban), é métese por un vallejo, é cae el caballo con la jineta en un charco, é por poco la estruja, con no seer de oro. Cabalgaba en pos de ella un palafrenero mozo, que aquel propio dia fuera recebido en palacio; gritóle Carísima que la sacara de entre caballo é lodo, é sesudamente respondió el palafrenero que, segund la cartilla que leida le fuera en la misma mañana, tocábale á él solevar el caballo, no empero levantar ni tocar de sus manos á su ama, ca esto era previllejo de su caballerizo. «Si vos non me alzáredes, díjole gimiendo Carísima, non podré yo, ca por mi cuenta debo estar deslomada. — Veámoslo, pues», repuso el remirado palafrenero; é restallando reciamente el látigo sobre el palafren é la dama, cual si enderezarles quisiera un azote fierísimo, asustáronse al estridor, é alzáronse entrambos. «¡Loado sea Dios!» prosiguió el mozo. Carísima, enojada por el susto, embistió á sacar al palafrenero los ojos; mas al reparar cuánto eran lindos, aquietóse de súpito, é mandóle ir por las vecinas casas en busca de ropas con que mudar las suyas, todas encenagadas. Fué el palafrenero, é tornó con una camisa de fino cáñamo et un jubon é saya de rica bayeta, que hóbose de vestir á falta de otros la Condesica: et al apearse el palafrenero para dar el hábito á su ama, acogióse su caballo, é siguióle el de Carísima como buen compañero. Hételos á los dos á pié, solicos, léjos de palacio, é la noche que viene. Andan é callan al pronto, andan é departen despues, é departiendo, echa la Condesica de ver que el palafrenero Justino fabla como un calonje, amén de ser bello como un angelon de retablo, é préndase sin más del palafrenero. Mas el dolor de la caida molesta á la pobre moza, é cojea: nótalo Justino, et olvidando ya la cartilla palafreneresca, ciñe á la Carísima con sus brazos para echársela al hombro. ¡Oh fuerza del amor poderosa! Carísima, que poco ántes hobiera sacado al Justino los ojos, grita como si la mataran, é pugna por abajarse cuando el palafrenero por echársela encima, timorosa de tornarse oro é atortillar al mancebo, el cual en efeto la deja: sabia el Justino el apretado fin de los tres ricoshomes descacharrados; mas entendia homildemente el mancebo que así como podian portear los caballos é los jumentos á la su ama sin empecerles cosa, tambien así la podrie tomar

á cuestas el palafrenero, por su concomitancia con los cuadrúpedos. Aguantando pues el dolor, esforzándose á sonreir, magüer sin gana, prosiguió andando Carísima, é fizo contar su historia á Justino, é sopo que habia madre vieja é dos hermanas, que él mantenia; que en la su aldea fuera rey de gallos ocho carnestolentas arreo; que non fuera de otro igualado en el manejo del látigo, con el cual, sin daño facer, gobernaba á su gusto el potro que más coceaba; é por fin, que dejado habia en el pueblo una novia, con ánimo de no se casar miéntras no pusiera en estado á las hermanicas, é ganara para mantener honradamente á la vieja. Carísima lagrimeó bien de vegadas, oyendo la tierna relacion del mancebo; él pidió á su amita perdon del susto; dióle ella á besar la mano; púsose él de finojos para besarla; quísole ella alzar; é al abajarse ella é levantarse él, tropezaron los labios de la moza con la frente del mozo, et osculáronse hí mal su grado con un buen coscorron, que les fizo perecerse de risa. La madre é las hermanas fueron traidas é acomodadas en palacio al otro dia.

No puede el amor absconderse: Carísima non vivia á gusto, salvo cuando platicaba con el palafrenero, rey ántes de gallos; por él facia merced á cualquiera; para él solo se engalanaba. Notólo el padre, pescudó á la hija, confesó ella, buscaron al mágico. «Padre Babieca, dijo Carísima, yo quisiera seer de Justino; pero non quisiera estrujarle. — Babieca amigo, díjole el Conde, mozo que tan gallardamente menea el látigo, paréceme cortado aposta para marido é para príncipe. Otro yerno apetesciera yo; pero á éste apetesce mi fija, é yo non he asaz de brio para emparedar á ella é descabezar á él, como barrunto que convernia: pedid á los astros que por esta vegada ahorren al novio de cargar con la novia. — Imposible, respondió el trujaman de las estrellas: Justino ha de traer á Carísima desde su palacio á mi choza; pero en vez de tornarse de oro en tomándola acuestas, puédese tornar de pluma, en vistiendo la saya gorda que Justino le trujo cuando se enlodó en el vallejo. — Farto me duele, repuso la vana de Carísima, haber de casarme con vestido tan feo; pero cáseme yo á lo pobre, que yo me ataviaré luégo á lo príncipe. — Mataredes á vuestro esposo, dijo Babieca: en tomando más vuestras galas, ellas, mal grado vuestro, vos farán saltar sobre el triste Justino, trocada en oro, é será del lo que fué de los tres malaventurados.» Carísima gimió de lo hondo del alma; recobrándose empero, dijo: «Tanto quiero á Justino, que porque á él no avenga daño por mí, áun tomaria un cilicio á raíz de las carnes por toda mi vida: vestiré bayetá.» El padre et el mágico bendijeron é besaron á la mochacha, é despidiéronse fasta el dia siguiente. Llegada Carísima á su aposento, juntó

sus galas é sus dineros, é repartiólo todo entre los pobres, apartando un gran regalo para Babieca. Mal duermen las novias la noche ántes del desposorio; Carísima durmió mejor que ninguna: sobre una buena accion, de miel es el sueño.

Amaneció, vistióse Carísima sin facer dengues la honesta ropa, é ¡ved qué asombro! más bizarra parescia con aquel pobre hábito, que con sus galas de costa inorme: ¿qué mejor gala que amor é virtud! El cura, padrinos é testimonias ya estaban en cas de Babieca; millares de millares de homes é fembras, en dos hileras contenidos por la guardia del Conde, facian calle del palacio á la choza. Justino andaba forastero, é non sabia cosa: bajaron Salomon é Carísima á esperarle en la plaza de armas. Ya viene, ya llega: míranle todos; inquietud aguda les embarga la voz; ninguno resuella. Dice el Conde á Justino: «Toma en hombros tu novia.» Aquí gritan todos, amarillos de espanto. Adoraba Justino en Carísima, magüer nunca lo dijo; sabia que era muerto quien la alzara en hombros en guisa de amante; parescióle dulce muerte la que de ella viniera, y sin dudar un punto, echóle los brazos, diciendo soldemente al alzarla: «Carísima, mirad por mi madre.» ¡Qué pasmo! é ¡qué gritería de júbilo, cuando vieron que el felice Justino, gallardeándose con la fermosa carga, más leve que esponja, arrancó de carrera con la celeridad de quien va hácia la dicha! Poblóse de capas el suelo, hinchióse de bendiciones el aire. Recebieron las del clérigo los dos amantes; é Carísima, que fasta destonce fuera llamada la *Novia de oro* por lo costosa, fué nombrada en adelante la *Esposa de oro*, por su alto merescimiento, por su inestimable valía.

Remata su corónica el Maestro Ferruz con estas palabras: La mujer perdida por galas es la roína de su marido: no le honra con ellas cuando le endeuda; le escarnece y desdora. No ama á su esposo quien no cuida su hacienda: á tal desamor y descuido siguen muy de cerca lastimosas desgracias.

MARIQUITA LA PELONA.[1]

CRÓNICA ESPAÑOLA DEL SIGLO XV.

Vituperable cosa paresce traer de contino palabras en la boca, de las cuales la sinificacion non se cala, como quier que mancilla seya del home de seso fablar de aquello que non entiende. Dígovos esto á los que la presente relacion hobiéredes á las manos, por cuanto bien os habrá veces fartas acaescido mentar á *Mariquilla la Pelona;* é yo tengo para mi sayo que ansí quién fué Mariquilla la Pelona sabredes, como sé yo quién se hobo de comer el gallo de la Pasion, magüer barrunto que seria ciertamientre una boca ó más de una. Quiérovos por ende tirar de inorancia sobre tal subjeto, é vos aviso que la tan remembrada María fué nascida en tierras de Segovia, et en la villa de Sant-García llamada, villa ásaz famosa por la fermosura de las mancebas que cria, las cuales tan gentiles é donosas caras han de ordinario, que tales véalas yo en torno de mí á la hora de mi muerte: serafinicos viera. Padre fué de María un honrado labrador, de nombre Joan Lanas, cristiano viejo é bien quisto é non mal heredado, é de bien poca sal en la mollera: cosa que al padre et á la fija mucho de malandanza trojo; ca en los tiempos que alcanzamos, Dios me perdone si non es fuerza más haber de bellaco que non de bendito. Fué ansí que Joan Lanas, por malos de sus pecados, hobo de haber una litigacion con un su vecino sobre un parral que valdria fasta cincuenta maravedís; é habia razon Joan, é diérongela los jueces, en guisa que ganó la lite; salvo que non duró ménos de diez años, nin le montó de costas ménos de cinco mil maravedís, amén de

1 *La Reina sin nombre* y esta leyenda fueron destinadas para entretenimiento y consuelo de una hermosa dama, que, á consecuencia de una enfermedad, tuvo que cortarse el cabello.

un mal de ojos, de que vino á fincar ciego á la postre. Como se topó menguado de facienda é sin la vista de los ojos, aborrido é desconortado fizo dineros lo que del heredamiento de sus mayores leixárale la afambrida grey de letrados é de curiales, é tomó la via de Toledo con la su fija, que entrada en los disiseis años, habíase fecho una de las más garridas, apuestas é apetescibles doncellas que se pudieran fallar en Castilla é reinos allende. Ca ella era blanca al par de la azucena é colorada al par de la rosa, derecha é alta de estado, enjuta de talle é recia de cuadriles; otrosí habia la mano et el pié á maravilla pequeños é redondicos, é una mata de pelo que le decendia fasta las corvas. E yo conoscí á la viuda de Sarmiento, que fué ama de llaves suya, la cual me contaba como cuasi non podia abarcarle el tronco del pelo con ambas las manos, é que non de otra guisa la pudiera peinar sinon puesta la doncella de pié, é sobida el ama en una tarima; ca si María se asentara, barrerleía su luenga cabellera el suelo, et enmarañaríasele toda. E non vos figuredes que por ser tamaña su beldad é donaire pecase grandemientre de soberbiosa é casquilucia, segund que las rapazas de hogaño suelen; homildica era como una lega de caostra, é callada como si mujier non fuese, é sofrida como la corderilla que mama, é afanadora como la hormiga, limpia como el arminio, et honesta como una sancta del tiempo en que por la misericordia del muy Alto nascian sanctas en el mundo. Fiduciarvos he empero, en amistanza, que habia nuestra Maricuela vanidad non poca del su cabello, é que folgaba de lo mostrar; é por ende, oras en la calle, oras en visita, oras en misa fuese, diz que soltar el manto sotilmente solia fasta lo derribar en los hombros, facendo de la olvidadiza é mal cuidadosa: tocas non traia nunca so la montera, ca decia que la ponian bochorno é congoja; é cada que su padre reprochábala por algun fecho punicion meresciente, é menazábala de le toller el cabello, júrovos que le dolia tres tantos más que una vuelta de zurriaga, et estonce era buena tres semanas arreo: á tanto que Joan Lanas, catando la enmienda, reia á socapa, é fablando su fabla con los sus compadres, decíales que la su fija ganar habia, como la otra sancta de Secilia, el cielo por los cabellos. Leixado este tema, conviene que sepades que Joan Lanas el ciego, con trocar de tierra é posada, non trocó de meollo; é si mentecapto era en Sant-García, mentecapto fincó en Toledo, consomiendo hí los sus dineros con físicos é zurujanos roínes que non le sanaban la su ceguera, é le empobrescian cada dia más; que á non haber seído su fija tan ducha en labrar é guarnir paños de lino, lana é seda, yo vos prometo que el cuitado de Joan verseía más de cuatro disantos sin alcandora que se poner, nin bocado que yantar, fueras

ende que lo demandara de puerta en puerta. Años pasaban, é María cada vegada más fermosa, é su padre cada vegada más ciego é más ganoso de ver; fasta que la pesadumbre é coita le acució en cuer é magin tan fuertemientre, que María hobo de conoscer, claro como la lumbre del sol, que si el malaventurado labrador non cobrase la vista, finara de pena. A la hora María tomó á su padre, é levólo en cas de un físico arábigo de grand saber que moraba en Toledo, é dijo al moro de catar si el viejo habia cura de su malatía. El arábigo cató é tentó á Joan, é fizo con él esas et esotras probaduras, é todo paró en que el físico ficiese juras por el zancarron de Mahoma de que habia certinidad de guarir á Joan facendo que tornase á ver á su fija, á tanto que se le pagase la guaridura con quinientos maravedís de oro en oro: ¡asedo cabo de sabroso comienzo, ca los dos lacerados de Joan é María non habian en hucha nin maravedí nin blanca! Fuéronse dende mohinos, é María non cesaba de orar al señor Sant-Illan é al señor Sant-Yego que les quesieran acorrer en tan áspero trance. «¿De dó, cavilaba ella en sus adentros, de dó tirar quinientos maravedís para ser quitos con el honrado moro que tornarleía la vista de los ojos al triste de mi padre! A la hé, yo garrida moza soy, é amartelados de sobra cuento, pecheros é fidalgos, que me endilgan quillotros é gentilezas; mas todos son mancebillos pitofleros, que de ál non curan que de sus garzonías, é buscan barraganas, é non dueñas segund la ley de don Jesucristo. Mémbrome non obstante que frente de casa mora el espadero Maese Palomo, que de contino me mira é remira, é nunca me fabla; é ansí la Vírgen me ayude, que me paresce el home de asaz buena masa para marido; pero ¿cuál mochacha, non seyendo tuerta nin gibosa, podelleía querer con aquella la su nariz tan chata, con aquella la su color de dátil maduro, con aquellos los sus ojos de beserro mortecino, é con aquellas las sus manazas que más aína semejan de animalia bruta que de persona que asir con ellas blandamientre debe las de la fembra que la suerte le depare para la su compaña! Diz que non seya nada embriago, nin apaleador, nin doñeador, nin mintroso, é que seya otrosí grandemientre cabdaloso é rico: ¡lástima que tales partes adune quien es tan grandemientre feo é zamborotudo!» Dando é tomando en esto, llegaron Joan é María á su posada, onde atendiéndolos un escudero estaba con loba de luto, el cual dijo á María que su tia del Corregidor de la cibdad era muerta en estado honesto et en la flor de su edad, ca non habia complido los setenta et uno, é que habiéndose de facer las obsequias de la doncellica setentañona al otro dia, fuerza era que el su ataud fuese levado á la eglesia por doncellas, é veníale á pescudar á María si plazríale de ser una de las

porteadoras de la finada, é daríagele un hábito blanco é de yantar é un ducado é las gracias por añididura. María, á fuer de bien adotrinada manceba, respondió que si el su padre venia bien en ello, ansimesmo ella vernia. Joan acetó, é María regodeóse de poder andar á facer alarde de su cabelladura, ca sabido es que las mochachas que levan á soterrar á otra, van desmelenadas. E cuando á la otra mañana las dueñas de la Corregidora adereszaron á María con el hábito blanco como el ampo de la nieve, é fino como piel de cebolla; é cuando rodeáronle al cenceño talle una faja carmesí de seda cuyos cabos pendian fasta el ancho ruedo de las haldas; é cuando cingiéronle una corona de blancas flores por la su tersa é candidísima frente, dígovos que con el hábito, é la faja, é la corona, é la fermosa cabellera tendida, é la muy más fermosa faz é continente suyo, non semejaba fembra de carne é de hueso formada, sinon sobrehumana criatura, bienaventurada conmoradora de los lucientes cercos onde asisten las célicas hierarquías. Saliéronla á ver á la sala el Corregidor é los del duelo, é todos de contino loaban á Dios, á quien tan miraclosas obras plega facer para consolacion é solaz de los en el mundo vivientes. E allá en un rincon de la sala fincaba inmóvile, como bulto de peña labrado, uno de los del mortuorio, con el capirote del luto ya puesto, que non se le veian más de los ojos, los que habia de hito en hito clavados en la garrida doncella, la cual traía los suyos honestamente abajados al suelo, é un poco doblegada la cabeza, é un tanto coloradas de vergüenza las mejillas, magüer le sabia mucho bien oir los loores que de su gentileza facíanse. Abrióse á deshora un cancel, é comenzó de asomar una grande comba de saya, que ál non era que la tripa de la Corregidora, la cual paresció al cabo de dos brazos de vientre, ca estaba en dias de parto; é como vido á María, fincó hí parada, desanchó los ojos de un jeme, mordióse los bezos é llamó á su marido; departieron juntos una buena pieza, é fuéronse dende, é cuando tornaron, los del mortuorio eran ya idos.

En tanto que dan tierra á la defuncta, quiérovos decir, curiosos leyentes, como el Corregidor é la Corregidora eran desposados, luengos años habia, sin haber fijos; é cobdiciábanlos como el campero la pluvia de Mayo, é por fin habíale tocado su hora de bendicion á la Corregidora, con grande contentamiento de su marido. Sonrugíase que la tal dama siempre habia picado en antojadiza: ¡juzguedes si serloía en el tiempo de su preñedad! E, por non sabemos cuáles de los sus achaques, era ya más que medianamientre calva é sin pelo, é mesmamente aquellos dias habia encomendado á una barbera, que vivia en clor de bruja, que le adobase una ca-

bellera apostiza, salvo que non habia de ser de fembra defuncta; ca sesudamente decia la Corregidora, que si el cabello era de mujier que gozaba de la superna gloria ó lastaba sus pecados en el purgadorio, profanamiento era levar prenda suya: é si yacia en el infierno, espantable cosa era traer en somo de la persona reliquias de muerta damnada. E desque vido la Corregidora la cabdalosa melena de María, antojósele para sí, é por eso llamó en poridad al Corregidor, é rogóle afincadamientre de reducir á María á se despelar, en tornando que tornase del mortuorio. — «Afírmovos, decia el Corregidor, que pretendedes cosa bien peliaguda de recabdar, ca en tal guisa idololatra en su cabello la moza melenuda, que mas aína endurará que la manquen de un dedo, que leixarse toller un mechon de las crenchas. — Yo vos aseguro, respondió la Corregidora, que si hoy en este dia no finca por mi mano rasa é monda como un melon la cabeza de esa rapaza, lo que albergo en el vientre tiene de sacar una cabellera pintada en el rostro: é si acertase á ser fembra, catad ¡qué donosa fija se vos apareja! — Parad mientes en que María demandará quizábes por el trasquileo muy buenos escudos. — Parad mientes en que si non, malograr habedes vueso heredero ú heredera, tan sobre hora en camino; et remembrad de pasada que podiera seer el primero et el postrimero.» Tornó con eso al Corregidor la espalda, é partió para su aposento gritando: «Cabellera pido, cabellera quiero; é si cabellera non he, para mi santiguada si encaesciere.» Habíase en tanto fecho el entierro sin más novedad que de mentar fuese, sinon que cuando por las calles algun maleante queria entre la multidad hurgar á la fermosa María, el encapirotado de quien suso mencion ficimos, tiraba con prestedumbre una correa de so la loba, enderezaba un gentil zurriagazo al descomedido sin le decir palabra, é seguia cabadelante cual si cosa non hobiese acontescido. Tornado el acompañamiento del duelo, el Corregidor trabó de la mano á María é díjole: «Ora bien, honrada doncella, menester es que departamos los dos un poco en esotra cuadra»; é diciendo é faciendo, metióla en el retrete de su mujier, é asentóse en un sitial é inclinó la cabeza é manoseóse la barba en ademan de quien estodia el comienzo que conviene dar á la plática. María, un tanto abobada é confusa, fincó de pié frontera del Corregidor, é abajó tambien homildemente los sus ojos, negros como la endrina; é por facer algo, meneaba blandamientre sobre la falda los cabos de la faja que le apretaba la cintura, non sabiendo qué se prometer del gravedoso gesto é silencio largo del Corregidor, quien alzando la vista é catando á María de suso ayuso, como la vido en positura tan remodesta, priso dende motivo para saltar diciendo: «Pardiez, María, que traedes un

porte tan recatado é santimonioso, que á tiro de ballesta se conosce que vos criades para monja tocanegrada; é si esto ansí fuere, cual me presumo, yo vos ofrezco de negociar como entreis en caostra sin dote, á trueco de que me endonedes cosa que va en somo de vos, é que estonce non vos será necesaria. — Prométovos, señor Corregidor, repuso María, que non creo me llame el Señor por aquese camino, ca estonce mi pobre padre fincaria sin el báculo de su vejedad en el mundo. — Agora, pues, yo vos quiero dar un consejo sano, hermana María: vos ganades el pan con sobrada fatiga, é debríades aprovechar el tiempo, tanto como posible vos fuese. Hame dicho una vuesa vecina que para facer el vueso tocado perdedes cada dia mas de dos horas: valiera más que esas horas las emplegárades en vuesa labor, que en las tejeduras é moños que facedes con vuesa pelambrera. — Ansí es verdad, señor Corregidor, contestó María, tornándose roja como unos claveles; pero catad que non es culpa mia si he una madeja de cabellos, que para peinarlos é tranzarlos necesito un luengo rato cada mañana. — Dígovos que sí es vuesa la culpa, redarguyó el Corregidor; ca si vos cortárades esa madeja, vos ahorrábades aquesos tranzados é peinaduras; é trabajaríades más, é ganaríades más, é non daríades ocasion á que se vos tache de vana, é digan que áun vos ha de levar el enemigo por las guedejas. Non vos acuitedes, ca ya columbro como vos asoman las lagrimillas, que las habedes en verdad farto someras; yo vos amonesto por el vueso bien, sin interese ninguno: motiladvos, desmochadvos, rapadvos, buena María; é para tollervos el amargor del desmoche, yo vos endonaria cincuenta maravedís, siempre que me entriegárades la vuesa cabellera.» Cuando María oyó de buenas á primeras el ofrescimiento de tan razonable cuantía por el su pelámen, parescióle todo una burlería del Corregidor, é sonriyóse muy graciosamente, alimpiándose las lágrimas é repitiendo: «¡Cincuenta maravedís me endonades porque me rayga el pelo!» Al Corregidor (que diz non habia toda la trastienda de Ulíxes) hobo de parescer que aquella risa sinificaba que la moza non se pagaba de tan poco precio, et añadió: «Si non vos contentáredes con cincuenta maravedís, darvos he ciento.» Estonce María vido moverse cabadelante una cortina de un camarin facendo una grande bamba, é comprendió que hí acechando estaba la Corregidora, é que la bamba facíala su desaforada tripa; é como fuese María de buen engeño, calóse luégo la entencion del Corregidor, é que seria un antojo de su oíslo; é puso su firmedumbre en no sofrir el tresquilamiento si non tiraba dende los quinientos maravedís necesarios para pagar al físico arábigo que habia de descegar á su padre de ella. Sobió el Corregidor los cient maravedís á ciento cincuenta,

é despues á ducientos, é María proseguia sus risas, cabeceos é mohines; é cada que el Corregidor facia una puja é María contrafacia la dengosa, cuasi cuasi cobdiciaba ella que el Corregidor se retrayera del su propósito, por lo mucho que le dolia se despojar de aquel preciado ornamento, non embargante que granjear habia por él la salud del su padre. En soma, el Corregidor, ganoso de cerrar el trato, ca veyendo estaba las idas é venidas de la cortina, é conoscia por ellas la comezon é ansiedad que traeria la su velada, remató clamando: «Ea, rapaza, quinientos maravedís se vos dan: catad, noramala, si vos acomoda. — Norabuena, respondió sospirando María, como si fugiéragele el alma de las carnes con aquesta palabra; norabuena, siempre que non se haya de saber que finco pelona. — Yo vos lo fio», dijo la Corregidora, entrando en la cuadra con unas aguzadas tiseras en la mano é una fasaleja al brazo. Como vido las tiseras María, tornóse amarilla al par de la cera; é cuando la mandaron asentar en la silla del sacrificio, sintióse fetillar, é hobo de pedir un sorbo de agua: é cuando cingiéronle la fasaleja en torno de la garganta, cuéntase que hobiera partido de carrera, á non haberle fallido los espíritus; é cuando á la primer tiserada sintió el frio del hierro, dígovos que le paresció que le atravesaban el cuer con una daga buída. Posible non fué que mantoviese la cabeza queda un momento, durante la tonsuracion se facia; desviábase mal su grado á un lado é otro fugiendo las mordedoras tiseras, cuyo fuerte golpeo é crujido feríale acerbamente las orejas. Nada empero valian sus meneos é trajin á la mezquina tresquilada, ca la pertinaz tresquiladora, con el ansia é cobdicia de una mujier en cinta que satisfaz un antojo, tomábale bien ó mal á puñados los tendidos cabellos, é íbaselos bravamente cercenando, é caian en la blanca fasaleja, escorriéndose dende fasta pervenir en el suelo.

Rematóse á la fin la siega, é la Corregidora, que non cabia en sí de gozo, trujo é retrujo á la motilona falagüeramientre la palma de la mano desde la frente al colodrillo, diciendo: «Por el siglo de mi madre, que vos he tonsurado tan igual é á raíz, que non vos rapara mejor el mas polido barbero: recoged vos é tranzad la mata miéntras que mi marido vos apercibe las monedas, é yo vuesa ropa, para que de casa vayades sin que nada se barrunte.» Salieron el Corregidor é la Corregidora, é María despues que se topó sola, partió á se catar en un espejo que hí habia; é como se vido calva, perdió el sofrimiento que hobiera fasta destonce tenido, é gimió de rabia et abofeteóse, et áun estovo por se arrancar las orejas, que parescíanle á la sazon desaforadas de grandes, magüer non lo fueran: pisoteó los cabellos, é renegó de haber consentido en los perder, sin se remembrar agora de su padre,

como si tal padre non hobiera. Mas como seya propio de la humanal natura conhortarse cuando ál non se puede facer, asosegóse poco á poco la sañosa María, et alzó del suelo la cabellera, é atóla é tranzóla en gruesos ramales, non sin la besar é plañir sobre ella muchas vegadas. Corregidor é Corregidora tornaron: él con los dineros, et ella con el hábito de María, la cual desnudóse é metió en un pañizuelo el sayo blanco, vistióse el suyo, tapóse con el manto fasta los ojos, é caminó gimiendo para casa del moro, sin facer cabdal de que el sornudo home del capirote iba en pos de ella, é que abajando ella el manto en un momento de olvido, por la maña que habia de mostrar el tranzado, vídosele estonce claramente la cabeza mocha. Recebió el moro los quinientos maravedís con el buen talante con que siempre es recebido el dinero, é dijo á María que le trajese á Joan Lanas para que hí posara en tanto que el riesgo de la cura durase; María fué por el viejo, é callóle lo del esquileo por non le dar pesadumbre; é dijo que el moro, en viespras de tornarse cristiano, contentábase, en logar de los quinientos maravedís, con que rezasen por la su conversion quinientos rosarios. Miéntras que Joan permanesció seyendo huésped del físico, non osó María salir de su posada, sinon de noche é bien encobierta; eso non embargaba empero que la siguiera siempre un embozado. El moro cierta noche avisóla en poridad que á la mañana siguiente alzaria á Joan las vendas de los ojos: acostóse esa noche María con grant regocijo, é para sí pensaba que cuando su padre la catase (que seria con asaz de contento), seria ese contento tres y cuatro vegadas crescido, si podiésela catar con el gentil tocado que ella solia se facer en su pueblo. En tal cavilacion andaba al otro dia al sacar la mejor saya é toca para ir cas del arábigo; é como se hobiese asentado para se calzar, sopitáneamente sintió que le encajaban una como caperuza en la cabeza; é revolviéndose, vido tras de sí al embozado de márras, que derribando el embozo se falló ser el espadero Maese Palomo, el cual, sin fablar, presentó á María un espejillo de Venecia, onde catándose, vídose con su mesmísima cabellera en tal forma guisada, que dubdó una buena pieza si era sueño que la Corregidora la hobiese rapado. Era el caso que Maese Palomo, gran compadre de la barbera, visto habia é conoscido en su casa las crenchas de María la mesma tarde del dia en cuya mañana veyera á María pelona; é calándose la facienda, sonsacó á la vieja para que guardara para él la cabelladura de María, leixando para la Corregidora otra de igual color que la barbera habia de una finada: trueco por el cual la taimada vieja fízose contar muy lindos escudos, magüer hobo de aguantar de la Corregidora dos buenos repelones de barbas é un repizco retortijado en el pescuezo.

Ca probándose la barriguda señora la profijada cabellera, destrenzada é pendiente; como le paresciese farto ménos larga é poblada que cuando la segó d'onde fuera nascida, embravescióse mucho, é dió á la barbera nombre de torpe animalia, que habia maladado el manojo mejor de cabellos que se tomó de cristiana cabeza. Desculpóse la bruja con que se le habia dado muy enredada la cabellera, la cual hobo de haber por ende gran desperdicio; non creyéndola empero la mohina dama, mandó callar é fugir de su acatamiento á la engañadora, menazándola, si más replicase, de facerle echar en la boca una badilada de vivo rescoldo. Ida la barbera, peinó á la Corregidora la su moza de cámara, é por non haber el ama costumbre de traer tocado de tanto abrigo, tal sofocon le dió, con dolor de cabeza tan recio, que por poco non fina: ca esa buena pro le fizo á la Corregidora el estreno de aquel antojo. E dice la estoria que tan cedo como María topóse con su tan plañida é sospirada cabellera, por mano rescatada del galan é feote espadero, parescióle el Maese muy ménos feo que de ántes, é non sé si diga que comenzó de tal punto á le catar con buenos ojos: ello es que rogándole él de le prender por su escudero fasta cas del moro, permitiógelo ella, é partieron los dos mano á mano, levando ella sin rebozo la cara. En entrando los dos en el aposento del físico, lanzógele á María su padre en los brazos gritando: «¡Gloria á Dios! ya te veo, fija mucho amada: ¡qué fornida é fermosa te has fecho! Puédese harto bien cegar por cinco años, á trueco de ver á su fija en tal guisa medrada. Ya que torno á ver la claridad, razon es que no me hayas más á tu cargo: yo trabajaré para mí, ca respeto de tí, ya es hora de que te cases. — A eso vengo, prorompió á la sazon el callado espadero. Yo, como ya conoscereis por la voz, soy vueso vecino, Maese Palomo: yo quiero á María, é vos pido su mano. — A la hé, Maese, que la vuesa pinta non es muy cobdiciadera que digamos; empero si María vos aceta, yo soy contento. — Yo, repuso María, toda vergonzosica, é atusándose el pelo apostizo (que pesábale estonce en somo de la cabeza é del alma como un fardo de veinte arrobas), yo, ansí Dios me alumbre, como non atino qué respondervos.» Prísole Palomo la diestra mano sin le decir cosa; et al prendérgela, cató María la muñeca del Maese, é reparó en los puñetes de la su camisa repolidamente labrados, é con algo de suspicion é latimiento del cuer, le dijo: «Por lo que más querades, mi buen vecino, que me declaredes de qué labrandera es aquesa labor. — Obra es (respondió con yocundidad el Maese), obra es de una donosa manceba que há cinco años trabaja para mi persona, magüer ella nunca fasta agora lo sopo. — Agora caigo en la cuenta, departió María, de que todas las mujieres que venido

han á me dar lienzos que coser é labrar eran por vos enderezadas, é por ende pagábanme muy más que se usa.» El Maese non respondió; mas sonriyóse, é tendiendo á María los brazos, María echóse en ellos, embracijándole muy falagüera, é Joan ansimesmo, diciendo á los dos: «Pardiez que sodes nascidos para en uno. — Mia fe, adorada mia, repriso el espadero á cabo de rato, que á ser esta la mi faz ménos desplaciente, non hobiera seído yo mudo convusco tan luengos dias, nin hobiérame satisfecho con cataros de lueñe; hobiéravos fablado, me hobiérades vos fecho sabidor de las vuesas coitas, é hobiéravos endonado yo los quinientos maravedís para la guaricion de vueso buen padre.» E fablándole pasito á la oreja, añadió: «Estonce non hobiérades habido aquel tan mal rato en manos de la Corregidora; empero si temedes que ella quebrante el prometimiento que vos fizo de callar vuesa motiladura, partiremos, si vos place, á Sevilla, onde nadie vos conosce, é ansí... — Calledes, clamó la María, tirando resolutamente al suelo la cabellera, que Joan alzó todo atontecido; esa cabellera mandad á la Corregidora, pues esa é non otra es la que pagó tan cara; que yo, por guarirme de mi vanidad, voto vos fago, si me lo permitides, de ir rapada toda la vida: mal asientan á mujieres de mecánicos oficiales aquesos apostizos arreos. — Contad, replicó el Maese, que desde el punto que vos sepan pelada las mozuelas de la cibdad envidiosas de vuesa fermosura, van á endilgarvos el apodo de *Mariquilla la Pelona.* — Ansí mesmamente lo creo, respondió María; mas para que entiendan que non se me dará una faba de aquese nin qualquier otro mote, afírmovos que de hoy para en adelante non he de sofrir que nadie me nombre de otra guisa que *Mariquilla la Pelona.*»

Tal aventura fué la que tan remembrada en las Castillas fizo á la fermosa fija del buen Joan Lanas, la cual en efeto casó con Maese Palomo, é fué una de las más honradas é parideras mujieres de la perilustre cibdad de Toledo.

NOTA. La publicacion de este cuento dió lugar á que remitiesen al autor las dos narraciones que á continuacion se insertan: la primera un israelita, vecino de Gibraltar, y la segunda un desconocido.

MIRIAM LA TRASQUILADA.

HISTORIA HEBREA.

En los dias de Josué, hijo de Nun, siervo del Señor, los hijos de Israel peleaban en la tierra de Canaan.

Y vencian y exterminaban á los cananeos con el auxilio del Dios de Abraham, de Isac y Jacob.

Los hijos de Josef, el salvador de Egipto, lidiaban asimismo, al par que los demas hijos de Israel, contra los impíos y malvados habitadores de la tierra de promision.

El Rey de Betel fué por Josué vencido, y cayeron á tierra los ídolos y los idólatras de Betel.

Y, tiempo despues, la ciudad de Luza, que era de los de Betel, fué sitiada por los guerreros de la casa de Josef, patriarca en Egipto.

Púsose un sacerdote delante de la hueste de los josefitas, y habló de este modo en nombre de Dios[1]:

«Oid, hijos de Josef, hijo de Jacob. A pelear vais contra el enemigo, cuyas abominaciones han obligado al Señor á decretar su fin á sangre y á fuego.

«No desmaye vuestro valor al oir sus gritos y amenazas de guerra; no tembleis al ver el resplandor de sus espadas y picas, ni al sentir el estrépito de sus carros con hoces.

«Dios está con vosotros, peleará por vosotros, y por él vencereis.

«Pasareis á filo de espada á vuestros contrarios, no dejando á ninguno vida, porque son pecadores abominables. Vivos, os enseñarian sus abominaciones; pecariais tambien contra Dios, y Dios tendria que oprimiros con su justicia.

1 Véase el capítulo XX del *Deuteronomio*.

«Combatid, triunfad, y ejerced la justicia de Dios.»

Y cada capitan decia á los soldados á quienes mandaba: «El que hubiere labrado su domicilio, y no lo hubiere estrenado aún, sálgase de las filas.

«Quien haya plantado viña sin que áun haya recogido fruto, apártese de los demas combatientes.

«El que tenga tratadas bodas, y no haya llevado todavía la desposada al tálamo, que se aleje de aquí.

«Por último, el hombre á quien dominare el miedo, que se vuelva por donde vino.

«Los que tienen sobre su corazon el amor de la casa, el amor de la vid, el amor de la mujer, ó un cobarde amor á la vida, pueden morir sin provecho y sin honra en la lucha, y áun pueden quitar el ánimo á sus compañeros.»

Dichas estas palabras por los caudillos, ninguno del ejército se movia; pero algunos desde las filas dijeron: «Este hermano nuestro debe salir, y ese y aquel y esotro.» Y algunos se retiraron de la hueste; mas eran contados.

Porque todos los hijos de Josef abundaban en fortaleza, como que peleaban en nombre de Dios, que los habia sacado de la servidumbre de Egipto.

Hicieron los lucenses una salida contra los de Josef, y fueron los lucenses deshechos y rotos, y murieron muchos.

Hicieron otra salida, y murieron más.

Hecha la tercera salida, cuantos salieron quedaron en el campo difuntos.

No osaban ya salir los de Luza contra los josefitas; querian, sí, á todo trance defenderse dentro de las murallas.

Temian empero que los esclavos les hiciesen traicion; porque los de Luza esclavizaban á los pobres y desvalidos, y los trataban con tiranía.

Y para estar seguros de los esclavos, que eran en Luza casi los únicos que merecian vivir, sus feroces dueños los mataron á todos, hombres y mujeres, viejos, mozos y niños.

Algunas madres, que amaban á sus hijos, mujeres principales todas, pidieron al Virey de Luza permiso para huir con ellos; por mandato del Virey fueron asaeteadas las madres, y los hijos con ellas.

Y hé aquí que salió de la ciudad un hombre, al cual dijeron los de la estirpe de Josef: «Muéstranos la entrada de la ciudad, y usaremos contigo misericordia.»

Y el prófugo de la ciudad enseñó por dónde, y fué la ciudad entrada por el ejército sitiador.

Herian y mataban los josefitas á los de Luza, como si agitara sus brazos el ángel rigoroso del exterminio.

Gritaban los de Luza: «Varones extranjeros, que venís á perseguirnos en nuestra casa, ¿por qué nos matais?»

Y los de Josef respondian: «Os matamos porque adorais á los falsos dioses, con ofensa del Dios verdadero.

«Porque ofreceis á vuestros ídolos sacrificios humanos, degollando en sus aras niños y niñas, mancebos y vírgenes.

«Porque robais y asesinais al confinante y al peregrino.

«Porque ahogais al nacer á los hijos que vuestras mujeres no quieren criar.

«Porque entre vosotros el padre vende al hijo muchacho, para embriagarse, y el hijo fuerte mata al padre achacoso.

«Porque mutilais á vuestros esclavos, cortándoles las orejas y las narices, y les sacais los ojos y les cortais la lengua, y los uncís al yugo como bestias de tiro, como caballos ó bueyes de arado y carreta.

«Porque sofocais con lazo á vuestras mujeres, cuando quereis dejarlas por otras.

«Porque vuestras mujeres envenenan á sus maridos, por casarse con sus amadores.»

Otras muchas acusaciones hacian los hijos de Josef á los betelitas; mas no deben repetirse todas, porque sabidas las maldades horribles de aquella gente, pudieran quizá cometerse otra vez.

Ellos no se confundian con la agria voz de la verdad, que brotaba de los labios de sus vencedores; peleaban, herian y mataban tambien, defendiéndose y ofendiendo.

Distinguíase entre los más valientes josefitas un mancebo de veinte y cinco años cumplidos, mozo temeroso de Dios y observador puntual de su santa ley.

Salatiel se llamaba este buen israelita, muy amante hijo de su madre Ana, la cual era ya viuda.

Salatiel penetró en un suntuoso templo de Baal, sin ministros ya y sin adoradores: derribó al ídolo de su peana, y lo hizo pedazos.

Y dejó por el suelo tiradas las ricas joyas que adornaban la efigie, para que las recogieran los josefitas pobres que viniesen despues: era Salatiel grandemente heredado.

Pasó á las piezas interiores del templo, y vió cerrada una puerta fuerte, asegurada por fuera con una viga atravesada, de madera de setim solidísima.

Quitó la viga, y abrió y entró, y vió dentro de un aposentillo como de cárcel una mujer, atada y sujeta como para ser degollada.

De rodillas estaba en tierra, afianzada á las losas del pavimento con maneotas de hierro por debajo de las rodillas y por los tobillos.

Descansaba su cuello en una horca de dos brazos cortos, que era un árbol firmemente hincado en el pavimento.

Abrazada por fuerza al árbol, tenia las manos atadas por

delante, y anudados los cabellos á una argolla de un cuadrado sillar, que se levantaba poco más allá del árbol de horca.

Sujeta, pues, estaba la mujer, de cabeza, de piés y de manos, con un lienzo vendados los ojos, y desnudo el cuello, los hombros y los brazos desnudos.

El cuello, los hombros, los brazos y los piés de la mujer atada eran hermosos, el cabello negro, largo, copioso, luciente, hermosísimo.

Sobre el sillar de la argolla, á la cual estaba la mujer sujeta por el cabello, habia una hacha y un manojo de cuerdecillas.

Cuando sintió la mujer entrar á Salatiel en la estancia, preguntó con dulce y dolorida voz y dijo: «¿Quién eres?

— Soy (respondió Salatiel) un soldado, que tiene obligacion de quitarte la vida.

— Ahora bien (replicó la mujer), ruégote, como he rogado á otros, que digas al Virey, á mi madrastra y á la gran sacerdotisa que yo no he mentido.

«Háseme aparecido en sueños un ángel hermoso y de aspecto severo, el cual, tres noches consecutivas, me ha dicho las palabras siguientes:

«Avisarás á cuantos pudieres que el verdadero Dios ha resuelto en su justicia integérrima que la pecaminosa ciudad de Luza sea subyugada, y sus moradores heridos de muerte.

«Salvarán empero las vidas los que huyan á otra region, y adoren al verdadero Dios, y abandonen la ciudad á los josefitas, á quienes el que da y quita los imperios entrega el de Luza.

«Si Luza lidiare con la casa de Josef, perecerán todos los luzanos á hierro, ménos un hombre y su familia y otra persona.

«Luégo (añadió la mujer) que me hubieres muerto, repite mis palabras al Virey de la ciudad, á la sacerdotisa mayor de este santuario y á la madrastra de *Meroim la escogida.*»

Salatiel repuso: «El Virey de Luza ha rendido á mis piés el alma, y la sacerdotisa y la madrastra que dices morirán ó habrán ya perecido, porque Luza es ya presa de nosotros, los josefitas.»

Meroim suspiró y dijo: «No fué mentiroso mi sueño; preparada estoy á mi fin: haz de mí lo que quieras.»

Salatiel se acercó á Meroim, y la asió con la izquierda por el cabello, y alzó en la derecha la espada, tinta en sangre de muchos hombres.

Pero al sentir en la mano la suavidad de los cabellos de la presa, y al mirar la cerviz hermosa donde iba á herirla, sintió ablandársele el corazon.

Recordaba que habia mandado el Señor á los de Josef acabar con todos los moradores de Luza.

Pero no recordaba ménos que el fugitivo, que habia facilitado la toma de la ciudad, quedaba indultado con su familia.

Aquella mujer hablaba tambien del Dios verdadero, y se le habia un ángel aparecido: no debia ser abominable criatura.

Y parecia muy jóven y muy hermosa.

«Quiero saber (dijo Salatiel) por qué crímenes te han encerrado aquí, y estás á punto de recibir la última pena.»

La presa contestó: «Seria larga la relacion. Matando á mis compatriotas estais; y, aunque nada tengo que agradecerles, no quisiera perecer la postrera de entre los mios. ¡Tristísima es la suerte del que sobrevive á su patria!»

Conmovióse nuevamente Salatiel oyendo esta expresion, que le pareció llena de nobleza y sabiduría.

Y sin poder consigo más, desató blandamente el nudo hecho en el ojo de la argolla con la poblada cabellera de Meroim.

Alzó entónces la mujer la cabeza, moviéndola á uno y otro lado, para desviar de la cara el cabello. Y era perfectamente hermosa la mitad de aquel rostro, que miraba Salatiel como á hurto, aunque áun conservaba Meroim vendados los ojos.

Desligóle tambien las manos, y ella al punto se quitó del rostro la venda, y apareció un semblante bellísimo de tierna doncella, de vírgen pura.

Dirigió la doncella una rápida mirada al vencedor israelita; pero bajó inmediatamente los párpados, como vírgen enseñada con rigor á mirar al suelo.

No fué, sin embargo, tan veloz aquella mirada, que no pudiese reparar Salatiel en la claridad y belleza suma de los ojos de Meroim.

La cual enclavijó las manos, y apoyándolas en el árbol de figura de horca, inclinó y posó humildemente el cuello sobre las manos, y aguardó con tímido silencio á que hablara el jóven.

Y al inclinar la cabeza, porcion del cabello le cayó por delante al un lado y otro; y la púdica vírgen ya no se atrevió á sacudir y alzar la cabeza para dejar libre el semblante.

Salatiel, con entrambas manos, cogió por cada lado los cabellos de Meroim, y se los llevó atras; y cruzándolos sobre la parte posterior del cuello, se los trajo otra vez adelante, dejándoselos pendientes por delante del seno: todo para verla mejor.

Y cuando le traia los dos abultados manojos del cabello

desde atras adelante, dos lágrimas de los hermosos ojos de Meroim cayeron sobre las manos del josefita.

Sonó en este punto, á lo léjos, toque de trompeta, señal de que la lid era ya fenecida.

Salatiel, para hablar con la *escogida* vírgen más cerca, se puso de rodillas delante de la piedra en que estaban el hacha y los cordeles delgados, y se echó de pechos encima; y poniendo las manos sobre los instrumentos de suplicio, y bajando tambien la cabeza, casi tocaban sus labios á las manos en que habian caido las lágrimas de la presa.

«Parece que es tu nombre *Meroim la escogida*, le dijo Salatiel, miéntras ella se enjugaba los ojos y sollozaba, sin acertar á reprimirse. ¿Por qué se te ha dado ese particular sobrenombre?»

Y como la doncella no alzaba la vista, Salatiel besó, mirándola de hito en hito, las lágrimas vertidas por ella, no enjutas aún en las manos del jóven de Israel.

«Mi madre (dijo Meroim) era una mujer que creia en un solo Dios verdadero, porque descendia de un Rey de Salem, sacerdote del Altísimo, que fué llamado Melquisedec.

«Dicen que mi padre mató á mi madre por casarse con mi madrastra; yo no lo sé, yo era pequeñuela cuando mi madre murió.

«Mi madrastra me daba bien de comer, me ponia calzado cuando me enviaba por agua y por leña, me castigaba fuertemente cuando tardaba ó traia pequeño el haz, y me peinaba de quince en quince dias: era mi madrastra la mejor de Betel.

«Pero murió mi padre, y se dijo que por industria de mi madrastra, la cual se casó con el enemigo mayor de mi padre.

«Yo temia que, faltándome padre, mi madrastra me castigaria más que ántes, me daria mal de comer, y me emplearia en labores recias, como hacian otras madrastras con sus entenadas; fué todo al contrario.

«Morena estás de ir al monte (me dijo), y traes todo enmarañado ese pelo: es menester cuidarte, porque te vas haciendo linda muchacha.

«Desde entónces no salí de casa en tres años: peinábame mi madrastra todos los dias, me bañaba con frecuencia, me ungia con aceites preciosos. Aun dentro de casa me hacia gastar sandalias bien ceñidas, para que llevase recogido el pié.

«Una mañana entró en mi aposento una anciana fea, de alta estatura, cuerpo enjuto y aún vigoroso, y tras ella otras ancianas y jóvenes, vestidas todas con trajes ricos, iguales todos.

«Eran sacerdotisas de Baal, que venian á verme.

«Destrenzáronme el pelo, desnudáronme por fuerza, y exclamaron á una voz: Hermosa, hermosísima es la rapaza; no hay en Betel otra como ella que merezca ser la *Doncella escogida.*

«Cuando me oí llamar *doncella escogida*, se me heló la sangre de espanto.

«*La Doncella escogida*, en Betel, era una infeliz, á quien guardaban y criaban con mucho cuidado, para sacrificarla un dia en el ara del dios Baal.

«Sacábanla aquel dia riquísimamente ataviada; paseábanla en un carro triunfal por las calles, adornadas con arcos de ramaje y flores; cantaba ella en diferentes puntos himnos en loor del Dios á quien era ofrecida; y al volver al templo, la degollaban, la quemaban, y repartian sus cenizas como reliquias preciosas.

«Yo no queria ser sacrificada en honor de Baal, porque mi madre me habia enseñado en secreto que Baal no es Dios.

«Me arrojé á los piés de mi madrastra, pidiéndole que no me entregase á la sacerdotisa mayor, la cual me iba ya vistiendo por su propia mano para llevarme.

«Pero mi madrastra me dijo: Con lo que la ciudad me paga por tí, podemos vivir descansadamente yo y mi hombre.

«Para víctima de Baal há tres años que te crio con tan exquisito regalo.

«A mí me conviene ofrecerte al Dios, y á tí debe lisonjearte eso tambien, porque has de ser declarada reina de la hermosura, y tus limpias cenizas serán veneradas como objeto sagrado, y han de custodiarse en arquitas de oro.

«Cien vidas que tuviera yo (dijo la sacerdotisa mayor, feísima vieja), ciento diera con gusto por merecer que me llamaran reina de la hermosura.

«Echáronme un velo encima, que me envolvió de piés á cabeza; me cogieron dos sacerdotisas los brazos echándoselos al hombro, y sin ver por dónde iba, casi á rastra, me trajeron al templo.»

Al llegar la relacion á este punto, Salatiel reparó en que estaba de pechos encima del hacha y del manojo de cuerdas; y cogiendo uno y otro con ira, los arrojó léjos de allí.

Meroim respiró con más desahogo que ántes, al oir el ruido del hacha arrojada; pero áun no se atrevió á mirar al jóven.

Sonó aquí toque de trompeta segundo: seña y órden de incendiar los templos de la ciudad idólatra conquistada.

«¿Cuánto tiempo há que vives en el templo? volvió á preguntar Salatiel.

— Tres años cumplidos. Al dia siguiente de mi llegada

aquí, la gran sacerdotisa, rodeada de todas las sacerdotisas menores, me intimó las obligaciones de mi destino.

«Y acabó su sermon diciéndome:

«No has de alzar los ojos, como no sea para mirar á la efigie del Dios.

«No has de desplegar los labios, como no sea para cantar las alabanzas del Dios.

«Resecilla serás para carnicero, serás cebo de hoguera, serás ceniza.

«Repliqué yo llorando: ¡No mirar ni hablar, y despues matarme! — Apénas habia pronunciado la palabra última, me pusieron mordaza.

«Fuerza me fué prestarme dócil á cuanto se exigia de mí, porque si no, me castigaban en la espalda con manojos de ortigas, con manojos de cuerdas, con varetas de zarza.

«Y decian cuando me fustigaban: Tronco serás partido, serás hoguera, serás ceniza.

«Nunca estuve delante de la sacerdotisa sino de rodillas, con las manos ó los brazos cruzados, inclinado el rostro, los ojos en tierra.

«No pudiendo hablar, aprendí á cantar con esmero: cantaba y me deleitaba en el canto.

«Alababan las sacerdotisas mi hermosura continuamente, y me llenaban de vanidad los elogios.

«Acordábame de mi madre y decia: Más vale morir por hermosa, que por odiada de su marido.

«Acordábame de mujeres que habia visto aplicadas como bestias á penosos trabajos, y tratadas peor que bestias en ellos, y decia: Para esas infelices todos los dias son de martirio; yo, hecha ya á la sujecion en que vivo, solo tendré uno.

«Pero me repugnaba cantar las alabanzas de un Dios fingido, y me sacaba de mí la idea de morir en su obsequio.

«¡Dios de mi madre, Dios, mi señor, á quien no conozco (repetia yo en voz baja donde no me oyesen), mira por mí!

«Por fin, una noche tuve un sueño terrible y hermoso... Ya he dicho cuál fué: tres noches consecutivas lo tuve.

«Al dia siguiente á la última noche del sueño profético, estaba la sacerdotisa mayor en su silla, y yo delante de ella, arrodillada en el suelo, y todas las sacerdotisas menores á los lados, conforme á sus cargos y jerarquía, y algunos sacerdotes detras de la silla de mi superiora.

«Y por primera vez en tres años, me puse en pié sin licencia, alcé los ojos, los brazos y la voz, y dije:

«La pecaminosa ciudad de Luza será subyugada por el israelita, y vosotros ¡oh luzanos y luzanas! heridos de muerte.

«Huid, si quereis vivir, y adorad al verdadero Dios, y no

hagais frente á los enemigos, porque Dios les ha dado vuestras casas y vuestras vidas.

«Cien gritos de indignacion y horror sonaron furiosos contra mi pronóstico; un monton de manos cayó sobre mis brazos, mis hombros y cuello: echada en tierra delante de la suma sacerdotisa, fuí cruelmente castigada por ella con manojos de ortigas, con manojos de cuerdas, con varetas de zarza.

«Pero yo clamaba en medio de los castigos: Adorad al Dios verdadero; creed, temed, obedeced al Dios verdadero, que, pronto á destruiros, áun os avisa: yo os lo digo en su nombre, porque no quiero que perezca mi patria.

«Y la sacerdotisa me azotaba más, y yo alzaba más el grito en nombre de Dios. Repitiéronse muchos dias mis vaticinios; repetíase tambien la pena por ellos.

«Hay que llevarla á nuestro Virey, dijeron las sacerdotisas y los sacerdotes, la postrera vez que me oyeron.

«La gran sacerdotisa me ató las manos atras; y cogiéndome del trenzado, me llevó entre dos filas de sacerdotisas menores al palacio del Virey y de la Vireina.

«Era horrible ignominia ser llevada por las calles de la ciudad, asida del pelo y con las manos atadas atras.

«Pusiéronme en presencia del Virey y de la Vireina, y allí estaba mi madrastra y allí mi padrastro.

«Acusóme de impostura y blasfemia la sacerdotisa mayor; descubrió mi espalda señalada de golpes, y pidió más grave castigo para mí, pues aquel no bastaba.

«El Virey parecia mirar compasivo mis pocos años; la Vireina me miraba con malos ojos; mi madrastra y mi padrastro temian que se les hiciese volver lo que les habian pagado por mí.

«Habíame seguido por las calles el pueblo, y llenaba la espaciosa estancia del tribunal, y yo queria salvar de la muerte al Virey y á la Vireina, á mi madrastra y á mi padrastro, á las sacerdotisas y al pueblo.

«Con las manos atadas y la lengua libre, con valor más grande que yo misma hubiera de mí creido, levanté nuevamente mi profético acento, y referí mis tres sueños, y exhorté á cuantos me oian á que volvieran en sí y miraran por sí.

«Pero todos dijeron que yo estaba seducida y ganada por vosotros los israelitas, y que merecia la muerte.

«Cortarémosle la lengua (dijo el Virey), y bastará para que no hable y para que escarmiente.

«La Vireina, encolerizada ya contra mí, no sé por qué, prorumpió, dirigiéndose á su marido: Si no mandas que al momento la maten, creeré que la prefieres á tu esposa.

«¡Muera! ¡muera! gritaron todos: mi madrastra y mi padrastro gritaron lo mismo.

«Muera, pues (dijo el Virey), no como doncella escogida, sino como sacerdotisa degradada, sin aparato, y donde no seduzca á nadie con su hermosura.

«Y llamaron al sacrificador de Baal más feo, y le mandaron que me llevase á un encierro del templo, y allí me ramalaceara y me decapitase.

«Y volví del palacio al templo por las mismas calles, cogida del tronco de las trenzas, no ya por la mayor entre las sacerdotisas, sino por el último de los verdugos.

«Al cual yo queria mover á compasion, para que no me matase.

«Pues aunque no muriese ya sacrificada en obsequio de un Dios fabuloso, me dolia morir á manos de un hombre tan feo.

«Dos ó tres veces procuré comenzar á hablarle; pero al punto me atajó diciendo: Calle la necia, calle la fatua, ó la llevaré por las calles desnuda.

«Temblároнme las carnes con la horrible amenaza; y sin atreverme ni á exhalar un suspiro, me dejé mudamente llevar del feo verdugo.

«El cual me trajo aquí, me mandó arrodillar delante de esta viga, me sujetó como estoy á las abrazaderas fijas en el pavimento, me afianzó del pelo, y me ató las manos como ántes estaba, y asió el manojo de ramalillos para azotarme, segun que le fuera mandado.

«Mas al verme la espalda, ya herida y negra de otros azotes, dejó los ramales, cogió la segur, y me alentó á morir con buen ánimo, porque de un solo golpe y muy pronto me descabezaria.

«Yo no osaba ya pronunciar ni un vocablo, temerosa de que me despojase de todo el vestido como á loca y fatua, incapaz de vergüenza. Dejaba así correr los instantes, cual si fuesen de perder los de aquella hora.

«Pero el sacrificador no me sacrificaba, y yo iba cobrando aliento para suplicarle dulcemente, aunque era tan feo.

«El se me adelantó, sin embargo, diciendo: Fatua y necia es esta doncelluela sin duda. En la calle, donde podian oirnos, me quiso hablar; y aquí, donde estamos solos ella y yo, no me dice palabra.

«Yo le pregunté si sabia por qué me condenaban á muerte, y él me dijo que no.

«Contéle mis tres sueños entónces, y añadí: Quizá tú y tu familia seais el hombre y familia que Dios quiere salvar de Luza anatematizada.

«El verdugo feo salió sin más espera de aquí, dejándome atada, encerrada, y vendados los ojos como tú me has hallado.

«Y si tú has de acabar conmigo, porque no es en tu mano conservarme la vida, yo recibiré de tí la muerte sin pena, porque me has dejado hablar sin amenazarme deshonestamente ni tratarme de fatua, y no eres feo como el sacrificador que se fué, sino hermoso como el ángel severo que he visto en mis tres sueños de profecía.»

Pero Salatiel en nada pensaba ménos que en dar la muerte á la prisionera, discreta y hermosa, y descendiente por línea materna de Melquisedec, Rey de Salem, sacerdote de Dios.

Abrió las maneotas que sujetaban á Meroim por las gargantas de los piés y por las gargantas de las rodillas, levantó de las manos á la jóven y díjole:

«El sacrificador y su familia ya han sido indultados por nuestro caudillo y por el pueblo; y la otra persona que ha de ser tambien indultada, segun el anuncio del santo ángel, eres tú, hermosa vírgen, mártir valiente de la verdad.»

Estremeciéronsele á Meroim las entrañas de gozo con las palabras dulcísimas del buen Salatiel.

Sonó aquí de nuevo la trompeta de los josefitas, llamándolos á reunirse en el campo.

Ardia ya aquel templo mismo de Baal por dos y tres lados.

Salatiel, como señor de la vírgen cautiva, le mandó que buscase y tomara sus vestiduras y preseas, y partiese con él.

Meroim fué á su cuarto, no invadido aún por las llamas, y ató un lio de ropas y joyas, y metió con ellas los peines, porque habia oido decir que las mujeres israelitas se peinaban con los dedos no más.

Ella, como prisionera, delante, y velada como de luto; él detras como dueño, salieron del templo y atravesaron la poblacion sin pobladores, llena por todas partes de mortandad, y con los adoratorios ardiendo.

Al atravesar la ciudad, y hasta llegar al campamento, muchos josefitas decian al piadoso guerrero:

«¿Qué mujer es esa que llevas tapada? Mátala, ó te la mataremos, porque siendo infiel, es preciso que muera.»

Salatiel replicaba á gritos: «No es infiel, sino adoradora del Dios verdadero.

«A llevarla voy á la tienda de nuestro caudillo: no se me culpe, si falto en las filas.»

Con lo cual callaban los vencedores, y les dejaban pasar adelante.

Llegaron á la tienda del caudillo del ejército, delante de la cual estaba Séfora, mujer del caudillo, y con ella Ana, madre de Salatiel.

Y así que Meroim supo quiénes eran las dos matronas, alzóse el velo, se hincó de rodillas, y con los bra-

zos cruzados y la vista en el suelo, aguardó que la hablaran.

Pareció muy hermosa y humilde la doncella lucense á las dos matronas de Israel, y desearon saber quién era, y la llevaron á lo más interior de los pabellones.

Y dejándola allí en compañía de las esclavas, volvieron á salir delante de la tienda para oir á Salatiel, que les contó cómo halló á Meroim en el templo, y por qué habia sido condenada á muerte.

Las dos nobles matronas derramaron lágrimas de piedad, y corrieron á ver y curar las carnes de la prisionera, martirizada por haber vaticinado lo que habia de suceder.

En tanto volvió á las tiendas todo el ejército victorioso: cantáronse himnos, celebráronse sacrificios, y Salatiel habló de su presa al caudillo, á los sacerdotes y ancianos de la casa de Josef.

Y les dijo: «Permitido es por ley de Moises, cuando peleáremos y el Señor pusiere á los enemigos en nuestra mano, y viéremos entre los prisioneros una mujer hermosa, pedirla para consorte si nos agradare.

«Yo pido por mujer á Meroim, que es prisionera mia y hermosa, y conforme al deseo más vehemente de mi corazon.

— En verdad, replicó un anciano, yo dudo que pueda ser esposa de un israelita, mujer habitadora de ciudad condenada por el Señor á exterminio; porque tú bien sabes, religioso mancebo, que la ley de Moises que citas, fué hecha para las cautivas de las ciudades que habian de ser tributarias, no para las ciudades cananeas, merecedoras de total destruccion ellas y sus moradores.»

Sabiamente, empero, contestó Salatiel al anciano, que Meroim adoraba á Dios, y habíale adorado tambien su madre, y descendia de Melquisedec, y áun por sus avisos habia salido al campo el sacrificador de Baal, y la ciudad habia sido fácilmente asaltada.

Fué llamado el sacrificador, y preguntándole, dijo que una doncella condenada á muerte por haber profetizado la cautividad de su patria, le habia incitado á venir al real de los josefitas.

Lleváronle á la tienda donde estaba Meroim, no ya entre las esclavas, sino entre las hijas de Séfora; y el sacrificador, extendiendo la mano hácia la doncella betelita, dijo: «Esta es.»

Con lo cual, apartándose á resolver el caudillo de la casa de Josef, los ancianos y sacerdotes, dijeron á una: «Quédese la doncella en poder de Séfora, y despues de los treinta dias, al tenor de la ley, la recibirá Salatiel por esposa, si entónces áun fuere ella agradable á sus ojos.»

Al dia siguiente, á media mañana, la prudente Séfora y Ana la piadosa cogieron de las manos á Meroim y la llevaron á una casita próxima á la ciudad: casa purificada ya de toda inmundicia. Seguian esclavas y esclavos á las tres mujeres con el ajuar correspondiente á una casa.

Llegadas á ella, pusieron á Meroim en la estancia mejor, que tenia vistas al huerto, y le dijeron: «Aquí permanecerás treinta dias, miéntras te aleccionamos en nuestra ley.»

Y dejándola sola un rato, Meroim desató su lío, sacó de él sus bien labrados peines, y comenzó á peinar la madeja hermosa de sus cabellos.

Entraron de repente Séfora y Ana, y con ellas tres mozas esclavas: dos con un lebrillo de bronce mediado de agua, y otra con ropas femeniles y una cestilla en que habia navajas de afeitar y tijeras.

«Suspende tu tarea,» dijeron las matronas á Meroim, cuando la vieron con el pelo tendido y el peine en la mano.

Y Meroim, en cuanto vió á las dos matronas, se postró de rodillas y bajó los ojos; pues enseñada por la fiera sacerdotisa de Baal, no acertaba ni á estar de pié delante de una persona de respeto, ni á mirarle la cara.

Maravillábanse mucho de aquella humildad Séfora y Ana; y admiraron su hermosura de nuevo, y la blancura de sus carnes, defendidas del sol por espacio de seis años, y admiraron por primera vez la espesa y larga cabellera de la novia, que nada sabia de la peticion de su amante cautivador.

Dejado por las esclavas el lebrillo, dejadas las ropas, las tijeras y las navajas, ambas matronas se sentaron al lado de la cautiva, postrada de hinojos, la cabeza inclinada, la vista en la alfombra, en el pelo el peine.

Y Séfora y Ana fuéronle alternativamente diciendo con dulzura y cariño:

«Hija mia, quiere mi hijo, que es tu amo, y queremos nosotras, que ya te somos aficionadas, que entres en el pueblo escogido por Dios.

«Para esto, es necesario que te sujetes á lo que prescribe nuestra ley.

«Te desnudarás el vestido con que fuiste ayer hecha cautiva, y te vestirás ése que te han traido.

«Humilde vestimenta es; pero no te dé bochorno ponértela.

«Tal vez de aquí á treinta y un dias la cambies por una riquísima.

«Con estas tijeras cercenarás tus uñas, como las llevan las pobres trabajadoras, á quienes las groseras labores no permiten llevarlas crecidas.

«Con estas navajas cortarás, raerás, afeitarás ese hermoso cabello [1].»

Meroim, oido el mandato de quitarse el cabello, púsose de pronto descolorida de sobresalto, y encendióse de vergüenza luégo, y rompió á llorar con vivo dolor.

Porque aflige y ruboriza mucho á la mujer hermosa perder ni un quilate de su belleza.

Y es el cabello gala honesta de la mujer, con que le orna la cabeza la mano de Dios.

Y el cabello de Meroim era muy hermoso, y bellísima ella entre las mujeres.

Rompió en doloroso llanto por eso, como cuando la zarzeaban y le decian: «En un mismo dia serás cuerpo viviente, cadáver desangrado, y ceniza de huesos.» Ana prosiguió con mayor dulzura:

«No te asustes, hija mia, ni llores: jóven eres, y con el tiempo volverás á tener cabellos tan hermosos como los que hasta hoy te han crecido; entre tanto, quizá el Señor echará sobre tu cabeza rapada bendiciones y alegrías que tú no esperas.»

Meroim respondió gimiendo: «Yo soy una pobre prisionera, y haré lo que se me mande, porque estoy enseñada á obedecer sin replicar.

[1] Véase el capítulo XXI del *Deuteronomio*, versículos 10, 11, 12 y 13.

El Maestro Tirso de Molina, con la libertad de poeta, se refiere á estas prescripciones en los siguientes versos de *La venganza de Tamar*.

Aguardé á mi padre el Rey,
Para que cuando volviese,
Por esposa me la diese:
Que, aunque de contraria ley,
La nuestra, hermana, dispensa,
Del *Deuteronomio* santo,
Con que quien amare tanto
Como yo, y casarse piensa
Con mujer incircuncisa
Ganada en lícita guerra,
La traiga á su casa y tierra,
Donde en paz los campos pisa,
Le quite el gentil vestido
Y la adorne de otros bellos,
Le corte uñas y cabello,
Y pueda ser su marido.

Pero, segun el texto sagrado, era *ella* y no *él* quien debia practicar esta operacion, porque las palabras son estas:

«*La cual* se raerá el cabello, y se cortará las uñas, y dejará el vestido con que fué hecha prisionera.»

«Pero decidme, señoras mias: ¿no os burlareis de la pobre cautiva, no la menospreciareis, no la injuriareis cuando la veais trasquilada como una oveja, raida, pelona?

— No, hija mia,» respondieron las dos, y le besaron el rostro y el pelo, le limpiaron las lágrimas, le quitaron de la cabeza el peine, y lo echaron al suelo. Ana le puso las tijeras en la mano izquierda, Séfora le colocó en la derecha una bien cortante navaja, la acariciaron otra vez, y se fueron.

Pero Meroim soltó las tijeras y la navaja, y principió por el ménos penoso de los tres mandatos.

Quitóse el traje de sacerdotisa, y vistióse el de israelita humilde; pero se lo ciñó con arte, repartió bien los pliegues, miróse en el agua del lebrillo, y quedó contenta de su atavío.

Cortóse muy delicada y pulidamente las uñas, y dijo para sí: «No las lleva tan limpias ni tan redondas la gente pobre.»

Miróse despues largo rato en el agua; y todo se le volvia echarse el pelo á un lado y al otro y despues á la espalda, sin atreverse á coger ni la navaja ni las tijeras.

Por fin, suspirando mucho, dijo, resignándose: «Ayer me querian cortar la cabeza, y hoy se contentan con que me deshaga del pelo; pelo cortado crece, y cabeza cortada no: ¡buen ánimo! como decia el sacrificador, que al fin no se atrevió á sacrificarme.»

Y queriendo principiar la motiladura, echó ménos una cinta ó cordon.

Salió á pedirle al ama de llaves; y como iba descalza y habia en la casa ruido, porque los esclavos la estaban aderezando, no se le sentian las pisadas.

Séfora y Ana conferenciaban en un aposento inmediato, y no sintieron á Meroim que venia por el pasillo; Meroim, sí, oyó lo que hablaban Séfora y Ana.

Ana decia á Séfora: «Muy buena me parece para hija la *Doncella escogida:* Salatiel dice que la ama perdidamente.

«Mas pudiera suceder que, al verla sin cabello, no le agradase: por eso no le he querido decir que mi hijo la ha pedido para esposa al Consejo de los Ancianos, y le ha sido otorgada.

—¡Oh Dios de mi madre! exclamó la cuitada Meroim, huyendo á su cuarto. ¡Oh, qué dulce nueva! ¡Qué dulce y qué amarga!

«Salatiel me ama perdidamente: yo tambien á él. ¡Oh! ¡qué dicha la mia!

«Salatiel no me va á querer, si me ve motilona. ¡Desdichada de mí!

«Mejor hubiera sido que me cortara él ayer la cabeza, que desagradarse hoy de mí, cuando me vea con el pelo cortado.

«No le corto, no.» Y lloraba con sollozos profundos.

Ocurriósele luego que si no se despojaba de su cabello, no podria tomarla Salatiel por esposa, por ser para ello indispensable requisito de la ley de Moises.

«Ahora bien (pensó Meroim por último): mi madrastra y la sacerdotisa mayor han empleado seis años conmigo para hacerme parecer hermosa y atractiva.

«Me han enseñado á cantar, á bailar, á destilar aguas, á tejer y coser delicadas labores, á ser dócil y humilde.

«Tres años de silencio me han enseñado á discurrir despacio, y hablar poco y bien.

«Tres años de preparacion á la muerte me han enseñado á esperar con paciencia cualquier desventura.

«Si no me quiere Salatiel ahora calva, por lo ménos verá que soy buena, callada y trabajadora; que no soy despreciable doncella: quizá me quiera, cuando la cabeza se me torne á poblar.

«Animo, pues, como decia el hombre más feo, y tambien el más compasivo de Luza: ¡Dios le bendiga! Animo, pues: cortemos, pelemos.»

Sentóse delante del lebrillo con agua, desatóse el ceñidor del cuerpo, y se ató el cabello con él, dejándolo flojo: humedecióse la cabeza, cogió la navaja y comenzó á cortar y afeitar el cabello de la sien izquierda.

Y tomaba despues el peine, y echaba atras el cabello cortado.

De este modo, cortando y rayendo con habilidad exquisita, al cabo de un buen rato se halló Meroim con la cabeza monda y el pelo en la mano.

Desató el ceñidor, ató á las tijeras el pelo, se puso el ceñidor otra vez, y áun cuidó de arreglarse el vestido con más primor que ántes.

Y siguiendo la costumbre adquirida en el templo, se hincó de rodillas en la alfombra, y cruzó delante del pecho las manos; pero no inclinó los ojos á tierra: los alzó con fervor al cielo, implorando al Señor.

Así la sorprendieron Séfora y Ana, que traian á Salatiel en medio, y no pudieron contener una leve sonrisa de burla, mezclada de lástima, al ver la desnuda cabeza de Meroim.

«¿Qué te parece?» preguntó Séfora á Salatiel con alguna malicia. «¿Qué te parece, hijo mio?» preguntóle Ana con sencilla bondad.

Meroim entre tanto, oprimida de vergüenza, agitada por el amor, esperando y temiendo, resignada y dolorida, teñido su rostro con divinos matices de pudor y modestia, parecia una criatura superior á la humana naturaleza, sin que le

afease la falta del cortado cabello, caido en la alfombra y revuelto con las tijeras.

«¿Qué me parece, me preguntas, madre mia!» respondió Salatiel.

«Que esta es la mujer que yo amo, que yo deseo, que yo te pido, y que no podré amar á otra jamas.

— El Dios de Abraham, de Isac y Jacob, respondieron ambas matronas, te bendiga con ella.»

Corrió Salatiel á Meroim, y la alzó del suelo y la besó en la cara y en los ojos, y en la frente y sienes rapadas; y Meroim desfalleció de júbilo en brazos de su amante.

Como un breve sueño de placer indecible corrieron los treinta dias para Meroim, entre dulces lecciones de Ana y dulces pláticas con su hijo, plácemes y bendiciones de toda la casa de Josef.

Y al trigésimoprimo dia, ceñida la cabeza con mitra ajustada, ceñida sobre ella corona de flores, vestida de púrpura y seda, cargada de joyas, resplandeciente de hermosura, de amor é inocencia, tendió su blanca mano á la robusta diestra de Salatiel.

Y puestos á la mesa los convidados, pidieron á la novia, cuya destreza en el canto era ya sabida, que les cantase el cántico de Moises y Miriam, que le habia sido enseñado por Ana.

Y tomando Meroim el pandero, dirigidos al cielo sus hermosos ojos, entonó con celeste voz y acordes angélicos el versículo:

Cantemos al Señor, que en este dia,
Poderoso mostrando su grandeza,
Caballo hundió en el mar y caballero.

Y temblábale algo la voz, conmovida por el temeroso respeto al Omnipotente, que habia deshecho y confundido el poder de Luza, su indigna patria.

Mas luégo, encendida en fervorosa fe y gratitud, por haber sido preservada incólume entre la ruina y el estrago, cantó arrebatada:

Mi lauro es el Señor y gloria mia;
Él es mi fortaleza
Y mi salud en el peligro fiero.
Porque mi Dios es este verdadero
Y el Dios de mis mayores,
Publique fiel mi lengua sus loores.

Y con asombrosas alternativas de entusiasmo y ternura, cantó así los diez y nueve versículos del sublime cántico.

Atónitos los convidados decian: «No es ésta Meroim, la de Luza; es la profetisa Miriam, hermana de Moises y Aaron.»

Y desde aquel momento comenzaron á llamarla *Miriam.*

Pero ella repuso con modestia: «No merezco yo llevar el nombre de mujer tan ilustre; llamadme, para distinguirme de ella, *Miriam la trasquilada.*»

Rieron altamente los convidados, y entre aplausos y vaciar de copas le fué confirmado aquel sobrenombre.

Y á los siete años *Miriam la trasquilada* peinaba una cabellera mucho más copiosa que la que tuvo, y juntaba seis hijos, y era la madre más hermosa y rica de Luza, poblada por los descendientes de Josef.

Y miéntras vivió Ana, que tuvo á Miriam el verdadero amor de una madre, nunca la humilde nuera se atrevió á sentarse delante de Ana, ni á levantar los ojos, ni á decir palabra si no la preguntaba la benévola suegra.

Cual muda estaba *Miriam la trasquilada* en presencia de su Señora, de rodillas ó de pié, con los brazos cruzados y mirando al suelo.

Mas cuando Ana departia con ella, respondia Miriam con palabras breves de prudencia y verdad.

Y sus palabras, discretas y pocas, eran áun más estimadas por eso y encarecidas.

Y sus hermosos ojos, pocas veces alzados, pocas veces vistos del pueblo, parecian áun más hermosos, y eran por lo mismo áun más celebrados.

Porque la mayor hermosura de la mujer es el rostro modesto; y su alhaja más rica, breve y cuerdo lenguaje.

La modesta y prudente Miriam, la que habia de morir degollada ántes de cumplir veinte años, vivió ciento veinte, y vió cinco generaciones de su púdico lecho, y descansó en paz santa, y de ella procedieron varones y hembras insignes de Israel: jueces y profetas y esposas de reyes.

Y los cristianos, que truecan el nombre de *Miriam* en el de *María*, sobre la historia que dejamos escrita de *la trasquilada Miriam*, han formado la historia, muy posterior, de *María* ó *de Mariquita*, con el distintivo de la *Pelona.*

DOÑA MARIQUITA LA PELONA.

CARTA BIOGRAFÍA.

. . . . . Diciembre de 1852.

Sr. D. J. E. H.

Muy señor mio, de mi mayor aprecio: El mes pasado vi en una librería un tomito de leyendas várias, impreso en Madrid en el presente año; y como aficionado que soy á novelas y versos, aunque me queda poco tiempo para lecturas de diversion, abrí el tomo, y cabalmente fué por una página donde leí este título de una de las leyendas, obra de V.: *Mariquita la Pelona, crónica del siglo* XV. Me inquietaron tales palabras, porque en mi familia ha habido una señora muy respetable, á quien el vulgo aplicó ese propio mote, no muy bonito; y me figuré que acaso V., habiendo tenido noticia de la *Pelona* de nuestro tiempo, habia trasladado á otra época sus aventuras, para descaminar á las personas que las conocen. Pronto me desengañé, reparando con gusto que la *Mariquita Pelona* de V. (que supongo será cuento forjado á placer sobre la interesante anécdota de la *Doncella Napolitana*, sabida hasta de los niños de las escuelas) casi nada se parecia á la nuestra; y digo *nuestra,* porque somos bastantes los que nos honramos de pertenecer con estrechos vínculos á la *Mariquita* moderna. Pero su historia merece saberse, aunque se la desfigure algo, con tal que no se presente en ridículo: por lo cual me dirijo á V., sin tener la honra de conocerle; y, ocultando los nombres de las personas que intervinieron en los sucesos, y el año y lugar en que se verificaron, voy á comunicar á V., para que los aproveche, si gusta, fieles da-

tos biográficos acerca de otra *Mariquita Pelona*, no tan hermosa ni con una cabellera tan extraordinaria como la hija de San-García; pero muy agraciada, no ménos virtuosa y amable, y harto más verdadera.

Hubo una niña (hubo, sí, porque ya descansa en la paz del Señor) en una de las mejores poblaciones de España, que, huérfana y pobre á la edad de trece años, fué recogida por una señora Marquesa, la cual habia estimado mucho á los padres de la muchacha, cuyo apellido encubriré, bien que el nombre no se puede ocultar: ya se debe suponer que se llamaba *María*. Acababa de enviudar la Marquesa, y tenia una niña de cinco años y medio; pensó desde luégo la Señora que Mariquita podria servir de aya á la niña más adelante, y dispuso que la enseñaran á propósito para ello. Mariquita, que ya leia bien, escribia y contaba, y ademas cosia y bordaba admirablemente, aprendió un poco de historia y geografía, música y frances, y áun á montar á caballo; y es fama que, en la parte literaria y ecuestre, no hizo los mayores progresos. Resultó de esta educacion que María, sin bienes de fortuna ningunos, vestia y hablaba á lo duque, y tenia todo el aire de una grande de España; y entrada en la flor de su juventud, no habia quien pidiera su mano. Era Mariquita á los diez y ocho años de regular estatura, ni alta ni baja, de un moreno claro agradable, de bien concertadas facciones, realzadas con una gracia de boca y una caida de párpados encantadora, buenos ojos, buen talle, muy hermosa mata de pelo, muy buen gusto para el traje, para el prendido y para el calzado, y delicioso aire para llevar la basquiña, la mantilla y el abanico: genio dócil, carácter candoroso, corazon castísimo, lenguaje alegre y dulce con todos, ménos con la Señorita cuando la tuvo por alumna; respecto de ésta guardaba una severidad que metia miedo: y todo se necesitaba, porque, á la verdad (suprima V. esta frase cuando llegue el caso), la Marquesita era medio loca. Y ya que de locas hablamos, y no tratando de poner en la misma línea á la Señorita y al Aya; doña Mariquita (que así la llamaban en casa de la Marquesa) fué tambien hasta la edad de veinticinco años la criatura mas imprevisora del mundo: nunca, hasta mucho despues, pensó en el dia de mañana, ni se le ocurrió que le podia faltar la Marquesa, y hallarse en la calle con muchas necesidades, y sin recursos para subvenir á ellas. El mayordomo de la Marquesa, que era solteron, el contador y otras personas que frecuentaban aquella casa ó palacio principalísimo, miraban á María con buenos ojos, le decian flores, y nada más; porque eran sujetos que, para mujer propia, deseaban gracias personales y dinero, ó dinero sin otra gracia; el cochero y los lacayos tambien decian pi-

ropos á su modo á doña Mariquita; pero la señorita doña María, colocada en una grada algo inferior para el señor mayordomo, estaba sobrado alta para el cochero. Estimada, y áun querida de todos, y no requerida matrimonialmente de nadie, llegó María sin sentir á los veintitres años; y entónces hubo de visitar á la Marquesa un caballero de cerca de treinta, gran mozo, de buena casa, y célebre por sus calaveradas en su patria y fuera: don Juan le llamaremos, porque no dejaba de parecerse á don Juan Tenorio. Heredero de un crecido caudal, habíalo derrochado en muy poco tiempo, y vivia á costa de un tio, viejo raro, que pasaba por hombre rico, y que, por inclinacion á su sobrino, le sacaba de los apuros, y áun le satisfacia los caprichos, no sin echarle ántes un breve sermon, repitiéndole siempre que á lo mejor le daria un chasco. Don Juan vió á María, prendóse de ella, le dirigió mil frases de amor, que María oyó con gusto indecible; y creyéndolas encaminadas á un fin legítimo, dijo al galanteador que se explicase con la Marquesa. El galan, que no esperaba aquella salida, varió de lenguaje; y al primer asomo de libertad que se quiso tomar, la honrada María le puso la cara que á la Señorita cuando se portaba mal; y, con la sal del mundo, le envió á paseo. A todo esto, don Juan, engañado por la risueña acogida que al principio le hizo el Aya, se habia jactado con sus amigos de obtener un triunfo próximo; súpose la derrota, los amigos se le burlaron, él se picó, hubo apuestas por medio, repitió con más arte sus asechanzas á Mariquita; y ella, sin arte alguno, avisó á la Marquesa lo que pasaba; prohibió la Marquesa á don Juan que hablase á María; y, por primera vez de su vida, se hubo de retirar don Juan desairado en un empeño de tal especie, y perdió una apuesta considerable. El contador, el mayordomo, el maestro de obras, la doncella mayor y algunos otros individuos de la familia, que habian reparado ya en los obsequios de don Juan, y advirtieron su desaparicion repentina, formaron suposiciones no del todo caritativas, que desazonaron á María mucho cuando su alumna, aumentando otro tanto, se las contó: chisme fatal para la chismosa, porque en enojándose el Aya, la Señorita pagaba su enojo. Las consecuencias de éste fueron privar á la Marquesita de paseo por ocho dias, y tenerla uno á pan y agua.

No habia pasado un mes cabal desde la retirada del galan jactancioso, cuando una mañana se presentó en casa de la Marquesa un fraile de la Merced, venerable por sus años y por la santa inocencia de su carácter, pidiendo que se le permitiese hablar en secreto á María. Esta, aunque no lo necesitaba, tomó la vénia de la Señora, se quedó á solas con el Religioso (ó creyó quedar á solas con él, porque á un vol-

ver de cabeza se introdujo la Señorita en la sala y se escondió en un dormitorio contiguo); y el Padre dijo, segun se cuenta, poco más ó ménos, así:

«Hija mia, una dama forastera y de edad madura, cuyo nombre y demas circunstancias he prometido no descubrir, ha ido á mi convento y me ha dicho, que deseosa de servir á Dios y alcanzar la remision de sus culpas, quiere dotar á una doncella virtuosa y huérfana con la razonable cantidad de 40,000 reales. Más aún: posee la dama en esta ciudad, en paraje algo retirado, una casita de buena construccion y de solo un piso, muy á propósito para un matrimonio; y agrega esta casa tambien al dote de la huérfana. Se ha informado de varios párrocos acerca de las huérfanas de más virtud que conocen en sus respectivas feligresías; le han dado una lista, y en ella es el nombre de V. el primero. Los 40,000 reales están en mi poder; he visto la casa, y vengo á ver á V. para que me diga si quiere sujetarse á las condiciones que impone la dotante á la doncella que reciba la dote.

— Diga V. qué condiciones son, prorumpió María, sintiendo por primera vez en su corazon un deseo de dinero vehemente. Diga V. pronto; que por 40,000 reales y tener casa, algo se puede sacrificar.

— Hija mia, prosiguió el Padre, las condiciones son estas cuatro. Primera: que ha de hacer V. voto de castidad por espacio de un año.

— Le hago desde ahora.

— Que todo el año ha de vestir V. un hábito de Nuestra Señora del Cármen, con toca y manto.

— Precisamente es hábito que me gusta.

— Que ese año ha de vivir V. en un convento de esta ciudad, el que V. elija.

— Ahí enfrente hay uno: si mi señora me da licencia, no tengo más que cruzar la calle. A ver la última condicion.

— Esta, para una persona del juicio que V., ha de ser bien insignificante. Que se ha de cortar V. el pelo á raíz, y ofrecerlo para una imágen de santa María Magdalena, que la dama dotadora destina á cierto oratorio particular.

— ¡Padre! Y ¿eso le parece á V. que nada supone! Pues para mí es condicion más dura mil veces que las otras tres juntas. No estoy yo tan fuera del mundo como V. cree: y así me ha de hacer V. el favor de manifestar á esa dama, que ni por un millon ni por un palacio me quedo pelona.

— Nada hay perdido, hija mia.... Quiero decir: nada hay perdido para mí, pues realmente nada pierdo yo; V. sí, creo que pierde una buena ocasion. Una semana tiene V. de término para decidirse: de aquí á ocho dias volveré; y si

me dice V. lo mismo que ahora, pasaré á proponer las condiciones á la jóven que va despues de V. en la lista.

— No, Padre, no»... Iba María á decir: «No vuelva V. mas»; pero pareciéndole que en tal precipitacion habia algo de poco respetuoso al sagrado carácter del sacerdote, corrigió la expresion añadiendo: «No se vaya V. así.» En efecto, el Padre se habia levantado para marcharse. «Hágame V. la caridad, prosiguió, de celebrar una misa en un altar de Nuestra Señora, á fin de que me dé su luz en este negocio; y llévese V. estas frioleras para la Comunidad.»

Tomó, diciendo esto, un cestillo de bizcochos de monjas, que las vecinas le habian regalado pocas horas ántes, echó un duro en él, y puso la ofrenda en manos del Mercenario.

«Señorita María, dijo despidiéndose el buen religioso, me parece muy bien que implore V. el auxilio de la Reina de los Angeles: ella le envíe á V. su santísima bendicion.»

Y María, con la sonrisa que tanto hechizo prestaba á su rostro plácido, tendió su blanda mano, tomó la del Padre y se la besó; y acompañándole, salió él de la casa. Un momento despues evacuó el dormitorio la Señorita; buscó al mayordomo, al contador y á las doncellas de su mamá, y les contó lo que habia oido; y á la media hora ya sabia toda la casa qué objeto habia tenido la venida del Fraile.

Miéntras que la Señorita daba cuenta de todo á las criadas con mucha risa, María informaba á la Marquesa con algun sobresalto, porque recelaba lo que le sucedió; y fué, que la Señora se disgustó infinito de la negativa del Aya. «Has hecho muy mal en responder que no (dijo con severidad la Marquesa); pero, á Dios gracias, el Padre tiene que volver, y aquí estoy yo para aconsejarte, y mandar, si es preciso, lo que conviene. ¿Cómo habia yo de figurarme que tú, mi predilecta, mi favorita, mi ojito derecho, segun te llaman, mi hija casi, habias de contestar por tí y ante tí á una proposicion de tanta importancia, sin haber aguardado el parecer de tu protectora! Y todo ¿por qué? Por una vanidad muy necia en una pobre, muy reprensible sobre todo en quien ejerce el grave cargo de aya, mujer que debe dar ejemplo de modestia y cordura. Aunque valga mucho tu pelo, me parece que con 40,000 reales y una casa, te le pagan más que merece. Pues, en verdad, que con esa trenza tan hermosa y tan bien peinada, lo que es hasta ahora no has tenido ni un triste lacayo que te diga: Si V. me quiere, vamos á la iglesia. — Creyendo voy que el no haberte casado aún es castigo de Dios, por esa loca vanidad que hasta hoy has disimulado. ¿Qué esperas tú ser el dia de mañana! Vamos á ver.

— Señora, contestó María llorando, yo no he pensado nunca en el dia de mañana; yo todos los dias pienso en las bondades de V.

— Pero, criatura, ¿he de vivirte siempre yo?

— La Señorita no dejará de acordarse de su Aya.

— Demasiado conoces tú lo que puedes esperar de la loca de mi hija. Ni ¿á qué esperar favores de nadie, cuando puedes contar con un dote propio tuyo, ganado con un año de recogimiento y servicio de Dios? Si tú posees algo, y yo te doy algo, más juntarás. La verdad es que mi casa no está para hacer por tí lo que yo quisiera; y, por último, ¿qué sabemos lo que puede ser de nosotros! Mira lo que ha sucedido en Francia: señores se han visto pidiendo limosna, y alguno de lo más ilustre ha vivido porque un criado se ha encargado de mantenerle. Torres más altas han caido: cuando la fortuna llama á la puerta, no es prudente decirle que vuelva otra vez.

— Perdone V., señora Marquesa, exclamó aquí María, poniéndose de rodillas delante de su ama; nunca me ha reñido V. así, y esto me hace conocer que he cometido la falta mayor de mi vida. Perdóneme V., y disponga de mí; que yo no quiero más que obedecer á V. y tenerla contenta. Por el amor de Dios, que me perdone V.

— Alzate y siéntate á mi lado, le dijo apaciguándose la Marquesa, y déjame hacer. Ahora mismo se enviará á la modista un recado, para que venga á tomarte medida del hábito y la toca, que quiero que sean de buen corte y hechura: en fin, como para tí, que en esto de emperejilarte no tienes igual. En seguida pasaré al convento de enfrente, y le diré á la madre Abadesa que cuente contigo. Lo que es al peluquero, ya se le avisará con tiempo tambien.

— Pero áun no me ha dicho V. que me perdona», exclamó desconsolada María, levantando hácia su Señora los ojos cargados de lágrimas, y dirigiéndole una mirada de súplica tan humilde y tierna, que la Marquesa no pudo contener el llanto, y la abrazó, llamándola hija, con tanto cariño, como si lo fuera suya. (Entre paréntesis: voces corrieron años há, de que Mariquita era sobrina de la Marquesa, hija de una hermana, que fué queridísima de la Señora.) La verdadera hija de la Marquesa, que estaba acechando por el agujero de la cerradura, llena de gozo con la reprimenda que habia llevado su Aya, más gozosa aún porque ya se consideraba libre de su poder, soltó en esto una carcajada, que no pudo contener más; la oyó su madre, salió, y al ver á su hija retirarse riendo, la hubiera maltratado, si María no se hubiera puesto por medio. Hubo, pues, encierro para la Señorita, no impuesto por el Aya esta vez, sino por la madre; vino la modista, fué la

Marquesa al convento, y ántes del anochecer todo estaba ya corriente para la próxima inclaustracion de *doña Mariquita*, con gran asombro de toda la casa.

Muy arrepentida de su repulsa, muy sumisa y pronta se habia mostrado á la Marquesa la buena María; muy sereno aparecia su rostro; pero, como familiarmente se dice, la procesion iba por dentro. No durmió aquella noche, y al dia siguiente se levantó con calentura. Jóven de tan excelentes cualidades, algun defecto habia de tener. Sin padres y sin novio, no habiendo amado todavía á hombre ninguno, preciso era que se amase algun tanto á sí propia; era para ella el más delicioso rato del dia ponerse al tocador, peinarse y vestirse: figúrese V. si le costaria trabajo renunciar al placer mayor que hasta entónces habia sentido.

Tres dias pasó traspasada de pena, sin descanso y sin apetito, y en tan poco tiempo se desmejoró sobre manera. Tan abatida estaba, que ni áun se acordó de hacer pagar su mal humor á la Señorita, segun su costumbre. Hasta en su tocado se advirtieron señales de desaliño, nunca vistas ántes allí. Al cuarto dia fué otra cosa. Con la boca de risa de siempre, tan recompuesta como de ordinario, si no era más, pasó á dar los buenos dias á la Señora; y despues de algunos momentos de suspension, entre avergonzada y maliciosilla, preguntó si se habia mandado el aviso á Julian.

Era Julian el peluquero.

«Aun no, respondió la Marquesa; y sospecho que lo mejor será desavisar á la Abadesa y á la modista. Anteayer creí que te ibas á caer muerta de angustia. Quédate con pelo y sin dote; por muy poblada que tengas la cabeza, se conoce que tú nunca pelecharás.

— Señora, ¡válgame Dios! repuso Mariquita sonriéndose; por un poco de tontería que estos dias he dejado ver, no ha de figurarse V. que he de ser siempre así: tenia mi costalito de presuncion como todas, ó como algunas; lo he vaciado, y se ha concluido. Mande V. avisar á Julian.»

¿Qué habia pasado con aquella mujer, hoy tan diferente del dia anterior!

Era que, en el trascurso del dia ántes, el mayordomo, el contador y el maestro de obras de la casa, uno tras otro, se le habian declarado apasionadísimos amantes, pidiendo su mano; y contestando ella que habia hecho voto de vivir en convento un año, y cortarse el cabello, cada uno de los tres por su parte habia respondido que doña Mariquita era muy hermosa, que era muy buena, que era una santa, por lo cual ¿quién habia de reparar en pelillos, tratándose de una jóven, digna de ser adorada de todo el mundo!

Seria necesario haber pasado veintitres años y pico sin

novio, y dirigiendo á una señorita impertinente como ella sola, para comprender el júbilo de Mariquita cuando se halló con tres galanes, admisibles los tres, en un mismo dia. Su júbilo fué tanto, que ni áun se le ocurrió sospechar si sabrian lo de los 40,000 y la casa, y por eso les parecia tan á propósito para esposa la misma que hasta entónces únicamente les habia merecido insulsos requiebros. María solo se fijó en que tres hombres la querian por mujer, aunque se quedase pelona; y, por consiguiente, que la falta de pelo no era óbice para casarse. Castigo de Dios habia llamado la Marquesa á la prolongada soltería de su sobrina (quiero decir, de su ojito derecho); recompensa del cielo consideró María las tres declaraciones de amor, por haberse sujetado, aunque no sin lágrimas, al consejo ó mandato de la Marquesa. A ella remitió á los tres repentinos amantes, asegurándoles que, pasado el año, el que la Señora le designara seria el preferido.

Llegó el octavo dia, ó sea el de la segunda venida del Fraile; y aquella mañanita propia recibió María una carta del Sr. Julian, perdido tambien de amores por ella, y desesperado de tener él mismo que cortar la cabellera de la que amaba. Cuatro aspirantes contaba ya doña Mariquita, y el cuarto era más jóven y más guapo, y más acomodado quizá que los tres, y tonto ademas por añadidura. ¿Qué mujer más feliz que María!

Así fué que se vistió como para una solemne fiesta, con la ropa mejor que tenia, con el fondo del cofre, como suele decirse. Esmeróse particularmente en el peinado, por lo mismo que se despedia de él para mucho tiempo. Se adornó la cabeza con unas flores, púsose los mejores pendientes... habian de verla sus cuatro amantes, y queria deslumbrar á los cuatro, y á más que hubiera. La Marquesa habia determinado que se recibiese al Padre en su sala, y allí se habia colocado el tocador de la Marquesa, como ara del sacrificio, nada repugnante ya para la hermosa víctima.

«¿Estoy á gusto de V., señora?» preguntó María á la Marquesa, hallándose á la sazon solitas las dos en la sala. «Puedes estar mejor», contestó cariñosísima la Marquesa; y llevándola á la silla del tocador, le quitó las flores y los pendientes, y le puso por su propia mano una diadema con pedrería, y pendientes y collar de lo mismo: un aderezo, en fin, de valor, que la Marquesa habia usado. «El otro dia te regañé por vana (le dijo), y hoy te regalo por sumisa y juiciosa.» Este regalo solian citar como indicio grave los que sostenian que Mariquita era sobrina de la Marquesa. Besó la mano á su perseverante favorecedora; y en seguida fueron entrando los testigos del acto: el capellan, el mayordomo, el contador, el maestro de obras, y algunas otras personas de

la casa. Vino, por fin, el peluquero, muy elegante y muy compungido.

Cuando anunciaron la llegada del Religioso, María saltó y fué corriendo á recibirle hasta la portería; y al verla el Padre tan peripuesta, le hubo de preguntar, qué significaba aquel aparato como de boda. «Es para decir á V. que sí», respondió María.

— La misa que yo he celebrado, repuso el Padre, ha obrado el buen efecto que debíamos esperar.»

Sentado el Religioso, principiaron las formalidades del acto. Repitió en forma de pregunta los cuatro artículos á María; contestó ella que los aceptaba; y el Padre entónces puso en manos de la Marquesa 2000 duros en oro y los títulos de la casa. «Facultado estoy (añadió) para entregar esto á la persona que la señorita doña María nombre depositario: declare, pues, si elige á la señora Marquesa.

— Mi señora es quien debe determinarlo,» contestó María; y la Marquesa eligió al mismo Religioso. El contador y el mayordomo se habian ofrecido á ser depositarios con la mejor voluntad; el maestro de obras manifestó deseos de ver la casa; el Padre dijo que hasta despues de vencido el año, no habia de saberse cuál era; porque sabiéndola, seria conocido tambien el dueño, y por entónces queria ocultarse.

Era llegado el momento del sacrificio. Doña Mariquita, la moderna, muy al contrario de la antigua María, hija de Juan Lanas, se levantó de su silla muy ágil; y no como víctima dolorosamente resignada, sino con el aire de una reina que celebra un triunfo, se llegó á la mesa del tocador, desdobló y se echó por sí misma á los hombros un peinador de la Marquesa, guarnecido de encajes, y ocupó grave y majestuosamente su asiento. Se quitó luego los pendientes y la diadema, y desprendiéndose las lucientes y odoríferas trenzas, las fué poco á poco deshaciendo y echándose todo el pelo á la espalda. Tendidas y ondeando las negras ondas del cabello sobre el lienzo blanquísimo, que daba más oscuro matiz á la hermosa madeja, cogió María las tijeras, y llamando al galan peluquero, le dijo: «A ver, Julian, tome V., y corte por donde quiera.»

Julian, pudoroso y aturdido, recibió las tijeras, y principió á cortar y poner á un lado los largos cadejos que iba cortando, cuidadoso de que no se enredaran. Miraba entre tanto en el espejo María el singular contraste de su rostro ufano y risueño, con la atribulada fisonomía del peluquero; y más allá aparecian tambien, como en el fondo del cristal, ceñudos y cariacontecidos, los semblantes del maestro de obras, del contador y del mayordomo. Los 40,000 en oro y los títulos de la casa estaban sobre la mesa del tocador; y diri-

giendo los interesados amantes sus miradas al taleguillo de oro y á la cabellera de la jóven, que poco á poco iba dejando ver el limpio cútis de la bien cuidada cabeza, parecian mudamente decir: «Teniendo Mariquita lo uno, lástima es que se quede sin lo otro.»

Pero se quedó sin ello en muy breve rato. Reinó durante la tonsuracion un triste silencio, interrumpido al fin por la Señorita con una de sus carcajadas locas, la cual le hubiera costado un recio bofeton de su madre, si no se hubiese hallado algo léjos para recibirlo.

Despacio, y con graciosa coquetería, se prendió nuestra Mariquita la toca, y haciendo una reverencia cómica á los presentes, como burlándose de sí misma, se retiró á su habitacion para desnudarse aquella ropa, y vestirse el hábito carmelita, que le estaba mejor que la basquiña de paño de seda con su fleco de á media vara. Eran entónces estrechos y cortos los vestidos de las mujeres; era largo y ancho de ruedo el hábito, y bien entallado: el elegante cuerpo de Mariquita parecia, con el hábito, más esbelto y airoso, mayor la estatura. Perfilaba delicadamente la toca su rostro oval de suaves contornos, y el manto negro y cumplido, desembarazadamente manejado, prestaba á aquella figura, más graciosa que noble, cierta imponente dignidad, que no tenia con el traje de moda.

Como era justo, salió á despedir á María toda la servidumbre de la Marquesa. La alegría de la casa la llamaban; y, en efecto, dijérase que la alegría de aquella mansion del lujo se ausentaba con Mariquita, porque todos lloraban. Sin embargo, la ausencia no habia de ser para siempre: solo habia de durar un año. Razon tiene la copla vulgar:

Dicen que no se sienten
las despedidas;
quien lo diga de veras
que se despida.

María, acompañada del Religioso y de la Marquesa, de la Señorita y los de la casa, cruzó la calle, pasó al monasterio, y retirándose desde la portería el afectuoso acompañamiento, entró más allá con la Señora, la Señorita y el Padre. Numeroso habia sido el séquito de la despedida; numeroso fué tambien el del recibimiento: toda la Comunidad quiso ver á la que llamaban ya *doña Mariquita la Pelona.* No cabia en sí de alborozo la Señorita, creyéndose ya libre de la severa María, porque se encerraba en aquella casa; y la Señorita, que lo oia todo, no habia oido decir á su madre, que se le hubiese de buscar Aya nueva. Era inútil buscarla: cuando llegó el caso de volverse la señora Marquesa, instalada ya en su

celda María, dirigiéndose la madre á la hija con grave acento, le dijo: «Yo, sin María, no pudiera hacer carrera de tí: con que he determinado que te quedes en el convento con ella y como ella.» Rompió á sollozar amargamente la Señorita; pero en medio de su afliccion, la madre se fué, la Señorita se quedó, y un rato despues, hubo de tener nuevo y más fuerte motivo de llanto. Solas en su celda las dos reclusas, María, revistiéndose de toda la seriedad que usaba con su educanda, le explicó en breves razones lo que querian decir las palabras de la Marquesa, *quedarse en el monasterio con María y como María.* La Marquesa, viendo con mal pelo á su hija, y con asomos de liviandad peores que el pelo segun las trazas, habia mandado al Aya que la vistiese tambien de hábito carmelita, y le cortase al ras el cabello: el hábito y la toca estaban ya en la celda, y las tijeras en la faltriquera del Aya. Afortunadamente, desde que María contaba con cuatro amantes, habíase vuelto cuatro veces ménos rigorosa que cuando carecia de uno: por lo cual, solo cayó sobre la cabeza de la Señorita el monjil, y no la tijera, quedando las dos compañeras de encierro con el mismo uniforme.

En un año de religiosa clausura no podia ménos una mujer de regular discurso, como nuestra buena María, de reflexionar con el asiento y la madurez que ya iban requiriendo sus años: el órden, la paz y las piadosas ocupaciones de aquel santo asilo convidaban á la reflexion irresistiblemente. Allí fué donde conoció las interesadas miras de sus cuatro amantes; y pasándoles revista en su imaginacion muchas veces, hubo de caer al fin en la cuenta de que ninguno de los cuatro le convenia. Figurábase que, pasado el año de encierro, no dejarian de ofrecérsele otros; pero era de temer que valiesen ménos, porque ya entónces entraria ella en los veinticinco años, y comprendia que segun iba una mujer avanzando en edad, iban siendo de precio inferior los partidos que se le presentaban. Dominada de una tierna melancolía, se dejó ganar luégo del manso atractivo que tenian para su espíritu el sitio en que vivia y los actos de virtudes que presenciaba; y desahogándose con la madre Abadesa, prudentísima esposa de Dios, le manifestó su deseo de quedarse por hija suya. La Superiora celebró los castos propósitos de María; pero le aconsejó que pasado el año, volviese al mundo y viviese otro año en él; y si trascurrido éste, seguia sintiéndose con vocacion al claustro, se le daria el hábito al punto.

Con el sayo del Cármen salió del convento María, cumplido el año, más blanca, más séria y más gorda que habia entrado: recibiéronla su señora y los demas que la habian despedido, entre ellos los cuatro amantes, á los cuales, en la primera ocasion, declaró con la mayor formalidad que pensaba ser

monja. El Religioso le entregó el dote, y le dió posesion de la casa. Era de humilde traza exterior; por dentro, cómoda y limpia; el mueblaje, de nogal, lustrado con cera; tenia un jardinito con su fuente, un oratorio, y en él una devota imágen de la Magdalena, con la cabellera de María. «¿Con que es esto mio!» exclamaba ella fuera de sí, como si no hubiese visto cosa mejor en su vida. «No sé qué daria por saber quién es la generosa dama á quien debo donacion tan preciosa.

— Aquí lo sabrá V.», le dijo la mujer que le enseñaba la casa, criada antigua del tio de don Juan, muerto dos meses ántes. (El tio, no el sobrino, era el muerto.) María, que nada ocultaba á la señora Marquesa, le entregó el papel lacreado que la criada le ofrecia; y encerrándose las dos en el gabinete, leyó la Marquesa el papel que, fielmente copiado, dice de este modo:

«Señorita María: Por mi firma conocerá V. que soy el tio de aquel don Juan, rechazado tan honradamente por V. en sus atrevidos amores. Ha de saber V., á pesar de todo, que mi sobrino la queria bien á V., y áun quizá la quiere. Se resintió su orgullo tanto de la resistencia que no esperaba, que propuso vengarse; y, en efecto, se ha vengado de V. alevosamente. La Señora de quien el buen Religioso de la Merced recibió el encargo de dotar una huérfana, era una emisaria de don Juan, mi sobrino. Avergonzado por sus amigotes, quiso ausentarse de esta ciudad, y que V. permaneciese soltera miéntras él volvia: de eso ha nacido proponer á V. que se éntre en un convento por todo un año. Parece que una de las veces que V. le desahució, se sirvió V. de la vulgar expresion, *no me peino yo para usted:* Juan, ofendido, se ha empeñado en que, por ahora, no se peine V. para nadie. Yo, que algunas veces he visitado á la señora Marquesa, conocia las excelentes prendas de V.; y aunque facilité á mi sobrino medios para ejecutar su vengativo antojo, fué con ánimo de indemnizar á V. á costa de Juan. El queria dotar á V. con mayor cantidad; yo quise que la cantidad fuese de 1,000 pesos no más, y que se agregase al dote de V. una casita mia, donde he guardado siempre lo que V. hallará. A él, por dejarle algo, le dejo esta casa en que habito, y en que, segun las señas, moriré muy en breve; de mi dinero, ni un cuarto le queda. No lo extrañará, porque le estaba diciendo continuamente que le habia de chasquear cuando ménos se lo pensara: el chasco es morirme á tiempo que Juan, bien léjos de aquí, no puede influir en mi testamento. Ruegue V. por mí, ruegue por él; y si tal vez se halla en algun apuro, haga V. por él lo que pueda: será una venganza digna de V. En el oratorio de la Magdalena verá V. un armario embebido en la pared, con la llave puesta; con esa misma llave, siguiendo

la instruccion que pongo en seguida, se abre otro hueco, donde tengo el arca de mi tesoro, y en él para V., y con la bendicion de Dios, dos millones de reales.»

Rápidamente se enteraron la Marquesa y María de la manera de manejar la llave, y á los pocos momentos aparecieron á los atónitos ojos de María los ahorros del testador.

«Me parece, dijo con noble satisfaccion la Marquesa, que no hice mal cuando me empeñé en que aceptaras las proposiciones del Mercenario.

— Y todo esto, repuso María, ¿qué falta me hace! Para ser monja, no se necesita mucho dinero.»

Convinieron la Marquesa y María en callar profundamente la donacion del difunto, y en que María se viniese á ocupar su casa. La Señorita, que habia salido, con muchísimo placer suyo, del convento; como se quedaba sin María, y otra Aya no la habia de cuidar á gusto de la Marquesa, fué vuelta á encerrar.

Con la criada antigua del tio de don Juan y un criado, se estableció María en su casa como en un castillo, preparándose á volver al convento. La dulce sonrisa, perpétua compañera de sus labios cuando era pobre, no aparecia en ellos desde que era rica: sonreíase tal vez; pero con amargura. Perseguíanla solícitos los cuatro amantes, y otros que se iban sucediendo continuamente; María, tan amable y tan cariñosa en otro tiempo, ya los escuchaba con aspereza. «Huelen mi dinero», decia: y no era verdad; llegábanse á ella algunos, atraidos por la fragancia de sus virtudes; los más, incitados por la fama de su desden. Para que una mujer se vea cercada de pretendientes, no hay como el *no*.

¿Por qué entre tantos pretendientes no aparecia uno á quien María dijera que sí!

Por aquellas palabras de la carta del tio: «Mi sobrino la queria bien á V., y áun quizá la quiere.» Don Juan, con todos sus vicios, era el único hombre que habia conmovido el corazon de María: porque le tuvo miedo, le cerró las puertas de su cuarto en la casa de la Marquesa.

«¿Si me querrá todavía don Juan?» solia decir María, sentada en su jardin, iluminado con el tibio resplandor de la luna. «¿Si se acordará de mí donde esté? ¿Donde estará?»

Bajo el mismo techo que María, estuvo de allí á poco: endeudado en sus correrías, volvió á la ciudad en que habia muerto su tio, para vender la casa en que consistia la herencia del buen anciano. Don Juan creyó que el chasco, tantas veces anunciado por el difunto, era el de testar sin dejarle dinero. Supo María la venida de don Juan, y desde que la supo, no durmió bien.

Supo él de María; pero se la pintaron tan determinada al

monjío, que le pareció conveniente no visitarla hasta saber si cedia en su fuerte deseo de apartarse del mundo.

Desvelada una noche, se arrojó del lecho, se vistió á la ligera y se puso á la reja de una ventana que daba á la calle: corria un fresco delicioso, que regalaba la ardorosa frente de la jóven insomne.

Dos caballeros, con capa de seda los dos, que venian disputando por aquel solitario paraje, se pararon cerca de la reja en que estaba María. El uno era don Juan, el otro un tahur: salian ambos de una casa de juego, no muy distante.

De la disputa resultó un desafío, y los dos caballeros (hay caballeros tahures tambien) se dirigieron, espada en mano, á una callejuela inmediata, estrecha y oscura. María fué corriendo á la puerta, la abrió, y con voz tímida dijo desde el umbral repetidas veces: «¡Don Juan! ¡Don Juan!»

Don Juan, que habia oido la voz, sin dejar por eso de marchar á la callejuela con su enemigo, volvió á los pocos instantes, pálido y ensangrentado, buscando la puerta de donde habia salido la voz. El tahur quedaba muerto en la calle, y don Juan herido.

María le recibió en los brazos: llamó, se levantaron el criado y la criada, se acostó al herido, y se le asistió con tan maravilloso sigilo, así entónces como despues, que el muerto se quedó por muerto, y el vivo sin ser conocido de nadie por homicida.

Que don Juan conoció á María; que socorrido y amparado por ella, su aficion liviana se convirtió en limpia y verdadera pasion; que arrepentido de su innoble venganza, imploró perdon á los piés de su salvadora, ya se debe dar por supuesto: lo que no era fácil de imaginar es la condicion que puso María para perdonar á don Juan.

Desde que la herida de don Juan habia cesado de ofrecer peligro, la antigua sonrisa de María, muchos meses ausente, habia vuelto á su rostro, y la gracia á sus labios, y habian sus ojos vuelto á brillar con su acostumbrada viveza. «Señor don Juan, le dijo un dia, quitándose la toca, y enseñándole su cabello diecisietemesino: peloncilla estoy, y más pelon ha de ser con quien yo me case: cada oveja con su pareja. Si V. me pretende para mujer, éntrese por un año en la Orden Tercera, vístase el sayal de la Orden, pélese como el último de los hermanos... y despues... con tal que V. se haya portado bien... hablaremos.»

O don Juan habia hecho ya todas sus calaveradas, ó solamente le faltaba la última, ó la represalia intentada por María le pareció justísima, ó la muerte dada al caballero tahur le tenia atribulado y contrito: ello es que en el momento que pudo salir á la calle, se fué al hospital de la venerable

Orden Tercera de San Francisco, se dejó trasquilar y vestir de hermano Tercero; pasó un año asistiendo enfermos; y despues de cumplido, llevando aún el traje de jerga y con el sombrero de franciscano lego, se presentó en casa de María, y le dijo: «Un año he pasado, como V. quiso y donde V. quiso: con que, Mariquita, hablemos ahora.» Puede inferirse lo que hablarian, de que al otro dia él y ella colgaron los hábitos, y se casaron muy poco despues. La casa del tio no llegó á venderse, y sus millones fueron ofrecidos por María á don Juan, en quien, si no aumentaron el amor á su esposa, tampoco debieron disminuirle, porque reparando ventajosamente sus antiguas calaveradas, fué marido y padre ejemplar.

Esta es la *Mariquita Pelona* de mi familia, sobre cuya historia, fielmente referida por mí en todas sus partes, pudiérase escribir una novela de regular extension y más artificio; pero convendria disfrazar los hechos, omitiendo sobre todo decir que la Marquesita salió del convento, á fuerza de llorar y suplicar á su madre, y á los dos meses de su salida se escapó á Francia con el maestro de obras, con el cual tuvo la Marquesa que casarla de prisa y corriendo. Tal vez convendria trasladar los hechos á una época muy remota: cuanto más remota, más novedad podria ofrecer la novela. Noticias hay, como sabe V., de que el célebre poeta griego Menandro, cuyas obras han perecido, escribió una comedia con el título de *La Trasquilada*; y parece que el argumento consistia en que un militar muy celoso, llamado Polemon, dueño de una hermosa cautiva, creyéndola infiel sin que ella lo fuese, la trató muy mal y la peló muy bien, arrepintiéndose despues de trasquilada la inocente cautiva: el don Juan de mi historia pudiera fácilmente convertirse en el capitan Polemon, enamorado, celoso, frenético y, por último, arrepentido. En lugar del verdadero personaje de la Marquesita, podria V. ingerir un episodio, verdadero tambien y griego, aunque de época ménos antigua. El historiador y poeta bizantino Agatías hubo de hacerse amar de una hermosa niña, llamada Rodántes; pero un envidioso viejo, pariente ó tutor de la chica, llevó tan á mal el amor rodadero, en peligro quizá de hacerse rodado, que hartó á la muchacha de golpes, le cortó el cabello y la encerró donde, por más que hizo su amante, no logró verla: Rodántes y Agatías podrian sustituir con ventajas á la Marquesita y al maestro alarife. Comparando las costumbres antiguas con las modernas, podrian hacerse importantes reflexiones acerca de lo que han ganado las mujeres en el tiempo presente; pues aunque haya hoy militares y paisanos que riñan celosos, no son ellas por lo comun las que suelen salir peladas; y los tutores, aunque encierren á sus pupilas cuando es preciso, no les tocan á un pelo de la cabeza.

Aquí terminaba la carta que recibí á fines de 1852: carta que aprecio tanto, que no he podido ménos de insertarla á la letra, como segundo apéndice á la crónica, ántes inserta, del siglo XV, sin hacer gran caso de los escrúpulos del comunicante, pues nunca he oido hablar palabra de esa *Doña Mariquita Pelona* moderna, y á toda España le sucederá probablemente lo mismo. La verdad vale más que las invenciones; y no hay razon para sacar de la oscuridad ó retiro en que permanecen al señor capitan Polemon y á la señorita Rodántes. No ha sido mi ánimo formar una galería de pelonas célebres, que fastidiaria si constaba de muchas; basta con un grupo de cuatro: una del tiempo en que el sol se paró, obediente á la voz del hombre; dos del principio y del fin de la media edad; y otra casi de nuestros dias. A pesar de las reticencias usadas por el autor de la carta biográfica, la indicacion del traje de Mariquita determina la época: los vestidos de seda con el fleco de media vara corresponden á los primeros años de nuestro siglo.

LA LOCURA CONTAGIOSA.

ANÉCDOTA DEL SIGLO XVII.

A un cuarto principal de una casa nueva, sita frente al Rastro de Valladolid, Corte á la sazon de Felipe III, subian una tarde de otoño de 1603, mano á mano y en conversacion al parecer de grave importancia, una mujer y dos hombres, personas los tres de razonable edad: el uno con sotana y manteo de raja de Florencia; el otro con capa larga y gorra, baston, guantes y grande anillo, y ella con tocas blancas y saya de jerga: es decir, un eclesiástico, un médico y una beata. «Quien nos haya visto venir acá juntos desde la iglesia de San Ildefonso (dijo sonriendo el Eclesiástico, al poner el pié en el primer escalon), se habrá figurado que vamos á visitar á un enfermo de peligro. — ¿Parécele á vuesa merced, señor Cura (replicó la Beata), que es enfermedad poco peligrosa la de mi hermanastro? — Aun (replicó el Médico), no nos ha dado cuenta vuesa merced sino de algun que otro síntoma, que no me parece decisivo. — Ahora (prosiguió el Cura), nos informará con más detencion y descanso la hermana Magdalena; porque hasta aquí más nos ha aturdido con exclamaciones, que instruido con noticias. — Por eso rogué á vuesas mercedes (dijo Magdalena), que viniesen á casa, y aprovechásemos la buena coyuntura que se nos ofrece, por haber salido mi cuñada, mi hermana y sobrinas.»

Llamó en esto la Beata á la puerta; y habiendo preguntado desde adentro una voz el sabido *¿quién es?* Magdalena respondió: «Abre, María.» Abrió al punto la criada, y la Beata, haciéndole primero una seña, como de quien encarga sigilo, preguntó muy quedo á la moza si seguia aún el amo en su cuarto. «Todavía está allí (contestó María), y tan enfrascado como siempre. — Vuesas mercedes me hagan la honra de pasar á la sala», dijo la Beata entónces á sus dos acom-

pañantes; y dirigiéndolos ella, entraron en una pieza capaz y limpia, bien que alhajada con pocos y pobres muebles. Con esto, y con mandar á la criada que sacase chocolate al señor Cura y al señor Doctor, se retiró la moza; y quedando solos los tres interlocutores de al principio, entablaron, segun noticias, la siguiente conversacion.

«EL CURA. (Bajito.)

Con que díganos vuesa merced: ¿qué más motivos tiene para creer que el señor hermano se halla tan mal de salud?

MAGDALENA.

La del alma nunca me falte, señor Cura, si no es cierto lo que imagino. Pues, señores... (*Suena en el aposento inmediato una ruidosa carcajada.*) ¿Oyen vuesas mercedes? Esas risas son las que me hacen llorar: desde que vino mi cuñado de Sevilla, donde estuvo preso, ha dado en la flor de encerrarse en ese cuarto, y de soltar de cuando en cuando unas risotadas que me estremecen. Cuando le hablamos, anda siempre distraido, y de ordinario contesta fuera de propósito: á mi entender el sentimiento de haberse visto en una cárcel y acusado injustamente de defraudador de la Real Hacienda, junto con la pesadumbre de considerar el desamparo en que su prision dejaba á su familia, que somos cinco mujeres, sin contar con la moza, á quienes hasta ahora ha mantenido honradamente con su trabajo; estas consideraciones, repito, han hecho en su ánimo ancha mella, y han debido trastornarle un poco el cerebro.

EL MEDICO.

Imposible no es: un hombre pundonoroso, y que pasa ya de cincuenta...

MAGDALENA.

Es que hay otra cosa, y á fe que el señor Cura me dé la razon. Mi madre, doña Leonor de Cortinas, que santa gloria haya, ¡me tiene dicho tantas veces, afligida de la traviesa índole de mi hermano, me tiene repetido tantas veces llorando, que las locuras de su hijo habian de dar que decir al mundo! Las predicciones de los padres...

EL CURA. (Tomando el chocolate que trae la criada.)

Ciertamente son avisos de Dios. (*Ap.* Agasajo de chocolate como éste, bien se podia perdonar.)

EL MEDICO. (Despachando su jícara.)

Pero esas risas pueden provenir de que el señor hermano tenga algun motivo oculto para estar contento: acaso sus negocios prosperan...

MAGDALENA.

¿Qué han de prosperar, señor Doctor de mi alma, si jamas se ha visto peor! En otro tiempo escribia comedias, que le daban algo de sí, porque los comediantes y el auditorio las recibian bien; pero ya dicen todos que ha perdido la gracia, y que ni áun sirve para componer coplas de ciego. Acomodo estable no ha podido lograrlo nunca; las cobranzas esas que tenia, le ocasionaban continuos viajes y desazones, y le rendian muy poca utilidad; como fué soldado, no se da maña para hacer la corte á los señores de ella, y así ninguno le atiende: con que ya ve vuesa merced ¡qué motivos de alegría le asisten! Pero lo más particular es que desde que le ha acometido esa manía, se rie de cualquier cosa, por sencilla que sea, y le ocurren unas bobadas, que jamas se han visto en él ni por pienso; pues seguramente que nunca ha pecado de bobo mi hermano de madre. Figúrense vuesas mercedes si es para extrañar el caso que voy á referir, que es el primero en que yo reparé. Recien llegado mi hermano de Sevilla, tuvo que tratar con un labrador de Sepúlveda no sé qué asuntos correspondientes á la administracion de unas tierras de aquella villa; y como en la lista de ellas hubiese una, sita en un término que parece llaman de *Sancho Pulza*, no bien oyó este nombre mi buen hermano, rompió á reir como un mentecato, diciendo: «¡Famoso nombre, mudándole algo! ¡Famoso!» Porfiaba el labrador que no habia que mudar al tal nombre nada, y mi hermano en que sí; y anduvieron de este modo altercando media hora, hasta que se separaron los dos: el labrador harto mohino, y mi hermano muy satisfecho. Pocos dias despues, habíamos salido él y yo á dar una vuelta fuera de la ciudad; y al subir una loma, encima de la cual hay un molino de viento, vimos que un muchacho se agarró ó se dejó coger, no sé cómo, de una de las aspas del molino, que le volteó y arrojó á gran distancia, dejándole sin sentido del golpe. Yo me asusté de manera que no pude dar un paso para socorrer al chicuelo; mi hermano acudió á él, le alzó, y le hizo volver en su acuerdo; pero ¿querrán vuesas mercedes creer que miéntras le levantaba y hacia por volverlo en sí, no paraba de reirse, exclamando: «¡Tambien es rara casualidad! ¡vaya, que no puedo contener la risa!»

EL CURA.

Poco cristiano es, en verdad, eso de alegrarse del mal del prójimo.

EL DOCTOR.

Que se alegre un médico de que se le presente ocasion de hacer una buena cura, pase; pero un ingenio lego no está

en igual caso. Con todo, áun eso no prueba que el amigo se halle fuera de juicio.

MAGDALENA.

Pues vaya otro pasito más. Vuesa merced, si no me engaño, es pariente de aquel famoso Juanelo Turriano, el del artificio para subir el agua del Tajo á Toledo.

EL DOCTOR.

Cierto que sí.

MAGDALENA.

Vuesa merced mismo es quien me ha contado aquel lance de Juanelo con el Emperador.

EL DOCTOR.

En efecto, yo he sido.

EL CURA.

¿Qué lance es ese?

EL MEDICO.

Uno que no deja de ser curioso. Cuando el César Cárlos V, habiendo renunciado las coronas imperial y real, se retiró al monasterio de San Jerónimo de Yuste, Juanelo, deseoso de dar á su Majestad un buen rato, construyó una máquina de figuras de movimiento, que representaba la batalla de Pavía. Dada cuenta de sus intenciones á los monjes, ellos le proporcionaron con todo secreto sitio á propósito en que colocar su tramoya; y cuando estuvo lista, dijeron al Emperador que viniese á ver una curiosidad de buen gusto. Holgóse mucho su Majestad con ella, porque el sitio de la pelea estaba representado al vivo, y las operaciones de los dos ejércitos perfectamente imitadas. Pues como la figura del Rey de Francia hiciese que se retiraba en derrota, y se hubiesen atascado con no sé qué ropiezo las de los nuestros que le perseguian; el Emperador, que tenia los ojos fijos en ellas, como si mismamente estuviese viendo combatir hombres de carne y hueso, se dejó por un momento llevar de su imaginacion guerrera y fogosa, y exclamó á voz en grito, cual si estuviese mandando sus invictas escuadras: «Corre, Juan de Urbieta; Diego de Avila, corre; que se os escapa el Rey Francisco.» Figúrese vuesa merced, señor Cura, ¡qué efecto harian estas expresiones en todos los circunstantes! Aunque casi todos eran monjes, padre hubo que se arrojó á coger del pescuezo al Rey frances para que no se nos huyera.

EL CURA.

Yo por mí le juro á vuesa merced que más hubiera que-

rido presenciar ese lance, que ser presentado para la mitra arzobispal de Toledo.

MAGDALENA.

Pues bien: refiriéndole yo há pocos dias ese acontecimiento á mi hermano, soltó tambien una carcajada, diciendo: «¡Brava aventura, para achacársela á un titerero!»

EL MEDICO.

¡Tratar de titerero á Juanelo, al insigne mecánico, mi pariente! Vamos, no tiene duda: el hermano de Magdalena está loco.

MAGDALENA.

Pues ¿y lo que le oí decir acerca del piadoso robo del cuerpo de san Juan de la Cruz!

EL CURA.

¡Qué! ¿Se divierte tambien el señor hermano á costa de los siervos de Dios?

MAGDALENA.

No; pero dijo que él habia de dar su merecido al comisionado que hizo el robo, y al Vicario y Prior del Cármen que lo consintieron.

EL CURA.

Y ¿qué es lo que queria dar á los reverendos?

MAGDALENA.

Una buena paliza por mano de no sé qué personaje.

EL CURA.

¡Palos á un ministro de los altares! Vamos, no se puede ya dudar que ese hombre está loco.

MAGDALENA.

¡Gracias á Dios que se convencen vuesas mercedes!»

Quedó, pues, con esto calificado de demente el risueño y hasta ahora invisible hermano de la Beata; y habiendo conferenciado entre sí los tres calificadores acerca de quién habia de ser el que hablase primero al enfermo, para inducirle á ponerse en cura, hubo de recaer la eleccion, como era natural, en el padre de almas, el cual levantándose y encomendándose á san Ildefonso, abrió la puerta del cuarto donde se hallaba el paciente, y colóse dentro con un *Ave María*, seguido de la pregunta: «¿Qué hace por aquí un hombre?» Era la pieza grande, y el Cura habia cerrado la puerta conforme ántes estaba: el Doctor y Magdalena se pusieron á escuchar con grande ahinco, y áun miraron por el agujero de

la cerradura; pero no les fué posible ver al maniático ni al Cura, ni oirles palabra durante un breve rato, hasta que sonó de pronto un duo de carcajadas, en el cual el buen Cura reia mucho mas recio que el presunto loco. Miráronse atónitos el Doctor y la Beata, la cual, como si súbitamente se sintiera agitada de una inspiracion profética, prorumpió, enclavijando las manos y alzando los ojos al cielo (es decir, á las bovedillas de la sala): «¡Ay, señor Doctor de mi vida! ¿Si será locura contagiosa la de mi hermano, y se le habrá pegado al Cura? — Oiga vuesa merced, contestó el Doctor; pues no lo diga de chanza; que es cosa que puede suceder, y á fe que esta vez no las tengo todas conmigo. Sin embargo, voy á entrar y á preguntarles de qué se rien, porque á nosotros, los de la profesion, como ya nos conocen, no se nos agarran las enfermedades.» Y diciendo y haciendo, encajóse en el cuarto. Siguióse á su entrada rumor confuso de cumplimientos de bienvenida, y luégo otro rumor más suave, que Magdalena no acertó á discernir, aunque se parecia al susurro que hace una persona que reza; y por último tornó á resonar otra salva de risotadas, áun más estrepitosa que la anterior, por el refuerzo del nuevo auxiliar, cuya voz áun sobresalia sobre la del Cura. Aquí fué la confusion y apuro de Magdalena. «¡Tambien, exclamaba, tambien el Doctor se ha contagiado! ¡tambien el Médico se vuelve loco!»

En medio de esta tribulacion, é invocando uno por uno á todos los santos del calendario, la hallaron cuatro nuevos personajes femeniles, que aparecieron en la sala: dos jóvenes y dos respetables matronas. «¡Catalina, Andrea, Isabel, Constanza! exclamó Magdalena fuera de sí, dirigiéndose alternativamente á cada una: mi hermano se nos ha vuelto loco, y comunica su locura á cuantos le hablan.» — ¡Loco mi marido! — ¡mi padre! — ¡mi hermano! — ¡mi tio! exclamaron á la vez las cuatro. — Pues ¿qué sucede! ¿Qué has notado en él? preguntó Catalina. — Que ha dado en la manía de reirse de todo, y á todos les entra hoy la misma manía en oyéndole: escuchad, escuchad, ¡qué carcajadas dan allá dentro el Cura de San Ildefonso y el doctor Turriano! — Es menester que yo aclare esto», dijo Catalina, no poco turbada, y pasó al cuarto que parecia haberse convertido en el templo de la alegría. A los dos minutos, ya reia Catalina como los demas. Fueron entrando sucesivamente, atraídas de la curiosidad, mezclada con una buena dósis de miedo, doña Andrea, Isabel y Constanza; y á todas tres sucedió lo mismo: de manera que á lo último, reunidas las siete voces ó risas, cada una de tono y sonido diverso, formaban el coro más bullicioso y vario que imaginarse puede. Llamaban á gritos los de adentro á Magdalena; pero ella les respondia más recio: «No en mis

dias: ¡guarda Pablo! No quiero reirme, no quiero perder el juicio. — Tú estás libre de eso,» respondió desde adentro una voz un poco tartamuda; y un instante despues, vista la terquedad de Magdalena, que no consentia en moverse de la sala, salieron á ella los que estaban en el cuarto: el Cura y el Médico, las dos jóvenes, las dos señoras mayores, y detras de todos un hombre que rayaba en la ancianidad, de regular estatura y agradable aspecto, buen color, frente ancha, ojos vivos y nariz aguileña, el cual traia unos papeles en la mano. Salian todos, fatigados de lo descompasadamente que habian reido; y el Cura, dirigiéndose á Magdalena, le dijo: «No tenga vuesa merced cuidado; que, por ahora, la razon de mi buen feligres el alcalaíno, se halla más que medianamente firme, sin embargo de que tengo para mí que la prediccion de la difunta doña Leonor, su madre, ha de ser en cierto concepto ampliamente cumplida: las *locuras escritas* de su hijo el manco han de resonar en todos los ángulos de la tierra. — Mira, dijo entónces el hermano alargando á la Beata los papeles que habia sacado; mira lo que tan ocupado me trae hace algun tiempo, y lo que tanto ha divertido á estos señores.» Magdalena tomó los papeles y leyó este rótulo en la cubierta: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervántes Saavedra.*

LA DEUDA OLVIDADA.

ANÉCDOTA CONTEMPORÁNEA.

Pocos años há que vivia en Madrid un pobre castellano viejo, que, siendo aún mozo y con regular salud, carecia del bien que más general y seguramente disfrutan los pobres: un sueño tranquilo.

Don Alfonso Zamora dormia siempre mal; tardaba en visitar sus ojos el apetecido descanso, despertábase pronto, y le atormentaba durante el sueño una pesadilla importuna. Tenia deudas Alfonso; le faltaban medios para pagarlas, y esta idea le perseguia en términos de no permitirle reposar ni una sola noche con sueño apacible y seguido.

Verse libre de deudas, pagar lo que debia, era el único deseo de Alfonso, la sola ventura que ambicionaba. «¡Cuán feliz seré (decia á cada paso) desde el instante en que no tenga acreedor á quien satisfacer! ¡Qué bien dormiré la noche que me acueste sin deudas!»

No eran muchas ni grandes las que desvelaban á don Alfonso; mas para el pobre no hay deuda chica: deber mucho y roncar á pierna tendida es un privilegio que solamente disfrutan los deudores ricos. Alguno de ellos ha dicho con sobrada razon que no debe pasar inquietud el deudor que no paga, sino el acreedor que no cobra.

Ignorando Alfonso tan cómoda máxima, se afanaba de dia para cumplir sus obligaciones, y acongojábase entre la sombra nocturna, considerando que no se le lograba dejarlas cumplidas.

Los apuros de Alfonso provenian de tres causas diferentes y análogas: desgracia, vanidad, y debilidad de carácter. Esta última resume las otras: la vanidad es una flaqueza; el débil siempre suele ser desgraciado.

Padeció Alfonso una grave dolencia, durante la cual consumió sus limitados recursos, y se empeñó.

Crecieron sus empeños con gastos que hizo, por no ser ménos que algunos camaradas suyos, más pudientes que él.

Perdió ocasiones de remediar sus necesidades, ya trabajando poco, ya dando lugar con su excesivo encogimiento á que le pagaran tarde, mal ó nunca.

Era, pues, don Alfonso un hombre de bien, salvos algunos pecadillos de que pocos se escapan. Con deudas que trampear, ¿cómo le habian de faltar embustes de que avergonzarse! La deuda es madre de la mentira en su enlace bígamo con el deudor y el acreedor: aquel miente para probar que no puede satisfacer, y éste para manifestar que necesita lo suyo.

De otros dos pecadillos acusaba su conciencia al insomne Zamora; pero eran tales, que á muchos lectores parecerán escrúpulos necios.

Hay en cierta parte montuosa de España unas poblaciones pequeñas, donde los vecinos dan de comer por semanas á tres oficiales públicos de la villa, que son un mastin, un pastor y el maestro de escuela. El mantenimiento del primer servidor de aquellas repúblicas, el perro para la custodia de los ganados, se determina sin objeciones en el Concejo; en lo que se ha de suministrar al pastor, ya se buscan ahorros; el ajuste del maestro de niños ofrece siempre dificultades: no se repara en libra de pan más ó ménos para el mastin; para el instructor de la infancia, todo parece mucho. Así, cuando vaca una de estas escuelas, que se conocen con el nombre de *incompletas* á falta de otro más expresivo, el pretendiente que se contenta con ménos (y regularmente suele ser el que ménos vale), se lleva de seguro la plaza. Un candidato con mujer y con hijos quiso alzarse con una de estas codiciables prebendas, á tiempo que Alfonso, recien emigrado del pueblo de su naturaleza, buscaba un modo de subsistir; la dotacion de la escuela, ademas de la mesa, se extendia á unas cuantas medidas de frutos, cantidad insuficiente para alimentar á la familia del primer aspirante; Alfonso ofreció servir el cargo con una rebaja de tres fanegas; y el maestro más exigente fué pospuesto al más comedido, segun convenia á los intereses del pueblo. Alfonso confesaba despues haber hecho dos males con tan infeliz competencia: uno al maestro y otro á los niños, porque el derrotado competidor era más á propósito para la enseñanza.

Moraba en aquel pueblo una jovencita de catorce Abriles, llamada Rosa, fresca y linda como la flor de su nombre, hija de una viuda verde, y áun agria, madre severa, mujerona fornida. Pretendió á la madre un viejo rico de aquellos contornos: y la honrada dueña, mirando por su hija primero que

por sí, propuso al novio que dirigiera sus pretensiones á Rosa, que, ya casadera, tal vez no hallaria nunca partido tan bueno. Convino sin hacerse rogar el anciano; y la madre, omitiendo preámbulos, mandó á la niña prevenirse para la boda, poniendo buena cara al novio, so pena de recibir alguna advertencia desapacible. Mas era el caso que nuestro Alfonso, el cual, como otro Abelardo, enseñaba á escribir á la montañesa Heloisa, habia dado en mirar, con más curiosidad que debiera, el hermoso perfil que presentaba su discípula con la pluma en la mano, su torneado cuello, su moño abultado, donde se recogia en repetidos dobleces una larga y pobladísima trenza; y de ver y contemplar devotamente la perfilada imágen, habia pasado á escribir para Rosa unas gallardas muestras de carácter cursivo, cuyo texto no se hallaba en ninguna de las colecciones aprobadas para uso de las escuelas; y escritas, habíaselas entregado á Rosita en secreto, y ella las guardaba no con ménos cuidado. Supo el Maestro por la contristada alumna el desigual consorcio que le proponian; cogieron las vueltas á la viuda, pues, aunque nada lerda, no podia estar en todas partes á un tiempo; se hablaron, se juraron fe eterna; y Rosa, á pesar de no haber en su vida ni imaginado siquiera desobedecer á su madre, prometió calabazas al novio machucho, y cumplió su palabra al pié de la letra.

Tal habia sido la segunda picardigüela de Alfonso, la cual produjo inmediatamente resultados funestos. Al otro dia de haber declarado Rosita á su madre que se consideraba muy niña para contraer matrimonio, salia la infeliz muy temprano del pueblo, encendidos los ojos y las mejillas, tapándoselas con un pañuelo, muy traido á la cara. Un deudo cercano la llevaba en un burro á servir fuera de la provincia.

Al primer domingo siguiente publicaba el Cura de la parroquia la primera amonestacion de la viuda con el trasegado Matusalen; y aquella noche misma el conductor de Rosa, asistido de varios vecinos crédulos, encajaba en la cárcel á Alfonso, despues de haberle molido á palos, achacándole conato de conversacion criminal con su inocente cónyuge: mujer, en efecto, la más inocente y fea de aquel partido. La madre de Rosa, arrepentida ya de haber puesto violentamente las manos en su hija, no halló consuelo hasta que el pariente consabido le ofreció discurrir un medio para zurrar de firme al seductor Maestro, y lanzarle de la poblacion entre los gritos de un general anatema. La viuda en vísperas de desenviudar habia dado con las cartas de Alfonso á Rosita.

Alfonso tuvo, en efecto, que fugarse de allí, con grave riesgo de su persona: sus tiernos discípulos, á instancias de la rencorosa viuda, le despidieron fervorosamente á pedradas.

El fugitivo preceptor se vino á Madrid por lo pronto; mas

con decidida intencion de buscar á su Rosa por todos los ángulos de la Península. Vano propósito, porque la cauta madre, luégo que celebró las segundas nupcias, trajo á la niña al pueblo, donde Alfonso no podia estampar los piés. Rosa fué recibida con gran benignidad por su madre, que se obligó con promesa formal á no reñirla nunca, siempre que no se le rebelase cuando le mandara tomar esposo.

Y como Rosa era hermosa y excelente criatura, tenia un novio cada tres meses; á todos les daba la misma respuesta que al viejo; y si éste se descuidaba en defender á la pobre hijastra, que se habia granjeado su afecto, cada novio le costaba una imposicion de manos, poco apostólica.

Entre tanto Alfonso llegó á saber que Rosa vivia con su madre; escribió, y no tuvo respuesta, porque sus cartas cayeron en manos de la obstinada casamentera. Pasaron meses y años, perdió Alfonso la esperanza de ver á Rosa, perdió más adelante la memoria de su amante promesa, y por fin vino á perder el sueño, como queda contado.

De nueve horas largas le disfrutaba cada noche un rico rentista, que ocupaba el cuarto principal de la casa en que habitaba tambien Alfonso, altamente alojado, esto es, en el último piso. Hubo de saber los pervigilios que padecia, húbole de oir su ordinaria exclamacion «¡qué bien dormiré cuando pague todas mis deudas!» y hubo de ocurrirle el caritativo pensamiento de facilitar el reposo al atribulado deudor.

Trataba de sorprenderle con obsequio tan dulce, cuando el propio rentista fué de otra manera sorprendido por la visita que más debiéramos esperar, y que ménos prevenidos nos halla: la de la muerte.

No fué, sin embargo, la sorpresa tan repentina, que el rico benéfico no dispusiese de una hora para testar.

Era el invadido el postrer vástago de su familia; y, sin escrúpulo de conciencia, dejó por universal heredero á su vecino, el del alojamiento sublime.

Y hé aquí al pobre Alfonso Zamora, convertido repentinamente en el respetable señor don Alfonso, poseedor legítimo de unos cuantos millones, que proporcionaban á su amo anterior un sueño á prueba de cañonazos, de pronunciamientos, de gritos de suegra, si acaso la tuvo.

Tomar posesion de la herencia y llamar á todos sus acreedores, fué obra de pocos minutos.

Concurrieron á la cita los más; pero no todos, y el opulento señor don Alfonso no durmió por eso mejor que solia.

Buscó al dia siguiente y pagó á los acreedores que le quedaban. «¡Esta noche sí que duermo como una estatua! (dijo al ocupar el mullido lecho del rentista difunto). Ya no debo nada á nadie, por fin.»

Sin embargo, Alfonso durmió como si debiese hasta la camisa.

«Ya lo entiendo (exclamó al levantarse): debo una reparacion al maestro casado, á quien dejé perdido, cuando me establecí en el pueblo de Rosa. Sé dónde para, y me es fácil favorecerle.»

Cumplió Alfonso este noble propósito, descansó medianamente unos dias, y siguió durmiendo lo mismo que ántes.

«Pero, Señor (se preguntaba incesantemente), ¿qué me falta pagar aún? ¿qué debo yo!

«¡Ah! sí: un rico debe un tributo de proteccion á las artes y letras.

«Le concederé hasta donde mi renta me lo permita.

«Debe servir por sí mismo á su patria, si no es físicamente inhábil, ó imbécil.

«Trabajaré para mi país en mejorar su sistema de agricultura.»

Practicó Alfonso cuanto decia, y continuó desvelado siempre, siempre diciéndose: «Algo me falta que pagar, algo debo. ¿Qué es?»

Pensó en Rosa, por último.

«Yo le ofrecí mi mano, es verdad; pero no ha respondido á las cartas que le escribí. Voy á escribir de nuevo.»

Tampoco obtuvo contestacion.

Aburrido, malísimamente humorado, salió Alfonso á pasear una tarde fuera de puertas, oprimiendo el lomo de un caballo, de estampa admirable.

Pasó várias veces del camino real á una senda, y tornó de la senda al camino real.

Y hé aquí, lectores, que en una de estas entradas ó salidas se halló Alfonso frente á frente de un asno, en el cual venia descuidadamente montado aquel impostor, consanguíneo de Rosa, que por poco no descostilló á nuestro héroe en el pueblo.

El propósito fijo del buen Zamora era satisfacer sus deudas de todo género.

En cuanto vió al pariente de Rosa, recordó la paliza insigne que habia recibido de él, y á la cual áun no habia correspondido, volviéndole otra.

«Esta es la deuda que me faltaba satisfacer (prorumpió colérico): hagamos finiquito, y dormiré bien por primera vez esta noche.»

Alzó Alfonso el látigo, y restituyó generosamente al labriego los golpes de antaño; pero aquella noche durmió peor que nunca.

«¿Qué deberé yo todavía!

«Soy rico y soltero. ¿Deberé casarme?

«Tal vez. Mañana me planto en el pórtico de esa iglesia inmediata, á la cual concurren preciosas jóvenes: voy á ver si alguna me agrada»

Madrugó Alfonso al otro dia para ir á la iglesia.

Colocado en el pórtico, sintió un fuerte impulso de pasar más allá.

Con todo, no se determinaba: hacia años que no frecuentaba iglesia ninguna.

Habian tocado á la misa primera. Dos jóvenes, al parecer señorita y criada, muy modestamente vestidas, cruzaron la calle y se acercaron al pórtico.

Miró Alfonso á la Señorita, que se quedó parada por un momento, como dudando si entraria en el templo ó si retrocederia; volvió Alfonso á mirar, y con pasmo infinito conoció á su antigua discípula.

Rosa era, en efecto; la misma Rosa: con ménos frescura de tez que ántes; pero con más gracia en sus facciones y movimientos: convertida de zagala del valle en elegante habitadora de nuestra Corte.

— «¡Rosa!

— ¡Alfonso!

— ¿Cuándo ha venido V. á Madrid?

— Hace más de tres años.

— No he visto á V. nunca.

— Yo á V. sí, várias veces.

— Y ¿no ha querido V. hablar á su antiguo maestro!

— El maestro ni siquiera miraba á su alumna.

— ¿Y madre?

— Enviudó otra vez, y vino á establecerse en Madrid.

— Y V., Rosa, ¿está ya establecida?

— Hice una promesa en mi pueblo; y aunque me ha costado aflicciones el mantenerme fiel á ella, no la he quebrantado.

— ¡Rosa! ¡Rosa! V. será mia; yo no he podido amar sino á V.; V., sin duda, no ha recibido mis cartas.

— Ahora sé que V. me haya escrito.

— Es preciso que sepa yo si su madre de V. las ha interceptado. Es necesario que satisfaga mi postrera deuda, para que descanse tranquilo. No sabe V., Rosa, ¡con qué desasosiego vive el que fué su maestro de V., y tambien su primer amante, su primer amor!

— Primero sin segundo, señor don Alfonso.

— ¿Es verdad, Rosa de mi vida! ¿Es posible!

— Mi madre podrá informar á V. mejor de las ofertas que he rehusado. El pobre Maestro de mi lugar ha sido para mí preferible á los más ricos hacendados de mi país.

— Ya soy rico yo, Rosa mia; tengo una gran casa, cria-

dos, caballos, aduladores, envidiosos, y reputacion de talento; porque la riqueza es capacidad, ó pasa por ella. Para ser feliz, no me faltan más que siete horas de sueño cada noche.

— ¿Qué le desvela á V.?

— Es largo de contar. Yo he tenido muchas deudas, Rosita; me quitaba el sueño la imposibilidad de pagarlas; creo haber satisfecho cuantas contraje; y á pesar de eso, no hay noche que no sienta junto á mis oidos una voz que no cesa de repetirme: — Tú debes, y no pagas; áun debes, y no pagas, Alfonso. — Rosa, Rosa mia, dígnese V. aceptar esta mano que Alfonso le debe, para que pueda preguntar mañana á esa fantasma que me persigue: — ¿Qué debo ya!»

Rosa levantó aquí hácia Alfonso sus ojos hermosísimos, llenos de indecible ternura; y, acentuadas con singular y casi divina expresion, fluyeron suavemente de sus rojos labios estas pocas palabras: «Alfonso, ¿ha pagado V. lo que debe á Dios?»

Inclinó Alfonso la cabeza, cubriéndose con las manos el rostro, y en unos instantes no pudo hablar.

«¡Ah!» prorumpió despues, y no acertaba á proferir palabra ninguna.

En esto la campana de la iglesia dejó oir el último toque para la misa.

Volvió Alfonso de su momentáneo trastorno, y dijo á Rosa con acento agitado: «Entremos, Rosa, entremos; guíeme V.»

A la misma hora, ocho dias despues, el velo de los desposados envolvia en aquella iglesia la cabeza de Rosa y los hombros de su Maestro.

A la madrugada siguiente, incorporada la novia en el lecho nupcial, escuchaba con gozosa curiosidad la plácida respiracion de su esposo dormido.

Percibió de repente como un dulce suspiro.

Tras el suspiro, se apagó la respiracion, y la tierna consorte se turbó sin saber por qué.

«¡Alfonso!» dijo en voz amorosa y baja.

«¡Alfonso!» repitió ya sobresaltada, echándose fuera del lecho.

«¡Alfonso!» gritó, fuera de sí de espanto.

El dormido no respondia.

No respondió.

El vehemente deseo de Alfonso quedaba cumplido; pagada su última deuda, el sueño más feliz habia cerrado sus párpados: el sueño de la eterna paz, recompensa del justo.

¡Bienaventuradas las vigilias que tuvieron su término en tan envidiable descanso!

Rosa no murió por entónces: tenia madre que estaba enferma; falleció la hija á los cuatro meses, quince dias despues que la madre. Habia sido Rosa heredera de Alfonso; muchos inculpables deudores, muchos pobres virtuosos heredaron á Rosa.

¿Por qué, áun entre pagadores puntuales, aquella deuda, tan preferible á todas, habrá de ser la sola desatendida, la sola olvidada?

VOCABULARIO

PARA LA MEJOR INTELIGENCIA DE LOS DOS CUENTOS EN CASTELLANO ANTIGUO, TITULADOS: LA NOVIA DE ORO Y MARIQUITA LA PELONA.

Abajados, bajos, inclinados.
Abajando, bajando.
Abajarse, bajarse.
Abondo, en abundancia.
Aborrido, aburrido.
Absconderse, esconderse.
Acaescido, acaecido.
Aceta, acepta.
Acetó, aceptó.
Acogiósele, se le escapó.
Acontescido, acontecido.
Acorrer, acudir, socorrer.
Acrescentar (los), acrecentarlos.
Acució, estimuló, inquietó, agitó.
Acucioso, solícito.
Acuitedes, aflijais.
Adereszaron, compusieron, vistieron.
Adobase, arreglase.
Adotrinada, enseñada.
Adune, reuna.
Afambrida, hambrienta.
Afincadamente, ahincadamente.
Afirmovos, os afirmo, os aseguro.
Agora, ahora.
Ahorrábades, ahorrabais.
Aína, áún, pronto.
Al, otra cosa, otros, demas.
Alcandora, camisa (aquí).
Algos, cantidades.
Alheñarse, aderezarse.
Alimpiándose, limpiándose.
Alzáredes, alzareis, levantareis.
Allende, más allá.
Amartelados, enamorados, galanes.
Amén, ademas.
Amistanza, amistad.
Amohinóse, se disgustó, se enojó.
Animalia, animal, alimaña.
Ansí, así.
Ansimesmo, asimismo, tambien.
Aparellamos, apareamos.
Apercollar, acogotar.
Apetesce, quiere.
Apetescible, apetecible.
Apetesciera, quisiera.
Apostiza, apostizos, postiza, postizos.
Apuestas, bien formadas.
Aquesa, esa.
Aquesta, esta.
Arminio, armiño.
Arreo, consecutivamente, de seguido.
Arreo, arreos, ornato, atavíos.
Asaz, bastante, harto.
Asedo, acedo, agrio.
Asosegóse, se sosegó.
Atal, tal.
Atendiéndolos, esperándolos.
Atoviéronse, se atuvieron.
Atuendo, aparato, boato.
Ayuntadas, juntas.
Ayuso, abajo.
Bamba, bulto.
Baptizada, bautizada.
Barragan, soltero.
Barraganas, mozas.
Barrerleía, le barreria.
Barzoneos, excursiones, paseos.
Beserro, becerro.
Bezos, labios.
Blandamientre, blandamente.
Bochin, verdugo.
Bofordar, manejar la lanza llamada bofordo ó bohordo.
Buída, afilada, penetrante.
Bulto, estatua.
Burlería, burla, chasco.
Ca, porque.
Cabadelante, adelante, hácia adelante.

Cabdal (facer), hacer caso.
Cabdalosa, poblada, rica.
Cabdaloso, acaudalado.
Cabelladura, cabellera.
Cabo, fin.
Cada que, cada vez que, siempre que.
Cala, entiende, penetra.
Calambregábase su corte, le daba calambre á su corte.
Caládose, entendiendo, penetrando.
Caletre, mente, entendimiento.
Calonje, canónigo.
Calóse, entendió.
Calledes, callad.
Campero, labrador.
Caostra, claustro.
Caperuza, montera.
Capirote, cubierta puntiaguda de la cabeza.
Cas, casa.
Casquilucia, vana, de poco juicio.
Catad, ved, hé aquí, mirad.
Catando, viendo.
Catar, ver, mirar.
Cataros, miraros.
Catase, viese.
Cató, vió.
Cedo, luego.
Cenceño, delgado.
Certinidad, certeza, seguridad.
Cibdad, ciudad.
Cient, cien.
Ciertamientre, ciertamente.
Cingiéronle, le ciñeron.
Cobdicia, codicia, deseo.
Cobdiciaba, codiciaba, deseaba.
Cobdiciábanlos, los deseaban.
Cobdiciadera, codiciable, apetecible.
Coita, cuita, pena.
Comba, curva.
Comienzo, principio.
Compaña, compañía.
Complido, cumplido.
Conhortarse, consolarse, animarse.
Conmoradora, cohabitante.
Conosce, conoce.
Conoscia, conocia.
Conoscidos, conocidos.
Conosció, conoció.
Conquerir, conquistar.
Consciencia, conciencia.
Consomiendo, consumiendo.
Contentáredes, contentareis.
Continente, actitud, aire del cuerpo.
Contino, continuo.
Contrafacia, fingia, remedaba, se hacia.
Convernia, convendria.
Convusco, con vos.
Coronado, tonsurado, eclesiástico.
Corónica, crónica.
Cortárades, cortarais.
Crenchas, melenas.
Cresció, creció.
Criades, criais.
Cuadra, sala, pieza cuadrada.
Cuadriles, caderas.
Cuer, corazon.
Cuitado, pobre, infeliz.
Cundiente, que cundia.
Curan, cuidan.
Damísima, muy dama, muy señora.
Damnada, condenada.
Daríades, dariais.
Daríagele, se le daria.
Darvos he, os daré.
Debríades, deberiais.
Declaredes, declareis.
Defuncta, defuncto, difunta, difunto.
Dende, de allí.
Departamos, hablemos.
Departen, hablan, conversan.
Departiendo, hablando.
Deprendió, aprendió.
Desanchar, ensanchar.
Desanchó, ensanchó.
Desconhortado, desconsolado, abatido.
Desmochadvos, desmochaos.
Despelar, expilar, pelar.
Despendia, gastaba.
Desplaciente, desagradable.
Desposanda, la que ha de ser desposada, novia.
Des que, desde que.
Destonce, destónces, entónces.
Devoto, adicto, afecto, aficionado.
Diérongela, se la dieron.
Digovos, os digo.
Disantos, domingos, fiestas.
Disiseis, diez y seis.
Diz, dicen, se dice.
Do, donde.
Doñeador, mujeriego.
Do quier, donde quiera, en cualquier parte, en todas.
Doto, docto.
Dubdó, dudó.
Dubdoso, dudoso.
Ducientos, doscientos.
Ducha, diestra, hábil.
Dueñas, mujeres, esposas.
E, y.
Efeto, efecto.
Eglesia, iglesia.
Embargante (no), no obstante.
Embracijándole, abrazándole.
Embriago, borracho.
Empecerles, hacerles daño.
Emperadora, emperatriz.
Emplegárades, empleareis.
Empobrescian, empobrecian.
Enastados, con astas.
Encaescedora, paridera.
Encaesciere, pariere.
Encaescieron, parieron.
Encobierta, tapada.
Ende, ello, tanto.
Enderezadas, enviadas.
Endilgar, aplicar, dar.
Endilgarlo, aplicarlo.
Endilgarvos, aplicaros, daros.

Endonades, dais.
Endonado, dado.
Endonaria, daria.
Endonedes, deis.
Endurará, sufrirá.
Enforcar, ahorcar.
Enforcó, ahorcó.
Engeño, ingenio.
Entencion, intencion.
Entriegárades, entregarais.
Escandalizantes, escandalosas.
Escorriéndose, escurriéndose.
Escudilla, cazuela.
Espadadas, heridas de espada.
Estado, estatura.
Estantes, que estaban.
Estodia, estudia.
Estoria, historia.
Estovieron, estuvieron.
Estridor, estrépito, estallido.
Et, y.
Faba, haba.
Fabla, habla, voz.
Fablando, hablando.
Fablar, hablar.
Facedera, factible.
Facedes, haceis.
Facendo, *faciendo*, haciendo.
Facer, hacer.
Facia, *facíala*, hacia, la hacia.
Facíanse, se hacian.
Facienda, hacienda, tarea, negocio.
Fago, hago.
Faicion, faccion.
Falagüeras, halagüeñas.
Falagüeramientre, halagüeñamente.
Fallar, hallar.
Fallescieron, fallecieron, murieron.
Fallido, faltado.
Falló, halló.
Farán, harán.
Farta, *farto*, harta, harto.
Fasaleja, toalla.
Fasta, hasta.
Fazaña, hecho, caso.
Fe (mia), á fe mia.
Fecho, hecho.
Felice, feliz.
Fembras, hembras, mujeres.
Fenescer, fenecer, acabar.
Fenescido, acabado.
Feriale, le heria.
Fermoso, *fermosa*, hermoso, hermosa.
Fermosura, hermosura.
Fetillar, angustiar.
Ficiese, hiciese.
Ficimos, hicimos.
Fidalgos, hidalgos.
Fiduciarvos he, os confiaré, os confesaré.
Figo, higo.
Figuradvos, figuraos.
Figuredes, figureis.
Fija, *fijos*, hija, hijos.
Filaza, hilaza.
Finada, difunta.
Finar, morir.
Finara, moriria.
Finca, queda.
Fincaba, estaba, permanecia.
Fincar, quedar.
Fincaria, quedaria.
Finco, me quedo.
Fincó, quedó, se quedó.
Finojos, rodillas.
Firmedumbre, firmeza: *puso su firmedumbre*, se propuso con firmeza.
Físicos, médicos.
Fizo, *fízose*, hizo, se hizo.
Folgaba, holgaba, gustaba.
Forastero (andaba), estaba fuera de la poblacion.
Fraire, fraile.
Frisaba, rayaba, tocaba.
Fuer (á), á ley, como.
Fuera, habia sido.
Fueras ende, á no ser, ademas.
Fuertemientre, fuertemente.
Fues, fuese.
Fugiendo, huyendo.
Fugiéragele, se le huyera.
Fugieron, huyeron.
Furtó, hurtó.
Ganades, ganais.
Ganariades, ganariais.
Ganoso, con gana, deseoso.
Garridas, hermosas, guapas.
Garzon, mancebo.
Garzonías, muchachadas.
Gentil, linda, lindo, buen, bueno, buena.
Gentileza, hermosura: *gentilezas*, galanterías, flores.
Grand, *grant*, grande.
Gravedoso, circunspecto.
Gridando, gritando.
Guaricion, *guaridura*, cura, curacion.
Guarirme, curarme, corregirme.
Guarnir, guarnecer, bordar.
Guisa, manera.
Guisa (en), en calidad, de modo.
Guisada, dispuesta.
Ha, tiene.
Habedes, habeis, teneis.
Haber, tener.
Habia, tenia.
Habido, tenido.
Habiendo, teniendo.
Hábito, vestido, traje.
Habria, tendria.
Haldas, faldas.
Hayas, tengas.
He, tengo: *á la hé*, á fe.
Hí, en esto, en ello, allí.
Hierarquías, jerarquías.
Hinojos, rodillas.
Hobiera, hubiera, tuviera.
Hobiérades, hubierais.
Hobiérala, la hubiera.
Hobiéredes, hubiereis.
Hobiese, hubiese.

Hobo, hubo, tuvo.
Hóbose, se hubo.
Home, hombre; *homes*, hombres.
Homildemente, humildemente.
Homildica, humildita.
Hora (á la), inmediatamente.
Idololatra, idolatra.
Inmóvile, inmóvil.
Inorancia, ignorancia.
Inorme, enorme, muy grande.
Inquina, odio.
Interese, interes.
Iracundia, ira.
Joan, Juan.
Juras, juramento.
Júrovos, os juro.
Juzguedes, juzgad.
Labrandera, costurera.
Lacerados, desdichados.
Lagrimeó, lloró.
Lanzógele, se le arrojó.
Lastaba, pagaba, purgaba, penaba.
Leixado, dejado.
Leixando, dejando.
Leixárale, le dejara.
Leixarse, dejarse.
Levábanla, la llevaban.
Levado, llevado.
Levando, llevando.
Levar, llevar.
Levarán, llevarán.
Levarla, llevarla.
Levólo, lo llevó.
Lite, litigacion, pleito.
Loado, alabado.
Loba, traje talar, como balandran.
Loores, alabanzas.
Luenga, larga.
Luengamente, largamente.
Lueñe, léjos.
Llorente, Lorenzo.
Magin, imagínacion, entendimiento.
Magüer y *magüera*, aunque.
Maladado, echado á perder.
Malandanza, desventura.
Malatía, enfermedad.
Mateante, mal intencionado.
Malsines, maldicientes, calumniadores.
Manceba, doncella, muchacha.
Mancilla, mengua.
Manifatura, hechura, modo de hacer.
Mantoviese, mantuviese.
Mataredes, mataréis.
Medianamientre, medianamente.
Medietad, mitad.
Mémbrome, me acuerdo, recuerdo.
Menazábala, la amenazaba.
Mentecapto, mentecato.
Meollo, seso.
Meresciente, que merecia.
Merescimiento, merecimiento.
Mesma, misma.
Mesmamente, mismamente, precisamente.
Mesmísima, mismísima.
Mezquina, pobre.
Mientes (parad), considerad.
Mintroso, mentiroso.
Miraclosa, miraculosa, milagrosa.
Mochacha, muchacha.
Mohines, gestos, ademanes.
Mohinos, tristes.
Mollera, cascos, cabeza.
Mondonga, criada.
Monesterio, monasterio.
Monjificada, hecha monja.
Monjificara, metiera monja.
Montó, subió.
Morió, murió.
Motilacion, expilacion, peladura.
Motiladros, motilaos, cortaos el cabello.
Mujier, mujieres, mujer, mujeres.
Mundaneria, vida mundana.
Nascer, nacer.
Nascian, nacian.
Nascida, nascidos, nacida, nacidos.
Nasciendo, naciendo.
Nin, ni.
Ningun, ninguno.
Non, no.
Obsequias, exequias.
Ofrescimiento, ofrecimiento.
Oíslo, esposa, mujer.
Onde, donde.
Oras, ahora, ya.
Ornamiento, ornamento, adorno.
Otrimente, de otro modo.
Otrosí, ademas.
Padrimonios, patrimonios, herencias.
Pañizuelo, pañuelo.
Par (al), al igual, como.
Paresce, parece.
Parescer, parecer.
Parescia, parecia.
Parescíanle, le parecian.
Parescíéndole, pareciéndole.
Paresció, parescióle, pareció, le pareció.
Pasada (de), de paso.
Pasito, bajito.
Pecatriz, pecadora.
Pelambrera, pelámen, pelo.
Pensara, habia pensado.
Perdedes, perdeis.
Perfeta, perfecta.
Perilustre, muy ilustre, ilustrísimo.
Permitides, permitís.
Permitiógelo, se lo permitió.
Pesadumbre, peso.
Pesante, pesada.
Pescudar, preguntar.
Pescudó, preguntó.
Pervenir, llegar.
Pieza, rato, espacio.
Pitofiero, rondador con música, silbante.
Placiales, les agradaba.
Plañida, llorada.
Plañir, llorar.

Plascientes, agradables, amables.
Platicaba, hablaba.
Platicó, habló, trató.
Plazríale, le agradaria.
Plega, place.
Pluvia, lluvia.
Podelleia, le podria.
Podiésela, la pudiese.
Polidamente, curiosamente, bien.
Polido, elegante, esmerado, hábil.
Poridad, secreto.
Posara, habitara.
Positura, actitud.
Postrimería, últimos años de la vida.
Postrimero, último.
Potente, poderoso.
Premia, sujecion, obligacion, compromiso.
Prender, tomar.
Prendérgela, cogérsela.
Preñedad, embarazo.
Prestedumbre, presteza.
Pretendedes, pretendeis.
Previllejo, privilegio.
Priso, tomó: *prísole*, le tomó.
Profijada, prohijada.
Prognosticado, pronosticado.
Prométovos, os prometo, os aseguro.
Prorompió, prorumpió.
Pugna, pelea.
Punicion, castigo.
Puñetes, puños.
Purgadorio, purgatorio.
Quedante, que habia quedado.
Querades, querais.
Quesieran, quisieran.
Quier, quiera.
Quiérovos, os quiero.
Quillotros, requiebros.
Quitos (ser), satisfacer, pagar.
Quizábes, quizá.
Rapadvos, rapaos.
Rapaza, niña, jóven.
Recabdar, conseguir.
Recebido, recibido.
Recebídola, recibídola.
Recebiéronla, la recibieron.
Recebió, recibió.
Recuestarla, pretenderla, obsequiarla.
Remembrad, recordad.
Remembrada, nombrada, famosa.
Remembrar (se), acordarse.
Remembrarie, recordaria.
Repizco, pellizco.
Repolidamente, muy bien.
Repriso, repuso.
Reprochábala, la reprendia.
Resolutamente, resueltamente.
Respeto de, respecto de.
Respondervos, responderos.
Retrayera, retrajera.
Retrete, gabinete.
Retrujo, volvió á pasar.
Roínes, ruines, despreciables.
Sabidorísimo, sapientísimo.
Sabredes, sabréis.
Salvo, sino, solo.
Sancta, santa.
Sanguinolentas, ensangrentadas.
Santiguada (para mi) sí, por la cruz con que me santiguo, que no.
Sant-Illan, san Julian.
Santimonioso, propio de santo.
Sant-Yego, Santiago.
Sañosa, irritada, sañuda.
Satisfaz, satisface.
Seer, ser.
Segund, segun.
Seído, sido.
Semejan, parecen.
Sendos responsos por, un responso por cada uno de.
Señero, aislado, sin compañía.
Sepades, sepais.
Serloía, lo seria.
Sermonador, predicador.
Seya, sea.
Seyendo, siendo.
Sinificaba, significaba.
Sinification, significacion.
Sinificativo, significativo.
Sinificóles, les indicó.
Sinon, sino.
So, bajo, debajo de.
Soberbiosa, soberbia.
Sobida, subida.
Sobió, subió.
Sobre hora, fuera de tiempo, tarde.
Sodes, sois.
Sofridas, sufridas.
Sofrimiento, sufrimiento.
Sofrió, sufrió.
Solaz, placer.
Soldemente, solamente.
Solevar, levantar.
Soma, suma.
Somo (en), encima.
Sonada, afamada.
Sonrugíase, se murmuraba, se decia.
Sopitáneamente, súbitamente.
Sopo, supo.
Sornudo, cachazudo, callado.
Sororas, monjas, hermanas.
Sospirada, suspirada.
Sospiran, suspiran.
Sospirando, suspirando.
Soterrar, enterrar.
Sotilmente, sutilmente.
Subcesion, sucesion.
Subcesora, sucesora.
Subjeto, asunto.
Superbia, soberbia.
Superna, excelsa.
Súpito (de), de repente.
Suplicaciones, barquillos.
Suso, arriba.
Suspicion, sospecha, inquietud.
Tal (á), de modo.
Talante, voluntad.
Tanto (á), con tal.

Tejeduras, tejidos, trenzados.
Temedes, temeis.
Testimonias, testigos.
Timoroso,*timorosa*,temeroso,temerosa.
Tiraba, sacaba.
Tirar, sacar.
Tiserada, tijeretada.
Tiseras, tijeras.
Tocanegrada, de hábito negro, benedictina.
Toller, *tollervos*, quitar, quitaros.
Toparse, hallarse.
Topó, halló.
Tornante, que volvia.
Tornarleía, le devolveria.
Trabajaríades, trabajariais.
Trabó, cogió.
Traedes, traeis.
Tranzad, trenzad.
Tranzado, *tranzados*, trenzado, trenzados.
Tranzarlos, trenzarlos.
Tranzóla, la trenzó.
Tredécima, décimatercia.
Tresquilada, trasquilada.
Tresquiladora, trasquiladora.
Tresquilamiento, trasquileo.
Trojo y *trujo*, trajo, atrajo, pasó.
Trujaman, intérprete.
Tumbos, caidas.
Ulíxes, Ulíses.
Vanidat, vanidad.
Vayades, vayais.
Vedes, ved.
Vegada, *vegadas*, vez, veces.
Vejedad, vejez.
Velada, *veladas*, casada, esposa, esposas.
Vernía, vendria, convendria.
Verseía, se veria.
Veyendo, viendo.
Veyera, viera.
Vía, camino.
Vido, vió.
Vídosele, se le vió.
Viespras, vísperas.
Vos, os.
Vuesa, *vueso*, vuestra, vuestro.
Yantar, comer.
Yaz, yace.
Yocundidad, jovialidad.
Zabache, azabache.
Zamborotudo, torpe, desmañado.
Zarandeadas, maceradas.
Zurujanos, cirujanos.

FÁBULAS.

FÁBULAS.

FÁBULA I.

LA GUINDILLA Y EL DULCE.[1]

Se juntaron á comer
Una vez en un meson
Un viajero solteron
Y un casado mercader.

Tras mil discursos prolijos,
Vino el soltero á decir
Que era imposible regir
La voluntad de los hijos.

«Pues, señor, conmigo viaja
(Repuso atento el casado)
El niño que tengo al lado:
Y este chico es una alhaja.

«Vos pudierais ser testigo
De que, sin esfuerzo grande,
Cuanto yo quiera y le mande,
Me lo hace segun le digo.

— ¡Vaya! esos serán extremos
Del amor que le teneis.
— Hombre, no. — ¡Bah! ¡Bah! — ¿Quereis
Que apostemos? — Apostemos.»

[1] Se escribió para la comedia titulada: *La Archiduquesita.*

Apuestan, y en la porfía
Gran cantidad se atraviesa.
En esto puso en la mesa
Dos platos el que servia.

Como hay entre los viajantes
Gustos del todo contrarios,
Un plato eran dulces varios,
Otro, pimientos picantes.

«Basta una prueba sencilla
(Dijo el solteron sin duelo):
Mandad á ese ángel del cielo
Que ese coma una guindilla.

— «Hijo, complace al señor
(Contesta el padre); anda, ¡listo!»
La guindilla..... ¡Jesucristo!
Volcaba con el olor.

El pobre niño, aterrado
Con el atroz mandamiento,
Cogió llorando el pimiento
Para tirarle un bocado.

El padre, en tanto, con poca
Prudencia ó fuerte apetito,
Pilló un dulce callandito,
Y acercóselo á la boca.

Fuera el muchacho de sí,
Gritó al mercader: «¡Por Dios!
¡Confitura para vos,
Y picante para mí!

«Yo de obedeceros trato,
La apuesta quiero ganar;
Pero comed á la par
Otra guindilla del plato;

«Que no será proceder
Como padre, hombre de juicio,
Exigirme un sacrificio,
Y vos no quererle hacer.»

FÁBULA II.

EL NIÑO EN ALTO.

Trepó sobre una silla, y arrogante
Un chiquillo gritó: «Yo soy gigante.
— Monuelo saltarin (dijo un anciano),
Baja, serás enano.»

FÁBULA III.

EL MUCHACHO Y LA VELA.

Dijo una vez á la encendida vela
Un chico de la escuela:
«Yo quiero, como tú, lucir un dia.»
La vela respondió: «La suerte mia
Solo es angustia y humo.
Brillo, sí; mas brillando me consumo.»

FÁBULA IV.

EL RATONCILLO Y EL GATO.

(Arreglada para música.)

I.

Hubo, señores, un ratoncillo
En una casa de mi lugar,
Hijo de viuda, madre mimona,
Que se afanaba por él no más.
Cuanto pillaba se lo traia,
Queso y chorizo, frutas y pan:
Vida no tuvo más regalada
Ni el Rey de Asiria, Salmanasar.
Y él á la pobre madre
No la dejaba en paz,
Queriendo cada dia
Su albergue abandonar,

Para ver lo que hay en el mundo,
Por correr de acá para allá.
Tran tarrantran, tarrantran, tarrantran.

II.

«Madre (decia), mucho te quiero;
Pero me aburre la soledad:
Sótano habito, justo es que vea
Sala y cocina, huerta y corral.
«Deja que salga, y ándelo todo;
Llegue mi dia de libertad:
Si encarcelado más tiempo vive
Tu ratoncillo, se morirá.
«Concédeme permiso
Para ir á pasear:
No quieras que te llame
Tiránica mamá.
«Sepa yo lo que hay en el mundo
Por allí, por allí y allá.»
Tran tarrantran, tarrantran, tarrantran.

III.

Ríndese al cabo la débil madre
Con imprudente benignidad.
«Marcha (le dice), no vayas léjos;
Vuelve al instante que oigas pisar.
«Mira que hay perros, mira que hay hombres,
Que se divierten haciendo mal;
Mira que el gato, fiero enemigo,
Como te atisbe, te comerá.
«Poniendo astutamente
Carita de bondad,
Prepara sus traiciones
El pérfido animal.
«Quédate cerca de tu asilo,
No te aventures mas allá.»
Tran tarrantran, tarrantran, tarrantran.

IV.

«Madre, no temas (él le responde):
Nadie me engaña, soy muy sagaz.
Voy á ese hueco de esa ventana
Por donde viene la claridad.

«¡Qué de placeres ya me figuro!
¡Qué cosas luégo te he de contar!
Anda y prevenme rica merienda,
Y hoy celebremos fiesta cabal.»
Y sube, y asombrado
No cesa de mirar,
Y ojos y piés y hocico
Tras todo se le van,
Y sin querer se va saliendo
Cada vez más y más allá.
Tran tarrantran, tarrantran, tarrantran.

V.

Era una huerta, donde á la sombra
Se solazaba don Mirrimian,
Gato famoso, que de ratones
Libre tenia la vecindad.
«Compañerito (dice al novato),
Pasa adelante sin recelar:
Más á tus anchas que en tu agujero
Por estas calles discurrirás.
«Macetas mil de flores
Adorno al sitio dan,
Y fruto al suelo arrojan
El guindo y el peral.
«Llega, pues, y coge á tu gusto;
Llega, ven, acércate acá.»
Tran tarrantran, tarrantran, tarrantran.

VI.

Dulce sonaba la voz traidora,
Dulce era el rostro del perillan:
Cede al engaño nuestro curioso,
Y á su verdugo vase á entregar.
Da un brinco el gato, bufa con ira,
Y uñas y dientes hinca voraz
En la garganta del ratoncillo,
Y se le engulle sin desollar.
«No hay (exclamaba el gato),
No hay para tí piedad:
Tú no quisiste guia;
No te hace falta ya.»
La juventud sin experiencia
Corre en el mundo suerte igual.
Tran tarrantran, tarrantran, tarrantran.

FÁBULA V.

EL CABELLO SUELTO.

Peinando están á Julieta
Cabellos largos y blondos,
Peinando están á la niña
La rica madeja de oro.

Sentada Julia delante
De un tocador primoroso,
Las rubias pendientes hebras
Llegan al suelo, por poco.

Sujetándolas atras
Nudo prieto ántes que flojo,
La mano que ata el cordon
No abarca el peinado tronco.

Mira la niña al espejo,
Recreándose sus ojos
Aun más en la mata hermosa
Que en la belleza del rostro.

Pasa el peine la criada,
Pidiendo en sumiso tono
Que la infantil cabecita
Se esté un momento en reposo.

La madre, sentada cerca,
Leyendo un papel en folio,
Finge tal vez que la riñe,
Contemplándola con gozo.

«Déjela usted sin peinar,
(Dijo la mamá de pronto,
Creyendo tal amenaza
De efecto maravilloso).

— «Mamá (repuso Julieta),
Esa palabra te cojo:
Desde hoy para mi tocado
Moda nueva te propongo.

«¿Por qué agarrotar mi pelo,
Ni hacerle pleita ni rollos,
Pudiendo lucirle más,
Tendido desde los hombros?

«Recogido, no se ve
Cómo es de largo ó de corto:
¿Qué mal hay en que la gente
Sepa que le tengo hermoso?

«La lástima es que vivimos
En este rincon del globo,
Casa de campo que ignoran
Hasta el vencejo y el tordo.

«¿No es cierto que sienta bien,
No va de veras airoso,
Por la esclavina esparcido,
Libre el cabello de estorbos!

«Si una corona de aquellas
Que en premio gané me pongo,
Verás ¡qué bien te parezco,
Sin más trenzado ni adorno!

— «Bien (respondió la mamá),
Condesciendo en ese antojo,
Que tiene mucho de malo,
Sin lo que tiene de tonto.

«Virtud y cabello en niña,
Recogidos una y otro,
Se ven siempre, aunque les eche
La modestia su rebozo.

«Ponte la corona, y anda
La quinta, el jardin y el soto:
Le excusas á Catalina
Más de un rato fastidioso.»

Bájase Julia al jardin,
Corriendo cual ágil corzo:
Se mira en estanque y fuente,
Y ansia mirarse en arroyo.

Sale al campo, travesea
Bajo la copa del olmo,
Y al pié del nogal y el tilo,
Que juntos le ofrecen toldo.

Se inclina á coger del suelo
Cantitos que ve redondos,
Y las flotantes melenas
Ensúciansele de polvo.

Siéntase en la yerba un rato,
Y el cabello vagaroso
Tambien se sienta, y extiende
Manto que la envuelve en torno.

Siente algo bullir en él,
Y mírale con asombro,
De un ejército de hormigas
Plagado, sin saber cómo.

Precisamente era insecto
Que ella miraba con odio:
No dejaban en su huerta
Ni una fruta ni un cogollo.

Sacude, restriega... — dentro
Del undulante manojo,
Bichuelos al colodrillo
Le suben de cinco en ocho.

Vase de allí, y en la senda,
En un callejon angosto,
Halla un charco, y un acebo
Que encima descuella fosco.

Brinca valiente la niña,
Y al dar el salto brioso,
Se le alza el pelo, ayudando
El céfiro con su soplo.

Rama, que baja salia
En forma de alfanje corvo,
La crencha esparcida agarra,
Codiciosa del despojo.

Pendió de su vanidad
El Absalon revoltoso,
Hasta que soltó gimiendo
Porcion del rubio tesoro.

Con rizos de Julia el árbol
Engalanó sus pimpollos:
Punzada por ellos ella,
Cayó del ramaje al lodo.

Encenagada, aturdida
Del repelon horroroso,
Vuelve á la quinta Julieta,
Muriéndose de sonrojo.

«¡Ay, mamá! (dijo al entrar)
Vengo á casa hecha un destrozo:
Que me lave Catalina,
Y me haga despues un moño.»

La bondadosa mamá
Le dijo con dulce modo,
Sabida la historia triste
Del columpio y el remojo:

«Ya lo ves: á la mujer
Es muy conveniente y propio
Recogimiento de pelo,
Recogimiento de todo.»

FÁBULA VI.

BIZCA Y AMABLE.

Porque tiene los ojos
Bizcos y feos,
No los alza María
Nunca del suelo.

Dulce y humilde,
Con los párpados bajos
Las almas rinde.

Respirando su rostro
Santa modestia,
Con los ojos de Vénus
Ménos valiera.

Es grande y noble
Convertir en virtudes
Imperfecciones.

FÁBULA VII.

LA HIJA DE SEYANO.

«No quiero vivir contigo
(Dijo la niña Seyana),
Porque tú continuamente
Con azotes me amenazas.

«Mi padre es el jefe ilustre
De la hueste pretoriana,
Y del gobierno del mundo
Tiberio César le encarga.

«Madre tú de Elio Seyano,
Te vuelves abuela mala,
Y á ochenta leguas de Roma
Me mantienes encerrada.

«Volver con mi padre quiero,
Y allá en su opulento alcázar
Castigar á cien esclavos
En vez de ser castigada.

— «No pienses tal (respondia
La bien advertida anciana):
Segura conmigo vives,
De todo el mundo ignorada.

«Con frecuencia se amotina
La plebe de Roma vária,
Y el Emperador Tiberio
Muchos poderosos mata.

«No quieras ir donde veas
Invadida nuestra casa
De incendiarios con hachones,
De asesinos con espadas.

«No hallaron piedad á veces
En la fiereza romana,
Desvalida la mujer,
Inofensiva la infancia.

«No vayas donde eches ménos
El techo de humilde paja,
Mansion de la madre tierna,
Que dices que te maltrata.

— «Llévame á Roma, abuelita,
(Instó la niña mimada).
— Mi edad (le responde aquella)
No me permite que vaya.

«Tú puedes ir.» — Dos esclavos
Encárganse de llevarla;
Triste la anciana se queda,
Y alegre la niña marcha.

Mas, ¡ay! del cruel Tiberio
Pierde Seyano la gracia,
Y su palacio atropella
Furibunda la canalla.

Perecen él y sus hijos,
Y ardiendo en sed de matanza,
Los bárbaros á morir
Tambien á la niña sacan.

De los cabellos cogida,
La lleva un sayon á rastra.
«Déjala», gritaban unos;
Los otros: «No hay que dejarla.»

— «Dánosla acá (vocearon
Mujerzuelas desalmadas):
Con un cordel le daremos
Un aviso en las espaldas.

— «No me mateis (les decia
La niña desventurada);
Pero en lugar de mi abuela,
Que me castigue una extraña.

«No me mateis y azotadme,
Porque estando donde estaba,
Me vine á buscar aquí
De mi padre la desgracia.»

Ruego inútil: ya no es pena,
Cuando la del cielo amaga,
La que se impone tardía
La víctima involuntaria.

Los brazos le atan atras,
Doblar el cuello le mandan....
«¡Ay, abuelita!» gritó
Con el hierro en la garganta.

Desplómase el cuerpo en tierra,
Y alza el verdugo en la plaza
La cabeza de la niña,
Que áun pestañea espantada.

FÁBULA VIII.

DIONISIO EL DE SIRACUSA.

Abominable rey, cruel tirano
Fué del pueblo infeliz siracusano
Dionisio, tigre cauteloso y fiero.
Júpiter justiciero
Le quiso escarmentar: nobleza y plebe
Al agresor aleve
Hizo saltar del mancillado trono;
Y, perseguido con tenaz encono,
Sin albergue se vió, se vió mendigo.
«Aun para sus tiránicos excesos
(Júpiter dijo airado)
No es bastante castigo,
Y otro ha de recibir que más le duela:
Maestro de una escuela,
Con discípulos tontos y traviesos,
Le haré, por mi justicia condenado,
Y al doble pagará cuanto ha pecado.»

FÁBULA IX.

EL MAESTRO Y LAS VELAS.

Llora el infeliz Bartolo,
Llora que aturde la escuela,
Y en verdad que el pobre chico
No sin razon se lamenta.

Encima de un compañero
Se ve montado á la fuerza;
Y dos compañeros más
Le agarran entrambas piernas.

Desabrochado el justillo,
Remangada la chupeta,
Le han prendido la camisa
Con un alfiler en ella.

Desnuda la espalda en arco,
El desesperado espera
Lo que por asiento saben
Las curvas con que se sienta.

La leccion fué tropezona,
La plana horrible de puerca:
Segun la costumbre antigua,
Dos casos de azotes eran.

Era, por añadidura,
Tarde de sábado aquella,
Dia de rezo y de pago,
De cántico y penitencia.

Ante una imágen devota
Con dos encendidas velas,
Por su turno á cada reo
Se iba aplicando la pena.

Cogió el maestro con aire
La humedecida correa,
Y sonó entre cien chillidos
La dolorosa docena.

Miéntras Bartolo se ataca,
Y el escozor se le templa,
El maestro en su sitial
Perora de esta manera:

«No se enseña al niño bien
Sin zurriago y sin palmeta:
Cuando comete una falta,
Es menester que le duela.

«Ejemplo da al pedagogo
La sábia naturaleza,
Castigando rigorosa
Las humanas imprudencias.

«A un árbol se sube un hombre,
Y se le va la cabeza:
Por más que grite al caer,
No se le ablanda la tierra.

«Si es roca el suelo en que pára,
Costilla ó muslo se quiebra;
Metido en agua, se moja;
Tocando el fuego, se quema.

«A esas luces llegue un niño,
Queriendo jugar con ellas:
Las manos le abrasarán,
Sin duelo de su inocencia.»

Las dos velas de la imágen,
Hartas de plática necia,
Quemadas le respondieron,
Corriéndose de vergüenza:

«Si pudiéramos hablar
Otras veces como ésta,
Nuestra voz al niño incauto
Benévolo aviso diera.

«Primero que hacer llorar
Al inocente que yerra,
Nos muriéramos nosotras
Al ver su manita cerca.

«Juega un niño, y á un mastin
Le pellizca y le repela,
Y el perro aguanta su daño,
Por ser un niño el que juega.

«De la roca te apoyabas
En la impasible dureza.
La roca de alma carece:
No tú de roca la tengas.

«Vendrá tiempo en que, ejercida
Con incansable paciencia,
Ni un ay al niño le cueste
La enseñanza de las letras.

«Dia vendrá en que por cuento
Se den tus locas ideas,
Y otros discípulos rian
De lo que los tuyos tiemblan.»

Aquel tiempo es ya llegado,
Y esta fábula encomienda
Que á los maestros de ahora
Se los respete y se quiera.

FÁBULA X.

LOS CUCLILLOS.

Es el cuclillo pájaro
Travieso y holgazan,
Y es desalmado y pérfido
Su modo de criar.

El y su digna cónyuge,
En la estacion vernal,
Buscando por los árboles
Nidos ajenos van.

En viendo la hembra pícara
Uno con huevos ya,
Siéntase, y echa al prójimo
Un huevecito más.

Por donde vino tórnase
Despues el cuco par,
Y el invadido tálamo
Quédase un mes en paz.

La otra pareja cándida,
Modelo de bondad,
Sus hijos y el expósito
Cria con celo igual.

A los picuelos tímidos
Lleva su tierno afan
Cebo copioso, haciéndoles
Hambre y amor piar.

El ingerido huérfano,
Que ignora su orfandad,
Crece, y su instinto próvido
Incítale á volar.

Con arrogancia impúdica
Su padre natural
Entónces viene y grítale:
«¡Eh, señorito, acá!»

De allí con vuelo rápido
Huye sin vacilar:
Pupilo es ingratísimo
Quien tuvo padre tal.

Junto á su cuna plácida
Volando pasará,
Y no dirá volviéndose:
«Padres, ¡á Dios quedad!»

Maestros, nobles mártires
De un cargo paternal,
¿Qué padre, qué discípulo
Pago mejor os da!

FÁBULA XI.

EL TÁBANO.

Simplicio Merlo se llamaba un jóven
Alto, rubio, simpático, elegante,
Que hablaba de Solon y de Bethóven,
De política muerta y palpitante,
De Nínive y Pavía,
De flores y jabon y albeitería
En esa fácil prosa
En que, charlando mil, no dicen cosa
Que deje conocer, al inquirirlo,
Diferencia entre Merlo, y entre mirlo.
Simplicio Merlo, pues, hombre decente,
De grande oreja y pié, y angosta frente,
Largo bigote, puntiaguda pera,
No dejaba de ser..... — Muestre quién era
La relacion verídica siguiente.

A cierta romería
Don Simplicito Merlo concurria,
Y todo concurrente, grande ó chico,
Dama ó galan, allí, montó borrico:
Mayor caballería
No debieron hallar de buenas artes,
Y hay burros muy de bien en todas partes.
Habiéndose apeado,
Para gozar la plácida verdura
De un floreciente prado,
Y siguiendo al jinete su montura,
Bicho que sin piedad las acribilla,
Un tábano atrevido,

Sáltale á don Simplicio á la mejilla;
Y de ella sacudido,
Le punza entre el mechon de la perilla.
Simplicio en el instante
Las manos echa al perillan picante
(Perillan esta vez inadvertido),
Y héteme aquí mi tábano cogido.
«Oiga usted, caballero,
Dijo (la cortesía lo primero)
Simplicio al sangrador: tengo entendido
Que es en ustedes uso
Cuadrúpedos picar; mas no que pique
Tábano alguno al hombre;
Y, juzgándome digno de este nombre,
Debo manifestar que estoy confuso,
Y quiero se me explique
Luégo, sin dilacion, cómo se abona
El hecho consumado en mi persona.
— Señor hombre de Dios, contesta el preso,
Tengo excelente olfato y mala vista,
Y cometí por eso
Culpa que me avergüenza y me contrista.
Véole á usted ahora,
Y advierto que enamora
Por su talle y figura,
Y el aire señoril en traje curro;
Pero al volar aquí, mala ventura
Mia, que á mi honradez no corresponde,
Trájome á la nariz, no sé de dónde,
Un olorcillo á burro;
Y tropezando con usted á tiento,
Le piqué, suponiéndole jumento.
— La causa ya discurro
(Simplicio reparó) del desatino
Que usted á ciegas cometió: me sigue
No léjos el pollino
Que monto en este viaje,
Y lo que usted olió fué mi bagaje.
— Cierto, Señor; su enojo se mitigue.
Manso perdone la imprudencia mia:
No supe qué pinché, ni qué me olia.
Racional es usted, hecho y derecho,
No bestia vil de carga.
— Me doy por satisfecho»,
Dijo, y abrió los dedos el Simplicio,
Y el tábano se larga;
Y en pago del inmenso beneficio,

Grita en el aire con acerbo chiste:
«Bien á burro me olias;
Lo eres á no dudar, pues no entendiste
Mis poco rebozadas maulerías.
Los pinchazos agudos y frecuentes
Con que le rompo al asno el cerviguillo,
Te ofrezco, si te pillo
Donde á mi gusto mi rejon te alcance.»

Súpose por el tábano este lance,
Y óyese desde entónces á las gentes
En honra y gloria de Simplicio Merlo:
«¿Hueles á burro tú! Señal de serlo.»

FÁBULA XII.

EL BARÓMETRO.

«Ha bajado el barómetro
(Llamó el piloto Roque)
Más de pulgada y media,
Bajándola de golpe.

«Borrasca anuncia próxima,
Y ser de las mayores:
Cauto el patron ordene
Las grandes precauciones.»

Velas recogen súbito,
Y se prepara el bote,
Y áun junto al palo el hacha
Mandan que se coloque.

El buque iba en el ínterin
Por la region salobre
Con viento bonancible,
Sereno el horizonte.

El vaso barométrico
Mira el patron entónces,
Y «Cántese el *Te Deum*,
(Dijo, riendo, á voces);

«Nada el anuncio trágico
Por esta vez supone:
¡Mirad el tubo roto,
Que está vertiendo azogue!»

Se hacen tal vez con énfasis
Erradas predicciones:
Falta de estudio atento
Produce los errores.

FÁBULA XIII.

EL CAMINANTE Y EL KILÓMETRO.

«¿Cuánto ese pueblo adonde marcho, dista?
(Pregunta el buen Tomás).
— Dista una legua (le responden). — ¿Una?
— Sí, señor, nada más.»

Anda, y andar, andar... Era en la Mancha,
Iba Tomás á pié.
«¿Qué legua es esta, santo Dios (decia),
Que el fin no se le ve!«

Ardiente sol en sus mejillas daba,
Ni un árbol solo halló,
Y dos horas anduvo; dos y media
Ya le marcó el reló.

«¡Legua maldita! (prorumpió tomando
La sombra de un tapial),
De cuantos viajen detestado sea
Quien te midió tan mal.»

Oíale un kilómetro cercano,
Y viéndole en quietud,
«Quizá (dijo á Tomás) te informarias
Con poca exactitud.

«No dispongas por leguas tu jornada,
Teniéndonos aquí:
La carretera por igual partimos;
La legua no es así.

«Doce contiene de nosotros esta.
— ¡Jesus! ¡qué atrocidad!
— Miente la voz de la rutina mucho:
Atente á la verdad.»

FÁBULA XIV.

EL METRO Y LA VARA.

«Vencido quedas, instrumento inútil;
Cesaste de regir.»
Esta dura expresion oyó del metro
La vara de medir.

«La caprichosa voluntad humana
Tu longitud fijó;
De una medida, que invariable existe,
Mi orígen traigo yo.

«Con un liston larguísimo ciñendo
El globo terrenal,
Doblada sobre mí la cinta grande,
Su pliegue soy cabal.

«Rómpanos todos, si quisiere, un dia
Persecucion cruel;
Dará el círculo máximo del orbe
Nuestra medida fiel.

— «Charlar es eso (contestó la vara)
Por gana de charlar:
Para medir un pié ¡medir la tierra!
Capricho singular!

«¿Cómo se le responde al que dudoso
Pida comprobacion?
Los que la esfera terrenal midieron,
Hombres al cabo son.

«Errar pudieron: con su incierto voto
Cesa de hacer el bú:
Mentira millonésima arrogante
Serás en limpio tú.

«Doy que el error imperceptible sea:
Siempre resultará
Que es decision de pocos, no infalible,
Lo que valor te da.

«Cuando siglos y siglos dominares,
Cual mi reinar duró,
Podrás vivir de tu excelencia ufano;
Mas entre tanto, no.

«Goza del puesto, á que te alzó la moda,
Con ménos vanidad:
No es un capricho, que la ciencia tuvo,
Ley justa de verdad.»

FÁBULA XV.

A LA VEJEZ VIRUELAS.

En la boda de un viejo
Cantaba un tonto:
«Yo sé que leña enjuta
Se enciende pronto.
— Sí; pero advierte
Que á la vejez viruelas
Es mal de muerte.»

FÁBULA XVI.

LAS ABARCAS OLOROSAS.

«Bien huelen tus abarcas, Julianillo,
(Dijo á un pastor el mayoral del hato).
Sí (contestó Julian); me di un buen rato
Pisando en un erial salvia y tomillo.»
¿Qué no pisa tal vez el poderoso
Por un gusto pueril y caprichoso!

FÁBULA XVII.

LAS INDIRECTAS DEL PADRE COBOS.

Célebres entre agudos y entre bobos
Las indirectas son del padre Cobos;
Mas como habrá sin duda quien aprecie
Que le declare alguno lo que fueron
Las tales indirectas en su especie,
Trasládole el informe que me dieron.

Parece, pues, que habia
En cierta poblacion de Andalucía
Un convento ejemplar, con un Prelado,
Siervo de Dios, perfecto y acabado,
Que de ciencia y paciencia era un portento:
Por lo cual, uno á uno,
Dió en irle á visitar á su convento,
Sin qué ni para qué, tanto importuno,
Que siempre andaba el pobre atropellado
Para cumplir las reglas de su estado.
Era portero de la casa un lego,
Catalan ó gallego,
Cobos apellidado,
Bartolomé de nombre, alto, robusto,
De resuelto genial y un poco adusto.
Llamóle el Superior, y dijo: «Mire
Si puede hacer, por indirecto modo,
Que esa gente comprenda
Que de tanta visita me incomodo.
— Yo haré que se retire
La tal familia presto»,
Respondió el motilon. — «Sí, ponga enmienda;
Pero, indirectamente, por supuesto.
— Fie, Padre, en el tino de Bartolo;
Para indirectas, ¡oh! me pinto solo.»
Viene al siguiente dia,
Madrugando solícito, un molesto:
Llama. Tilin, tilin... «Ave María.»
Bartolo, sin abrir la portería,
Dice al madrugador: «Hermano, trate
De ir á otro manantial que no se agote:
Desde hoy ningun *pegote*
Prueba de mi Prior el chocolate.»

Oyendo el hombre la indirecta rara,
Se fué, brotando bermellon su cara.
Llega un necio en seguida,
Y Cobos dice: «Excuse la venida;
Miéntras el cargo ejerza de portero,
No entra aquí ni *gandul* ni *majadero*.»
Despedido el segundo visitante,
Cata el número tres. — «Coja el portante,
Prorumpe el fiero Cobos, usiría:
No está bien entre monjes un *espía*.»
Con una añadidura semejante,
Y en tono proferida nada blando,
Bartolo á cada cual fué despachando;
Y desde entónces al Prior bendito
No perturbó en su celda ni un mosquito.
Contento el Padre y á la par confuso,
Al lego preguntó: «¿De qué manera
Con aquella familia se compuso,
Para que así de verme desistiera?
— Fué cosa muy sencilla,
Mi querido Prior (Cobos repuso):
Cada quisque llevó su indirectilla,
Y huyó de mí la incómoda cuadrilla.
— Cuénteme las discretas expresiones,
Cuya virtud á la razon los trajo.
— Les dije la verdad: «Sois un hatajo
De tunos, de chismosos y de hambrones.»
— ¿A eso llama indirectas, en efecto!
— Yo nunca en ellas fuí más circunspecto.
— Pues, hermano, mentiras ó verdades,
Sus indirectas son atrocidades.»
Dijo bien el Prior; mas como hay entes
En grado escandaloso impertinentes,
Échaseles tambien de buena gana
Tal cual indirectilla cobosiana.

FÁBULA XVIII.

ORÍGEN DEL CIGARRO.

Fuman el indio y el charro,
Gil Blas y el Conde de Cabra,
Y no se dice palabra
Del orígen del cigarro.

Mujer, empero, y varon
Habrán en pintura visto
Un hombre, que baja listo
De cielo con un hachon.

No le representan feo,
No lleva casi ropaje,
Moda griega: personaje
Tal se llama Prometeo.

Númen de clase vulgar,
Es voz que ganó renombre,
Formando un proyecto de hombre
Con barro de modelar.

A su gusto concluida
La estatua para modelo,
Cuentan que robó del cielo
Fuego para darle vida.

Júpiter con tal motivo,
No muy grave á la verdad,
Hizo una barbaridad
Con el escultor de vivo.

Clavómele en un peñon
Cual á milano en pared,
Y todo (¡contemple usted!)
Por el robo de un tizon.

Fijo en solitaria roca
Se le ve representado:
Ya nos le darán pintado
Con un cigarro en la boca.

De la imágen y del fuego,
Decir no se necesita
Que es una invencion bonita
De algun ingenioso griego.

Mas yo, que lo cierto sé
De unos documentos raros,
Voy, señores, á trazaros
A Prometeo cuál fué.

Allá en la primera edad,
Que de todo carecia,
Ni encender lumbre sabia
La infantil humanidad.

Prometeo vió caer
Y llamas alzar un rayo,
Y quiso hacer un ensayo
Con medio de tal poder.

«Quédese (dijo) por mio
Este ser devorador;
Pues que da tanto calor,
Bueno será contra el frio.

«Ya se aviva, ya desmaya,
Segun el palo que muerde;
Viene al seco y deja el verde:
Libre está que se me vaya.

«En este mismo lugar
Asilo haré vividero.»
Prometeo fué el primero
Que tuvo casa y hogar.

Vinieron á visitarle,
Y á todos les daba lumbre,
Y estableció la costumbre
De tener fuego y usarle.

Y entre aquellos Robinsones
De la tierra primitiva,
La necesidad activa
Produjo mil invenciones.

Bien pronto, asando la caza,
Los confortó el olorcillo;
Pronto cocieron ladrillo,
Pan, yeso, cántaro y taza.

Chamuscábanse el pelaje
Los hombres en ocasiones,
Y á fuerza de quemazones
Labraban el maderaje.

Prometeo, que su ardiente
Hallazgo aplicaba á todo,
Trató de inventar el modo
De llevarlo fácilmente.

Una vez, pues, arrolló,
Ni muy fuertes ni muy flojas,
Mojándolas, unas hojas,
Y secas, las encendió.

Chupó el rollo sin desden,
Y dijo para su saco:
«Esta planta (era tabaco)
Sabe mal; pero arde bien.

«Cómodo arbitrio y seguro
Me da para mi deseo.»
Cate usted á Prometeo
Tan jaque, fumando puro.

Dió el invento á conocer,
Y lo adoptó el municipio:
El cigarro en su principio
Fué mecha para encender.

Sustituto él de la hoguera
Con su brasa no costosa,
Toda mujer hacendosa
Tuvo que ser cigarrera.

Como el fuego al caminar
Para todo era la base,
Porque lumbre no faltase,
No cesaban de fumar.

Chupado con ceño adusto
El cigarro primerizo,
Por fin el hábito hizo
Paladearlo con gusto.

En esta disposicion,
El dar en un pedernal
Un golpe fuerte casual
Dió pedernal y eslabon.

Y la llama gigantesca
Del rayo en árbol copudo,
Cualquiera formarla pudo
Con dos cantos y con yesca.

Debió el cigarro ceder
Al método nuevo: ¡ca!
Sin ser necesario ya,
Era costumbre y placer.

Y llevado en compañía
Del guijarro chispeador,
Con el nuevo encendedor
El antiguo se encendia.

Y hoy, desde el suelo andaluz
A los campos de Guajaca,
Los hombres de la petaca
Son hombres de chispa y luz.

Digan sabios eminentes
Que tienen ciertos regalos
Y usos, que parecen malos,
Muy buenos antecedentes;

Yo diré solo (y resumo)
Que es ésta, segun la leo,
La historia de Prometeo,
Padre del tabaco de humo,

Varon famoso, del cual,
Suban los puros ó bajen,
Debe tener una imágen
Cada estanco nacional.

Sépase del Nilo al Darro,
Del Plata y Obi al Mondego
Que al propagador del fuego
Se debe el primer cigarro.

FÁBULA XIX.

EL SASTRE Y EL AVARO.

Hay gente que dice *cólega*
Y *epígrama* y *estaláctita*,
Púpitre, *méndigo*, *sútiles*,
Hóstiles, *córola* y *áuriga*.

Se oye á muchísimos *périto*,
Y alguno pronuncia *mámpara*,
Díploma, *erúdito*, *pérfume*,
Pérsiles [1], *Tíbulo* y *Sávedra*.

Los que introducen esdrújulos
Contra el orígen y práctica,
Imitacion de su método,
Lean la presente fábula.

1 Véase la nota de la página 191.

Sabrán, si me escuchan, ústedes
Que hubo un tal Pedrillo Zápata,
Sastre titular del Cóncejo
De no sé qué villa mánchega.

Era comilon Periquito
Y algo amigo de la gándaya;
Sin embargo, bien á ménudo,
Listo su labor despáchaba.

Vivia en su pueblo un rícote,
Cicatero sobre mánera,
Que le encargó que le cósiera
Calzones, chaleco y cháqueta.

Costumbre de pueblo péqueño
Es, muy general y sábida,
Que al sastre le dé la cómida
El mismo para quien trábaja.

Cose á vista del parróquiano,
Engulle, segun se trátara,
Buen almuerzo y rico púchero,
Cena, y acabó su fátiga.

A casa de don Ceférino
Se fué mi sastre de máñana;
Sirviéronle su desáyuno,
Y seda previno y águjas.

«Ea (dijo), hasta que Isídoro,
Tocando la gorda cámpana,
La hora de comer no séñale,
Coso sin alzar la cábeza.»

Echóse á pensar el ávaro
Si en fuerza de aquellas pálabras,
Del sastre salir le púdiera
La manutencion mas bárata.

«¿Quieres (le propuso á Périco)
La olla comerte prepárada,
Y hasta la cena seguídito,
Proseguir luego la tárea?»

Respondió el sastre: «Me acómoda;
Y áun si la cena me sácaran,
Me la engullera: mi apétito
No corre con hora márcada.

— «Corriente (contesta el rícacho):
Vas á comer de una zámpada
Para el dia de hoy por cómpleto,
Y coses luego sin párada.

— «La mitad sobra de séguro
(Dijo el ruin para su cámisa):
Ni un avestruz que se púsiera,
Tanto en el buche se encájara.

— «Vamos (gritó): pronto, próntito;
Corta la sopa y la ensálada;
Y á Pedro sírvele en séguida
La olla y de cenar, Baltásara.»

Dánselo, y trágalo tódito,
Y dice despues de lá-cena:
«Yo en cenando, no doy púntada.
Buenas noches: voyme á lá-cama.»

La salida del sastrécito
Fué una solemne tunántada;
Mas de burlas á misérables
Ni un místico se escandáliza.

NOTA, A LA PÁGINA 189.

Persiles y Sigismunda puso por título Cervántes á su última obra; y no puede dudarse que Cervántes cargaba la fuerza de la pronunciacion en la sílaba *si* del nombre *Persiles*, porque el propio autor, en su *Viaje del Parnaso*, habia rimado ese nombre con las palabras *sotiles* y *fregoniles*, en esta forma:

Yo estoy, cual decir suelen, puesto á pique
Para dar á la estampa el gran *Persiles*,
Con que mi nombre y obras multiplique.
Yo en pensamientos castos y *sotiles*,
Dispuestos en sonetos de á docena,
He honrado tres sujetos *fregoniles*.

La penúltima sílaba de *Tibulo* es larga en latin, segun se ve en este dístico de Ovidio (*Trist.*: Lib. IV. Eleg. 10):

Virgilium vidi tantum; nec amara Tibullo
Tempus amicitiae fata dedêre meae.

La sílaba larga de la voz latina debe llevar en castellano el sonido predominante, diciéndose *Tibúlo*, y no *Tibulo*. En el mismo caso está el nombre del poeta *Catúlo*, como se prueba por estos versos que Lope de Vega escribió en su *Laurel de Apolo* (silva IX).

Pomponio, Horacio, Juvenal, *Tibúlo*,
Propercio, Mauro, Itálico y *Catúlo*.

El mismo Lope dijo en la propia silva:

Que no hace á los versos el rüido,
Sino el sutil conceto
De posibles metáforas vestido,
Dulce, sonoro, fácil, *erudito*;
Que esto lo hará perfeto.
Y no sobre elefantes un mosquito.

Y en la silva siguiente:

Porque no es *epigrama*
El que por varias sendas se derrama.

Colega tiene tambien la fuerza de la pronunciacion en la *e*, como en esta copla de un villancico de don Diego de Torres, que puede verse en el libro titulado *Juguetes de Talía*. (Sevilla, sin año, tal vez 1744, pág. 118, col. 2.)

Al Niño, señor *colége*,
Hacer pruebas es delito,
Pues desciende, cuando ménos,
Del mismo *Laus tibi Christo*.

Auriga se pronuncia en castellano como en latin, con la fuerza de la articulacion en la penúltima sílaba, á la manera que lo hizo el Maestro Tirso de Molina en la comedia titulada *Por el sótano y el torno*.

RAMOS. *(A un estudiante.)*

¿Le hurga?

EL ESTUDIANTE.

Me fatiga.

RAMOS.

¿Qué es *cochero* en latin?

EL ESTUDIANTE.

¿Cochero? *Auriga*.

FÁBULA XX.

EL ANTICUARIO.

Dan el nombre de *vacos* y de *ovejos*
Los aldeanos viejos
De la tierra de Cuenca, los muchachos,
Las niñas y las viejas,
A carneros y toros, á los machos
De vacas y de ovejas.
Hizo en una posada
Don Lope Arrugacejas,
Un anticuario, por allí parada;
Y á un pescador oyó, que referia
Que en el monte cercano,
Y orilla de la fuente del Beleño,
Un *vaco* hermoso habia,
Y él por casualidad le vió tendido,
Y casi entre las matas escondido,
Entero, al parecer, solo y sin dueño.
«Yo le echaré la mano
(Dijo al instante para sí don Lope),
No me le pille un drope,
Que rompa con furioso desatino
El indemne hasta aquí, númen del vino.»
Preciosa antigüedad, obra excelente;
Se figuró don Lope que seria
El escondido entre maleza y ramos;
Baco, segun oia,
Con mayúscula B: de suerte hablamos,
Que al dios y al buey lo mismo le nombramos.
Va don Lope sin guia
En busca de la fuente;
Registra diligente,
Sin ver al pronto nada;
Y á lo mejor, encuéntrase de frente
Con un toro, de tábanos herido,
Que á tierra le tiró de una hocicada.
Pisado y aturdido,
Temiéndose que el toro le destrice,
Huye el pobre señor, echando un taco;
Y el pescador, que se le encuentra, dice:
«Ya lo previne ayer: ese es el *vaco*.»

— ¡A buen tiempo tambien asomas tú!
(Le contestó don Lope, oyendo tal).
¡Maldigo, amén, el uso irracional,
Que bárbaro confunde B con U!

FÁBULA XXI.

LA CAMPANA DE TOLEDO.

Se rajó al primer toque
La soberbia campana de Toledo,
Y suena, siglos há, mal, tarde y quedo.
Piensa dejar don Antolin Bodoque
Pasmado al orbe y mudo
Con su drama precoz, *Roma incendiada*:
Fácil es que su ingenio campanudo
Reviente á la primera campanada.

FÁBULA XXII.

LA GRADACION INVERSA.

Una suegra cerril, hecha un infierno,
Dijo á su pobre yerno:
«Eres un vagamundo,
Y no te dejo en paz, si no te enmiendas;
Y á decírselo voy á todo el mundo
En España, en Madrid y en Alcobéndas.»
Hipérboles tremendas
Cierto declamador tan diestro encaja,
Que cuanto más pondera, más rebaja.

FÁBULA XXIII.

EL MASTIN Y EL GALLO.

«¿Por qué ladras á la luna
(Le dijo el gallo al mastin),
Cuando ella su órbita corre
Sin hacer caso de tí!

— Los hombres me oyen. — Y gritan
Que no les dejas dormir,
Y alguno de ellos va á darte
Las gracias con un fusil.

— Pues si enfadan mis ladridos,
Y nadie los quiere oir,
Yo los oigo, y basta y sobra
Con que me gusten á mí.»

Autores, que farfullais
Tanta crítica infeliz,
A no ser para vosotros,
¿Para quién las escribís?

FÁBULA XXIV.

EL FISCAL.

Comprobando una copia
Cierto señor Fiscal impertinente,
Púsose á corregir de mano propia
Tres faltas que notó del escribiente,
Descuidos ortográficos ligeros.
Raspó lo equivocado;
Pero con tal desmaña ó tal enfado,
Que en el papel abrió tres agujeros;
Y viéndolo inservible,
Lo rasgó y lo tiró; barrió el criado,
Y á un muladar lo echó, revuelto en broza.
Censor hay de genial tan apacible,
Que no ha de corregir si no destroza.

FÁBULA XXV.

LA ALACENA.

Caminando un Relator
Del Consejo de Ultramar,
Hizo noche en un lugar
En casa de un labrador.

En servicio del viajero
Iba un paje maragato,
Mozo de excelente olfato,
Y excelente majadero.

Cenaron en paz de Dios,
Trataron de madrugar,
Y hubiéronse de acostar
En una alcoba los dos.

Veíanse en los costados
De la estancia, frente á frente,
Iguales perfectamente,
Cuatro postigos cerrados.

El un par era un balcon;
El otro correspondia
A una alacena, en que habia
Seis quesos de Villalon.

Cogió el sueño tarde y mal
El Relator, y durmiendo
Soñó sentir el estruendo
De un turbion descomunal.

Despertó, y al camarada
Le dijo: «Ved si el oriente
Clarea, y si da el ambiente
Olor de tierra mojada.»

Saltó el paje de su lecho;
Y á tientas de mano y pié,
Por ir al balcon, se fué
A la alacena derecho.

Abrió, zampó la cabeza,
Y aunque miró y remiró,
Tan negro el boquete halló
Como el resto de la pieza.

Pero un olor en seguida
Percibió en aquel recinto,
Que le pareció distinto
Del de tierra humedecida.

Y levantando exprofeso
La voz el muy avestruz,
Dijo: «Ni lluvia, ni luz:
Está oscuro y huele á queso.»

Así, ciega y tontamente,
Críticas hacen famosas
Los que no miran las cosas
Desde el punto conveniente.

Tacha de oscuro y condena
Tal concepto Santillana;
Y es que huye de la ventana,
Y se asoma á la alacena.

FÁBULA XXVI.

LA INVENCION DEL CÍRCULO.

El casado casa quiere,
Dice un añejo refran,
Cuya fecha se refiere
Al tiempo del padre Adan.

El cual, así que pensó
Casar á Cain y Abel,
Fabricarse les mandó
Casa en que vivir sin él.

Labrar su nueva morada
Fué, pues, á entrambos preciso:
Cain la trazó cuadrada,
Y Abel redonda la quiso.

Cuando este necesitó
Señalar el redondel,
Un par de estacas ató
A las puntas de un cordel.

Una clavó en el solar,
Y llevando otra en la mano,
Tiró, y se puso á rayar
Con ella en el piso llano.

Dando la vuelta, en efecto,
Y haciendo la raya así,
Recien nacido y perfecto
Resultó el círculo allí.

Con harta razon ufano
Abel de su operacion,
«Mira (le dijo á su hermano)
¡Qué afortunada invencion!»

Cain replicó envidioso:
«No me parece maleja;
Pero no estés orgulloso
De una traza que es ya vieja.»

— Pues nadie me la enseñó,
Es mia, segun discurro.
— No, señor; que la estrenó
Primero que tú mi burro.

«Para domarle, le eché
Al cuello un largo ramal,
Le até á un árbol, y zurré
De firme al torpe animal.

«Y corriendo él en redondo
Aquel y otro y otro dia,
Un rastro dejó bien hondo
Abierto donde corria.

«Aquel rastro, en buen derecho,
Del círculo orígen es:
Por tí con las manos hecho,
Por el asno con los piés.»

Tal vez un crítico salta
Diciendo que el rasgo tal
Tiene contra sí la falta
De ser poco original;

Y buscando al pensamiento
Su principio, suele al fin
Ser hallazgo de un jumento
Semejante al de Cain.

FÁBULA XXVII.

EL ESCRITOR Y EL LADRON.

Trabajaba de noche y á deshora
Un escritor purista,
De pluma cazadora
Y de escopeta lista,
Que en monte y en poblado
Con tino singular, con hábil traza,
De conejos y párrafos hacia
Grande, frecuente caza.
Ruido creyó sentir, entró en cuidado,
Su escopeta cogió de dos cañones,
Abrió su librería,
Y un ladron encontró que le rompia
El trasto en que guardaba los doblones.
«Cena de perdigones
(Díjole el fulminante literato)
Voy á embocarte aquí: dáteme preso,
Porque si no, te mato.»
El huésped replicó: «Señor, confieso
Que he viníó á robar; pero, ¡zapato!
No es mucho que yo robe;
Salgo del hospital y soy un probe;
Y siendo rico usté como un tetrarca,
Y tiniendo un magin de más de marca,
Sigun se ruge afuera,
De libros roba como yo del arca.»
El doble cazador, ágrio el aspecto,
Exclamó: «¡Qué ladron tan incorrecto!
Sin sacudirte el bulto,
Si me hablaras mejor, te despidiera;
Mas con *tiniendo* y *probe*, no hay indulto.
Yo, lo que robo, lo guarnezco y pinto,
Lo aparejo siquiera;
Tú robas, y hablas mal: es muy distinto.
Ergo secundum legem de Mallorca, [1]
Peregilis colgabitur in horca.» [2]
Coge del manuscrito y del impreso
Lo que te plazca más, pobre Jacinto:
Que mejores que tú practican eso;

[1] y [2] Versos de la vulgar comedia de don José Julian de Castro, titulada *Más vale tarde que nunca.*

Pero engástalo bien, y pon de casa:
De otra suerte, no pasa.

FÁBULA XXVIII.

EL LORO.

A un lorito en el Perú
Un hombre enseñó de allí
A decir: «¿Quién eres tú?»
Y á decir: «Véte de aquí.»

Descuidóse el peruano,
Y el loro se le escapó,
Y en el monte más cercano
En una caverna entró.

A la caverna despues
Llegó por casualidad
Un sencillote alaves,
Dirigido á la ciudad.

Fuera de camino y senda,
Ya con el alma en un hilo,
De una borrasca tremenda
Se libró en aquel asilo.

Era esto al anochecer;
Sacó el hombre salchichon,
Cenó con gana y placer,
Y durmióse en un rincon.

Mas pronto se puso alerta:
Voz, que turba sus placeres,
Bronca y rara le despierta,
Diciéndole: «Tú, ¿quién eres?»

— Soy (respondió el refugiado)
Lúcas Igarrigorría:
De España vengo llamado
Para vender lencería.

«Yo imaginaba ser ésta
Inhabitada mansion.
— Véte de aquí», le contesta
Malamente el pregunton.

«Saldré al asomar el dia»,
Repuso humilde el pobrete.
Pero la voz repetia:
«Véte de aquí; véte, véte.

— Este es sin duda un salvaje;
Y como por mal lo tome,
Tengo en su panza hospedaje:
Me descuartiza y me come.»

Tal dijo para su sayo
Un hombre sin cobardía,
Porque le habló un papagayo
Donde no se le veia.

Fuése, pues, de mal humor,
Al raso inmediatamente. —
Pase el benigno lector
A la fábula siguiente.

FÁBULA XXIX.

EL ENANO DE LA VENTA.

Parece que ántes habia
En la venta del Candil
Un enano que tenia
Voz equivalente á mil.

Habitaba en el pajar;
Y si una riña se armaba,
Decia: «¡Voy á bajar!»
Y nadie le rechistaba.

Al oir la voz aquella,
Tan pujante sobre todas,
Esperábase tras ella
Ver un coloso de Ródas,

Negro, bisojo, feoton,
Barba azul, nariz adunca. —
Sonaba, pues, el bajon;
Mas él no bajaba nunca.

«¿Qué es lo que sucede abajo!»
Bramó el enano una vez.
— Salga á verlo el espantajo»,
Dice un chabal de Jerez.

«Allá voy,» se oyó en un grito,
Que nunca se dió tan fuerte.
«Ven (le contesta el mocito):
Danos el gusto de verte.»

En el portal, un monton
De gente en espectativa,
Temblaba del vozarron:
El enano, quieto arriba.

«¡Que voy! — Ven. — ¡Que bajo! — Baja.
— ¡No! — ¡Sí!» — Era un barullo inmenso.
El enano, allá en la paja,
No bajaba ni por pienso.

Impaciente el jerezano,
De charla inútil se deja:
Sube al pajar, y al enano
Me le saca de una oreja.

Burlona estalló conforme
Risa general sin fin,
Viendo, tras la voz enorme,
Un enanillo codin.

Le iba á mantear la gente,
Si no se escabulle listo:
No viéndole, ¡qué imponente!
¡Qué triste figura, visto!

Al lorito perulero
Muy bien le salió la cuenta;
Pero al enano el ventero
Tuvo que echar de la venta.

Para muchos, es el coco
De mayor autoridad
Quien habla mal, recio y poco
Entre densa oscuridad.

FÁBULA XXX.

EL MORAL Y LA MORAL.

Moras un gallo comió,
Llenándose bien la panza,
Y despues en alabanza
Del moral cacareó.
Gallo implume le imitó,
Que al salir de vil corral,
Dogmatizando á jornal,
Comiendo de su tarea,
La moral nos cacarea
Como allá el gallo el moral.

FÁBULA XXXI.

LOS DOS PINOS.

Yendo á comprar madera
Maese Rogundo Paz, el carpintero,
En medio del corral halló dos pinos,
Bien diferentes, aunque allí vecinos:
Derecho, sano, altísimo el primero,
Sin un nudo siquiera,
Fácil de trabajar como la cera,
Pieza famosa, en fin, viga sin pero;
Miéntras el compañero,
Jorobado, nudoso y con resina,
Ya por su pié buscaba la cocina.
«Leños (dijo el Maese),
Que juntos pareceis ele con ese,
¿De dónde sois?» Y respondióle el uno
«Yo nací en un pinar grande y espeso,
Donde, si hay entre mil árbol alguno
Que indolente quizá, quizas avieso,
Cambia su direccion ó lento crece,
Pronto á los piés de los demas perece:
Todos allí por eso,
De tentaciones de pararse faltos,
A competencia son derechos y altos.

— Pues yo (con pesadumbre
Dijo el predestinado de la lumbre),
Parto precoz á fe, pero mezquino,
De un piñon peregrino,
Prófugo de un costal con poco acierto,
Vine solo á nacer en un desierto.
Planta exótica en él, libre y salvaje,
Mi tronco y mi ramaje
Guié segun mi gusto veleidoso;
Y el resultado fué quedarme al cabo
Torcido como rabo
De fosco jabalí, pino roñoso;
Por la estatura corta y fibra endeble,
Inútil para casa y para mueble,
Sin que pueda esperar con fundamento
Sino que á golpe de segur violento
Me hagan mañana trizas,
Y tizones despues, y al fin cenizas.
— «Así tambien (reflexionó Rogundo)
Capaz ingenio se marchita en breve,
Perdido en soledad que á nada mueve;
Miéntras con vivo ardor la competencia
Ser á los hombres da que admira el mundo,
Lumbreras de virtud, astros de ciencia.»

FÁBULA XXXII.

EL MURCIÉLAGO.

«¡Ya cayó! ¡Muera ese bicho,
Figura en que Lucifer
Se ha copiado por capricho!»

Así, con fiero placer,
Gritaban cuatro muchachos,
Dos hombres y una mujer.

De ira inhumana borrachos,
A un murciélago querian
Los siete partir en cachos.

El lloraba, ellos reian;
Ali-manco en un sillar,
Escobazos le ofrecian.

«Señores, no hay que pegar
(Clamaba el preso): ¿por qué
Se me pretende matar?

«Quien de mí ofendido esté,
Que lo diga: de seguro
No habrá nadie; bien lo sé.

— Tú rondabas este muro
(Dijo la vieja Tomasa),
Volando en lo más oscuro.

«Tú ibas á entrar en mi casa,
Para emprender á bocados
Con mi nieta Nicolasa.

«Tú á los niños acostados,
Con esos dientes malditos,
Los matas envenenados.

— No tal (replicaba á gritos
El triste acusado); yo
Me alimento de mosquitos.

«Donde un murciélago entró,
Ni uno queda: esto matamos;
Que niños ni grandes, no.

«Sois de mi vida los amos:
Hacedme justicia. — ¡Leña!
(Dijo el corro): ¿qué tardamos!

«Una escarpia no pequeña
Le pase y le fije al pié
Del árbol de la cigüeña.

«Fin ella del monstruo dé,
Y estímenos tal presente,
Señal de amistosa fe.

«Con su pico diligente
No hay un animal nocivo
Por estos campos viviente.

— Lo propio (chilló el cautivo)
Con miles de insectos hago,
Y ved ¡qué trato recibo!

«Sujeto á mi síno aciago,
Sin luz se me pasa el dia,
Trémulo de noche vago.

«Si es fea la traza mia,
Piel rica al tigre hermosea,
Y nadie en el tigre fia.

«Tambien la cigüeña es fea;
Ningun hombre, sin embargo,
En molestarla se emplea.

«Respeto infunde su cargo;
Y es porque la veis muy alta,
Y os grazna con pico largo.

«Culebras con él asalta:
No soy por mi culpa chico,
Y el ánimo no me falta.

«Yo á libertaros me aplico
De la familia que quiebra
En carne de hombres el pico.

«Pero esto no se celebra:
Y á fe que en vuestras alcobas
No entra sapo ni culebra;

«Cínife sí. — No más trovas!
Grita furioso un cermeño,
Y alzan tres palos de escobas.»

Muere el bicho, sin que el ceño
De su fortuna se ablande:
No se agradece al pequeño
Lo que se admira en el grande.

FÁBULA XXXIII.

EL ÁGUILA Y EL CARACOL.

Vió en la eminente roca donde anida
El águila real, que se le llega
Un torpe caracol de la honda vega,
Y exclama sorprendida:
«¿Cómo, con ese andar tan perezoso,
Tan arriba subiste á visitarme!
— Subí, Señora, contestó el baboso,
A fuerza de arrastrarme.»

FÁBULA XXXIV.

LA RUECA Y LA VARA.

«¿Cual será nuestra suerte?» se decian
Dos arbolitos nuevos,
Que en vegetal amor juntos crecian
En un bosque de pinos y de acebos.
En esto dos mancebos
Llegan y abren allí sendas navajas:
Era el uno el pastor Martin Pedrajas,
Novio de Ines Moral, guapa hilandera;
Y el otro el cabo Romo,
Célebre en los anales de la tropa
Como bestia feroz de grueso tomo,
Y de la dócil plebe mochilera
Miedo continuo, como
Despolvador solícito de ropa
Sobre la percha del cristiano lomo.
«Corte aquí prematuro nos espera,
Segun por las señales imagino,»
Susurraron los verdes camaradas,
Que eran acebo y pino,
Viendo las de Albacete desdobladas.
«Adios, valle natal, grata espesura,
Que ya nuestra raíz en llanto moja:
Nos van á despojar de cepa y hoja;
Quien nos crió concédanos ventura.»

Iban cabo y zagal de ceca en meca,
Todo el monte mirando con esmero,
Y súbito se pára
Exclamando Martin: «¡Bonita rueca!»
Dijo el Romo á su vez: «¡Valiente vara!»
Y echan á los amigos el acero.

Cual dama sin brial ni perifollos,
Los dos, ántes pimpollos,
Salieron rabicortos y pelados
Del poblado tallar á tierra llana,
Por su vária fortuna destinados,
El uno á la cintura
De la gallarda Ines, y á verse envuelto
En rastrillado lino y hueca lana;
Y el otro, más elástico y esbelto,
Cruel ministro de la mano dura
Del Romo caporal, zopenco enorme,
A batanar espaldas de uniforme.

Rueca y vara novicias
No pensaban ya verse, ni noticias
De su bien recibir ó sus reveses;
Pero, á los cuatro meses,
La vara del rigor de viaje vino,
Y halló á su compañera
De lazos adornada,
Con huso al canto, rocadero y lino,
Luciendo en la espetera
Por la gentil Ines acicalada,
Recientemente con Martin casada.
«Rueca amiga, ¿qué tal? — Perfectamente.
Fuí regalo de novio; mi señora
Prenda rica de fe me considera,
De gran estimacion merecedora.
No bien por el oriente,
Con el primer destello de la aurora,
De nácar esa bóveda se pinta,
Me coge Ines y plántame en la cinta.
Hila, y á hilar ayudo:
Confieso que de firme se trabaja;
Pero me quieren bien, me tienen maja
Con el liston que ves de seda y oro;
Y (sin jactancia) dudo
Que entre mil ruecas de cristiano y moro
Más dichosa ninguna se presente;
Y eso que solamente

La pobre auxiliadora
De una hilandera soy, de una pastora.
— Ya; palitroque tú no resistente
(Contesta sacudida
La cómplice del cabo sacudiente),
Muy buena para ti será tu vida;
Pero á la mia, ni con mucho llega.
Tú, á pesar de tus lazos,
Tienes que trabajar; yo doy varazos:
Más que el trabajador vale el que pega.
Sentí las cortaduras
Del filo agudo, que con fiero ultraje
Me escamondó el ramaje;
Luégo quedé vengada
Del tajo y mondaduras,
Que el soldado me dió sin miramiento;
Por uno que me hirió, maltrato á ciento.
No sabes lo que agrada
Libre poder, y á gusto,
Con razon mucha ó poca,
La espalda calentar al más robusto,
Sin que nos diga el tal: esta es mi boca.
— Anda con Dios, y tu impiedad celebra
(Dignamente repuso
La consorte pacífica del huso);
Vara de cabo atroz pronto se quiebra.
Teme que un golpe recio te haga astillas.
— Teman (dijo la vara) los pobretes,
Que no tienen de acebo las costillas.»

Andaban á cachetes
El Romo y el Pastor, miéntras, al lado
Por una friolera.
Coge la vara el cómitre; le espera
Martin con su cayado;
Y dando en él sin duelo,
Saltó la vara en dos, y vino al suelo.
Inesita llegó con varias gentes;
Y oyendo la razon los combatientes,
Ahogóse la pendencia
En una y otra moscatel azumbre,
Y la vara infeliz ardió en la lumbre.

Copiosa descendencia
Vive de la hilandera todavía,
Y se conserva hoy dia
La rueca de Martin, símbolo hermoso

De noble sumision y mansedumbre,
Dicha del que obedece y del que manda.
De la vara deshecha, y no de blanda,
No quedó ni ceniza ni memoria,
Sino en esta pueril, métrica historia,
Que enseña á detestar con su argumento
La inícua mano del poder violento:
Mano que, semejante al cabo loco,
De su furor destroza el instrumento,
Y mil le duran poco,
Dando lugar á que se aprenda y note
Que la vara se quiebra en el garrote.

FÁBULA XXXV.

EL MINISTRO.

Eligió Ministro
El leon al toro,
Y se alborotaron
Sus vasallos todos.

«Ese (le decian)
Perderá tu trono;
Los arranques teme
De animal tan loco.

«Deja que tus brutos
Elijamos otro:
Ya le buscaremos
Adecuado y propio.»

El leon se aviene,
Trátase el negocio,
Y un propuesto logra
General el voto.

Y era el digno objeto
Del comun elogio
Pajarraco mixto
De avestruz y loro.

FÁBULA XXXVI.

EL CABALLO DE CALÍGULA.

A su caballo nombró
Cónsul Calígula fiero,
Y el cuadrúpedo altanero
Ya la paja rechazó.
Dorada se le llevó,
Y la comió sin desden.
Echan al pueblo tambien
Paja escritores distintos;
Pero adulan sus instintos,
La doran, y pasa bien.

FÁBULA XXXVII.

LA DISTANCIA.

Cerca de Toledo el Tajo
Cruza un valle, que guarnecen
Dos montañas.
Desde ellas, mirando abajo,
Los transitantes parecen
Musarañas.
Cabalgaba monte arriba
Don Domingo Coronado,
Gran señor;
Con diez escopetas iba,
Por diez hombres escoltado
De valor.
Algunos desde la altura
Vieron, ó creyeron ver,
Dos peones,
Que atravesaban la hondura,
Seguidos, al parecer,
De ladrones.
«Defendamos á los dos,
Dijeron con ira y brio
Los armados;
«Pues, sin auxilio de Dios,
En cuanto lleguen al rio,
Son robados.

«Señor, vuestra escolta frustre
Su intento á la iniquidad,
Que anda lista.»
Era el caminante ilustre,
No corto de voluntad,
Sí de vista.
Miró al valle don Domingo,
Teniendo á todos perplejos
Un instante,
Y dijo al fin: «No distingo
Lo que sucede tan léjos.
¡Adelante!»
No hace el bien ni pone al mal
Un Rey á veces reparo;
Y ¿por qué?
La causa es muy natural:
Porque de léjos, es claro,
No se ve.

FÁBULA XXXVIII.

EL CANGREJO SASTRE.

En un remoto pueblo
De no sé qué nacion,
El arte y ejercicio
Y áun la casta de sastre se acabó.

Agujas y tijeras
Quedaron, sí, señor;
Quien un remiendo echara,
Quien cortase vestidos, eso no.

Iba el alcalde mismo,
Que era verle un dolor,
Del cuello á los faldones
Roto y aspillerado el leviton.

Llevaba hecha una criba
La esposa del doctor
El manto que velaba
Su moño de figura de aldabon.

Sus dos modestas hijas,
Dos ángeles las dos,
Desgarradillas ambas
Hiciéronse con tanto desgarron.

Sastre la tabernera,
Sastre el procurador,
Sastre la villa toda
Pide al Concejo, por amor de Dios.

Sastre buscando salen
Modrego y el Pelon,
Una mañana hermosa
Del mes florido, al asomar el sol.

Orillas de un arroyo,
Cercado de verdor,
Un animal bullia,
Que el sastrílego par absorto vió.

Era un cangrejo, bicho
Raro en la tal region.
Modrego y su consocio
A un tiempo exclaman con alegre voz:

«Sastre sin duda es éste,
Largo trabajador:
Agujas y tijeras
Lleva, para indicar su profesion.»

Le cogen, y ¡hala! El pueblo
Se agolpa en derredor.
«¡Sastre y barato! (gritan):
Ni palabra de sueldo nos habló.»

Sobre una mesa ponen
Un paño de color,
Al sastre mudo encima,
Y dícenle: «Maestro, ¡un paletó!»

Siguiéndole al cangrejo
Su vaga direccion,
Un bárbaro en la tela
Pegando fué tijeretada atroz.

Registran lo cortado...
— ¡Qué rabia! ¡qué furor!
Nada que sirva sale.
«¡Muera el sastre! ¡Matemos al bribon!»

Alguno replicaba:
«Nombre su defensor.
Señores, no olvidemos
Que él hasta aquí no dijo: Sastre soy.

— ¡Perezca! repetia
Toda la poblacion.»
Van y tíranle al rio,
Y prorumpen ufanos: «¡Ya se ahogó!»

Ahógase de veras,
O al ménos de rubor,
Algun buen ciudadano,
Puesto por fuerza donde no pensó.

Que todos lo hagan todo
Es capricho español.
Y ¿sirve para nada
Metido á sacristan el herrador!

FÁBULA XXXIX.

LOS CAPULLOS DE ORUGA.

Era dueño de un pinar
El viejo Ramon Velarde,
Y ocurriósele una tarde
Su arbolado visitar.
Con no pequeño pesar
Vió mucho pino pelon,
Y en cada cual un zurron
De orugas aparecia,
Que de ellas arrojaria
Más adelante un millon.

Contra bichos tan fatales,
El anciano diligente
Marchó, y al alba siguiente
Llevó setenta zagales.
Los capullos criminales
Cayeron del tronco al pié,
Y luégo encendida fué
Voraz hoguera de ramas,
Para hacer entre sus llamas
Auto forestal de fe.

Faltaba el postrer limpion
A pocos árboles dar,
Cuando allí vino á parar
El sacristan Cañamon.
Junto al monte de Ramon
El buen atiza-blandones,
En dos menguados rincones,
Tenia un azafranar,
Cuya cebolla es manjar
Muy gustoso á los ratones.

Cañamon buscar solia
Los capullos perseguidos,
Con los cuales, bien cocidos,
Un pisto infernal hacia.
Donde agujero veia
De raton el Sacristan,
Embocaba con afan
El fiero calducho aquel;
Y muerto el raton con él,
Salvábase el azafran.

Al viejo, con voz de arrullo,
Dijo el pobre azafranero:
«De usted un favor espero,
Que en hacerlos tiene orgullo.
Deje usted algun capullo
De orugas en su lugar;
No me lleguen á faltar,
Si todas perecen hoy,
Para el guiso con que voy
Mis ratones á matar.»

Repuso el viejo ladino:
«¿Cuánto azafran coges? Dí.
¿Onza y media? Pues aquí
Peligra un monte de pino.
Échale al raton dañino
Gato hambriento, que del tal
No deje pronto señal.»
Es de pillos ó de locos
Preferir el bien de pocos
Al provecho general.

FÁBULA XL.

EL RELOJ DE SOL.

Un reloj de sol hicieron
Los indios allá de Quito:
Parecióles tan bonito,
Que un tejado le pusieron.
De lluvia le guarecieron;
Pero el sol ya no le dió:
Sin él, de nada sirvió.
No sirve una ley madura,
Por alguna añadidura
Que un celo tonto inspiró.

FÁBULA XLI.

EL VIAJE DE HÉRCULES.[1]

Bien sabe cualquier persona
De más ó de ménos pro
Que el sepulcro pareció
De Hércules en Tarragona.

Bien se sabe que este asunto
A muchos volvió tarumba,
Y que no se halló en la tumba
Ni una raspa del difunto.

Fué que, de siglos atras,
El semidios de la clava,
Bien que allí tendido estaba,
Era durmiendo no más.

Consistió el no parecer
En que, al sentir la piqueta,
Despertó, cogió soleta,
Y á buscar fué su mujer.

[1] Por otro nombre, *Alcides*.

De paso (lo cual no debe
Tenerse por cosa extraña),
Dió una vuelta por España,
Y al fin se abrazó con Hebe.

Esta, que dió un tropezon
Sirviendo en una comida,
Cayó del cielo aturdida,
Y estaba en el pozo Airon.

Viéronse esposo y esposa
En él con divino gozo:
Fué con el aire del pozo
La entrevista muy airosa.

No ponga duda ni tacha
Nadie: si un viaje resuelven,
Aun los semidioses vuelven
Palacio cualquier covacha.

En diálogo allí casero
Alcídes y su parienta,
Hebe dijo: «¿Qué me cuenta
De España el señor viajero?

«Unos treinta siglos há,
Mano que yo tierna palpe,
Grabó en Ábila y en Calpe
Su altivo *No más allá.*

«De España quiero saber
Qué diferencias ofrece;
Que en tres mil años, parece
Que algunas habrán de ser.»

Alcídes, con laconismo
Heróico, le respondió:
«Al *no más* le falta el *no*;
Lo demas está lo mismo.»

La presente relacion
Escuché, yendo de viaje,
Mal preso en el hospedaje
De un fementido meson.

Y al ver tanta porquería
En casa, lecho y hogar,
Y qué horrible era el lugar,
Y qué caminos tenia;

Al ver por mujeres cocos,
Y hombres de aspecto salvaje,
Y niños con solo el traje
De Adan, y sorbiendo mocos,

Dije: «Si juicio severo
De España Hércules formó,
No más que lo malo vió,
Y habló sobrado ligero;

«O le pasó lo que á mí,
En fuerza de suerte ingrata,
Y encontró en su caminata
Mesones como el de aquí.»

FÁBULA XLII.

EL ELEFANTE DOMESTICADO.

Preguntaba el palomo al elefante:
«¿Por qué, desde el instante
Que fuiste como yo domesticado,
Con ojos de dolor en tu hembra fijos,
De mil cosas te quejas á su lado,
Pero jamas de que te falten hijos!»
Y respondió con tétrico semblante
El membrudo animal: «Soy prisionero,
De hierros voy cargado...
¿Hijos esclavos yo! ¡Morir primero!»

FÁBULA XLIII.

LOS MANDAMIENTOS DE ESPAÑA.

Dicen que locos y niños
Hablan siempre la verdad:
La lengua de un niño loco
Debe ser la más veraz.

Un niño demente habia,
Que en medio de achaque tal,
Iba, sin embargo, dócil
A la escuela del lugar.

El maestro, que observó
Que era el loco algo capaz,
Quiso que de la doctrina
Supiese lo principal.

«¿Cuáles son (le preguntaba
Un dia para probar)
Los mandamientos de Dios,
Que rigen la Cristiandad?

— A los hombres (dijo el chico)
Diez impuso en general;
Y despues á las naciones
Otros en particular.

«Dios manda que España tenga
Trono firme y libertad,
Montes, caminos, marina...
Y el Peñon de Gibraltar.»

FÁBULA XLIV.

EL PLACER EN LA VIRTUD.

«Enrique, mortifica tu apetito,»
Dijo fray Amador al señorito,
Cuyos pasos al bien encaminaba.
«Si el dulce de guayaba,
Si otro cualquier manjar que ves delante,
Cuando la mesa cubren, estimula
De tal modo tu gula,
Que devorarlo anhelas al instante;
Por el que fué clavado en un madero,
Cómelo con paciencia lo postrero.»
Esto al doncel aconsejaba el Ayo,
Y hallándose presente
Un bellacon lacayo,
Goloso, y hablador impertinente,

«Sí, señorito (replicó travieso):
Tengo experiencia en eso
Más que fray Amador, aunque me alabe.
Reservando prudente
Para el fin lo mejor, más bien me sabe.
Gastrónomo de gusto refinado
Ultimo ha de comer el gran bocado.»
Repuso el Preceptor: «Benigno y justo,
Merecimiento Dios hace del gusto.
Verás, Enrique amado,
Verás en la virtud, si la siguieres,
Que ella es el gran placer de los placeres.»

FÁBULA XLV.

LAS OREJAS DEL BORRICO.

A un burro, que vió pasar,
Dijo el burlon Baltasar:
«¡Vaya una figura rara
Que tienes, con ese par
De orejas de media vara!

— Yo no me las he escogido,
(Replicó el asno advertido):
No royéndomelas andes;
Que Dios tendrá bien sabido
Por qué me las hizo grandes.»

FÁBULA XLVI.

MONOS Y HOMBRES.

«Yo por seguro tengo
(Díjole á Blas Manuel)
Que el mono es hoy lo mismo
Que ántes el hombre fué.

«Piedras cual hombre tira,
Y es muy frecuente en él
Reñir á garrotazos,
Mejor que un montañes.»

Blas dijo: «Reconozco
Al mono su saber;
Opino, sin embargo,
No como piensa usted.

«Hay en humano traje
Irracional cruel,
Que agarra piedra y palo,
Sin qué ni para qué.

«Bicho de tal ralea
Debe sin duda ser
Orangutan exento
De andar en cuatro piés.»

FÁBULA XLVII.

EL ASTRÓNOMO Y EL MENDIGO.

Observaba un astrónomo un lucero
Con estudioso ahinco,
Y le pidió limosna un pordiosero
Una vez y otra vez, tres, cuatro y cinco;
Y él, miéntras, agarrado al anteojo,
Firme haciéndole al astro puntería,
Ni vió ni oyó siquiera al que pedia.
Nada manco el mendigo, si era cojo,
Al gaban del astrónomo la mano
Con un tiron echó que lo sintiera,
Y díjole: «Señor, si sois cristiano,
Soltad esos trebejos,
Y generoso abrid la faltriquera.
Vuele por un momento como quiera
De tanta luz el brillador enjambre:
Si hay miserias allí, nos pillan léjos;
Cerca de vos hay hambre.»

FÁBULA XLVIII.

LOS CARIBES.

Isla del continente americano,
Y de caribes, era
Una de que un viajero muy anciano,
Docto y pío varon, de cuerpo enjuto,
Quiso tomar noticia verdadera.
La fragata española *Talavera*,
Que le condujo allí, volvió al paraje
Donde el sabio quedó; y al ménos bruto
De aquella tosca gente
Preguntó el Capitan: «¿Y aquel que traje?
— Aquel (dijo el caribe, indiferente),
Mechado con tortuga,
Conejillos detras y al fin lechuga,
Sirvió para un almuerzo.
— ¡Comerse á don Froilan, gloria del Bierzo!
(Exclamó el español) ¡Es horroroso!
¡Comerse un hombre así, de alta valía,
Tan bueno, y que ademas, tanto sabia!
— ¡Bah! replicó el mastuerzo.
Mérito le supones asombroso,
Y es aprension no más, te lo aseguro.
Con todo su saber, estaba soso;
Con toda su bondad, estaba duro.»
Predica, Luis, predica fervoroso:
No hay sermon que les éntre
A los que en todo ven cuestion de vientre.»

FÁBULA XLIX.

LOS MICETES.[1]

Por tierras apartadas
Viajaba un español,
Y aguda gritería
Muy de mañana oyó.

[1] Animales llamados tambien *monos parleros.*

Ver quiso quién gritaba,
Guiado por la voz,
Y al trasponer un monte,
Los gritadores vió.

Monos, que en ancha rueda
Formaban un cordon,
Saltaban, y en el medio
De todos el mayor.

Era de gozo vivo
Ruidosa confusion,
Mil bienvenidas eran
Al renaciente sol.

Paróse allí el viajero,
Sagaz observador,
Hasta que el sol mostrara
El último arrebol.

De todas las laderas
Del valle en derredor,
Brincando los monuelos
Volvieron en monton.

Con otro acento que ántes
Alzaron su clamor
De tierna despedida
Y ardiente aclamacion.

Al sol aquellos gritos,
Que el eco repitió,
Decirle parecian:
«Ven otra vez; adios.»

Pasmado el caminante,
La frente descubrió,
Saltando de sus ojos
Llanto de fe y amor.

«Sol de Justicia (dijo),[1]
Nunca te olvide yo,
Ni al toque de la aurora,
Ni al toque de oracion.»

[1] El *Sol de Justicia* no es, como entienden algunos, el sol material; es expresion mística, por la cual se ha designado siempre á N. S. Jesucristo. Decir *hace un sol de justicia*, en lugar de decir *hoy el sol abrasa*, es una impropiedad.

FABULA L.

LA LÁMPARA DE LA TORRE.

Pueblo fué del condado de Bigorre
(O Bigorra, es igual), uno en que habia
Ruinoso templo con fornida torre,
Que dos leguas en torno se veia.
Una lámpara ardia
Toda la noche en ella,
Delante de una bella
Imágen de María;
Y en su seno sin mancha recogido,
El Niño Dios, en el portal nacido.
Siempre que un aldeano
De los de allí la torre descubria,
Reverente á la Vírgen saludaba,
Y al Fruto de su vientre bendecia.
Para un país lejano
Sale del pueblo aquel el jóven Pío;
Y al ver la torre por la vez postrera,
Levantando en el aire la montera,
Con lágrimas de fe grita devoto:
«¡Niño de omnipotente poderío!
¡Madre del desterrado!
Regid mis plantas: en los dos confío.»
Vase á país remoto,
Vuelve de años cargado
(Cincuenta por lo ménos han pasado),
La noche le sorprende en el camino,
La luz al cabo de la torre brilla,
Y Pío descabalga, se arrodilla,
Y del favor divino
Reconoce el poder. ¡Harto bien puso
Jóven la confianza!
Hijo y Madre cumplieron su esperanza.
Con aquel espectáculo, confuso
El guía del viajero, le pregunta
Por qué se apea y llora,
Y se descubre, se arrodilla y ora.
«Es porque allí despunta
La luz del campanario,
Que á su Patrona enciende el pueblo mio:
La Vírgen de Noel, nuestra Señora.
— Mudó ya de parroquia el vecindario;
La tiene junto al rio:

La vieja se cayó, la torre queda;
Y la Vírgen (pues esto
De santo en calle con razon se veda)
Logra en la parroquial más digno puesto.
La luz que asoma allí (por de contado,
Mayor que la que hubo),
Es de un reloj, al que ilumina un tubo
Del nuevo gas de pringue de pescado;
Y (como usted repara)
La torre del lugar se ve más clara.»
El buen anciano aquí, dos veces pio,
Con expresion de lástima y desvío,
Replicó, meneando la cabeza:
«Se ve más claro, sí; mas no se reza.
«La imágen del que vive y nunca pasa
Quitais de las alturas,
Y ¡máquina poneis que el tiempo tasa,
Dado á las criaturas!
«Para cebar la luz que miro enfrente,
Den tierra y mar despojos;
Pero dejad la de Belen patente,
Y alúmbrenos el alma por los ojos.»

NOTAS.

Segun la tradicion inserta desde la página 140 con el título de *La locura contagiosa*, Magdalena, la beata, fué hermana de madre de Cervántes; conforme á noticias dadas por algun biógrafo del gran novelista, Magdalena solo era *hermana beata*. Sin embargo, por hermana de Cervántes se dió ella misma en una declaracion judicial, y lo propio se dice en la partida de su entierro.

Pág. 194, líneas 3 y 4:

¡Maldigo, amén, el uso irracional,
Que bárbaro confunde B con U!

Realmente, al fin de este segundo verso, debia haberse impreso una V, y no una U. Pero como el nombre académico de la *u* de corazon es *u consonante;* pronunciando estas dos palabras al fin del verso, no resultaria consonancia ni verso. Con tal ocasion, considero necesario decir que el nombre de *u consonante* me parece muy mal aplicado. *Consonante*, hablando de letras, quiere decir *sonido que se pronuncia junto con otro;* y en verdad que cuando decimos *u*, no tenemos necesidad de agregarle ningun otro sonido: luego si es consonante no es *u*, y si es *u* no es consonante. Los matemáticos llaman *ve* á la letra de cuyo sonido tratamos; y no pudo ponérsele nombre peor: á pesar de la maldicion lanzada por el Anticuario, lo cierto es que, para la generalidad de los españoles, *ve* y *be* suenan lo mismo. Harto mejor fuera llamarla *va*, ó si no *eve* á semejanza de las letras *efe*, *ele*, *elle*, *eme*, *ene*, *eñe*, *erre* y *ese*.

Otras seis letras de nuestro abecedario tienen igualmente nombres impropios.

La *c*, que sirve para expresar dos sonidos, el de la *k* y el de la *z*, deberia recibir otro nombre más propio, como lo seria el de *ce-cá*.

La *g*, por una razon semejante, deberia ó podria llamarse *ge-gá*.

La *q*, puesto que nunca se emplea en sílabas en que suene la *u* de su nombre, llevaria mejor el de *que*.

La *r*, que se emplea para significar dos sonidos, uno fuerte, como el final de la palabra *carro*, y otro suave, como el final de *cara*, podria llamarse *rere*.

La *x*, cuyo nombre actual es absurdo, porque no expresa el sonido de *c* y *s* ó *g* y *s*, deberia ser *ecse* ó *egse*.

Y, por último, á la *y* se la deberia confirmar con el nombre de *ye*, porque llamándola *i griega* se le da nombre de vocal, y es consonante.

Nada tienen estos reparos y proposiciones de nuevo; pero tienen, en mi concepto, mucho de justo y no poco de necesario.

POESÍAS VARIAS.

POESÍAS Á VARIOS ASUNTOS.

Á LA REINA Dª ISABEL IIª

EN LA DECLARACION DE SU MAYORÍA.

COPLAS EN CASTELLANO ANTIGUO.

Ley mal aguisada, que vino de allende,
Vedaba á la fembra sobir al dosel:
Tú nasces y en brazos Castilla te prende,
E grita Castilla: «Que regne Isabel.»

Echóle á tu herencia Invidia la mano,
Y rios de sangre la tierra bebió.
Clamaba moriendo el fiel castellano:
«Que regne Isabela; mi vida le dó.»

Asaz perezoso el tiempo venia,
Non daban á España sus males vagar:
Vos recia por ende levántase un dia
Diciendo á Isabela: «Comienza á regnar»

Sabroso es cien greyes guiar soberana,
Recien de la infanza pasado el confin:
Semeja tu ceptro la poma temprana,
Que riesgo de furto corrió en el iardin.

Ya pues que en el trono te ves regidera,
E finca en tu mano la nuesa salud,
De tí generosas albricias espera
La gen que á fablarte sus cuitas acud.

Sey tú como el íris que en lúcida comba
Señal de amistanza del cielo nos faz;
Sey tú como aquella bendita palomba,
Que troxo en el bico la oliva de paz.

Muy más que el acero de innúmera hueste
Que fiere cervices de indómita grey,
Muy más puede un labio con riso celeste,
Diciendo entre hermanos: «Concordia teney.»

Catar te conviene non yaga en oprobio
La fe, nin los buenos que lievan su vos:
Non membre afambrida allá en el cenobio
La casta sorora, la esposa de Dios.

Bien es que cuidosa tu régia auctoricia
Mantengas exenta de mengua é reves;
Iguálense empero en tu alta iosticia
Potente fidalgo é pobre burgues.

E síguese dénde que débese pura
Servar la ordenanza del fuero comun:
Franquicias donadas por ley é natura
Non leixes que tengan desmedro ningun.

Farán en España firmísimo asiento
La paz, abundanza é iúbilo ansí:
E todo el tuyo sagaz regimiento,
E todo, señora, vendrános de tí.

Estonce, al trabaio entrando cobdicia,
Verás bienandante la puebla crescer:
Trabaio que luce contenta é desvicia,
Da pan á la boca, virtudes al cuer.

Estonce los yermos, agora cerriles,
Do apénas el hato cabrero conduz,
De acuáticas vias, de férreos carriles
Veránse do quiera taiados en cruz.

Estonce, de fructos con rico tesoro
Bogante la nao de ardid mercader,
Trayrános en trueque de América el oro,
Que hoy ya non es nueso, é fuéralo ayer.

Estonce (é tal dia ¡non guárdese lueñe!)
Granada en dotrinas, haberes é honor,
Alzarse veremos la nueva progeñe,
Que torne á la España su antigo splendor.

Progeñe que inore los odios villanos,
Causantes agora contino desman,
Progeñe en que todos se embracen hermanos,
Legítima prole del Cid é Guzman.

¡Oh! mueva de presto Saturno su rueda,
E á nos, que nascimos á mala sazon,
Catar las primicias la suerte conceda
Del síno que atiende la nuesa nacion.

Que veya, primero que el pié se le hunda,
El vieio cercano del foyo cruel,
Que veya en España por ésta *Segunda*
El siglo de aquella primera *Isabel.*

E sí: verá un pueblo sesudo, valiente,
Que en torno á su Reygna bendizla é le diz:
«Tú noble, tú libre, tú sábia é potente,
Tú en fin á tu patria ficiste feliz.»

1843.

EPÍSTOLA GRATULATORIA
DEL MARQUÉS DE VILLENA
AL CONDE DE SANT LUIS
POR LA ERECCION DEL TEATRO ESPAÑOL.

Recebid con buen talante,
Nuevo é perínclito Conde
De Sant Luis,
Letra de ánima habitante
Otro mundo que ése donde
Vos vivís.

E catad que non vos tome,
Porque vos fable un finado,
Susto é pena;
Non de facer miedos home
Fué nunca el Marqués cuitado
De Villena.

Sepades que, no embargante
Que aquí los muertos vivamos
Bien felices,
A esa tierra malandante
Por vegadas asomamos
Las narices.

Cierta noche, discurriendo
Por las calles de una villa
Principal,

Casa vi d mucho atuendo,
Que ántes de ornalla é pulilla,
Fué corral.

Rumores oí de dentro
Jubilosos, é por puntos
Aflictivos:
Cuélome, cato et encuentro
Una tropa de difuntos,
Vueltos vivos.

Allí Pelayo [1] furente
Con su hermana contendia
Por el moro;
E tapándose la frente,
La triste solo decia:
«Yo le adoro.»

Allí con sus cuitas vino
Aquel pagano Jefté [2],
Rey de Creta,
E Megara, el numantino [3],
Et el prisionero [4] de
Joan de Urbieta.

Allí salieran Guzman [5],
Camila [6], Ruí Calderon [7],
E Macías [8],
Edipo [9], Bruto [10], Abrahan [11],
Et el que libró á Sion [12]
De Golías;

[1] Alúdese á los personajes de *Pelayo* y *Hormesinda* en la célebre tragedia del Señor Don Manuel José Quintana.

[2] *Idomeneo,* en la tragedia de este título, escrita por Don Nicasio Alvárez de Cienfuegos.

[3] Protagonista de *Numancia,* tragedia de Don Ignacio López de Ayala.

[4] *Francisco I. — Solaces de un prisionero,* drama del Señor Duque de Rivas.

[5] *Guzman el Bueno,* drama del Señor Don Antonio Gil.

[6] *Camila,* tragedia del Señor Don Dionisio Solís.

[7] *Rodrigo Calderon,* protagonista de dos dramas, escrito el uno por el Señor Don Ramon de Navarrete, y el otro por el Señor Don Adelardo López de Ayala.

[8] *Macías,* drama del Señor Don Mariano José de Larra.

[9] *Edipo,* tragedia del Señor Don Francisco Martínez de la Rosa.

[10] *Bruto,* en la tragedia titulada *Roma libre,* traducida por el Señor Don Antonio Saviñon : el mismo personaje en la tragedia del Señor Don José María Díaz, intitulada *Junio Bruto.*

[11] Personaje de la tragedia tit. *Sara,* del Señor Don Joaquin José Cervino.

[12] *David,* en el *Saul,* tragedia de la Señora Dª. Gertrúdis Gómez de Avellaneda.

E los que en Mártos [1] cayeron,
Enxiemplo duro de estrella
Muy cruel,
Et esos de quien dijeron
Que fué en morir tonta ella,
Tonto él;

E Malvina [2], é Joan Pascual [3],
E Manrique, el malhadado
Trovador [4],
E aquel Cenon [5], al igual
De fortuna gasajado
E de amor;

Leiva [6], Quevedo [7], la brava
Joanica [8], el Alonso amante
De Raquel [9],
Alonso el pintor [10], la Cava [11],
E aún el tesaurizante
Don Samuel [12];

[1] *Los Carvajales*, en *Don Fernando el Emplazado*, drama del Señor Don Manuel Breton de los Herreros.

[2] *Malvina*, en *Oscar*, tragedia traducida por el Señor Don Juan Nicasio Gallego.

[3] El de la *Segunda parte del Zapatero y el Rey*, drama del Señor Don José Zorrilla.

[4] *El Trovador*, drama del Señor Don Antonio García Gutiérrez.

[5] *El Marqués de la Ensenada*, que figura en *La rueda de la fortuna*, comedia del Señor Don Tomás Rodriguez Rubí

[6] *Antonio de Leiva*, drama del Señor Don Juan de Ariza.

[7] *Don Francisco de Quevedo*, drama del Señor Don Eulogio Florentino Sanz.

[8] *Las travesuras de Juana*, drama de los Señores Don Cárlos García Doncel y Don Luis Valladares y Garriga.

[9] *Alfonso VIII*, en la tragedia de Don Vicente García Huerta, intitulada *Raquel*; y el mismo Rey en el drama del Señor Don Eusebio Asquerino, *La Judía de Toledo*.

[10] *Alonso Cano*, en el drama del Señor Don Gregorio Romero Larrañaga, intitulado *Misterios de honra y venganza*; y en *La Torre del Oro*, drama del Señor Don Aureliano Fernández-Guerra.

[11] *Florinda*, en *El Conde Don Julian*, drama del Señor Don Miguel Agustin Príncipe.

[12] *El Tesorero, y el Rey*, drama de los Señores Don Antonio García Gutiérrez y Don Eduardo Asquerino.

Esquilache [1], el de Alba [2], Hernan
Cortés [3], é la de Molina [4],
La prudente,
E Berenguela [5], et el gran
Cogedor de mies divina,
Fray Vicente [6].

Esos é otros personados
Vi en aquella y otras tales
Trasnochadas,
Allí por arte ayuntados
De péñolas poetales,
Bien tajadas.

E plúgome asaz la cosa,
Ca yo ansimesmo capricho
Tuve desto,
E una farsa fiz donosa
Para el Rey Fernando, dicho
El Honesto.

Antojóseme saber
Quiénes los auctores fueran
Desas fablas,
Do escribiendo á su placer,
Miraclos ansí fecieran
En las tablas;

E siguiendo uno, que vi
Con desusado alborozo
Coronar;
Sobióse á un zaquizamí,
E acostóse el pobre mozo
Sin cenar.

Gimiendo fugí yo dénde,
Por non ver en tanta prez
Tal desdoro....
— E luégo mi vista ofende
Palacio do resplandez
Plata é oro.

[1] *El motin contra Esquilache*, drama del Señor Don Ceferino Suárez Bravo.
[2] *El Duque de Alba*, drama del Señor Don Manuel Cañete.
[3] *Hernan Cortés*, drama del Señor Don Patricio de la Escosura.
[4] *Doña María de Molina*, drama del Señor Don Mariano Roca de Togores.
[5] *La Madre de San Fernando*, drama del Señor Don Cayetano Rosell.
[6] *San Vicente Ferrer* en *Don Fernando el de Antequera*, drama del Señ Don Ventura de la Vega.

Rica mensa é pulcro lecho
Dentro víanse, é preciados
Atavíos,
E tales que me sospecho
Que áun fueran aventajados
Para mios.

E supe que dueño fues
De la morada tan mucho
Relumbrante,
Non perlado nin marqués,
Sinon solo cierto ducho
Comediante.

«¿Cómo, dije, al estrumento
Merced se faz, é á la mente
Se la amengua!
¿Non va el poetal invento
Lo que el dalle ante la gente
Bulto é lengua!

¿Por qué pues desigualar
A dos, que del claro Apolo
Fijos son!
El mayorazgo ¿ha de estar
A fucias del que es tan solo
Segundon!

Mejor al ingenio Grecia
Tener en estima supo,
Supo Roma.
Miéntras usanza tan necia
Ture, acójome y ocupo
Mi redoma.»

Por vos, Conde ilustre, fina
El de tratar al scriptor
Feo modo:
Corona cingísle dîna;
Non ya de Febo el cultor
Vive en lodo.

Mil quisieron ayudalle,
Mil ahorralle pretendieron
Dias tristes:
Vos supistes solo honralle;
Vos lo que tantos dijeron,
Lo fecistes.

¡Gloria á vos, bien meresciente
De las apacibles artes,
Gloria á vos!
Grato á los homes se cuente
Vueso nombre en todas partes,
Grato á Dios.

El vos done la grand paga
Que vuesos graciados non
Pueden bien;
El vida luenga vos faga,
Con la su benediccion
Sancta, amén.

1849.

Á S. M. LA EMPERATRIZ
DE LOS FRANCESES.

Iba mirando la Fortuna un dia
La orilla del Genil,
Y una perla encontró donde yacia
El trono de Buabdil.

Era la perla del Genil hermosa,
De precio singular:
Con otras fué por la voluble diosa
Puesta en su mismo altar.

Llegóse en tanto á la Fortuna un hijo
De los que más amó.
«¡Una corona para mí!» le dijo.
La madre se la dió.

Rica, muy rica, parecióle al verla:
Diadema era imperial;
Mas faltaba en su círculo una perla,
Para lucir cabal. —

«Abrid vuestro tesoro soberano,
Y haced completo el don.
— Escoge entre mis joyas por tu mano,
Segun tu corazon.»

Solícito el Amor, libre de venda,
Volaba por allí.
«Mira (le dijo al Príncipe) la prenda
Guardada para tí.»

Puso en la margarita de Granada
Su dedo blando Amor,
Y en la insignia del César engastada,
La realzó en valor. —

«¿Es (me decís) tu narracion amena
Fábula de otra edad?
— Es (con robusta voz responde el Sena)
Magnífica verdad.»

Esas dos palmas ved, que á gran distancia
Juntan sus ramos hoy.
A Granada escuchad: «Trono de Francia,
Emperatriz te doy.»

Aun la flecha de Amor hace atrevida
Conquistas al poder,
Aun se ve repetir ennoblecida
La exaltacion de Ester.

Eras, *Eugenia,* tú dulce ornamento
De tu natal país;
Ya resplandeces donde tuvo asiento
La madre de San Luis.

Por ella el cielo próvido te mande
La luz de su favor:
Deuda en el solio contrajiste grande;
Tu espíritu es mayor.

Haz de satisfacerla empeño y gala:
Digno es de tí ese afan
A tu hermosura tu virtud iguala;
Tu sangre es de Guzman.

Sangre del que en Tarifa puso freno
Al sitiador cruel.
Timbre glorioso mereció de *Bueno*:
Sé su heredera en él.

A entrambos mundos con asombro tienes
Mirándote los dos. —
¡Flor del suelo andaluz!... ¡Mil parabienes!
¡Emperatriz!... Adios.

Cuando suene, de Francia bendecido,
Tu nombre en ecos mil,
No sentiremos el haber perdido
La perla del Genil.

Febrero de 1853.

ANTON BERRÍO,

POETA DE LA CORTE DE JUAN II. DE CASTILLA,

AL MUY EXCELENTE SCRIPTOR,

DON MANUEL JOSEF QUINTANA.

Onorate l'altissimo poeta.

Señor, mucho amado, mio:
Dé convusco en hora buena
La trova que vos envío,
Yo el coplero Anton Berrío,
Compadre de Joan Baena.

Del vueso coronamiento
Fízosenos relacion,
E saltamos de contento
Nos, é fasta el fundamiento
D'aquesta elisia region.

E segund prístina usanza,
Solenidad fué dispuesta
Súbito en vuesa alabanza,
E tócame aquí en la danza
Ser el yoglar de la fiesta.

Cierto cuento asaz galano
Romanzar por ende quiero,
D'un pastorcico insulano
E un sculpidor palaciano,
Muy sotil imaginero.

El pastor Andres Llorente,
Que es subjeto de la frasi,
Vivia entre pobre gente
En la Insula Escura, casi
Fuera del mundo yaciente.

Los insulanos Escuros
Alzaron una capiella
De flacos é humildes muros,
Do plañir en sus apuros
A la Madre sin manciella.

Un bulto labrarse hia
De Doña Vírgen María:
Non hí habiendo entallador,
Juró que el bulto faria
Nueso Llorente el pastor.

Omne era d'engeño noto;
Mas nunca estrumentos viera
Del arte cinceladera,
E con un cuchillo boto
Decentaba la madera.

Fué asin, que el tallado leño
Tosquilla sacó la faz
Del santo, fermoso Dueño;
Mas tod' el vulgo insuleño
Contentóse dél asaz.

E vedes, por aventura,
Que aporta en la Insula Escura
Bajel, que aventó é lievól
Fasta allí tormenta dura,
De tierras de claro sol.

En la nao derrotada
Un entallador veníe
De maestría muy sonada,
E una imágen hí traíe
De la sola Inmaculada.

Pasmóse cada insular,
E la efigie, decernieron
Ser maravilla sin par,
Fuéras ende que quisieron
Ver al maestro labrar.

El sacó formon é gubia
E lima de recorrer
Fasta el hoyuelo postrer,
Pintura azul, blanca é rubia,
E todo su menester.

E trasteando con ello,
E dejando á todos vello,
Dijo el Maese á la fin:
«Con aquesto faz aquello
Quien sabe facerlo asin.»

Un lenguaraz le arguyó
(Ca de malandrines tales
Nadie en la vida escapó):
«Con estrumentos iguales
Ficiera otro tanto yo.»

«Non ficieras, mal tu grado,
Respuso el pastor honrado,
E nada tu dicho val:
Con fierro bien aguzado
Mano torpe labra mal.»

«Yo adelgacé cuanto pud;
Mas mi obra non es de prez;
De la d'este no hay quien dud:
Fuera pues ingratitud
Non le dar lo que merez.»

«Con rico lauro de honor
Premien al entallador,
E digan los sabidores:
«Si este usó medios mejores,
Fizo tambien lo mejor.»

Tal ha judgado de tí,
Perínclito, buen *Quintana*,
La poetal familia hispana,
Que leda conmora aquí,
Libre d'aficion mundana.

Hobo ántes del tu nascer
Poetas de grand valer;
Mas poco antaño prestaba
Voz que tartamudeaba,
Con pequeñuelo saber.

Fabla é dotrina mejor,
Aun en edad posterior,
Alzó más la poetría;
Fincaba empero vacía
La siella de más altor.

Tú fuiste á sazon venido
Para ser enaltecido
Rey del castellano metro:
Mil corricran tras tu cetro;
El s'es á tus manos ido.

Ca tú, superno Cantor,
Sublimaste cual ningun
Virtud é sciencia é valor,
E tierno gemiste aún
Trances de mortal dolor.

Tú al toledano Moises,
Tú al español Abrahan,
Tú al campeon burgales
Luz diste con que despues
Fulgir eternales han;

Tú al que en Villalar cayera,
Suerte derrocando fiera
Su generoso pendon,
Trocaste en laude honradera
El malsinante padron.

Tú el mar pintaste furente,
Tú la blanda fermosura;
Grande tu cor é tu mente,
Loaste cuanto ha excelente
El omne é l'alma Natura.

Noblescidos en tus cantos
Grandes fechos é quebrantos,
El feliz é non feliz,
De las coronas de tantos
Una para tí refiz.

Luengos años de alegranza
Goces esa bienandanza,
Que al tu mérito convien,
E troven en tu membranza
Omnes, é damas tambien.

Vítores de alegre afan
Te envían de nueso albergue
Pelayo, el Cid é Guzman,
E con Lauria é Gutembergue
El privado de don Joan.

E tod' un pueblo en tropel,
De Pirene á Lusitaña,
Glorifique ese laurel,
Que te da en nombre d'España
La magnánima *Isabel.*

Marzo de 1855.

EN EL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE IMPERIAL DE FRANCIA,

EPÍSTOLA AL EXMO. SR. D. SALUSTIANO DE OLÓZAGA.

Llegó la nueva: rápida volando,
Mensajera feliz, el aire cruza
La Fama, cuya voz pujante llena
Los valles anchos y las hondas grutas.

Francia á la hermosa *Emperatriz*, que el suelo
Granadino le dió, *madre* saluda.
Hierve en gozo Paris; desde sus muros
Me manda la amistad... Tomo la pluma.

Deja, Salustio, que obsequiosos cerquen
Egregios vates la cesárea cuna:
Disonaria de sus arpas de oro
La de tu amigo, destemplada y ruda.

Benignas otro tiempo visitaban
Este humilde rincon plácidas musas;
La paz de mi retiro las atrajo;
Las apartó de mí la desventura.

Falta aquí el ángel del consuelo mio;
Llora una madre aquí; no ven la suya,
Y la llaman á gritos, y no viene,
Tres desafortunadas criaturas.

Partió con ellas de Madrid, contaba
Tornar con ellas... ¡Esperanza ilusa!
Con traje de orfandad los tres volvieron;
No volverá la que á los tres enluta.

Casi á la hora que por vez primera
Se oyó nombrar á la *Consorte Augusta*,
Del placentero título adornada,
Gloria y dulce temor de la hermosura;

A las trémulas manos de otra madre,
Revueltas en monton, llegaban juntas
Prendas que fueron juveniles galas,
Despojos ya que desechó la tumba.

No me es dable cantar: piadoso el tiempo
Reprime el llanto y el pesar endulza;
Para la triste esposa de tu amigo
Más crece con el tiempo la amargura.

No me es dado cantar. Estos borrones,
Destinados á tí, guarda y oculta:
Parabienes Eugenia escuche gratos,
No quejas de dolor inoportunas.

Tú, cuya voz tan elocuente fluye
En el trato social y en la tribuna,
Y á la *Madre* feliz del *César* nuevo
Sus dichas puedes anunciar futuras;

Aprovecha el instante en que sus ojos,
Bellos como la luz que nos alumbra,
Los horizontes penetrar queriendo,
Miren á España con filial ternura;

Y díle entónces que si Francia en ella
Las esperanzas de su dicha funda,
Españoles tambien por ella al cielo
Votos dirigen de la fe más pura.

¡Logre ese *Niño*, que entre palmas nace,
Ganar aquella que jamas caduca!
La de regir su generoso pueblo
Con ley de paz y amor, próvida y justa.

Padece aún su combatida patria
De heridas viejas de azarosa lucha:
Llegue su mano allí, y al blando toque
Lesion no quede, ni señal ninguna.

En la remota orilla del Euxino,
Cuyos escollos baten furibundas
Hinchadas olas, que al chocar bramando,
Su enojo escupen en hirviente espuma;

Allí á la Paz en lóbrega caverna
Con hierros en los piés Marte sepulta:
Cautiva lanza lastimeros ayes,
Y el fragor de la mar los traga y burla.

Gruesos cañones de contrarias huestes
Sobre la inmensa cárcel se sitúan,
Y del rimbombe horrible de sus rayos
El tormentoso piélago murmura.

Los férreos globos, que de entrambas partes
El polvo estallador ardiendo empuja,
Siembran la destruccion, llevan la muerte
Do quier que llega su potente furia.

De las entrañas de la tierra salta
Volcan labrado por fatal industria,
Que armas y combatientes y defensas
Arroja por las diáfanas alturas.

Cada postrer suspiro del soldado,
Víctima allí de su infeliz fortuna,
Cuesta, sonando en el hogar paterno,
Mísero lloro, devorante angustia.

Tenga ese azote fin. Cuando á la tierra,
Mal de las aguas del Diluvio enjuta,
Salir dudaba la familia indemne,
Generadora de la edad segunda,

Blanca paloma con el ramo vino,
De perdurable paz señal segura:
Traiga el *Hijo de Luis* la oliva santa,
Que á un diluvio de mal término anuncia.

Esto dirás á la *Guzmana Madre*,
Que electa del Señor, planta fecunda,
Vea en torno de sí ricos renuevos,
Donde amor sus encantos reproduzca.

Esto dirás en el lenguaje noble,
Que presta á la verdad gala y dulzura:
Para plácemes tiernos hoy inhábil,
Agria mi voz al corazon calumnia.

Siglos un español faustos desea,
Gloria sin fin á la progenie augura
Napoleon-Guzman.... — ¡Oh dos de Mayo!
Dios no permitirá que vuelvas nunca.

Marzo de 1856.

LA CASA DE LA MADRE.

Á LOS SERENÍSIMOS SEÑORES INFANTES, DUQUE Y DUQUESA DE MONTPENSIER.

El sueño final dormia,
Tendida en funérea caja
Con blanca y negra mortaja,
La jóven madre María. [1]

Y, hallando el acceso franco,
Un niño en la sala entró,
Y muerta á su madre vió,
Vestida de negro y blanco.

Miró el niño el cuerpo inerte
Con infantil impiedad:
Estaba en la tierna edad
Que áun ignora que haya muerte;

Mas causáronle estupor
Aquellas manos en cruz,
Y aquel traje, y tanta luz
De su madre en derredor.

Le alzó en brazos por detras
Un mancebo con cariño:
Sacaron de casa al niño,
Y á su madre no vió más.

En un templo cierto dia
Dar vió reverente culto
A un triste y hermoso bulto,
Que blanco y negro vestia.

[1] Esta composicion fué escrita en justo elogio de los Señores Infantes, Duque y Duquesa de Montpensier, con motivo de haber reedificado en las inmediaciones de Sevilla el antiguo santuario de N^a^. S^ra^. de Valme. El autor alude en estos versos á su madre, D^a^. María Josefa Martínez Calleja, que falleció en Madrid á los 22 años. El solar de la casa donde nació D^a^. María Martínez, fué convertido en huerta por los años de 1811; y caídas sus paredes, hechas de escombros, es hoy tierra de sembradura.

Cercábanle ardientes cirios;
Las manos le vió cruzadas,
Y en el pecho siete espadas,
Indicando sus martirios.

«¡Mirad á mi madre allí!»
El niño al punto exclamó.
Un jóven le dijo: «No.»
Le dijo una anciana: «¡Sí!

«Lo es tuya de varios modos
María, que allí se ve.
— María mi madre fué.
— María es madre de todos.»

Juntó con piadoso error
El niño (y hombre las junta)
La madre que vió difunta,
Con la Madre del Señor.

Y dulce interes despierta
Oirle en voz conmovida:
«Primer recuerdo en mi vida
Fué ver á mi madre muerta.»

«Veloz el tiempo corrió:
Si el bien alcanzo que anhelo,
Veré á mi madre en el cielo,
Jóven ella, viejo yo.»

A jóven no era llegado,
Y unas flores vió arrancar
De tierra, que fué solar
De humilde albergue arruinado.

Y un hombre dijo sombrío,
Suspendiendo su labor:
«Donde esta campestre flor,
Nació tu madre, hijo mio.»

«La casa materna, altar
Debe para el hijo ser:
¡Feliz, si viene á caer,
Quien la puede levantar!»

Por más que al hijo desplace,
Poco el suelo poseyó,
Donde su madre nació,
Nunca el suelo donde yace.

Al muro que el tiempo arrasa
Da tumba naturaleza:
Ni áun deja ver la maleza
Las ruinas de aquella casa.

Ruina era así la capilla,
Que, depuesto el rudo almete,
Alzó sobre el Tagarete
El Rey que ganó á Sevilla.

Morada en tiempos mejores
Fué de la mística flor,
Que es Madre del Redentor
Y Madre de pecadores.

Ni el nombre más venerando
Las iras del Tiempo ablanda;
Mas vió por tierra Fernanda
La fábrica de Fernando;

Y el digno Esposo la vió,
Que es de Príncipes ejemplo;
Y á la voz de entrambos, templo
La ruina resucitó.

¡Bien haya el amor filial
De la pareja querida,
Que alza la casa caída
De la Madre universal!

Aceptad la prediccion
De aquel hijo lastimado:
Por su boca os ha enviado
María su bendicion.

La obra de piedad que haceis,
En sí el galardon encierra:
Dad á Dios casa en la tierra,
Y en el cielo la tendréis.

27 de Setiembre de 1859.

ROMANCE
PARA EL ROMANCERO DE LA GUERRA DE ÁFRICA.

Lluvia de menudos plomos
Y espesa lluvia de hielo
Sobre las alas caian
Del ave reina del viento.
Dejara el águila el nido
Que labró en monte soberbio,
Cruzando el mar en defensa
De sus hijos en destierro.
Vencedora en el combate,
Y herida por defenderlos,
Fuerzas le pide al reposo,
Para ir á lidiar de nuevo.
Enemigos aquilones
Plumas le arrancan al vuelo:
Ruedan por los campos unas,
Otras en el mar cayeron;
Y bajo el risco eminente,
Que la abriga en tosco hueco,
Penachos en sangre tintos
Alfombran en torno el suelo.
Su graznido, áun desde allí,
Le infunde al milano miedo:
Con el dolor de la llaga,
Recrece en ella el esfuerzo,
Y pronto al África vuelve
A desafiar á un tiempo
La barbarie de los hombres,
Las inclemencias del cielo.

Así, por difícil vía,
Con mar borrascosa en medio,
Vienen y al Africa tornan
Los españoles guerreros.
Llama la patria al herido,
Y al sano la guerra luégo:
Compañera de su viaje,
Los va la Muerte siguiendo.
Cobra en la batalla, y cobra
Tributo en bajel y en puerto:
¡Valieran los triunfos poco,
Si se ganaran con ménos!

Oid el clamor salvaje
De la hueste de Marruécos:
Ya sus espingardas truenan,
Ya sus caballos partieron.
Gime el valle al estallar
El volcan del cañoneo;
Cimbréanse en los collados
Los árboles corpulentos.
Los claros de cada fila
Se ven de repente llenos;
Por el cristiano caído,
Pone otro soldado el pecho.
Furioso turbion de balas
Fulminan los agarenos;
Vidas acaban y vidas
Entre la gloria sin duelo.
Rocas parten las bombardas,
Obra de andaluz maestro:
¡Qué harán, descreído Cam,
Con las carnes de tus nietos! —
¡Ahogais al dolor el grito
Con el de la lucha horrendo!
¡Fuertes peleais, y fuertes
Dais el suspiro postrero!
El Dios, cuyo altar ahí
Pisaron vuestros abuelos,
Las almas piadoso mire,
Que dejan con ira el cuerpo.

Cadáver hay africano,
Cuyos labios entreabiertos
Guardan con sonrisa fea
De brutal júbilo el sello.
Contaba el mísero iluso,
Soñó, deliró muriendo
Con el soez paraíso
De su profeta embustero.

En tanto en la hueste nuestra
Mano hábil y ardiente celo
Prestan reparo al destrozo,
Que hacen el plomo y el hierro.
Tras las filas apretadas,
Muro palpitante, denso,
De entre los piés del que lidia
Sacan al herido en peso.

De rodillas Esculapio
Fibras ata, y une huesos;
Desnuda tierra, harta de agua,
Tiene el doliente por lecho.
No era para España el Moro
Contrario bastante fiero;
Cruel en África el hombre,
Lo son más los elementos.
«¡Victoria!» claman gozosos
Los héroes de Tajo y Ebro.
Contra la voz de alegría
Protesta envidioso el trueno.

Desátanse recias nubes
En copiosos aguaceros,
Que de las tiendas golpean
Con furia el tupido lienzo.
Fuera, penetrante frio,
Dolores y ahogo dentro,
Torrentes de lluvia arriba,
Y abajo balsas de cieno;
Soldado que en la batalla
Sacó lacerado un miembro,
Con todos paga el fiarlos
Al insalubre terreno.
Dan sus efluvios al aire
Desconocidos venenos;
Los cristianos los respiran,
Y al par la muerte con ellos.

Víctimas, que áun de la espada
No fuisteis cabal trofeo,
Salid en hombros amigos
De ese infausto campamento:
Ceuta, el mar, Málaga ofrecen
Aura que aspirar sin riesgo.
¿Quién de ese mal los estragos
No vió ya bajo su techo!
¿Quién hay que por él no llore
Madre, hijo, consorte ó deudo!
El monstruo horrible del Gánges,
De humana sangre sediento,
Con mayor ánsia apetece
La sangre del europeo.

Ya un cordon interminable
De hombres y acémilas veo,

Que por la playa arenosa
Caminan con paso lento.
Tristes compañeros guardan
A sus tristes compañeros;
Cien tumbas de prisa abiertas
Mostrarán por dónde fueron.
Henchidos los hospitales,
Ceuta hace hospital el templo:
Cruzan el piélago quillas
Con dolientes cargamentos.
¡Valor! ¡Valor! Ved los altos
Chapiteles malagueños.
Esperad: es la esperanza
La mitad ya del remedio.
Vítores y bendiciones
En ruidoso clamoreo
Las andas humildes cercan
De los triunfantes enfermos;
Y el soldado, que angustioso
Doblaba el lánguido cuello,
Revive y se alza al oir
La voz del amor del pueblo.
Tiernos brazos femeniles,
Que hábito recata honesto,
Posan en huecos vellones
Al desvalido viajero.
La Ciencia y la Caridad
Auxilio le dan y aliento;
Blando aire la Madre Patria
Le hace con el manto regio;
Y afable y majestüosa,
Las estancias recorriendo,
Reparte la Religion
Las palmas del sufrimiento.

Casta vírgen, tú, que pasas
La noche y el dia entero,
Vigilante cuidadora
Del que ve el sepulcro abierto,
Díme, de tantos dolientes
Que hallaron en tí consuelo,
¿Quién sufre más, en quién es
Más grande el merecimiento?
¿Donde está el héroe cristiano,
De resignacion modelo,
Que el valor santo del mártir
Añade al marcial denuedo?

Nómbrale pues, ora ocupe
Grado ilustre ó pobre puesto.
Siempre es alta la virtud:
Honor merece y respeto,
Lo mismo en noble adalid
Que en combatiente plebeyo,
Y que en tí, y en los ministros
De la Ciencia y del Eterno,
Que impávidos arrostrais
Las epidemias y el hierro.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

Yo de rodillas pedí
El hábito en que me miras,
Previendo ya que sus iras
La peste probara en mí.
A buscarla vine aquí;
Riesgo mi vida corrió;
Pero en nada engrandeció
Eso mi sagrado ser:
Cumpliendo estaba un deber,
Y ése me le impuse yo.

El ministro del altar,
Con impulso igual al mio,
Fué por su libre albedrío
Con los que van á lidiar.
Como él, el sabio en curar
Al campo marchó tambien:
Coronas condignas den
A su virtud y valor;
Mas hay corona mayor
Guardada para otra sien.

El capitan valeroso
Que alcanza insigne victoria,
Voluntario de la gloria
Siguió su estandarte hermoso.
Laurel ciña esplendoroso
De gratitud nacional,
Y con aplauso inmortal
Su nombre entre todos ande:
Aun hay corona mas grande,
Guardada en este hospital.

Mira allí, entre aquellas dos,
Que son la Ciencia y la Fe,
Aquel jóven que se ve
Pronto á dar el alma á Dios.

No fué de la gloria en pos
Por ver un lauro en sus sienes:
Pasaba, pobre de bienes,
Los verdes años fugaces;
Dijo España: «Falta me haces;»
El repuso: «Aquí me tienes.»

Le hirieron hijos de Agar
Con rabia y feroz delirio;
Por Dios padeció martirio,
Y Él le viene á coronar.
Óyele el nombre invocar
Del que es de justicia Sol...
¡Mira en divino arrebol
Su rostro mortal bañado!...

EL POETA.

¿Quién es ese hombre!

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

¡Un soldado
Del ejército español!

Uclés, 3 de Marzo de 1860.

LAS TRES BELLEZAS.

VERSOS PARA LA PRIMERA DISTRIBUCION DE PREMIOS Á LA VIRTUD, CELEBRADA EN MADRID.

Dijo en el Pindo un pastor
A las hermosas de allí:
«Bellezas, venid á mí;
Quiero cantar la mayor.»

Tres solas fueron al juez
Por la vega ancha florida:
La competencia del Ida
Principió segunda vez.

Llegársele, ya intranquilo,
Vió el pastor á la primera:
Tesoro de encantos era,
Viviente Vénus de Milo.

Naturaleza, empeñada
En su más difícil obra,
Cien gracias le dió de sobra,
La del pudor no sobrada.

Ella, el ligero cendal
De los hombros derribando,
«Soy (dijo con eco blando)
La Belleza corporal.»

«De amor, al verte, se inunda
(Repuso el juez) valle y monte:
Ven, y á mi derecha ponte;
Llega la beldad segunda.»

Con laurel se coronaba,
Y un sol en su frente ardia:
La primera seducia,
La segunda arrebataba.

«Hija del Númen Ismenio
(Prorumpió), su lauro doy.
Cántame sola: yo soy
La Belleza del ingenio.»

Sintió el pastor dentro en sí
Fuego inspirador. — «¡Oh! ven,
Ponte á mi diestra. Mas ¿quién
Viene al certámen tras tí!»

Con tímido paso lento
Caminaba la postrera,
Como si allí la trajera
Resistido mandamiento,

Y no avezada á salir
Nunca de su pobre hogar,
Quisiera el valle cruzar,
Excusando el competir.

La envolvian hasta el suelo
Pliegues de un manto de lino:
Rasgos de rostro divino
Dejaba entrever el velo;

Y de su andar al rumor,
Entre las auras movidas,
Arpa y flores escondidas
Música daban y olor,

Que la razon natural
Creia, sin más aviso,
Fragancia de Paraíso
Y ecos de arpa celestial.

«Tú eres la beldad sin tilde
(Clamó el pastor): alza el manto.»
Bajos los ojos en tanto,
Callaba la hermosa humilde.

Tras un momento de calma,
Dijo en los aires expresa
La voz de un arcángel: «Esa
Es la Belleza del alma.

«Con viva solicitud
Conságrale ofrenda pura:
No hay en el mundo hermosura
Más grande que la virtud.»

Asió el pastor anhelante
Del velo á la hermosa en vano:
Con él se quedó en la mano,
Con blanca niebla delante.

Y en las célicas regiones
La voz añadió: «Mortal,
De la Belleza moral
Se juzga por las acciones.»

Y la niebla se aclaró,
Y, en el fondo de un verjel,
España, la de *Isabel*,
Al zagal apareció.

Con su corazon á solas,
Que ardor patriótico inflama,
Vió pasar en panorama
Cien virtudes españolas.

El silencio en que han yacido
Su alto valor constituye:
Son el Guadiana, que fluye
Bajo la tierra sin ruido.

El heroismo tal vez
Más digno de admiracion
Queda oculto en un rincon
Sin testigos y sin juez.

Mas viva en tiniebla densa
Quien el bien haciendo vive:
Lo sabe quien lo recibe,
Y Dios que lo recompensa.

Vió el pastor en su lugar
Lo que hoy nuestros ojos ven.
Ya quiere España tambien
La virtud recompensar.

Allí del falaz Apolo
Arroja el cantor la lira:
Y mente y labios le inspira
Puro sentimiento solo.

El quiso dar un laurel,
Y hay ciento aquí prevenidos:
Oigamos con sus oídos,
Viendo y sintiendo con él.

La virtud se ofenderia
Si en épica voz se oyera:
Su gala es ser verdadera,
Y el rubor su poesía.

Contemplad ¡cuán á deshora
Esa doncella trabaja,
Entre luz trémula y baja
Y el rosicler de la aurora.

— «¿Cuándo al reposo te entregas,
Josefa![1] Va á amanecer.»
— «¡Ay! tengo que mantener
Mi madre y mi hermana ciegas.»

— «Amalia[2], dáme tu mano;
Tu amor con tu mano pido.»
— «Son de mi padre impedido,
Mi anciana madre y mi hermano.»

— «En este claustro hallarán
Fin tus anhelos, María[3].»
— «Mi ama se quedaria,
Si yo la dejo, sin pan.

«Inseparables las dos,
De aquel propósito cedo:
Sierva del mundo me quedo
Por el servicio de Dios.»

[1] Josefa Chasco. — [2] Doña Amalia Roman y Blanco. — [3] María Candelas Rubio.

— «Niño [1], por fin te curé;
Mas tienes que abandonar
Tu ejercicio militar.»
— »Mi madre pierde mi pré.»

Mirad esa, á quien dejó
La razon sin un destello,
Feroz agarrarse al cuello
De aquella de quien nació. [2]

Persigue con furia igual
A su hermana [3] otra demente.
«¡Afuera! grita la gente.
Los locos á su hospital.»

— «¡Mi hija! ¡Mi hermana! Yo
La tendré léjos de mí,
Despues de mi muerte, sí;
Durante mi vida, no.

«Solo las fuerzas apoca
De mi larga resistencia
La lucha con la indigencia,
No el reluchar con la loca.»

Mas ¿qué desgraciado clama!
Cuatro anegándose están:
Triunfantes bramando van
El Tajuña y el Jarama.

«Ya la ropa me desciño.
Animo! no hay que temer.»
¡Acudid á esa mujer,
Que tiene en brazos un niño!

¡Envía, Dios, que lo ves,
Libertador oportuno!
Para los dos hubo uno [4];
Para hijo y madre hubo tres [5].

De tu solio á manos llenas
Vierte, Señor, bendiciones
Sobre tantos corazones [6]
Con sangre heroica en las venas.

[1] Patrocinio García, corneta de corta edad, herido en África.
[2] Doña Francisca de Diego.
[3] Doña Antonia Fuertes.
[4] Estéban Hernandez, jornalero de Arganda.
[5] Juan Gascueña, Antonio Gigorro, y Juan Manuel Mayoral.
[6] Los de los dichos y demas premiados, cuyos nombres no caben aquí.

No ha muerto aún, ya se ha visto
Con gozosa maravilla;
No ha muerto aún la semilla,
Que echó en el Gólgota Cristo.

Poniendo á los vicios dique,
Premiando el ejemplo bueno,
Se hará que en el buen terreno
Más la virtud fructifique.

Sociedad, que al bien caminas,
Cuando así le galardonas,
Valen mucho esas coronas,
Que cubren otras de espinas.

Régia mano las ciñó,
Y adquieren más precio ya.
¡Feliz quien el premio da!
¡Bendito quien le ganó!

1861.

Á CALDERON.

SONETO.

Con voz clamaste de pesar profundo,
Al contemplar la pequeñez humana:
«Sombra es la vida, como el sueño vana,
Y es fantástico bien el bien del mundo.»

Pero brillando tú claro y fecundo
Sol en los cercos de la escena hispana,
¿Cómo ilusion te pareció liviana
La fuerza de tu ingenio sin segundo!

Tú, desde el envidiado Manzanares
Al Arno, al Rhin y al Plata, mereciste
Respeto, admiracion, lauros y altares;

Y pues eterna vive tu memoria,
Con más justa razon decir debiste:
«Sueño todo será; verdad mi gloria.»

A LA PREMATURA MUERTE DEL VIRTUOSO JÓVEN Y EMINENTE ARTISTA,

DON LEONARDO ALENZA.

SONETO.

Para el mortal, en cuya sien fulgura
Del genio creador la ardiente llama,
Tiene el mundo un laurel, clarin la fama,
Y mármoles y bronce la escultura.

Para premiar á la virtud oscura,
Flor que en la soledad su olor derrama,
Tiene el Padre comun su seno, que ama
Con inefable amor, que siempre dura.

Genio en tí, Alenza, con virtud se unia:
Consiguió tu pincel famoso hacerte:
Ya este mundo te dió cuanto podia.

Dios hoy te llama á su celeste gremio:
Pero es adelantársete la muerte
Anticipar á tu virtud el premio.

1845.

EN LA CORONA POÉTICA

DEL S^R^. D. ALBERTO LISTA.

SONETO.

Yo era infeliz: contra mi suerte en vano
Luchaba sin cesar, ella vencia.
Los umbrales de Licio piso un dia:
Licio me tiende la benigna mano.

A la sagrada voz del vate anciano,
El mal huyó de la morada mia,
Y sin ceño Melpómene y Talía
Me vieron en el Pindo castellano.

Licio no existe ya: corona santa
Cíñele Dios; la patria generosa,
Hijo le llora, célebre le canta.

Y entre el aplauso y el dolor profundo,
Yo, Licio, grabo en tu modesta losa:
«Fuiste mi bienhechor: sépalo el mundo.»

1849.

LA CAMA DE MATRIMONIO.

¿Adónde va el carpintero
Con tanta madera al hombro?
— Tengo que hacer un tablado
De cama de matrimonio.
— ¿Quién se casa? — Florentina.
— Tú eres entónces el novio.
Mil enhorabuenas, Pedro.
— Mil gracias, amigo Alfonso.

¿Cómo te has hecho ese traje!
— Madre mia, no sé cómo.
Feo salió para boda;
Para mortaja es el propio.
— Rásgale, niña, ó deshazle.
— No, madre; ya no le toco.
Mala me siento hace dias:
Puede que me sirva pronto.

¿Qué trabajas, Pedro amigo,
Tan afanado y lloroso!
— Labro una cama sin piés,
La postrera que usan todos.
— ¿Quién ha muerto! — Florentina.
Por ella trabajo y lloro.
¡En ataúd se ha trocado
La cama de matrimonio!

18 de Mayo de 1854.

261

LOS AMANTES DE TERUEL,

DRAMA EN VERSO Y PROSA Y EN CUATRO ACTOS, QUE, COMPUESTO EN CINCO, SE ESTRENÓ EN MADRID EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE Á 19 DE ENERO DE 1837.

PERSONAS.

Juan Diego Martínez Garcés de Marcilla, ó Marsilla.
Isabel de Segura.
Doña Margarita.
Zulima.
Don Rodrigo de Azagra.
Don Pedro de Segura.
Don Martin Garces de Marsilla. father of Diego
Teresa.
Adel.
Osmin.

Soldados moros, cautivos, damas, caballeros, pajes, criados, criadas.

El primer acto pasa en Valencia, y los demas en Teruel. Año de 1217.

ACTO PRIMERO.

Dormitorio morisco en el alcázar de Valencia. A la derecha del espectador, una cama, junto al proscenio; á la izquierda, una ventana con celosías y cortinajes. Puerta grande en el fondo, y otras pequeñas á los lados.

ESCENA I.

ZULIMA, ADEL; JUAN DIEGO MARSILLA, adormecido en la cama: sobre ella un lienzo con letras de sangre.

ZULIMA. No vuelve en sí.
ADEL. Todavía
Tardará mucho en volver.
ZULIMA. Fuerte el narcótico ha sido.
ADEL. Poco há se lo administré. —
Dígnate de oir, señora,
La voz de un súbdito fiel,
Que orillas de un precipicio
Te ve colocar el pié.
ZULIMA. Si disuadirme pretendes,
No te fatigues, Adel.
Partir de Valencia quiero,
Y hoy, hoy mismo partiré.
ADEL. ¿Con ese cautivo!
ZULIMA. Tú
Me has de acompañar con él.
ADEL. ¿Así al esposo abandonas!
¡Un Amir, señora, un Rey!
ZULIMA. Ese Rey, al ser mi esposo,
Me prometió no tener
Otra consorte que yo.
¿Lo ha cumplido? Ya lo ves.
A traerme una rival
Marchó de Valencia ayer.
Libre á la nueva sultana
Mi puesto le dejaré.
ADEL. Considera...
ZULIMA. Está resuelto.
El renegado Zaen,
El que aterra la comarca
De Albarracin y Teruel,

Llamado por mí ha venido,
Y tiene ya en su poder
Casi todo lo que yo
De mis padres heredé,
Que es demas para vivir
Con opulencia los tres.
De la alcazaba saldremos
A poco de anochecer.

ADEL. Y ese cautivo, señora,
¿Te ama? ¿Sabès tú quién es?

ZULIMA. Es noble, es valiente, en una
Mazmorra iba á perecer
De enfermedad y de pena,
De frio, de hambre y de sed:
Yo le doy la libertad,
Riquezas, mi mano: ¿quién
Rehusa estos dones! ¡Oh!
Si ofendiera mi altivez
Con una repulsa, caro
Le costara su desden
Conmigo. Tiempo hace ya
Que este acero emponzoñé,
Furiosa contra mi aleve
Consorte Zeit Abenzeit:
Quien es capaz de vengarse
En el Príncipe, tambien
Escarmentara al esclavo,
Como fuera menester.

ADEL. ¿Qué habrá escrito en ese lienzo
Con su sangre! Yo no sé
Leer en su idioma; pero
Puedo llamar á cualquier
Cautivo...

ZULIMA. El nos lo dirá,
Yo se lo preguntaré.

ADEL. ¿No fuera mejor hablarle
Yo primero, tú despues?

ZULIMA. Le voy á ocultar mi nombre:
Ser Zoraida fingiré,
Hija de Mervan.

ADEL. ¡Mervan!
¿Sabes que ese hombre sin ley
Conspira contra el Amir!

ZULIMA. A él le toca defender
Su trono, en vez de ocuparse,
Contra la jurada fe,
En devaneos que un dia

Lugar á su ruina den.
Mas Ramiro no recobra
Los sentidos: buscaré
Un espíritu á propósito... (Vase.)

ESCENA II.

OSMIN, por una puerta lateral. — ADEL, MARSILLA.

OSMIN. ¿Se fué Zulima?
ADEL. Se fué.
Tú nos habrás acechado.
OSMIN. He cumplido mi deber.
Al ausentarse el Amir,
Con este encargo quedé.
Es más cauto nuestro dueño
Que esa liviana mujer. —
El lienzo escrito con sangre,
¿Dónde está?
ADEL. Allí. (Señalando la cama.)
OSMIN. Venga.
ADEL. Ten.
(Le da el lienzo, y Osmin lee.)
Mira si es que dice, ya
Que tú lo sabes leer,
Dónde lo pudo escribir;
Porque en el encierro aquel
Apénas penetra nunca
Rayo de luz: verdad es
Que rotas esta mañana
Puerta y cadenas hallé:
Debió, despues de romperlas,
El subterráneo correr,
Y hallando el lienzo...
OSMIN, asombrado de lo que ha leído. ¡Es posible!
ADEL. ¿Qué cosa!
OSMIN. ¡Oh, vasallo infiel!
Avisar al Rey es fuerza,
Y al pérfido sorprender.
ADEL. ¿Es este el pérfido? (Señalando á Marsilla.)
OSMIN. No;
Ese noble aragones
Hoy el salvador será
De Valencia y de su Rey.
ADEL. Zulima viene.
OSMIN. Silencio
Con ella, y al punto ve
A buscarme. (Vase.)

ADEL. Norabuena.
Así me harás la merced
De explicarme lo que pasa.

ESCENA III.

ZULIMA. — ADEL, MARSILLA.

ZULIMA. Déjame sola.
ADEL. Está bien. (Vase.)

ESCENA IV.

ZULIMA, MARSILLA.

ZULIMA. Su pecho empieza á latir
Más fuerte; así que perciba...
(Aplícale un pomito á la nariz.)
MARSILLA. ¡Ah!
ZULIMA. Volvió.
MARSILLA, incorporándose. ¡Qué luz tan viva!
No la puedo resistir.
ZULIMA, corriendo las cortinas de la ventana.
De aquella horrible mansion
Está á las tinieblas hecho.
MARSILLA. No es esto piedra, es un lecho.
¿Qué ha sido de mi prision!
ZULIMA. Mira este albergue despacio,
Y abre el corazon al gozo.
MARSILLA. ¡Señora!... (Reparando en ella.)
ZULIMA. Tu calabozo
Se ha convertido en palacio.
MARSILLA. Dí (porque yo no me explico
Milagro tal), dí, ¿qué es esto!
ZULIMA. Que eras esclavo, y que presto
Vas á verte libre y rico.
MARSILLA. ¡Libre! ¡Oh divina clemencia!
Y ¿á quién debo tal favor?
ZULIMA. ¿Quién puede hacerle mejor
Que la Reina de Valencia?
Zulima te proporciona
La sorpresa que te embarga
Dulcemente: ella me encarga
Que cuide de tu persona:
Y desde hoy ningun afan
Permitiré que te aflija.
MARSILLA. ¿Eres?...
ZULIMA. Dama suya, hija
Del valeroso Mervan.
MARSILLA. ¿De Mervan! (Aparte. ¡Ah! ¡qué recuerdo!)
(Busca y recoge el lienzo.)

ZULIMA. ¿Qué buscas tan azorado!
¿Ese lienzo ensangrentado!
MARSILLA, aparte. Si ésta lo sabe, me pierdo.
ZULIMA. ¿Qué has escrito en él?
MARSILLA. No va
Esto dirigido á ti;
Es para el Rey.
ZULIMA. No está aquí.
MARSILLA. Para la Reina será.
Haz, pues, que á mi bienhechora
Vea: por Dios te lo ruego.
ZULIMA. Conocerás aquí luégo
A la Reina tu señora.
MARSILLA. ¡Oh!...
ZULIMA. No estés con inquietud.
Olvida todo pesar:
Trata solo de cobrar
El sosiego y la salud.
MARSILLA. Defienda próvido el cielo
Y premie con altos dones
Los piadosos corazones
Que dan al triste consuelo.
Tendrá Zulima, tendrás
Tú siempre un cautivo en mí:
Hermoso es el bien por sí,
Pero en una hermosa, más.
Ayer, hoy mismo, ¿cuál era
Mi suerte! Sumido en honda
Cárcel, estrecha y hedionda,
Sin luz, sin aire siquiera;
Envuelto en infecta nube
Que húmedo engendra el terreno;
Paja corrompida, cieno
Y piedras por cama tuve.
— Hoy... si no es esto soñar,
Torno á la luz, á la vida,
Y espero ver la florida
Márgen del Guadalaviar,
Allí donde alza Teruel,
Señoreando la altura,
Sus torres de piedra oscura,
Que están mirándose en él.
No es lo más que me redima
La noble princesa mora:
El bien que me hace, lo ignora
Aún la propia Zulima.

ZULIMA. Ella siempre algun misterio
Supuso en tí, y así espera
Que me des noticia entera
De tu vida y cautiverio.
Una vez que en tu retiro
Las dos ocultas entramos,
Te oimos... y sospechamos
Que no es tu nombre Ramiro.

MARSILLA. Mi nombre es Diego Marsilla,
Y cuna Teruel me dió,
Pueblo que ayer se fundó
Y es hoy poderosa villa,
Cuyos muros, entre horrores
De lid atroz levantados,
Fueron con sangre amasados
De sus fuertes pobladores.
Yo creo que al darme ser
Quiso formar el Señor,
Modelos de puro amor,
Un hombre y una mujer,
Y para hacer la igualdad
De sus afectos cumplida,
Les dió un alma en dos partida,
Y dijo: «Vivid y amad.»
Al son de la voz creadora,
Isabel y yo existímos,
Y ambos los ojos abrímos
En un dia y una hora.
Desde los años más tiernos
Fuimos ya finos amantes;
Desde que nos vimos... ántes
Nos amábamos de vernos;
Porque el amor principió
A enardecer nuestras almas
Al contacto de las palmas
De Dios, cuando nos crió:
Y así fué nuestro querer,
Prodigioso en niña y niño,
Encarnacion del cariño
Anticipado al nacer,
Seguir Isabel y yo,
Al triste mundo arribando,
Seguir con el cuerpo amando,
Como el espíritu amó.

ZULIMA. Inclinacion tan igual
Solo dichas pronostica.

MARSILLA. Soy pobre, Isabel es rica.

ZULIMA, aparte. Respiro.
MARSILLA. Tuve un rival.
ZULIMA. ¿Sí?
MARSILLA. Y opulento.
ZULIMA. Y bien...
MARSILLA. Hizo
Alarde de su riqueza...
ZULIMA. ¿Y qué! ¿rindió la firmeza
De Isabel!
MARSILLA. Es poco hechizo
El oro para quien ama.
Su padre, sí, deslumbrado...
ZULIMA. ¿Tu amor dejó desairado,
Privándote de tu dama?
MARSILLA. Le vi, mi pasion habló,
Su fuerza exhalando toda,
Y, suspendida la boda,
Un plazo se me otorgó,
Para que mi esfuerzo activo
Juntara un caudal honrado.
ZULIMA. ¿Es ya el término pasado!
MARSILLA. Señora, ya ves... áun vivo.
Seis años y una semana
Me dieron: los años ya
Se cumplen, hoy; cumplirá
El primer dia mañana.
ZULIMA. Sigue.
MARSILLA. Un adios á la hermosa
Dí, que es de mis ojos luz,
Y combatí por la cruz
En las Navas de Tolosa.
Gané con brioso porte
Crédito allí de guerrero;
Luégo, en Francia, prisionero
Caí del Conde Monforte.
Huí, y en Siria un frances
Albigense, refugiado,
A quien habia salvado
La vida junto á Besiés,
Me dejó, al morir, su herencia:
Volviendo con fama y oro
A España, pirata moro
Me apresó y trajo á Valencia.
Y en pena de que rompió
De mis cadenas el hierro
Mi mano, profundo encierro
En vida me sepultó,

Donde mi extraño custodio,
Sin dejarse ver ni oir,
Me prolongaba el vivir,
O por piedad ó por odio.
De aquel horrendo lugar
Me sacais: bella mujer,
Sentir sé y agradecer:
Dí cómo podré pagar.

ZULIMA. No borres de tu memoria
Tan debido ofrecimiento,
Y haz por escuchar atento
Cierta peregrina historia.
Un jóven aragones
Vino cautivo al serrallo:
Sus prendas y nombre callo;
Tú conocerás quién es.
Toda mujer se lastima
De ver padecer sonrojos
A un noble: puso los ojos
En el esclavo Zulima,
Y férvido amor en breve
Nació de la compasion:
Aquí es brasa el corazon;
Allá entre vosotros, nieve.
Quiso aquel jóven huir;
Fué desgraciado en su empeño:
Le prenden, y por su dueño
Es condenado á morir.
Pero en favor del cristiano
Velaba Zulima: ciega,
Loca, le salva; — más, llega
A brindarle con su mano. total
Respuesta es bien se le dé
En trance tan decisivo:
Habla tú por el cautivo;
Yo por la Reina hablaré.

MARSILLA. Ni en desgracia ni en ventura
Cupo en mi lenguaje dolo.
Este corazon es solo
Para Isabel de Segura.

ZULIMA. Medita, y concederás
Al tiempo lo que reclama.
¿Sabes tú si es fiel tu dama!
¿Sabes tú si la verás!

MARSILLA. Me matara mi dolor,
Si fuera Isabel perjura:
Mi constancia me asegura

La firmeza de su amor.
Con espíritu gallardo,
Si quereis, daré mi vida:
Dada el alma y recibida,
Fiel al dueño se la guardo.

ZULIMA. Mira que es poco prudente
Burlar á tu soberana,
Que tiene sangre africana,
Y ama y odia fácilmente.
Y si ella sabe que cuando
Yo su corazon te ofrezco,
Por ella el dolor padezco
De ver que le estás pisando;
Volverás á tus cadenas
Y á tu negro calabozo,
Y allí yo, con alborozo
Que más encone tus penas,
La nueva te llevaré
De ser Isabel esposa.

MARSILLA. Y en prision tan horrorosa
¿Cuántos dias viviré!

ZULIMA. ¡Rayo del cielo! el traidor
Cuanto fabrico, derrumba:
Defendido con la tumba,
Se rie de mi furor.
Trocarás la risa en llanto.
Cautiva desde Teruel
Me han de traer á Isabel...

MARSILLA. ¿Quién eres tú para tanto!

ZULIMA. Tiembla de mí.

MARSILLA. Furia vana.

ZULIMA. ¡Insensato! La que ves,
No es hija de Mervan, es
Zulimà.

MARSILLA. ¡Tú la Sultana!

ZULIMA. La Reina.

MARSILLA. Toma, con eso
(Dándole el lienzo ensangrentado.)
Correspondo á tu aficion:
Entrega sin dilacion
A hombre de valor y seso
El escrito que te doy.
Sálvete su diligencia.

ZULIMA. ¡Cómo! ¿Qué riesgo?...

MARSILLA. A Valencia
Tu esposo ha de llegar hoy;
Y en llegando, tú y él y otros

A sedicioso puñal
Pereceis.

ZULIMA. ¿Qué desleal
Conspira contra nosotros!

MARSILLA. Mervan, tu padre supuesto.
Si tu cólera no estalla,
Mi labio el secreto calla,
Y el fin os llega funesto.

ZULIMA. ¿Cómo tal conjuracion
Á tí!...

MARSILLA. Frenético ayer,
La puerta pude romper
De mi encierro: la prision
Recorro, oigo hablar, atiendo...
— Junta de aleves impía
Era, Mervan presidia. —
Allí supe que volviendo
A este alcázar el Amir,
Trataban de asesinarle.
Resuélvome á no dejarle
Pérfidamente morir,
Y con roja tinta humana
Y un pincel de mi cabello
La trama en un lienzo sello,
Y el modo de hacerla vana.
Poner al siguiente dia
Pensaba el útil aviso
En la cesta que el preciso
Sustento me conducia.
Vencióme tenaz modorra,
Más fuerte que mi cuidado:
Desperté maravillado,
Fuera ya de la mazmorra.
Junta pues tu guardia, pon
Aquí un acero, y que venga
Con todo el poder que tenga
Contra tí la rebelion.

ZULIMA. Dé á la rebelion castigo
Quien tema por su poder;
No yo, que al anochecer
Huir pensaba contigo.
Poca gente, pero brava,
Que al marchar nos protegiera,
Sumisa mi voz espera
Escondida en la alcazaba.
Con ellos entre el rebato
Del tumulto, partiré;

Con ellos negociaré
Que me venguen de un ingrato.
Teme la cuchilla airada
De Zaen, el bandolero;
Tiembla, más que de su acero,
De esta daga envenenada.
¡Ay del que mi amor trocó
En frenesí rencoroso!
¡Nunca espere ser dichoso
Quien de celos me mató!

MARSILLA. ¡Zulima!... ¡Señora!...

(Vase Zulima por la puerta del fondo, y cierra por dentro.)

ESCENA V.

OSMIN. — MARSILLA.

OSMIN. Baste
De plática sin provecho.
Al Rey un favor has hecho:
Acaba lo que empezaste.

MARSILLA. ¡Cómo! ¿tú?...

OSMIN. El lienzo he leido
Que al Rey dirigiste: allí
Le ofreces tu brazo.

MARSILLA. Sí,
Armas y riesgo le pido.

OSMIN. Pues bien, dos tropas formadas
Con los cautivos están:
Serás el un capitan,
El otro Jaime Celladas.

MARSILLA. ¡Jaime está aquí! Es mi paisano,
Es mi amigo.

OSMIN. Si hay combate,
Así tendrá su rescate
Cada cautivo en la mano.
Con ardimiento lidiad.

MARSILLA. ¿Quién, de libertad sediento,
No lidia con ardimiento
Al grito de libertad!

OSMIN. Cuanto á Zulima...

MARSILLA. Tambien
Libre ha de ser.

OSMIN. No debiera;
Pero llévesela fuera
De nuestro reino Zaen.

ESCENA VI.

ADEL, SOLDADOS MOROS. — MARSILLA, OSMIN.

ADEL. Osmin, á palacio van
Turbas llegando en tumulto,
Y Zaen, que estaba oculto,
Sale aclamando á Mervan.
Zulima nos ha vendido.
OSMIN. Ya no hay perdon que le alcance.
MARSILLA. Despues de correr el lance,
Se dispondrá del vencido.
Cuando rueda la corona
Entre la sangre y el fuego,
Primero se triunfa, luégo...
OSMIN. Se castiga.
MARSILLA. Se perdona.
VOC. DENT. ¡Muera el tirano!
MARSILLA. ¡Mi espada!
¡Mi puesto!
OSMIN. Ven, ven á él.
Guarda el torreon, Adel.
ADEL. Ten tu acero. (Dásele á Marsilla.)
MARSILLA. ¡Arma anhelada!
¡Mi diestra te empuña ya!
Ella al triunfo te encamina.
Rayo fué de Palestina,
Rayo en Valencia será.

ACTO SEGUNDO.

Teruel. — Sala en casa de Don Pedro Segura.

ESCENA I.

DON PEDRO, entrando en su casa; MARGARITA, ISABEL y TERESA, saliendo á recibirle.

MARGARITA. ¡Esposo! (Arrodillándose.)
ISABEL. ¡Padre! (Arrodillándose.)
TERESA. ¡Señor!
PEDRO. ¡Hija! Margarita! Alzad.
ISABEL. Dadme á besar vuestra mano.
MARGARITA. Déjame el suelo besar
Que pisas.

TERESA, á Margarita. Vaya, señora,
Ya es vicio tanta humildad.
PEDRO. Pedazos del corazon,
No es ése vuestro lugar.
Abrazadme. (Levanta y abraza á las dos.)
TERESA. Así me gusta.
Y á mí luégo.
PEDRO. Ven acá,
Fiel Teresa.
TERESA. Fiel y franca,
Tengo en ello vanidad.
PEDRO. Ya he vuelto, por fin.
MARGARITA. Dios quiso
Mis plegarias escuchar.
PEDRO. Gustoso á Monzon partí,
Comisionado especial
Para ofrecer á Don Jaime
Las tropas que alistará
Nuestra villa de Teruel
En defensa de la paz,
Que Don Sancho y Don Fernando
Nos quieren arrebatar:
Fué Don Rodrigo de Azagra,
Obsequioso y liberal,
Acompañándome al ir,
Y me acompaña al tornar;
Mas yo me acordaba siempre
De vosotras con afan.
Triste se quedó Isabel;
Más triste la encuentro.
TERESA. Ya.
MARGARITA. ¡Teresa!
ISABEL. ¡Padre!
PEDRO. Hija mia,
Díme con sinceridad
Lo que ha pasado en mi ausencia.
TERESA. Poco tiene que contar.
MARGARITA. ¡Teresa!
TERESA. Digo bien. ¿Es
Por ventura novedad
Que Isabel suspire, y vos (á Margarita)
Receis, y ayuneis á pan
Y agua, y os andeis curando
Enfermos por caridad!
Es la vida que traeis,
Lo ménos, quince años há...
MARGARITA. Basta.

TERESA. Y hace seis cumplidos
Que no se ha visto asomar
En los labios de Isabel
Ni una sonrisa fugaz.

ISABEL, aparte. ¡Ay, mi bien!

TERESA. En fin, señor,
Del pobrecillo Don Juan
Diego de Marsilla, nada
Se sabe.

MARGARITA. Si no callais,
Venid conmigo.

TERESA. Ir con vos
Fácil es; pero callar...

(Vanse Margarita y Teresa. Don Pedro se quita la espada y la pone sobre un bufete.)

ESCENA II.

DON PEDRO, ISABEL.

PEDRO. Mucho me aflige, Isabel,
Tu pesadumbre tenaz;
Pero, por desgracia, yo
No la puedo remediar.
Esclavo de su palabra
Es el varon principal;
Tengo empeñada la mia:
La debo desempeñar.
En el honor de tu padre
No se vió mancha jamas:
Juventud honrada pide
Más honrada ancianidad.

ISABEL. No pretendo yo...

PEDRO. Por otra
Parte, parece que están
De Dios ciertas cosas. Oye
Un lance bien singular,
Y dí si no tiene traza
De caso providencial.

ISABEL. A ver.

PEDRO. En Teruel vivió
(No sé si te acordarás)
Un tal Roger de Lizana,
Caballero catalan.

ISABEL. ¿El templario?

PEDRO. Sí. Roger
Paraba en Monzon. Allá
Es voz que penas y culpas

De su libre mocedad
Trajéronle una dolencia
De espíritu y corporal,
Que vino á dejarle casi
Mudo, imbécil, incapaz.
Pacífico en su idiotez,
Permitíanle vagar
Libre por el pueblo. Un dia,
Sobre una dificultad
En mi encargo y sobre cómo
Se debiera de allanar,
Don Rodrigo y yo soltámos
Palabras de enemistad.
Marchóse enojado, y yo
Exclamé al verle marchar:
«¿Ha de ser este hombre dueño
De lo que yo quiero más?
Si la muerte puede sola
Mi palabra desatar,
Lléveme el Señor, y quede
Isabel en libertad.»

ISABEL. ¡Oh padre!

PEDRO. En esto, un empuje
Tremendo á la puerta dan,
Se abre, y con puñal en mano
Entra...

ISABEL. ¡Vírgen del Pilar!
¿Quién!

PEDRO. Roger. Llégase á mí,
Y en voz pronunciada mal,
«Uno (dijo) de los dos
La vida aquí dejará.»

ISABEL. Y ¿qué hicisteis?

PEDRO. Yo, pensando
Que bien pudiera quizas
Mi muerte impedir alguna
Mayor infelicidad,
Crucé los brazos, y quieto
Esperé el golpe mortal.

ISABEL. ¡Cielos! ¿Y Roger?

PEDRO. Roger,
Parado al ver mi ademan,
En lugar de acometerme,
Se fué retirando atras,
Mirándome de hito en hito,
Llena de terror la faz.
Asió con entrambas manos

El arma por la mitad,
Y señas distintas hizo
De querérmela entregar.
Yo no le atendí, guardando
Completa inmovilidad
Como ántes; y él, con los ojos
Fijos, y sin menear
Los párpados, balbuciente
Dijo: «Matadme, salvad
En el hueco de mi tumba
Mi secreto criminal.»

ISABEL. ¡Su secreto!

PEDRO. En fin, de estarse
Tanto sin pestañear,
El, cuyos sentidos eran
La suma debilidad,
Se trastornó, cayó; dió
La guárnicion del puñal
En tierra, le fué la punta
Al corazon á parar
Al infeliz, y á mis plantas
Rindió el aliento vital. —
Huí con espanto: Azagra,
Viniéndose á disculpar
Conmigo, me halló; le dije
Que no pisaba el umbral
De aquella casa en mi vida;
Y él, próvido y eficaz,
Avisó al Rey, y mandó
El cadáver sepultar. —
Ya ves, hija: por no ir
Yo contra tu voluntad,
Por no cumplir mi palabra,
Quise dejarme matar;
Y Dios me guardó la vida:
Su decreto celestial
Es sin duda que esa boda
Se haga por fin... — y se hará,
Si en tres dias no parece
Tu preferido galan.

ISABEL, aparte. ¡Ay de él y de mí!

ESCENA III.

TERESA. — DON PEDRO. ISABEL.

TERESA. Señor,
Acaba de preguntar

Por vos Don Martin, el padre
De Don Diego.

ISABEL, aparte. ¿Si sabrá?...

TERESA. Como es enemigo vuestro,
Le he dejado en el zaguan.

PEDRO. A enemigo noble se abren
Las puertas de par en par.
Que llegue. (Vase Teresa.) Ve con tu madre.

ISABEL, aparte. Ella á sus piés me verá
Llorando, hasta que consiga
Vencer su severidad. (Vase.)

ESCENA IV.

DON PEDRO.

Desafiados quedámos
Al tiempo de cabalgar
Yo para Monzon: el duelo
Llevar á cabo querrá.
Bien. — Pero él ha padecido
Una larga enfermedad.
Si no tiene el brazo firme,
Conmigo no lidiará.

ESCENA V.

DON MARTIN. — DON PEDRO.

MARTIN. Don Pedro Segura, seais bien venido.

PEDRO. Y vos, Don Martin Garcés de Marsilla,
Seais bien hallado: tomad una silla.

(Siéntase Don Martin, miéntras Don Pedro va á tomar su espada.)

MARTIN. Dejad vuestra espada.

PEDRO, sentándose. Con pena he sabido
La grave dolencia que habeis padecido.

MARTIN. Al fin me repuse del todo.

PEDRO. No sé...

MARTIN. Domingo Celladas...

PEDRO. ¡Fuerte hombre es, á fe!

MARTIN. Pues áun á la barra le gano el partido.

PEDRO. Así os quiero yo. Desde hoy, elegid
Al duelo aplazado seguro lugar.

MARTIN. Don Pedro, yo os tengo primero que hablar.

PEDRO. Hablad en buen hora: ya escucho. Decid.

MARTIN. Causó nuestra riña...

PEDRO. La causa omitid:
Sabémosla entrambos. Por vos se me dijo

Que soy un avaro, y os privo de un hijo.
De honor es la ofensa, precisa la lid.

MARTIN. ¿Teneisme por hombre de aliento?

PEDRO. Sí tal.
Si no lo creyera, con vos no lidiara.

MARTIN. Jamas al peligro le vuelvo la cara.

PEDRO. Sí, nuestro combate puede ser igual.

MARTIN. Será por lo mismo...

PEDRO. Sangriento, mortal.
Ha de perecer uno de los dos.

MARTIN. Oid un suceso, feliz para vos...
Feliz para entrambos.

PEDRO. Decídmele. ¿Cuál?

MARTIN. Tres meses hará que en lecho de duelo
Me puso la mano que todo lo guia.
Del riesgo asustada la familia mia,
Quiso en vuestra esposa buscar su consuelo.
Con tino infalible, con próvido celo
Salud en la villa, benéfica vierte,
Y enfermo en que airada se ceba la muerte,
Le salva su mano, bendita del cielo.
Con vos irritado, no quise atender
Al dulce consejo de amante inquietud.
«No cobre (decia) jamas la salud,
Si mano enemiga la debe traer.»
Mayor mi tesón á más padecer,
La muerte en mi alcoba plantó su bandera.
Por fin, una noche... ¡Qué noche tan fiera!
Blasfemo el dolor hacíame ser;
Pedia una daga con furia tenaz,
Rasgar anhelando con ella mi pecho...
En esto á mis puertas, y luégo á mi lecho,
Llegó un peregrino, cubierta la faz.
Ángel parecia de salud y paz...
Me habla, me consuela; benigno licor
Al labio me pone; me alivia el dolor,
Y parte, y no quiere quitarse el disfraz.
La noche que tuve su postrer visita,
Ya restablecido, sus pasos seguí.
Cruzó varias calles, viniendo hácia aquí,
Y entró en esa ruina de gótica ermita,
Que á vuestros jardines términos limita.
Detúvele entónces: el velo cayó,
Radiante la luna su rostro alumbró...
Era vuestra esposa.

PEDRO. ¡Era Margarita!

MARTIN. Confuso un momento, cobréme despues,

Y vióme postrado la nóble señora.
— Con tal beneficio, no cabe que ahora
Provoque mi mano sangriento reves.
Don Pedro Segura, decid á quién es
Deudor este padre de verse con vida,
Que está la contienda por mí fenecida.
Tomad este acero, ponedle á sus piés.
(Da su espada á Don Pedro, que la coloca en el bufete.)

PEDRO. ¡Feliz yo, que logro el duelo excusar
Con vos, por motivo que es tan lisonjero!
Si pronto me hallasteis, por ser caballero,
Cuidado me daba el ir á lidiar.
Con tal compañera, ¿quién no ha de arriesgar
Con susto la vida que lleva, dichosa!
Ella me será desde hoy más preciosa,
Si ya vuestro amigo quereisme llamar.

MARTIN. Amigos seremos. (Danse las manos.)

PEDRO. Siempre.

MARTIN. Siempre, sí.

PEDRO. Y al cabo, ¿qué nuevas teneis de Don Diego?
En hora menguada, vencido del ruego
De Azagra, la triste palabra le di.
Si ántes vuestro hijo se dirige á mí,
¡Cuánto ambas familias se ahorran de llanto!
No lo quiso Dios.

MARTIN. Yo su nombre santo
Bendigo; mas lloro por lo que perdí.

PEDRO. Pero ¿qué...!

MARTIN. Despues de la de Maurel,
Donde cayó en manos del Conde Simon,
De nadie consigo señal ni razon,
Por más que anhelante pregunto por él.
Cada dia al cielo con súplica fiel
Pido que me diga qué punto en la tierra
Sostiénele vivo, ó muerto le encierra:
Mundo y cielo guardan silencio cruel.

PEDRO. El plazo no tuvo su fin todavía.
Piedad atesora inmensa el Eterno:
Y mucho me holgara si fuera mi yerno
Quien á mi Isabel tan fino queria.
Pero si no viene, y cúmplese el dia,
Y llega la hora... por más que me pesa,
Me tiene sujeto sagrada promesa:
Si fuera posible, no la cumpliria.

MARTIN. Diligencia escasa, fortuna severa
Parece que en suerte á mi sangre cupo:
Quien á la desgracia sujetar no supo,

Sufrido se muestre cuando ella le hiera.
A Dios.

PEDRO. No han de veros de aquesa manera.
Yo quiero esta espada; la mia tomad (Dásela.)
En prenda segura de fiel amistad.

MARTIN. Acepto: un monarca llevarla pudiera.
(Vase Don Martin, y Don Pedro le acompaña.)

ESCENA VI.

MARGARITA, ISABEL.

MARGARITA, aparte, siguiendo con la vista á los dos que se retiran.
Aunque nada les oí,
Deben estar ya los dos
Reconciliados.

ISABEL, que viene tras su madre. Por Dios,
Madre, haced caso de mí.

MARGARITA. No; que es repugnancia loca
La que mostrais á un enlace,
Que de seguro nos hace
A todos merced no poca.
Noble sois; pero mirad
Que quien su amor os consagra
Es Don Rodrigo de Azagra,
Que goza más calidad,
Más bienes: en Aragon
Le acatan propios y ajenos,
Y muestra, con vos al ménos,
Apacible condicion.

ISABEL. Vengativo y orgulloso
Es lo que me ha parecido.

MARGARITA. Vuestro padre le ha creido
Digno de ser vuestro esposo.
Prendarse de quien le cuadre
No es lícito á una doncella,
Ni hay más voluntad en ella
Que la que tenga su padre.
Hoy dia, Isabel, así
Se conciertan nuestras bodas:
Así nos casan á todas,
Y así me han casado á mí.

ISABEL. ¿No hay á los tormentos mios
Otro consuelo que dar!

MARGARITA. No me teneis que mentar
Vuestros locos amoríos.
Yo por delirios no abogo.
Idos.

ISABEL. En vano esperé. (Sollozando al retirarse.)
MARGARITA. ¡Qué! ¿llorais!
ISABEL. Aun no me fué
Vedado este desahogo.
MARGARITA. Isabel, si no os escucho,
No me acuseis de rigor.
Comprendo vuestro dolor,
Y le compadezco mucho;
Pero, hija... cuatro años há
Que á nadie Marsilla escribe.
Si ha muerto...
ISABEL. ¡No, madre, vive!...
Pero ¿cómo vivirá!
Tal vez, llorando, en Sion
Arrastra por mí cadenas.
Quizá gime en las arenas
De la líbica region.
Con aviso tan funesto
No habrá querido afligirme.
Yo trato de persuadirme,
Y sin cesar pienso en esto.
Yo me propuse aprender
A olvidarle, sospechando
Que infiel estaba gozando
Caricias de otra mujer.
Yo escuché de su rival
Los acentos desabridos,
Y logré de mis oidos
Que no me sonaran mal.
Pero ¡ay! cuando la razon
Iba á proclamarse ufana
Vencedora soberana
De la rebelde pasion,
Al recordar la memoria
Un suspiro de mi ausente,
Se arruinaba de repente
La fortaleza ilusoria,
Y con ímpetu mayor,
Tras el combate perdido,
Se entraba por mi sentido
A sangre y fuego el amor.
Yo entónces á la virtud
Nombre daba de falsía,
Rabioso llanto vertia,
Y hundirme en el ataud
Juraba en mi frenesí
Antes que rendirme al yugo

De ese hombre, fatal verdugo,
Genio infernal para mí.

MARGARITA. Por Dios, por Dios, Isabel,
Moderad ese delirio:
Vos no sabeis el martirio
Que me haceis pasar con él.

ISABEL. ¡Qué! ¿mi audacia os maravilla!
Pero estando ya tan lleno
El corazon de veneno,
Fuerza es que rompa su orilla.
No á vos, á la piedra inerte
De esa muralla desnuda,
A esa bóveda que muda
Oyó mi queja de muerte,
A este suelo donde mella
Pudo hacer el llanto mio,
A no ser tan duro y frio
Como alguno que le huella,
Para testigos invoco
De mi doloroso afan;
Que, si alivio no le dan,
No les ofende tampoco.

MARGARITA. ¿Quién con ánimo sereno
La oyera! — El dolor mitiga;
De una madre, de una amiga
Ven al cariñoso seno.
Conóceme, y no te ahuyente
La faz severa que ves:
Máscara forzosa es,
Que dió el pesar á mi frente;
Pero tras ella te espera,
Para templar tu dolor,
El tierno, indulgente amor
De una madre verdadera.

ISABEL. ¡Madre mia! (Abrázanse.)

MARGARITA. Mi ternura
Te oculté... porque debí...
¡Há quince años que hay aquí
Guardada tanta amargura!
Yo hubiera en tu amor filial
Gozado, y gozar no debo
Nada ya, desde que llevo
El cilicio y el sayal.

ISABEL. ¡Madre!

MARGARITA. Temí, recelé
Dar á tu amor incentivo,
Y solo por correctivo

Severidad te mostré;
Mas oyéndote gemir
Cada noche desde el lecho,
Y á veces en tu despecho
Mis rigores maldecir,
Yo al Señor, de silencioso
Materno llanto hecha un mar,
Ofrecí mil veces dar
Mi vida por tu reposo.

ISABEL. ¡Cielos! ¡Qué revelacion
Tan grata! ¡Qué injusta he sido!
¿Que tanto me habeis querido!
¡Madre de mi corazon!
Perdonadme... ¡Qué alborozo
Siento, aunque llorar me veis!
Seis años há, más de seis,
Que tanta dicha no gozo.
Mi desgracia contemplad,
Cuando como dicha cuento
Que mis penas un momento
Aplaquen su intensidad.
Pero este rayo que inunda
En viva luz mi alma yerta,
¿Dejaréis que se convierta
En lobreguez más profunda!
Madre, madre á quien adoro,
El labio os pongo en el pié:
Mi aliento aquí exhalaré
Si no cedeis á mi lloro. (Póstrase.)

MARGARITA. Levanta, Isabel; enjuga
Tus ojos; confía... Sí:
Cuanto dependa de mí...

ISABEL. Ya veis que en rápida fuga
El tiempo desaparece.
Si pasan tres dias ¡tres!,
Todo me sobra despues,
Toda esperanza fallece.
Mi padre, por no faltar
A la palabra tremenda,
Le rendirá por ofrenda
Mi albedrío en el altar. free will
Vuestras razones imprimen
En su alma la persuasion:
En mí toda reflexion
Fuera desacato, crímen.
Y yo, señora, lo veo:
Podrá llevarme á casar;

Pero en vez de preparar
Las galas del himeneo,
Que á tenerme se limite
Una cruz y una mortaja;
Que esta gala y esta alhaja
Será lo que necesite.

MARGARITA. No, no, Isabel: cesa, cesa.
Yo en tu defensa me empeño:
No será Azagra tu dueño,
Yo anularé la promesa.
Me oirá tu padre, y tamaños
Horrores evitará.
Hoy madre tuya será
Quien no lo fué tantos años.

ESCENA VII.

TERESA. — MARGARITA, ISABEL.

TERESA. Señoras, Don Rodrigo de Azagra pide licencia para visitaros.

MARGARITA. Hazle entrar. A buen tiempo llega. (Vase Teresa.)

ISABEL. Permitid que yo me retire.

MARGARITA. Quédate en la pieza inmediata, y escucha nuestra conversacion.

ISABEL. ¿Qué vais á decir?

MARGARITA. Óyelo, y acabarás de hacer justicia á tu madre. (Vase Isabel.)

ESCENA VIII.

DON RODRIGO. — MARGARITA.

MARGARITA. Ilustre Don Rodrigo...

RODRIGO. Señora... al fin nos vemos.

MARGARITA. Honrad mi estrado, ya que la prisa de venir á mi casa no os ha dejado sosegar en la vuestra.

RODRIGO. Aquí vengo á buscar el sosiego que necesito. (Siéntase.) ¿Qué me decís de mi desdeñosa?

MARGARITA. ¿Me permitiréis que hable con toda franqueza?

RODRIGO. Con franqueza pregunto yo. — Hablad.

MARGARITA. Mi esposo os prometió la mano de su hija única; y, por él, debeis contar de seguro con ella. Pero la delicadeza de vuestro amor y la elevacion de vuestro carácter ¿se satisfarian con la posesion de una mujer, cuyo cariño no fuese vuestro?

RODRIGO. El corazon de Isabel no es ahora mio, lo sé; pero Isabel es virtuosa, es el espejo de las doncellas: cum-

plirá lo que jure, apreciará mi rendida fe, y será el ejemplo de las casadas.

MARGARITA. Mirad que su afecto á Marsilla no se ha disminuido.

RODRIGO. No me inspira celos un rival, cuyo paradero se ignora, cuya muerte, para mí, es indudable.

MARGARITA. ¿Y si volviese aún! ¿Y si ántes de cumplirse el término, se presentara tan enamorado como se fué, y con aumentos muy considerables de hacienda!

RODRIGO. Mal haria en aparecer ni ántes ni despues de mis bodas. El prometió renunciar á Isabel, si no se enriquecia en seis años; pero yo nada he prometido. Si vuelve, uno de los dos ha de quedar solo junto á Isabel. La mano que pretendemos ambos, no se compra con oro; se gana con hierro, se paga con sangre.

MARGARITA. Vuestro lenguaje no es muy reverente para usado en esta casa, y conmigo; pero os le perdono, porque me perdoneis la pesadumbre que voy á daros. Yo, noble Don Rodrigo, yo que hasta hoy consentí en vuestro enlace con Isabel, he visto por último que de él iba á resultar su desgracia y la vuestra. Tengo, pues, que deciros, como cristiana y madre; tengo que suplicaros por nuestro Señor y nuestra Señora, que desistais de un empeño, ya poco distante de la temeridad.

RODRIGO. Ese empeño es público, hace muchos años que dura, y se ha convertido para mí en caso de honor. Es imposible que yo desista. No os opongais á lo que no podréis impedir.

MARGARITA. Aunque habeis desairado mi ruego, tal vez no le desaire mi esposo.

RODRIGO. Mucho alcanzais con él: adora en vos, y lo mereceis, porque há quince años que os empleais en la caridad y la penitencia.. Pero... ¿os ha contado ya la muerte de Roger de Lizana?

MARGARITA. ¡Cómo! ¿Roger ha muerto?

RODRIGO. Sí, loco y mudo, segun estaba; desgraciadamente, segun merecia; y á los piés de Don Pedro, como era justo.

MARGARITA. ¡Cielos! Nada sabia de ese infeliz.

RODRIGO. Ese infeliz era muy delincuente, era el corruptor de una dama ilustre.

MARGARITA. ¡Don Rodrigo!

RODRIGO. La esposa más respetable entre las de Teruel.

MARGARITA. Por compasion... Si Roger ha muerto...

RODRIGO. Casi espiró en mis brazos. Yo tendí sobre el féretro su cadáver, yo hallé sobre su corazon unas cartas...

MARGARITA. ¡Cartas!

RODRIGO. De mujer... cinco... sin firma todas. Pero yo os las presentaré, y vos me diréis quién las ha escrito.

MARGARITA. ¡Callad! ¡callad!

RODRIGO. Si no, acudiré á vuestro esposo: bien conoce la letra.

MARGARITA. ¡No! ¡Dádmelas, rompedlas, quemadlas!

RODRIGO. Se os entregarán; pero Isabel me ha de entregar á mí su mano primero.

MARGARITA. ¡Oh!

RODRIGO. Dios os guarde, señora.

MARGARITA. Detenéos, oidme.

RODRIGO. Para que os oiga, venid á verlas. (Vase.)

MARGARITA. Escuchad, escuchadme. (Vase tras Don Rodrigo.)

ESCENA IX.

ISABEL, y despues TERESA.

ISABEL. ¿Qué es lo que oí! No lo he comprendido, no quiero comprender ese misterio horrible: solo entiendo que de infeliz he pasado á más. (Sale Teresa.)

TERESA. Señora, un jóven extranjero ha llegado á casa pidiendo que se le dejara descansar un rato...

ISABEL. Recíbele... déjame.

TERESA. Ya se le recibió, y le han agasajado con vino y magras; por señas que nada de ello ha probado, como si fuera moro ó judío. Aparte de esto, es muy lindo muchacho: he trabado conversacion con él, y dice que viene de Palestina.

ISABEL. ¿De Palestina!

TERESA. Yo me acordé al punto del pobre Don Diego. — Como os figurais que debe estar por allá...

ISABEL. Sí. Llámale pronto. (Vase Teresa.) ¡Vírgen piadosa! ¡Que haya sido sueño lo que pienso que oí! ¡Oh! Pensemos en el que viene de Palestina.

ESCENA X.

ZULIMA, en traje de noble aragones, TERESA. — ISABEL.

ZULIMA. El cielo os guarde.
ISABEL. Y á vos
Tambien.
ZULIMA, aparte. Mi rival es esta.
ISABEL. Mejor podeis descansar
En esta sala que fuera.
TERESA. Este mancebo, señora,
Viene de lejanas tierras,
De Jerusalen, de Jope,
De Belen... y de Judea.

ISABEL. ¿Cierto!
ZULIMA. Sí.
TERESA. Y ha conocido
Allá gente aragonesa.
ZULIMA. Un caballero traté
De Teruel.
ISABEL. ¿Cuál! ¿Quién! ¿Quién era!
Su nombre.
ZULIMA. Diego Marsilla.
ISABEL. ¡Os trajo Dios á mi puerta! —
¿Dónde le dejais?
TERESA. Entónces,
¿Era ya rico?
ZULIMA. Una herencia
Cuantïosa le dejaron
Allí.
ISABEL. Pero ¿dónde queda!
ZULIMA. Hace poco era cautivo
Del Rey moro de Valencia.
ISABEL. ¡Cautivo! ¡Infeliz!
ZULIMA. No tanto.
La esposa del Rey, la bella
Zulima, le amó.
ISABEL. ¿Le amó!
ZULIMA. ¡Sí! ¡mucho!
TERESA. ¡Qué desvergüenza!
ISABEL. Y ¿qué! ¿No viene por eso
Marsilla donde le esperan!
TERESA. ¿Se ha vuelto moro quizá!
ZULIMA, aparte. Ya que padecí, padezca.
Finjamos.
ISABEL. Hablad.
ZULIMA. No es fácil
Resistir á una princesa
Hermosa y amante: al fin
Marsilla, para con ella,
Era un miserable.
TERESA. Pero
Vamos, acabad...
ISABEL, aparte. Apénas
Vivo!
ZULIMA. El Rey llegó á saber
Lo que pasaba; la Reina
Pudo escapar, protegida
Por un bandido, cabeza
De la cuadrilla temible

Que hoy anda por aquí cerca;
Y Marsilla...

ISABEL. ¿Qué!

ZULIMA. Rogad
A Dios que le favorezca.

ISABEL. ¡Ha muerto! ¡Jesus, valedme!
(Desmáyase.)

TERESA. ¡Isabel! ¡Isabel! — ¡Buena
La habeis hecho!

ZULIMA, aparte. Sabe amar
Esta cristiana de veras;
Yo sé más, yo sé vengarme.

TERESA. ¡Señora! — ¡Paula! ¡Jimena!
(A Zulima.)
Buscad agua, llamad gente.

ZULIMA, aparte. Salgamos. — Con esta nueva,
Se casará. (Vase.)

TERESA. ¡Dios confunda
La boca ruin que nos cuenta
Noticia tan triste!... Pero
Un prójimo que no prueba
Cerdo ni vino, ¿qué puede
Dar de sí!
(Salen dos criadas que traen agua.)
Pronto aquí, lerdas.
¿Dónde estabais! A ver: dadme
El agua.

ISABEL. ¡Ay, Dios! ¡Ay, Teresa!

ESCENA XI.

MARGARITA. — ISABEL, TERESA, CRIADAS.

MARGARITA. ¿Qué sucede!

ISABEL. ¡Ay, madre mia!
Ya no es posible que venga.
Murió.

MARGARITA. ¿Quién! ¿Marsilla!

TERESA. ¿Quién
Ha de ser!

ISABEL. Y ha muerto en pena
De serme infiel.

TERESA. Una mora,
Que dicen que no era fea,
La esposa del Reyezuelo
Valenciano, buena pieza
Sin duda, nos le quitó.

ISABEL. ¡En esto paran aquellas

Ilusiones de ventura
Que alimentaba risueña!
Conmigo nacieron ¡ay!...
Se van, y el alma se llevan.
Ese infausto mensajero,
¿Dónde está! Díle que vuelva.

MARGARITA. Sí: yo le preguntaré...

TERESA. Pues como nos dé respuestas
Por el estilo... Seguidme.

(Vanse Teresa y las criadas.)

ESCENA XII.

MARGARITA, ISABEL.

ISABEL. ¿Quién figurarse pudiera
Que me olvidara Marsilla!
¡Qué sonrojo! ¡Qué vileza!
Pero ¿cómo ha sido, cómo
Fué que no lo presintiera
Mi corazon! No es verdad:
Imposible que lo sea.
Se engañó, si lo creyó,
La Sultana de Valencia.
Solo por volar á mí,
Quebrantando sus cadenas,
Dejó soñar á la mora
Con esa falaz idea.
Mártir de mi amor ha sido,
Que desde el cielo en que reina,
De su martirio me pide
La debida recompensa.
Yo se la daré leal,
Yo defenderé mi diestra:
Viuda del primer amor
He de bajar á la huesa.
Llorar libremente quiero
Lo que de vivir me resta,
Sin que pueda hacer ninguno
De mis lágrimas ofensa.
No he de ser esposa yo
De Azagra: primero muerta.

MARGARITA. ¿Tendrás valor para!...

ISABEL. Sí,
Mi desgracia me le presta.

MARGARITA. ¿Y si te manda tu padre!...

ISABEL. Diré que no.

MARGARITA. Si te ruega...

ISABEL. No.
MARGARITA. Si amenaza...
ISABEL. Mil veces
No. Podrán en hora buena,
De los cabellos asida
Arrastrarme hasta la iglesia,
Podrán maltratar mi cuerpo,
Cubrirle de áspera jerga,
Emparedarme en un claustro,
Donde lentamente muera:
Todo esto podrán, sí; pero
Lograr que diga mi lengua
Un sí perjuro, no.
MARGARITA. Bien,
Bien. Tu valor... me consuela.
(Aparte. Nada oyó: más vale así.
La culpa, no la inocencia
Debe padecer.) Ten siempre
Esa misma fortaleza,
Y no te dejes vencer,
Suceda lo que suceda.
Matrimonio sin cariño
Crímenes tal vez engendra.
Yo sé de alguna infeliz
Que dió su mano violenta...
Y... despues de larga lucha...
Desmintió su vida honesta.
Muchos años lleva ya
De dolor y penitencia...
Y al fin le toca morir,
De oprobio justo cubierta.
ISABEL. ¡Ah, madre! ¿Qué dije yo!
Me olvidé, con esa nueva,
De otra desdicha tan grande
Que á mi desdicha supera.
MARGARITA. ¡No te cases, Isabel!
ISABEL. Sí, madre: mi vida es vuestra:
Dárosla me manda Dios,
Lo manda naturaleza.
MARGARITA. ¡Hija!
ISABEL. Por fortuna mia,
Marsilla al morir me deja
El corazon sin amor
Y sin lugar donde prenda.
Por más fortuna, Marsilla
De mí se olvidó en la ausencia,
Y puso en otra mujer

El amor que me debiera.
Por dicha mayor, Azagra
Es de condicion soberbia,
Celoso, iracundo: así
Mis lágrimas y querellas
Insufribles le serán;
Querrá que yo las contenga;
No podré, se irritará,
Y me matará.

MARGARITA. ¡Me aterras,
Hija, me matas á mí!

ISABEL. Tengo yo cartas que lea:
Puede encontrármelas.

MARGARITA. ¡Oh!
Si como las tuyas fueran
Otras...

ISABEL. Y tengo un retrato
En esta joya. (Saca un relicario.)
¿Son esas
Sus facciones? Pues sabed
Que, sin estudio ni regla,
De amor guiada la mano,
Al primer ensayo diestra,
Yo supe dar á ese rostro
Semejanza tan perfecta.
Me sirvió para suplir
De Marsilla la presencia;
No le necesito ya:
Más vale que no le vea.
¡Ah! dejadme que le bese
Una vez... la última es esta.
Tomad. ¿Veis? el sacrificio
Consumo, y estoy serena,
Tranquila... como la tumba.
Imitad vos mi entereza,
Mi calma... y no me digais
Una palabra siquiera.
De mí vuestra fama pende:
La conservaréis ilesa.
Yo me casaré: no importa,
No importa lo que me cuesta. (Vase.)

ESCENA XIII.

MARGARITA.

MARGARITA. Y ¿debo yo consentir
Que la inocente Isabel,

Por mi egoismo cruel,
Se ofrezca más que á morir?
Pero ¿cómo he de sufrir
Que, perdida mi opinion,
Me llame todo Aragon
Hipócrita y vil mujer!
Mala madre me hace ser
Mi buena reputacion.
A todo me resignara
Con ánimo ya contrito,
Si al saberse mi delito,
Yo sola me deshonrara.
Pero á mi esposo manchara
Con ignominia mayor.
¡Hija infeliz en amor!
¡Hija desdichada mia!
Perdona la tiranía
De las leyes del honor.

ACTO TERCERO.

Retrete o gabinete de Isabel. Dos puertas.

ESCENA I.

ISABEL, TERESA.

Aparece Isabel, ricamente vestida, sentada en un sillon junto á una mesa, sobre la cual hay un espejo de mano, hecho de metal. Teresa está acabando de adornar á su ama.

TERESA. ¿Qué os parece el tocado? Nada, ni me oye. Que os mireis os digo; tomad el espejo. (Se le da á Isabel, que maquinalmente le toma, y deja caer la mano sin mirarse.) A esotra puerta. Miren ¡qué trazas estas de novia! — Ved ¡qué preciosa gargantilla voy á poneros! (Isabel inclina la cabeza.) Pero alzad la cabeza, Isabel. Si esto es amortajar á un difunto.

ISABEL. ¡Marsilla!

TERESA, aparte. (Dios le haya perdonado.) Ea, se concluyó. Bien estais. Ello, sí, me habeis hecho perder la paciencia treinta veces.

ISABEL. ¡Madre mia!

TERESA. Si echais ménos á mi señora, ya os he dicho que no está en casa, porque para ella, la caridad es ántes que

todo. El Juez de este año, Domingo Celladas, tenia un hijo en tierra de infieles: Jaime, ya le conoceis. Hoy, sin que hubiese noticia de que viniera, se le han encontrado en el camino de Valencia unos mercaderes, herido y sin conocimiento. Por un rastro de sangre que iba á parar á un hoyo, se ha comprendido que debieron echarle dentro; y se cree que hasta poder salir, habrá estado en el hoyo quizá más de un dia, porque las heridas no son recientes. Vuestra madre ha sido llamada para asistirle; me ha encargado que os aderece; os he puesto hecha una imágen; y ni siquiera he logrado que deis una mirada al vestido, para ver si os gusta.

ISABEL. Sí: es el último.

TERESA. ¡El dulcísimo nombre de Jesus! No lo quiera Dios, Isabelita de mi alma: no lo querrá Dios; ántes os hará tan dichosa como vos mereceis. Pero salid de ese abatimiento: mirad que ya van á venir los convidados á la boda, y es menester no darles que decir.

ISABEL, con sobresalto. ¿Qué hora es ya!

TERESA. No tardarán en tocar á vísperas ahí al lado, en San Pedro. Es la hora en que salió de Teruel Don Diego; y hasta que pase, mi señor no se considera libre de su promesa.

ISABEL. Sí, á esa hora, á esa hora misma partió... para nunca volver. En este aposento, allí, delante de ese balcon estaba yo, llorando sobre mi labor, como ahora sobre mis galas. Continuamente miraba á la calle por donde habia de pasar, para verle; ahora no miro: no le veré. Por allí vino, dirigiendo el fogoso alazan, enseñado á pararse bajo mis balcones. Por allí vino, vestida la cota, la lanza en la mano, al brazo la banda, último don de mi cariño. «Hasta la dicha ó hasta la tumba,» me dijo. «Tuya ó muerta,» le dije yo; y caí sin aliento en el balcon mismo, tendidas las manos hácia la mitad de mi alma que se ausentaba. — ¡Suya ó muerta! Y voy á dar la mano á Rodrigo. ¡Bien cumplo mi palabra!

TERESA. Hija mia, desechad esas ideas. Yo ¿qué os he de decir para consolaros! Que os he visto nacer, que habeis jugado en mis brazos y en mis rodillas... y que diera yo porque recobraseis la paz del alma y fuerais feliz ¡ay!, diera yo todos los dias que me faltan que vivir, ménos uno para verlo.

ISABEL. ¿Feliz, Teresa! Con este vestido, ¿cómo he de ser feliz! ¡Pesa tanto, me ahoga tanto!... Quítamele, Teresa. (Levantándose.)

TERESA. Señora, que viene Don Rodrigo.

ISABEL. ¡Don Rodrigo! Busca pronto á mi madre. (Vase Teresa.)

ESCENA II.

DON RODRIGO. — ISABEL.

RODRIGO. Mis ojos por fin os ven
A solas, ángel hermoso.
Siempre un amargo desden
Y un recato rigoroso
Me han privado de este bien.
— Trémula estais: ocupad
La silla.

ISABEL. ¡Ante mi señor!

RODRIGO. Esclavo diréis mejor.
Soberana es la beldad
En el reino del amor.

ISABEL. ¡Mentida soberanía!

RODRIGO. De mi rendimiento fiel,
Que dudarais no creia.
¡Si á conocer, Isabel,
Llegaseis el alma mia!...

ISABEL. ¿Para qué? Señas ha dado
Que indican su índole bella.

RODRIGO. Mi destino desastrado
Solo mostrar me ha dejado
Lo deforme que hay en ella.
Un Azagra conoceis
Orgulloso y vengativo;
Y otro por fin hallaréis,
Que en vuestro rigor esquivo
Figuraros no podeis.
El Azagra que os adora,
El Azagra para vos,
Aun no le visteis, señora;
Y nos conviene á los dos
Una explicacion ahora.

ISABEL. Mis padres pueden mandar,
Yo tengo que obedecer,
Nada pretendo saber:
Hiciera bien en callar
Quien ha logrado vencer.

RODRIGO. El vencedor, que aparece
Lleno ante vos de amargura,
Manifestaros ofrece
Que sabe lo que merece
Doña Isabel de Segura.
Os vi, y en vos admiré
Virtud y belleza rara:

Digno de vos me juzgué,
Y uniros á mí juré,
Costara lo que costara.
Maldicion más espantosa
No pudo echarme jamas
Una lengua venenosa,
Que decir: — «No lograrás
Hacer á Isabel tu esposa.
— Lidiaré, si es necesario,
Por ella con todo el orbe,
Clamaba yo de ordinario.
¡Infeliz el que me estorbe,
Competidor ó contrario!»
En mi celoso furor
Cabe hasta lo que denigre
Mi calidad y mi honor.
Amo con ira de tigre...
Porque es muy grande mi amor.
— No el vuestro, tan delicado,
Me pinteis para mi mengua:
Quizá no lo haya expresado
En seis años vuestra lengua,
Sin que me lo hayan contado.
Cuantas cartas escribió
Marsilla ausente, leí:
El su retrato no vió,
Yo sí: junto á vos aquí
Siempre tuve un guarda yo.
Ha sido mi ocupacion
Observaros noche y dia;
Y abandonaba á Monzon
Siempre que lo permitia
La marcial obligacion.
Viéndoos al balcon sentada
Por las noches á la luna,
Mi fatiga era pagada:
Jamas fué mujer ninguna
De amante más respetada.
Para romper mis prisiones,
Para defectos hallaros
Fueron mis indagaciones;
Y siempre para adoraros
Encontré nuevas razones.
Seducido el pensamiento
De lisonjeros engaños,
Un favorable momento
Espero hace ya seis años,

Y áun llegado no lo cuento.
Pero, por dicha, quizá
No deba estar muy distante.

ISABEL. ¡Qué! ¿Pensais que cesará
Mi pasion, muerto mi amante!
No; lo que yo vivirá.

RODRIGO. Pues bien, amad, Isabel,
Y decidlo sin reparo;
Que con ese amor tan fiel,
Aunque á mí me cueste caro,
Nunca me hallaréis cruel.
Mas si ese afecto amoroso,
Cuya expresion no limito,
Mantener os es forzoso,
Yo, mi bien, yo necesito
El nombre de vuestro esposo.
No más que el nombre, y concluyo
De desear y pedir:
Todas mis dichas incluyo
En la dicha de decir:
«Me tienen por dueño suyo.»
Separada habitacion,
Distinto lecho tendréis.
¿Quereis más separacion?
Vos en Teruel viviréis,
Yo en la corte de Aragon.
¿Temeis que la soledad
Bajo mi techo os consuma?
Vuestros padres os llevad
Con vos: mudaréis en suma
De casa y de vecindad.
Nunca sin vuestra licencia
Veré esos divinos ojos...
¡Ay! dádmela con frecuencia.
Si os oprimen los enojos,
Hablad, y mi diligencia
Ya un festin, ya una batida,
Ya un torneo dispondrá.
Si llorais... ¡Prenda querida!
Cuando lloreis, ¿qué os dirá
Quien no ha llorado en su vida!
Míseros ambos, hacer
Con la indulgencia podemos
Menor nuestro padecer.
Ahora, aunque nos casemos,
Me podréis aborrecer?

ISABEL. ¡Don Rodrigo! ¡Don Rodrigo! (Sollozando.)

RODRIGO. ¡Llorais? ¿Es porque me muestro
Digno de ser vuestro amigo!
¿No sufrí del odio vuestro
Bastante el duro castigo!

ISABEL. ¡Oh! no, no: mi corazon
Palpitar de odio no sabe.

RODRIGO. Ni al mirar vuestra afliccion,
Hay fuerza en mí que no acabe
Rindiéndose á discrecion.
Es ya el caso de manera,
Que el infausto desposorio
Viene á ser obligatorio
Para ambos: lo demas fuera
Dar escándalo notorio.
Pero el amor que os consagro,
Se ha vuelto á vos tan propicio,
Que si Dios en su alto juicio
Quiere obrar hoy un milagro...
Contad con un sacrificio.
Ayer, si resucitara
Mi aciago rival Marsilla,
Sin compasion le matara,
Y sin limpiar la cuchilla,
Corriera con vos al ara.
Hoy, resucitado ó no,
Si ántes que me deis el sí,
Viene... que triunfe de mí.

ISABEL. ¡Vos sí que triunfais así
De esta débil mujer!

(El llanto le ahoga la voz por unos instantes; luégo, al ver á Don Pedro y á los que le acompañan, se contiene, exclamando):

¡Oh!

ESCENA III.

DON PEDRO, DON MARTIN, DAMAS, CABALLEROS, PAJES. — ISABEL, DON RODRIGO. Despues, TERESA.

PEDRO. Hijos, el sacerdote que ha de bendecir vuestra union, ya nos está esperando en la iglesia. Tanto mis deudos, como los de Azagra me instan á que apresure la ceremonia; pero áun no ha fenecido el plazo que otorgué á Don Diego. Al toque de vísperas de un domingo, salió de su patria el malogrado jóven, seis años y siete dias hace: hasta que suene aquella señal en mi oído, no tengo libertad para disponer de mi hija. (A Don Martin.) Porque veais de qué modo cumplo mi promesa, os he rogado que vinierais aquí.

MARTIN. ¡Inútil escrupulosidad! No os detengais. No romperá mi hijo el seno de la tierra para reconveniros.

ISABEL, aparte. ¡Infeliz!

PEDRO. Fiel á lo que juré me verá desde el túmulo, cual me hallaria viviendo. (Sale Teresa.)

RODRIGO. Isabel deseará la compañía de su madre: pudiéramos pasar por casa del Juez...

TERESA. Ahora empezaba el herido á volver en su conocimiento. Si ántes de vísperas no se halla mi señora en la iglesia, es señal de que no puede asistir á los desposorios: esto me ha dicho.

PEDRO. La esperaremos en el templo. (A Don Martin.) Si la pesadumbre os permite acompañarnos, venid...

MARTIN. Excusadme el presenciar un acto, que debe serme tan doloroso.

PEDRO. Estad seguro de que miéntras no oigais las campanas, no habrá dado su mano Isabel. Estos caballeros podrán atestiguar que se esperó hasta el cabal vencimiento del plazo. Marchemos.

ISABEL, aparte. ¡Morada de mi pasado bien, á Dios para siempre!

(Vanse todos, ménos Don Martin.)

ESCENA IV.

DON MARTIN.

DON MARTIN. Con pena, con celos veo yo á Isabel dirigirse al altar. Hubo un tiempo en que la tuve por hija; hoy me quitan su filial cariño, y ella consiente. Pero ¿qué falta hace al mísero cadáver de mi hijo la constancia de la que él amó! Si su sombra necesita lágrimas, bien se puede satisfacer con las mias.

ESCENA V.

ADEL. — DON MARTIN.

ADEL. Cristiano, busco á Martin Marsilla, que está aquí, segun se me dice. ¿Eres tú?

MARTIN. Yo soy.

ADEL. ¿Qué sabes de tu hijo?

MARTIN. ¡Moro!... su muerte.

ADEL. Esa noticia... ¿quién la ha traido!

MARTIN. Un jóven forastero.

ADEL. ¿En dónde para?

MARTIN. Apénas se detuvo en Teruel: yo no pude verle.

ADEL. ¿Qué ha pasado con Jaime Celladas?

MARTIN. Le han herido gravemente al llegar á la villa: en su lecho yace todavía sin voz ni conocimiento.

ADEL. ¿Luego ¿tú nada sabes!

MARTIN. ¿Qué vas á decirme!

ADEL. Acabo de averiguar que, disfrazada con traje de hombre, ha entrado en Teruel Zulima, la esposa del Amir de Valencia.

MARTIN. ¿La que fué causa de la pérdida de mi hijo!

ADEL. El la desdeñó, y ella se ha vengado mintiendo.

MARTIN. ¿Mintiendo!

ADEL. ¡Anciano! Bendice al Señor: áun eres padre.

MARTIN. ¡Dios poderoso!

ADEL. Tu hijo libró de un asesinato pérfido al Amir de Valencia, y el Amir le ha colmado de riquezas y honores. Herido en un combate, no se le permitió caminar hasta reponerse. Jaime venia delante para anunciar su vuelta. Sígueme, y no pararé hasta poner á Marsilla en tus brazos. (Vase.)

MARTIN, alzando las manos al cielo, arrebatado de júbilo. ¡Señor! ¡Señor!

ESCENA VI.

MARGARITA. — DON MARTIN.

MARGARITA, dentro. ¡Isabel! ¡Isabel! (Sale y repara en Don Martin, que se retiraba con Adel.) Don Martin...

MARTIN, deteniéndose. Margarita, sabedlo...

MARGARITA. Sabedlo el primero. Jaime Celladas...

MARTIN. Ese moro que veis...

MARGARITA. Ha vuelto en sí.

MARTIN. Viene de Valencia.

MARGARITA. Jaime tambien.

MARTIN. Vive mi hijo.

MARGARITA. Lo ha dicho Jaime. Corred, impedid ese casamiento.

(Óyese el toque de vísperas.)

MARTIN. ¡Ah! ya es tarde.

MARGARITA. ¡Dios ha rechazado mi sacrificio!

MARTIN. ¡Hijo infeliz!

MARGARITA. ¡Hija de mis entrañas! (Vase.)

ESCENA VII.

Bosque inmediato á Teruel.

MARSILLA, atado á un árbol.

Infames bandoleros,
Que me habeis á traicion acometido,
Venid y ensangrentad vuestros aceros:
La muerte ya por compasion os pido.

— Nadie llega, de nadie soy oído:
Vuelve el eco mis voces, y parece
Que goza en mi dolor y me escarnece.
Me adelanté á la escolta que traia:
Su lento caminar me consumia.
Yo vengo con amor, ellos con oro.
— Enemigos villanos,
Los ricos dones del monarca moro
No como yo darán en vuestras manos:
Tienen quien los defienda.
Pero las horas pasan, huye el dia.
¿Qué vas á imaginar, Isabel mia!
¿Qué pensarás, idolatrada prenda,
Si esperando abrazar al triste Diego,
Corrido el plazo ves, y yo no llego!
Mas por Jaime avisados
En mi casa estarán: pronto, azorados
Con mi tardanza... Sí, ya se aproxima
Gente. ¿Quién es?

ESCENA VIII.

ZULIMA, en traje de hombre. — MARSILLA.

ZULIMA. Yo soy.
MARSILLA. ¡Cielos! ¡Zulima!
¡Tú aquí! (Aparte. Presagio horrendo!)
ZULIMA. Vecinos de Teruel vienen corriendo
A quienes más que á mí toca librarte:
Yo solo en esta parte
Me debo detener miéntras te digo
Que Isabel es mujer de Don Rodrigo.
MARSILLA. ¡Gran Dios! — Mas no: me engañas, impostora.
ZULIMA. Zaen, que llega de Teruel ahora,
Zaen ha visto dar aquella mano
Tan ansiada por tí.
MARSILLA. Finges en vano.
Tú ignoras que mi próxima llegada
Previno un mensajero.
ZULIMA. Tú no sabes
Que un tirador certero
Supo dejar tu prevision burlada,
Saliéndole al camino al mensajero.
Yo hablé con Isabel, yo de tu muerte
La noticia le di, y á los bandidos
Encargué que tu viaje detuvieran.
Yo, celebradas de Isabel las bodas,
Te las vengo á anunciar.

MARSILLA. ¿Con que es ya tarde!
ZULIMA. Mírame bien, y dúdalo si puedes.
Inútiles mercedes
El Rey te prodigó: más he podido,
Prófuga yo, que mi real marido.
Yo mi amor te ofrecí, bienes y honores,
Y te inmolé mi fe y el ser que tengo;
Tú preferiste ingrato mis rencores:
Me ofendiste cruel, cruel me vengo.
A Dios: en mi partida
Te dejo por ahora con la vida,
Miéntras padeces en el duro potro
De ver á tu Isabel en brazos de otro. (Vase.)

ESCENA IX.

MARSILLA.

MARSILLA. Monstruo, por cuya voz ruge el abismo,
Vuelve y dí que es engaño
Todo lo que te oí. (Forceja para desatarse.)
Lazos crueles,
¿Cómo me resistís! ¡Ligan cordeles
Al que hierros quebró! ¿No soy el mismo!
¡Ah! no. Mujer fatal, cortos instantes
Me quedan que vivir, si no has mentido;
Pero ¡permita Dios que mueras ántes!

ESCENA X.

ADEL, pasando por una altura. — MARSILLA.

ADEL. Rumor aquí he sentido.
Atraviesan el valle bandoleros
Con Zulima á caballo.
Yo, cueste lo que cueste,
La tengo de prender: voy á ver si hallo
Cerca mis compañeros.
MARSILLA. ¿Quién va!
ADEL. Marsilla es este.
(A voces.)
¡Aquí! ¡Por este lado, caballeros! (Vase.)

ESCENA XI.

DON MARTIN, CABALLEROS, CRIADOS. — MARSILLA.

MARTIN, dentro. El es.
MARSILLA. ¡Mi padre!
VOCES, dentro. El es.

MARSILLA. ¡Padre!
MARTIN, dentro. ¡Hijo mio!
Subid, corred, volad: libradle pronto.
(Salen caballeros y criados.)
MARSILLA. Desatadme, decidme... (Desatan á Marsilla.)
MARTIN, saliendo. ¡Hijo querido!
MARSILLA. ¡Padre!
MARTIN. Por fin te hallé.
MARSILLA. Decid... ¿Es tarde?
Yo quisiera dudar... Mi mal ¿es cierto?
MARTIN. Respóndante lás lágrimas que vierto.
Hijo del alma, á quien su hierro ardiente
La desgracia al nacer marcó en la frente,
Tu triste padre, que por verte vive,
Con dolor en sus brazos te recibe.
¿Quién tu llegada ha retardado!
MARSILLA. El cielo...
El infierno... No sé... Facinerosos...
Una mujer... Dejadme.
MARTIN. ¿La Sultana!
¿Esos bandidos que cobardes huyen
De los guerreros que conmigo traje! —
¿Te han herido!
MARSILLA. ¡Ojalá!
MARTIN. ¿Te han despojado!
MARSILLA. Nada he perdido. La esperanza solo.
MARTIN. ¡Suerte cruel! Cuando el fatal sonido
De la campana término ponia...
MARSILLA. ¡Esa tigre anunció la muerte mia!
MARTIN. ¿Lo sabes!
MARSILLA. De ella.
MARTIN. ¡Horror! Entónces era
Cuando Jaime, el sentido recobrando,
La traidora noticia desmentia.
Corro al templo á saber... Miro, enmudezco...
¡Eran esposos ya! Tu bien perdiste...
Dios lo ha querido así... Pero áun te quedan
Padres que lloren tu destino triste.
MARSILLA. El ajeno dolor no quita el mio.
¿Con qué llenais el hórrido vacío
Que el alma siente, de su bien privada!
¡Padre! sin Isabel, para Marsilla
No hay en el mundo nada.
Por eso en mi doliente desvarío
Sed bárbara de sangre me devora.
Verterla á rios para hartarme quiero,

Y cuando más que derramar no tenga,
La de mis venas soltará mi acero.

MARTIN. Hijo, modera ese furor.

MARSILLA. ¿Quién osa
Hijo llamarme ya! ¡Fuera ese nombre!
La desventura quiebra
Los vínculos del hombre con el hombre,
Y con la vida y la virtud. Ahora,
Que tiemble mi rival, tiemble la mora.
Breve será su victorioso alarde:
Para acabar con ambos áun no es tarde.

MARTIN. ¡Desgraciado! ¿qué intentas!

MARSILLA. Con el crímen
El crímen castigar. Una serpiente
Se me enreda en los piés: mi pié destroce
Su garganta infernal. Un enemigo
Me aparta de Isabel: desaparezca.

MARTIN. Hijo...

MARSILLA. Perecerá.

MARTIN. No...

MARSILLA. ¡Maldecido
Mi nombre sea, si la sangre odiosa
De mi rival no vierto!

MARTIN. Es poderoso...

MARSILLA. Marsilla soy.

MARTIN. Mil deudos le acompañan...

MARSILLA. Mi furia á mí.

MARTIN. Merézcate respeto
Ese lazo...

MARSILLA. Es sacrílego, es aleve.

MARTIN. En presencia de Dios formado ha sido.

MARSILLA. Con mi presencia queda destruido.

ACTO CUARTO.

Habitacion de Isabel en la casa de Don Rodrigo. Dos puertas á la izquierd del espectador, una en el fondo, y una ventana sin reja á la derecha.

ESCENA I.

DON PEDRO, DON MARTIN.

PEDRO. Ya cesó la vocería.

MARTIN. Ya se tranquiliza el pueblo.
Zaen en la cárcel queda
Con los demas bandoleros.

PEDRO. Milagro ha sido salvarlos
Mayor que lo fué prenderlos.
MARTIN. Y no los prenden quizá,
Si no acuden tan á tiempo
Los moros que de Valencia
Con los regalos vinieron
De su Rey para mi hijo.
¡Regalos ya sin provecho!
¡Castigue Dios á quien tiene
La culpa!
PEDRO. ¡Oh! lo hará. — Primero
Que vayamos esta noche
Los dos al Ayuntamiento,
Donde ya deben hallarse
Juntos el Juez y mi yerno,
¿Tendréis, Don Martin, á bien
Que los dos conferenciemos
Un rato?
MARTIN. Hablad.
PEDRO. Aquí está
Zulima.
MARTIN. Bien me dijeron
Los moros.
PEDRO. En esta calle
Arremetió con los presos
Un tropel de gente; y ella,
Puesta en libertad en medio
Del tumulto, se arrojó
Por estas puertas adentro.
MARTIN. Confesad que Don Rodrigo.
La salvó.
PEDRO. No lo confieso...
Porque no lo vi.
MARTIN. Yo, en suma,
No diré que fué mal hecho:
El debe á la mora estar
Agradecido en extremo.
Por ella logra la mano
De Isabel.
PEDRO. Resentimiento
Justo mostrais; pero yo,
Que he sido enemigo vuestro,
Necesito de vos hoy.
MARTIN. Aquí me teneis, Don Pedro.
PEDRO. Sois quien sois. — Esa mujer
Nos pone en terrible aprieto.

Ya veis, los moros reclaman
Su entrega con mucho empeño.

MARTIN. Y miéntras el Juez resuelve,
Cercada se ve por ellos
Esta casa.

PEDRO. Y bien, ¿quisierais
Que entre vos y yo, de un riesgo
Libráramos á Teruel?

MARTIN. Crímen fuera no quererlo.

PEDRO. Si en la junta de la villa
Negamos, como debemos,
La entrega de la Sultana,
Va á ser enemigo nuestro
El Rey de Valencia, y puede
Gravísimo daño hacernos.

MARTIN. Y el que recibimos ambos
De su mujer, ¿es pequeño!

PEDRO. Pero es mujer, y nosotros
Cristianos y caballeros.

MARTIN. Proseguid.

PEDRO. El compromiso
Queda evitado, si hacemos
Que huya en el instante.

MARTIN. Hagámoslo.
— Págueme Dios el esfuerzo
Que me cuesta no vengarme.
Disponed.

PEDRO. Con un pretexto
Llevad los moros de aquí:
De vos harán caso.

MARTIN. Creo
Que sí.

PEDRO. Lo demas es fácil.
Puesta ya en salvo, diremos
Que ella huyó por sí.

MARTIN. Voy pues,
Y ya que la mano tiendo
Al uno de los autores
De mi desventura, quiero
Dársela tambien al otro.
Decid al dichoso dueño
De esta casa y de Isabel,
Que mire en estos momentos
Por su vida: que mi hijo
Va, loco de sentimiento
Y de furor, en su busca
Por Teruel; y, ¡vive el cielo

Que, doliente como está,
Valor le sobra al mancebo
Para vengar!... Perdonadme.
A Dios. Voy á complaceros,
Y á buscarle y conducirle
Esta noche misma léjos
De unos lugares en donde
Vivimos los dos muriendo.

(Vase por la puerta de la izquierda, más cercana al proscenio.)

PEDRO. Id con Dios. — ¡Padre infeliz!
¿Y nosotros! Me estremezco
Al pensar en Isabel,
Cuando de todo el suceso
Llegue á enterarse.

ESCENA II.

TERESA. — DON PEDRO.

TERESA, dentro. ¡Favor,
Que me vienen persiguiendo! (Sale.)
PEDRO. ¡Teresa! ¿Qué hay! ¿Quién te sigue!
TERESA. Las ánimas del infierno...
Las del purgatorio... No
Sé cuáles; pero las veo,
Las oigo...
PEDRO. Mas ¿qué sucede!
TERESA. ¡Ay! Muerta de susto vengo.
¡Ay! — Isabel me ha enviado
Por mi señora corriendo,
Que volvió, no sé por qué,
A la casa del enfermo;
Y ántes de llegar, he visto
En un callejon estrecho,
Junto á la ermita caida...
¡Jesus! convulsa me vuelvo
A casa.
PEDRO. ¿Qué viste! Dí.
TERESA. Una fantasma, un espectro
Todo parecido, todo,
Al pobrecito Don Diego.
PEDRO. Calla: no te oiga Isabel.
Guarda con ella silencio. —
Marsilla ha venido, y ella
No lo sabe.
TERESA. Pero, ¿es cierto
Que vive!
PEDRO. ¿No ha de ser!

TERESA. ¡Ay!
Pues otra desgracia temo.
PEDRO. ¿Cuál!
TERESA. No lo aseguraré,
Por si es aprension del miedo;
Sin embargo, yo creí
Ver que se llevaba el muerto
Asido del brazo al novio.
PEDRO. ¿Qué dices!
TERESA. Aun traigo el eco
De su voz en los oídos.
Con alarido tremendo
Decia: «Vas á morir;
Has de morir. — Lo veremos,»
Replicaba Don Rodrigo;
Y echando votos y retos,
Iban los dos como rayos
Camino del cementerio.
Yo, señor, ya les recé
La salve y el padre nuestro
En latin.
PEDRO. Se han encontrado,
Y van á tener un duelo.
Esto es ántes.

ESCENA III.

ISABEL, por la segunda puerta del lado izquierdo. — DON PEDRO, TERESA.

ISABEL. ¡Padre!
PEDRO. Aguárdame
Aquí: pronto volveremos
Tu madre, tu esposo y yo.
Venid, Teresa. (Vanse los dos.)
ISABEL. ¿Qué es esto!
¡Mi padre me deja sola,
Cuando con tanto secreto
Un moro me quiere hablar!
Sin duda están sucediendo
Cosas extrañas aquí.
(Acércase á la segunda puerta.)
Llegad. Al mirarle, tiemblo.

ESCENA IV.

ADEL. — ISABEL.

ADEL. Cristiana, brillante honor
De las damas de tu ley,

Yo imploro, en nombre del Rey
De Valencia, tu favor.

ISABEL. ¿Mi favor!

ADEL. Tendrás noticia
De que salió de su corte
Zulima, su infiel consorte,
Huyendo de su justicia.

ISABEL. Sí.

ADEL. Mi señor decretó
Con rectitud musulmana
Castigar á la Sultana,
Ya que á Marsilla premió.

ISABEL. ¡Premiar!... ¿Ignoras, cruel,
Que le dió muerte sañuda!

ADEL. Tú no le has visto, sin duda,
Entrar como yo en Teruel.

ISABEL. ¡Marsilla en Teruel!

ADEL. Sí.

ISABEL. Mira
Si te engañas.

ADEL. Mal pudiera.
Infórmate de cualquiera,
Y mátenme si es mentira.

ISABEL. No es posible. — ¡Ah! ¡sí! que siendo
Mal, no es imposible nada.

ADEL. Por la villa alborotada
Tu nombre va repitiendo.

ISABEL. ¡Eterno Dios! ¡Qué infelices
Nacimos! — ¿Cuándo ha llegado!
¿Cómo es que me lo han callado!
— Y tú, ¿por qué me lo dices!

ADEL. Porque estás, á mi entender,
En grave riesgo quizá.

ISABEL. Perdido Marsilla, ya
¿Qué bien tengo que perder!

ADEL. Con viva lástima escucho
Tus ansias de amor extremas;
Pero aunque tú nada temas,
Yo debo decirte mucho.
Marsilla á mi Rey salvó
De unos conjurados moros,
Y el Rey vertió sus tesoros
En él, y aquí le envió.
El despreció la liviana
Inclinacion de la infiel...

ISABEL. ¡Oh! ¡Sí!

ADEL. Y airada con él,

Vino, y se vengó villana
Contando su falso fin.

ISABEL. ¡Ella!

ADEL. Con una gavilla
De bandidos, á Marsilla
Detuvo, ya en el confin
De Teruel, donde veloces
Corriendo en tropel armado,
Le hallámos á un tronco atado,
Socorro pidiendo á voces.

ISABEL. Calla, moro: no más.

ADEL. Pasa
Más, y es bien que te aperciba.
— La Sultana fugitiva
Se ha refugiado en tu casa:
En esta.

ISABEL. ¡Aquí mi rival!

ADEL. Tu esposo la libertó.

ISABEL. ¡Ella donde habito yo!

ADEL. Guárdate de su puñal.
Por celos allá en Valencia
Matar á Marsilla quiso.

ISABEL. A tiempo llega el aviso.

ADEL. Confirma tú la sentencia,
Que justo lanzó el Amir.
Por esa mujer malvada,
Para siempre separada
De Marsilla has de vivir.
Ella te arrastra al odioso
Tálamo de Don Rodrigo.
Envíala tú conmigo
Al que le apresta su esposo,
Pena digna del ultraje
Que siente.

ISABEL. Sí, moro, salga
Pronto de aquí, no le valga
El fuero del hospedaje.
Como perseguida fiera
Entró en mi casa: pues bien,
Al cazador se la den,
Que la mate donde quiera.
Mostrarse de pecho blando
Con ella, fuera rayar
En loca: voy á mandar
Que la traigan arrastrando.
Sean de mi furia jueces
Cuantas pierdan lo que pierdo.

¡Jesus! Cuando yo recuerdo
Que hoy pude... ¡Jesus mil veces!
No le ha de valer el llanto,
Ni el ser mujer, ni ser bella,
Ni Reina. ¡Si soy por ella
Tan infeliz! tanto, tanto!...
Díme, pues, dí: tu señor,
¿Qué suplicio le impondrá?

ADEL. Una hoguera acabará
Con su delincuente amor.

ISABEL. ¡Su amor! ¡Amor desastrado!
Pero es amor...

ADEL. Y ¿es bastante
Esa razon!...

ISABEL. ¡Es mi amante
Tan digno de ser amado!
Le vió, le debió querer
En viéndole. — ¡Y yo, que hacia
Tanto que no le veia...
Y ya no le puedo ver!
— Moro, la víctima niego
Que me vienes á pedir:
Quiero yo darle á sufrir
Castigo mayor que el fuego,
Ella con feroz encono
Mi corazon desgarró...
Me asesina el alma... yo
La defiendo, la perdono. (Vase.)

ESCENA V.

ADEL.

He perdido la ocasion.
Suele tener esta gente
Acciones, que de un creyente
Propias en justicia son.
Yo dejara con placer
Este empeño abandonado;
Pero el Amir lo ha mandado,
Y es forzoso obedecer. (Vase.)

ESCENA VI.

MARSILLA, por la ventana.

Jardin... una ventana... y ella luégo.
Jardin abierto hallé y hallé ventana;
Mas ¿dónde está Isabel? — Dios de clemencia,

Detened mi razon, que se me escapa;
Detenedme la vida, que parece
Que de luchar con el dolor se cansa.
Siete dias hace hoy, ¡qué venturoso
Era en aquel salon! Sangre manaba
De mi herida, ¡es verdad! pero agolpados
Al rededor de mi lujosa cama,
La tierna historia de mi amor oian
Los guerreros, el pueblo y el Monarca,
Y entre piadoso llanto y bendiciones —
«Tuya será Isabel» — juntos clamaban
Súbditos y Señor. Hoy no me ofende
Mi herida, rayos en mi diestra lanza
El damasquino acero... — No le traigo...
¡Y hace un momento que con dos me hallaba!
— Salvo en Teruel y vencedor, ¿qué angustia
Viene á ser esta que me rinde el alma,
Cuando acabada la cruel ausencia,
Voy á ver á Isabel!

ESCENA VII.

ISABEL. — MARSILLA.

ISABEL. Por fin se encarga
Mi madre de Zulima.
MARSILLA. ¡Cielo santo!
ISABEL. ¡Gran Dios!
MARSILLA. ¿No es ella?
ISABEL. ¡El es!
MARSILLA. ¡Prenda adorada!
ISABEL. ¡Marsilla!
MARSILLA. ¡Gloria mia!
ISABEL. ¿Cómo ¡ay! cómo
Te atreves á poner aquí la planta?
Si te han visto llegar... ¿A qué has venido!
MARSILLA. Por Dios... que lo olvidé. Pero ¿no basta,
Para que hácia Isabel vuele Marsilla,
Querer, deber, necesitar mirarla!
¡Oh! ¡qué hermosa á mis ojos te presentas!
Nunca te vi tan bella, tan galana...
Y un pesar sin embargo indefinible
Me inspiran esas joyas, esas galas.
Arrójalas, mi bien; lana modesta,
Cándida flor, en mi jardin criada,
Vuelvan á ser tu virginal adorno:
Mi amor se asusta de riqueza tanta.
ISABEL, aparte. (¡Delira el infeliz! Sufrir no puedo

Su dolorida, atónita mirada.)
¿No entiendes lo que indica el atavío,
Que no puedes mirar sin repugnancia!
Nuestra separacion.

MARSILLA. ¡Poder del cielo!
Sí. ¡Funesta verdad!

ISABEL. ¡Estoy casada!

MARSILLA. Ya lo sé. Llegué tarde. Vi la dicha,
Tendí las manos, y voló al tocarla.

ISABEL. Me engañaron: tu muerte supusieron
Y tu infidelidad.

MARSILLA. ¡Horrible infamia!

ISABEL. Yo la muerte creí.

MARSILLA. Si tú vivias,
Y tu vida y la mia son entrambas
Una sola no más, la que me alienta,
¿Cómo de tí sin tí se separara!
Juntos aquí nos desterró la mano
Que gozo y pena distribuye sábia:
Juntos al fin de la mortal carrera
Nos toca ver la celestial morada.

ISABEL. ¡Oh! ¡si me oyera Dios!...

MARSILLA. Isabel, mira,
Yo no vengo á dar quejas: fueran vanas.
Yo no vengo á decirte que debiera
Prometerme de tí mayor constancia,
Cumplimiento mejor del tierno voto
Que invocando á la Madre inmaculada,
Me hiciste amante la postrera noche
Que me apartó de tu balcon el alba. —
«Para tí (sollozando me decias),
¡O si no, para Dios!» — ¡Dulce palabra,
Consoladora fiel de mis pesares
En los ardientes páramos del Asia
Y en mi cautividad! Hoy ni eres mia,
Ni esposa del Señor. Dí, pues, declara
(Esto quiero saber) de qué ha nacido
El prodigio infeliz de tu mudanza.
Causa debe tener.

ISABEL. La tiene.

MARSILLA. Grande.

ISABEL. Poderosa, invencible: no se casa
Quien amaba cual yo, sino cediendo
A la fuerza mayor en fuerza humana.

MARSILLA. Dímelo pronto, pues, dílo.

ISABEL. Imposible.
No has de saberlo.

MARSILLA. Sí.
ISABEL. No.
MARSILLA. Todo.
ISABEL. Nada.
Pero tú en mi lugar tambien el cuello
Dócil á la coyunda sujetaras.
MARSILLA. Yo no, Isabel, yo no. Marsilla supo
Despreciar una mano soberana
Y la muerte arrostrar, por quien ahora
La suya vende y el por qué le calla.
ISABEL, aparte. (¡Madre, madre!)
MARSILLA. Responde.
ISABEL, aparte. (¿Qué le digo!)
Tendré que confesar... que soy culpada.
¿Cómo no lo he de ser! Me ves ajena.
Perdóname... Castígame por falsa, (llora.)
Mátame, si es tu gusto... Aquí me tienes,
Para el golpe mortal arrodillada.
MARSILLA. Ídolo mio, no; yo sí que debo
Poner mis labios en tus huellas. Alza.
No es de arrepentimiento el lloro triste
Que esos luceros fúlgidos empaña;
Ese llanto es de amor, yo lo conozco,
De amor constante, sin doblez, sin tacha,
Ferviente, abrasador, igual al mio.
¿No es verdad, Isabel! Dímelo franca:
Va mi vida en oírtelo.
ISABEL. ¿Prometes
Obedecer á tu Isabel!
MARSILLA. ¡Ingrata!
¿Cuándo me rebelé contra tu gusto!
Mi voluntad, ¿no es tuya! Dispon, habla.
ISABEL. Júralo.
MARSILLA. Sí.
ISABEL. Pues bien... Yo te amo. — Véte.
MARSILLA. ¡Cruel! ¿Temiste que ventura tanta
Me matase á tus piés, si su dulzura
Con venenosa hiel no iba mezclada!
¿Cómo esas dos ideas enemigas
De destierro y de amor hiciste hermanas!
ISABEL. Ya lo ves, no soy mia; soy de un hombre
Que me hace de su honor depositaria,
Y debo serle fiel. Nuestros amores
Mantuvo la virtud libres de mancha:
Su pureza de armiño conservemos. —
Aquí hay espinas, en el cielo palmas.
Tuyo es mi amor y lo será: tu imágen

Siempre en el pecho llevaré grabada,
Y allí la adoraré: yo lo prometo,
Yo lo juro; mas huye sin tardanza.
Libértame de tí, sé generoso:
Libértame de mí...

MARSILLA. No sigas, basta.
¿Quieres que huya de tí! Pues bien, te dejo.
Valor... y separémonos. — En paga,
En recuerdo, si no, de tantas penas
Con gozo por tu amor sobrellevadas,
Permite, Isabel mia, que te estrechen
Mis brazos una vez...

ISABEL. Deja á la esclava
Cumplir con su señor.

MARSILLA. Será el abrazo
De un hermano dulcísimo á su hermana,
El ósculo será que tantas veces
Cambió feliz en la materna falda
Nuestro amor infantil.

ISABEL. No lo recuerdes.

MARSILLA. Ven...

ISABEL. No: jamas.

MARSILLA. En vano me rechazas.

ISABEL. Detente... ó llamo...

MARSILLA. ¿A quién! ¿A Don Rodrigo!
No te figures que á tu grito salga.
No lisonjeros plácemes oyendo,
Su vanidad en el estrado sacia,
No; léjos de los muros de la villa,
Muerde la tierra que su sangre baña.

ISABEL. ¡Qué horror! ¿Le has muerto!

MARSILLA. ¡Pérfida! ¿te afliges!
Si lo llego á pensar, ¿quién le librara!

ISABEL. ¿Vive!

MARSILLA. Merced á mi nobleza loca,
Vive: apénas cruzamos las espadas,
Furiosa en él se encarnizó la mia:
Un momento despues, hundido estaba
Su orgullo en tierra, en mi poder su acero.
¡Oh! ¡maldita destreza de las armas!
¡Maldito el hombre que virtudes siembra,
Que le rinden cosecha de desgracias!
No más humanidad, crímenes quiero.
A ser cruel tu crueldad me arrastra,
Y en tí la he de emplear. Conmigo ahora
Vas á salir de aquí.

ISABEL. ¡No, no!

MARSILLA. Se trata
De salvarte, Isabel. ¿Sabes qué dijo
El cobarde que lloras desolada,
Al caer en la lid! «Triunfante quedas;
Pero mi sangre costará bien cara.»
ISABEL. ¿Qué dijo? ¿Qué?
MARSILLA. «Me vengaré en Don Pedro,
En su esposa, en los tres: guardo las cartas.»
ISABEL. ¡Jesus!
MARSILLA. ¿Qué cartas son!...
ISABEL. ¡Tú me has perdido!
La desventura sigue tus pisadas.
¿Dónde mi esposo está! Dímelo pronto,
Para que fiel á socorrerle vaya,
Y á fuerza de rogar venza sus iras.
MARSILLA. ¡Justo Dios! Y ¡decia que me amaba!
ISABEL. ¿Con su pasion funesta reconvienes
A la mujer del vengativo Azagra!
¡Te aborrezco! (Vase.)

ESCENA VIII.

MARSILLA. ¡Gran Dios! Ella lo dice.
Con furor me lo dijo: no me engaña.
Ya no hay amor allí. Mortal veneno
Su boca me arrojó, que al fondo pasa
De mi seno infeliz, y una por una,
Rompe, rompe, me rompe las entrañas.
Yo con ella, por ella, para ella
Viví... Sin ella, sin su amor, me falta
Aire que respirar... ¡Era amor suyo
El aire que mi pecho respiraba!
Me le negó, me le quitó: me ahogo,
No sé vivir.
VOCES, dentro. Entrad, cercad la casa.

ESCENA IX.

ISABEL, trémula y precipitada. — MARSILLA.

ISABEL. Huye, que viene gente, huye.
MARSILLA, todo trastornado. No puedo.
VOCES, dentro. ¡Muera, muera!
MARSILLA. Eso sí.
ISABEL. Ven.
MARSILLA. ¡Dios me valga!
(Isabel le ase la mano y se entra con él por la puerta del fondo.)

ESCENA X.

ADEL, huyendo de varios CABALLEROS, con espadas desnudas; Don PEDRO, MARGARITA, CRIADOS. — ISABEL y MARSILLA, dentro.

CABALLER. ¡Muera, muera!
PED. y MAR. Escuchad.
ADEL. Aragoneses,
Yo la sangre vertí de la Sultana;
Pero el Rey de Valencia, esposo suyo,
Tras ella me envió para matarla.
Consorte criminal, amante impía,
La muerte de Marsilla maquinaba,
La muerte de Isabel...
ISABEL, dentro. ¡Ay!!!
ADEL. Ved en prueba
Esta punta sutil envenenada.
(Muestra el puñal de Zulima.)
Marsilla lo que digo corrobore.
Cerca de aquí ha de estar.
(Abrese la puerta del fondo, y sale por ella Isabel, que se arroja en brazos de Margarita. Marsilla aparece caido en un escaño.)

ESCENA XI.

ISABEL. — DICHOS.

ISABEL. ¡Madre del alma!
ADEL. Vedle allí...
MARGARITA. ¡Santo Dios!
PEDRO. Inmóvil...
ISABEL. ¡Muerto!
ADEL. Cumplió Zulima su feroz venganza.
ISABEL. No le mató la vengativa mora.
Donde estuviera yo, ¿quién le tocara!
Mi desgraciado amor, que fué su vida...
Su desgraciado amor es quien le mata.
Delirante le dije: «Te aborrezco:»
El creyó la sacrílega palabra,
Y espiró de dolor.
MARGARITA. Por todo el cielo...
ISABEL. El cielo que en la vida nos aparta,
Nos unirá en la tumba.
PEDRO. ¡Hija!
ISABEL. Marsilla
Un lugar á su lado me señala.

MARGARITA. ¡Isabel!
PEDRO. ¡Isabel!
ISABEL. Mi bien, perdona
Mi despecho fatal. Yo te adoraba.
Tuya fuí, tuya soy: en pos del tuyo
Mi enamorado espíritu se lanza.

(Dirígese adonde está el cadáver de Marsilla; pero ántes de llegar, cae sin aliento con los brazos tendidos hácia su amante.)

JUAN DE LAS VIÑAS,

COMEDIA EN DOS ACTOS EN PROSA,

ESTRENADA EN MADRID, EN EL TEATRO DE LA CRUZ,
Á 12 DE MARZO DE 1844.

PERSONAS.

JUAN DE LAS VIÑAS.
DON VENANCIO.
LEOCADIA.
DON GORGONIO.
DON LUCIO.
UN ALCALDE.
UN CABALLERIZO DE S. M.
CRIADOS.
CRIADAS.
ALGUACILES.

La accion pasa extramuros de Madrid, á principios del siglo XVIII.

ACTO PRIMERO.

Vista de las afueras de Madrid desde el camino de Vallecas; en un ángulo del fondo, una casilla de campo con puerta y balcon practicables.

ESCENA I.

JUAN DE LAS VIÑAS, y despues DON GORGONIO.

JUAN. Pasado el convento de Atocha, la segunda casa de campo, á la izquierda del camino de Vallecas: esta es. (Llégase y llama.) ¡Ah de la gente! ¡Ave María purísima!

GORGONIO, dentro. ¿Quién es?

JUAN. ¿No vive aquí don Gorgonio Grajales Ladron de Guevara?

GORGONIO, dentro. Está fuera.

JUAN. Pues lo que es su voz se ha quedado dentro. Si le conozco yo á usted.

GORGONIO, dentro. No puedo yo decir de usted otro tanto.

JUAN. Soy Juanillo, el de Cuenca, el hijo de la señora Bárbara, su vecina de usted, su administrada de usted, la que se quedó pereciendo por su maña de usted.

GORGONIO, al balcon. En efecto, es el mismísimo Juan de las Viñas, tan agudo como siempre.

JUAN. Para lo que usted guste mandar.

GORGONIO. Yo esperaba que no hubieses encontrado nunca mi casa.

JUAN. Pues ya ve usted que soy más hábil de lo que usted se figura.

GORGONIO. Y ¿qué es lo que quieres de mí?

JUAN. No es dinero ni cosa que lo valga, porque entónces excusado era el viaje.

GORGONIO. Tú me haces justicia.

JUAN. Pero acaso tendrá usted una carta de mi madre para mí, y vengo por ella.

GORGONIO. ¿Nada más?

JUAN. Y ¿qué más?

GORGONIO. ¿De veras!

JUAN. ¿Me ha cogido usted alguna vez en mentira!

GORGONIO. Tienes razon: tú, aunque simple, eres un buen muchacho; y si te vas pronto y no vuelves, el mejor del mundo. Aguarda; que bajo á abrir. (Aparte.) Todo lo ignora aún: no hay que andar con recelo. (Quítase del balcon.)

ESCENA II.

JUAN; y luégo, DON LUCIO, embozado.

JUAN. Nada ha mudado el buen señor: tan berrugo y tan desconfiado es en Madrid como en Cuenca.

LUCIO, saliendo. Mocito, mocito, mocito. ¡Caramba con el mocito! ¿Oye usted, buen hombre!

JUAN. Oigo, sí señor.

LUCIO. ¿Hace rato que anda usted por aquí?

JUAN. Sí, señor.

LUCIO. ¿Ha visto usted por aquí una calesa?

JUAN. Sí, señor.

LUCIO. ¿Se ha marchado ya?

JUAN. Sí, señor.

LUCIO. ¿Como si el calesero se hubiese cansado de esperar?

JUAN. Sí, señor, como si hubiese perdido un viaje, y le hubiera salido otro.

LUCIO. ¡Carambita, carambola, caramba! ¡Maldita sea la prisa del calesero y la tardanza mia!

JUAN. Amén, por la parte que á usted le toque.

LUCIO. ¿Ha echado usted la vista hácia aquella huerta?

JUAN. No, señor.

LUCIO. ¿Hácia aquella puerta falsa?

JUAN. No, señor.

LUCIO. ¿No ha visto usted salir por allí una dama jóven?

JUAN. No, señor.

LUCIO. ¿Una tapada?

JUAN. No, señor.

LUCIO. ¿Ni asomarse á lo ménos?

JUAN. Ni áun eso. — Caballerito, ¿quisiera usted decirme...?

LUCIO. ¿Cómo! ¿Usted me viene con preguntas! ¿Usted trata de sonsacarme! ¿Es usted algun espía colocado aquí por el padre de la muchacha!

JUAN. ¡Yo!

LUCIO. Si dice usted una palabra de lo que le he descubierto, si dice usted que me ha visto siquiera...

JUAN. ¿Qué sucederá entónces?

LUCIO. Tenga usted entendido que, aunque me han criado para abate, soy hombre de humos.

JUAN. ¿Pretende usted que le abra yo en los cascos una chimenea!

LUCIO. A fe de Lucio Quiñones, que si usted chista, le atravieso de un espadinazo. (Aparte. Voy á ver si encuentro otro calesero que fie.) ¡Carambita, carambola, caramba! (Vase.)

JUAN. El abate en ciernes amenaza y se escurre. No sé cómo me he detenido en sacar la tizona. Pero ¿quién se mete con un chisgaravís semejante!

ESCENA III.

DON GORGONIO, JUAN.

GORGONIO. Esta es la carta, la cual vino cerrada dentro de la mia. En justicia, me debias abonar la mitad del porte.

JUAN. ¡Para abonos estoy! Si soy dueño de un mai.... llévele el diablo á usted.

GORGONIO. No gusto de oir juramentos ni lástimas: adios.

JUAN. ¿No quiere usted auxiliarme con un consejo!

GORGONIO. Lo que es auxiliarte, lo haria yo de muy buena gana. Dí.

JUAN. Pues, señor, ya sabe usted que mi madre poseia algunos bienes en Cuenca.

GORGONIO. Por cierto que nadie atinaba cómo los habia adquirido, excepto yo.

JUAN. Sabe usted que empezamos á venir á ménos desde que fué usted nuestro administrador.

GORGONIO. Casualidades desgraciadas.

JUAN. Y usted empezó á ir á más.

GORGONIO. Casualidades venturosas.

JUAN. Sabe usted que abracé varias profesiones, y que me las hicieron dejar.

GORGONIO. No lo digo por alabarte; pero ¡eras tan inepto para todas!

JUAN. ¡Inepto, sí, inepto! Lo que yo sé decir es que me puse á alcabalero; y porque no quise defraudar de sus derechos á la Real Hacienda, los tratantes (que no podian verme) no pararon hasta hacer que se me destituyera de órden de su majestad, don Felipe V. Me puse á mayordomo de un señor; y porque no sisaba con la señora, hizo que su marido me plantara de patitas en la calle. Entré de oficial en una escribanía; y porque rehusé hacer una trampa, mi principal me aconsejó que tomara otro modo de vivir, porque no servia

para la curia. ¿Fué esto ineptitud, ó fué cumplir con mi obligacion?

GORGONIO. Cierto que tu obligacion era cobrar la alcabala; pero como los derechos eran exorbitantes, tú, por servir al Rey, desollabas á tus convecinos. Cierto que tu obligacion era mirar por los intereses de tu amo; pero los bienes eran del ama, y entre él y tú no le dejabais manejar un maravedí. Cierto que tu obligacion era ejercer legalmente la curia; pero la trampa que te propusieron era de las que llaman legales, y se intentaba para detener los efectos de otra de la parte contraria. Tú obraste honradamente; pero como hiciste daño, natural era que te le hiciesen á ti.

JUAN. Pues: eso mismo me decia todo el mundo; y cada vez que lo oia, me daban unos berrenchines de desesperacion, que ya. — «¡Hola!» exclamé yo entónces: «¿con que el fruto que saco de portarme bien, siguiendo los impulsos de mi corazon, es atraerme desgracia sobre desgracia, y el desprecio de las gentes por añadidura! Pues bueno; yo escarmentaré; yo me corregiré: es decir, me pervertiré, me haré malo, malísimo »

GORGONIO. Chico, chico...

JUAN. Y cumplí mi propósito. Yo dije: «¿Soy desgraciado, obedeciendo á mi natural instinto? Pues voy á hacer todo lo contrario de lo que él me dicte; á ver si así tengo más fortuna.»

GORGONIO. ¡Hombre!

JUAN. ¿Por qué le parece á usted que me hallo en Madrid?

GORGONIO. Me parece... Me parece que no lo sé.

JUAN. Pues es por una atrocidad, por una inhumanidad sin ejemplo.

GORGONIO. ¡Demonio! ¿Qué has hecho!

JUAN. Una diablura en grande.

GORGONIO. ¿Cuál?

JUAN. La obligacion de un hijo, creo que sea socorrer, mantener á su madre.

GORGONIO Por supuesto.

JUAN. Mi madre, aunque jóven y guapa, no tenia más recurso que yo. Pues, amigo, la he abandonado como un galopo.

GORGONIO. Sin decirle...

JUAN. Ni una palabra. Vendí unos vestidos, hice unos cuartos, me acordé de usted, y puse en un papel: «Madre, me escapo de casa y me voy á Madrid: si quiere usted enviarme su maldicion, remítamela franca de porte por conducto de don Gorgonio.» — ¿No se admira usted de mi perversidad! Admírese usted, hombre; admírese usted.

GORGONIO. Me admiro, me espanto, me despeluzno y me encierro en mi casa, para no verte. Cata la cruz. (Vase.)

ESCENA IV.

JUAN.

JUAN. Hace bien en huir de mí: un mal hijo es un monstruo, cuya vista mata como la del basilisco. Emprendamos con la carta de madre. ¡Buenas cosas me dirá la infeliz! Que la he condenado á la miseria; que por mí va á morirse de hambre. Me falta valor para abrirla. Pero no, pícaro; ya que hiciste la iniquidad, sufre las consecuencias: lee y aguanta, ó cuélgate de una viga; que, sin dinero y maldito de tu madre, nada te está mejor. Con todo, lo del ahorcamiento debe ser la postrera aleluya en la vida del hombre malo. (Abre la carta.) Poco escribe; pero será de mi flor. (Lee.) «*Juanito*...» ¡Juanito á mí! No hay duda que merezco bien esta expresion cariñosa. (Lee.) «*Juanito de mi vida*...» La bondad de mi madre me parte el corazon. (Lee.) «*Juanito de mi vida: no podias haber hecho cosa mas acertada*...» ¿Eh! *Acertada*, dice. (Lee.) «*No podias haber hecho cosa más acertada ni más agradable para mí, que separarte de mi lado.*» ¡Cosa más particular! Me doy la enhorabuena. (Lee.) «*Yo no soy tu madre.*» ¿Qué es lo que descubro! ¡Cuánto me alegro! ¡cuánto lo siento! ¡Perder una madre que (sin serlo) me ha querido tanto! ¡Librarme del pesar de haber abandonado á mi madre! Porque, no siéndolo, vamos, la escapatoria tiene otro ver. (Lee.) «*No soy tu madre: don Lúcas Vélez queria darme su mano*...» ¡Esas tenemos! (Lee.) «*Pero exigia que te apartase de mí; yo no me atrevia á decirte palabra, y tú me has librado de un cruel compromiso. Si quieres averiguar tu orígen, recurre al santero de San Blas, Cosme Candiles, y á don Gorgonio Grajales, valiéndote de cualquier medio, por violento que sea, para obligar al último á que se explique. Don Lúcas, que es ya mi esposo*...» Por muchos años. (Lee.) «*Envía con esta fecha órden á don Roque Ruiz, el mercader, para que te dé una ayuda de costa*...» ¡Jesucristo! ¡qué dicha! (Lee.) «*Y de parte de la que te amará como madre siempre, recibe la seguridad de su agradecimiento por tu fuga y su cordial bendicion.*» De rodillas, madre Bárbara, de rodillas la recibo yo, besando tu carta, ya que no tu mano. Esto es lo que se llama acertar contra todas las probabilidades. Está visto que mi sistema es bueno, y no hay más que seguirlo.

ESCENA V.

LEOCADIA, tapada; JUAN.

LEOCADIA. Caballero, caballero...

JUAN. Eso está en duda.

LEOCADIA. Caballero en duda, favorézcame usted.

JUAN. ¿En qué y cómo!

LEOCADIA. Usted ha hablado aquí con don Lucio: usted le conocerá, usted será su amigo.

JUAN. Nada ménos que eso.

LEOCADIA. Si tiene usted cara de amigo de todos.

JUAN. Entónces tambien lo seré de usted, aunque no la conozco sino para servirla.

LEOCADIA. Eso es lo que yo pido y usted debe hacer: servirme.

JUAN. Y bien: ¿qué le pasa á usted?

LEOCADIA. La mayor desgracia posible. Yo vivo en aquella primera casa de labor: mi padre, que es un profesor de agricultura, muy querido del Rey, muy inteligente en hortaliza y plantíos, y que nada entiende de lo demas, va á marcharse mañana con un buen empleo á las Indias.

JUAN. ¿Es esa la desgracia de que usted se queja!

LEOCADIA. Sí, señor, porque mi padre me quiere llevar consigo, y yo no quiero ir.

JUAN. Y ¿por qué no quiere usted?

LEOCADIA. Es porque me quiero quedar.

JUAN. Y ¿por qué quiere usted quedarse?

LEOCADIA. Porque hay una persona, que no quiere que me vaya.

JUAN. Que será don Lucio Quiñones.

LEOCADIA. ¿Ve usted como le conoce? Yo no le he dicho á usted su apellido.

JUAN. Lo que yo conozco es que usted quiere mucho al señor Carambita.

LEOCADIA. Mucho, mucho no, porque se me antoja que es un mentecato solemne.

JUAN. Basta que usted lo diga.

LEOCADIA. Y es pobre, segun me ha confesado.

JUAN. Y es un marica, un títere, aunque no lo confiese.

LEOCADIA. Pero yo he vivido siempre encerrada; he cumplido diez y seis años (que me parece que ya es tiempo de tener mi cuidadillo en el alma); don Lucio es el primero que se ha presentado, y... su fortuna le ha valido.

JUAN. Fortuna harto envidiable, siendo usted rica, segun supongo, de buena índole, como ya observo, y hermosa, como desearia ver.

LEOCADIA. Mi padre á veces suele exclamar mirándome... (Se descubre.)

JUAN. ¡Divina criatura!

LEOCADIA. Eso mismo suele decir mi papá.

JUAN. ¿Qué es lo que exige usted de mí? ¿En qué puedo servirla? Mándeme usted: disponga usted de mi persona, de mi vida.

LEOCADIA. Pues óigame usted. Don Lucio queria sacarme hoy de mi casa.

JUAN. Señorita...

LEOCADIA. Va usted á decir que es muy mal hecho; ya lo sé yo: vaya si lo sé; pero hágase usted cargo de la razon.

JUAN. A ver.

LEOCADIA. Mi padre ha aceptado ese maldito empleo, que no le hace falta, y se expone á una navegacion peligrosa, á la diferencia notable del clima, á las enfermedades de aquella tierra..... Yo le he hecho estas reflexiones; pero él..... empeñado en que he de ser millonaria, aunque arriesgue su vida. Mire usted ¡para qué necesitará millones una muchacha que vive á lo labriego! ¿Cómo le estorbo yo á mi padre que se marche á América? Casándome en Madrid; porque como me quiere tanto, donde yo esté ha de vivir él. Y ¿cómo me caso? Moviendo un escandalillo, que no tenga otra compostura; pues pensar que si don Lucio me pide, mi padre ha de concederle mi mano, eso es pensar en un imposible, porque parece que el Rey le ha dicho á mi padre que él me casará cuando lo crea oportuno. Con que ya ve usted...

JUAN. Ya, ya. (Aparte.) La muchacha es encantadora.

LEOCADIA. Hoy habia de haber venido Lucio por mí con un coche.

JUAN. No he visto ninguno por estos contornos.

LEOCADIA. Ni yo. Solo vi una calesa; y le aseguro á usted que el tal carruaje casi casi me ha quitado las ganas de dejarme robar.

JUAN. Sí: robo con coche ya es más decente.

LEOCADIA. Mi padre ha tardado hoy en salir, y así no he podido salir yo hasta despues que ha salido él.

JUAN. Es natural.

LEOCADIA. Aquí entra mi pretension. ¿Quiere usted acompañarme hasta un convento de la calle de Atocha, dejarme allí, y buscar á don Lucio?

JUAN. Señorita...

LEOCADIA. Se lo estimaré á usted tanto...

JUAN, aparte. (¿Cómo resiste uno á...?) Señorita, basta que usted... (Aparte.) Pero ¿y mi sistema!

LEOCADIA. ¿Qué piensa usted?

JUAN, aparte. La obligacion del hombre es amparar á la

mujer, y eso es lo que me dicta mi corazon; pero ¿y si me cuesta caro!

LEOCADIA. ¿A qué se decide usted? Por Dios...

JUAN, aparte. (Nada, nada; lo que debo hacer es todo lo contrario de lo que pienso.) Señorita... (Ahuecando la voz.) ¿Cómo se llama usted?

LEOCADIA. Leocadia Morales Valdeperal y Tomiza.

JUAN. Señorita doña Leocadia Morales, etcétera, ¿sabe usted que lo que me propone es un atentado contra las leyes divina y humana!

LEOCADIA. Sí, señor, es verdad; pero...

JUAN. ¿Sabe usted que la obligacion de una hija es hacer en todo y por todo la voluntad de su padre?

LEOCADIA. ¿Qué duda tiene? Yo lo confieso.

JUAN. ¿Sabe usted que no hay cosa más sagrada que un padre, capaz de sacrificar sus comodidades, su salud, su vida acaso, por el bienestar de su hija?

LEOCADIA. ¿No lo he de saber? Si yo propia...

JUAN. Y ¡usted ahora, sin reparo, sin remordimiento ninguno, proyecta hacer á ese padre amoroso una ofensa tan grave! ¿Qué pensará cuando vuelva, y no la encuentre á usted en casa!

LEOCADIA. ¡Ay Jesus! no me lo recuerde usted.

JUAN. ¿Qué dirá cuando sepa que ha huido usted con un pisaverde, indigno de merecer ese ingénuo corazon, ese tesoro de gracias y de hermosura!

LEOCADIA. ¡Oh! no me adule usted para reñirme.

JUAN. ¡Teme usted que la vida de su buen padre peligre en América! Y el sentimiento que ahora le va usted á dar, ¿no basta para acabar con sus dias!

LEOCADIA. ¡Qué horror!

JUAN. Y ¿por qué es todo? ¿Por que la violencia de una pasion irresistible la arrastra á usted á cometer ese crímen? Ni áun esa disculpa tiene usted. Usted no ama verdaderamente á don Lucio; usted no puede ni debe amarle. Y entónces ¿qué espera usted de un vínculo que la honestidad reprueba y que el amor no justifica!

LEOCADIA. ¡Ah! perdon, perdon: no añada usted más. Dios le ha enviado á usted para librarme de mi pérdida; usted es mi santo tutelar, usted es sin duda mi ángel custodio.

JUAN, aparte. ¡Vaya un angelito!

LEOCADIA. Ahora conozco que soy una loca, una hija ingrata. Yo repararé mis desaciertos, yo renunciaré á ese imprudente capricho que deslumbraba mi razon. Perdóneme usted en nombre del cielo y de mi padre. (Se arrodilla.)

JUAN. No obtendrá usted mi perdon, si al momento no se vuelve á su casa.

LEOCADIA. Bien, sí, señor, me volveré: lo que usted quiera, como usted quiera.

JUAN. Alce usted, vamos.

LEOCADIA. Pero no le diga usted nada á mi padre.

JUAN. Eso, señorita...

LEOCADIA. ¡Ay! aquí viene: yo me escapo ántes que me vea. Por Dios, no le diga usted nada, no me pierda usted. (Vase.)

ESCENA VI.

DON VENANCIO, JUAN.

VENANCIO, aparte. (¡Mi hija fuera de casa, y hablando con un desconocido!) Hidalgo, palabra.

JUAN. ¿Qué se le ofrece á usted!

VENANCIO. Aquella niña que va hácia allí corriendo, es rama de este tronco.

JUAN. ¡Hombre! ¿tronco es usted?

VENANCIO. Quiero decir que es mi hija.

JUAN. ¡Ah! Muchas con salud.

VENANCIO. Han estado ustedes hablando.

JUAN. Largo y tendido, sí, señor.

VENANCIO. ¿Qué asuntos tienen ustedes que ventilar?

JUAN, aparte. (La otra me ha dicho que calle, y es lo que deberia hacer; por lo mismo no lo hago.) ¿Qué asuntos, eh! Asuntos que le tocan á usted bien de cerca, asuntos de honra.

VENANCIO. Esos se deben tratar con el padre, no con la hija.

JUAN. Ya; pero cuando el padre no cumple con su obligacion...

VENANCIO. ¿Cómo que no cumplo con ella! Mi huerta es la mejor cuidada de la provincia, mis verduras y mis plantíos son la envidia de todos.

JUAN. Sí, señor: pero miéntras usted se embebece plantando brécoles y sembrando pepinos, no sabe lo que ocurre en su casa.

VENANCIO. ¿No sé lo que ocurre! Explíquese usted.

JUAN. Su hija de usted está enamorada.

VENANCIO. ¿Sin aguardar el real permiso!

JUAN. A la cuenta no será necesario para querer.

VENANCIO. Pero si es una flor todavía en capullo, una mocosilla que hace seis meses jugaba con las muñecas.

JUAN. Ya es con muñecos.

VENANCIO. Y ¿quién es el que la levanta de cascos?

JUAN. El muñeco que la levanta de cascos es un tal don Lucio Quiñones: ¿le conoce usted?

VENANCIO. Ni en rama ni en grano.

JUAN. Aunque le conociera usted en polvo, nada perdíamos. Pues, señor, como su hija de usted se habia encaprichado de ese doncel, le hacia muy poca gracia el irse con usted hasta el otro mundo.

VENANCIO. Por eso seria el oponer tantas objeciones al viaje.

JUAN. Cabalito. Y viendo que usted las desechaba, ¿sabe usted lo que habian determinado los dos amantes!

VENANCIO. Acabe usted; que tiemblo como la hoja en el árbol.

JUAN. Pues no era más que trasponer el chico á la chica, y acudir al Vicario.

VENANCIO. ¿Trasponerla! Es decir, trasplantarla: es decir, un rapto.

JUAN. Yo lo he impedido.

VENANCIO. ¿Usted!

JUAN. Yo, sí señor: he sabido el lance por una casualidad, he echado un buen sermon á Leocadia, y la he puesto más blanda que un guante.

VENANCIO. Eso de ponerla blanda corre de mi cuenta. ¡Infame! ¡atrevida! La he de empozar como el cáñamo, la he de enterrar como la escarola, le he de quitar á golpes la vida.

JUAN. Lo que es una buena felpa, merecida se la tiene.

VENANCIO. ¿Cómo! ¿Usted aprueba que maltrate á mi hija! ¡Qué sospecha! ¿Será usted otro amante suyo, celoso del otro!

JUAN, *aparte.* (Sin querer, la he salvado de una tollina.) Y bien: ¿y qué! ¿tendria algo de particular!

VENANCIO. Tendria y mucho. ¿Es usted digno de ingertarse en mi casta?

JUAN, *con graciosa petulancia.* No, señor.

VENANCIO. A lo ménos es usted franco. — ¿Es usted noble?

JUAN. No conozco á mis padres.

VENANCIO. ¿Tiene usted bienes?

JUAN. Treinta dias al mes, ropa puerca y bolsa limpia.

VENANCIO. Y con esas cualidades ¿se atreve usted á poner los ojos en mi hija!

JUAN. ¿Y porqué no! Querer por querer, un pordiosero puede adorar á una princesa. Yo hasta ahora no he dicho palabra á su hija de usted.

VENANCIO. ¿No! Y ¡me lo dice usted primero á mí! Hombre, no puedo ménos de confesar que así proceden las personas de honor y de juicio: y esto me previene mucho en favor de usted.

JUAN. ¡Qué! si ustedes se van mañana de este país, y yo me quedo. A muertos y á idos...

VENANCIO. Cierto: de un amor semejante, ¿quién puede ofenderse! Amigo mio, su ingenuidad de usted me ha interesado muchísimo, y la extrañeza de su conversacion ha mitigado la ira que me inspiró la temeridad de Leocadia. Usted con un poco de cultivo, con algo de poda, seria un árbol de provecho. ¿Gusta usted de decirme su nombre?

JUAN. Juan de las Viñas.

VENANCIO. Me gusta el apellido, por sus consecuencias. ¿Con quién se trata usted en Madrid?

JUAN. Don Gorgonio, el que vive aquí, me conoce.

VENANCIO. ¿Quiere usted hacerme el favor de pasar á mi huerta, y aguardarme allí un momento?

JUAN. No tengo inconveniente.

VENANCIO. Pues hasta luégo.

JUAN. Hasta despues. (Vase.)

ESCENA VII.

DON VENANCIO.

(Llamando en casa de don Gorgonio.)

Señor vecino. — Vaya con la muchacha, ¡qué de vicio va echando! En descuidándose con las hijas, al momento se le plagan á uno de pulgon. Ya se ve, el mismo encierro en que ha vivido, la falta de madre, su propia sencillez, su atolondramiento... Hija de padre, al fin.

ESCENA VIII.

DON GORGONIO, DON VENANCIO.

GORGONIO, al balcon. ¿Era usted, señor don Venancio?

VENANCIO. ¿Me permitirá usted que le haga una corta pregunta?

GORGONIO. Con muchísimo gusto: bajo al momento. (Quítase del balcon.)

VENANCIO. El Rey me dijo ayer que le pidiese una gracia por despedida; ese chico me ha salvado la honra: voy á hacer una cata en él para tantear su fondo; y si me sale bueno, he de pedir á su majestad que le conceda un destino.

GORGONIO, saliendo. ¿Qué me tiene usted que mandar?

VENANCIO. Acabo de hacer conocimiento con un jóven muy extravagante, una especie de camueso silvestre...

GORGONIO. Por las señas no puede ser otro que Juan de las Viñas.

VENANCIO. Justo: me ha dado cuenta de que ronda á mi chica un tal don Lucio; me ha confesado que él la quiere tambien; y me ha petado tanto el diantre del mozo, que si

usted me da buenos informes de él, no me pongo en camino hasta sacarle un empleo en América.

GORGONIO. ¿Trata usted de llevarle á América! (Aparte. ¿Qué más pudiera yo desear!) Señor don Venancio, Juanito es un mozo de provecho, honrado, fiel, incapaz de hacer una trampa, incapaz de ensuciarse las manos con tizne de moneda. Envíele usted á Indias, envíele usted.

VENANCIO. Pero su familia...

GORGONIO. Excelente, me consta.

VENANCIO. ¿Sí! Pues está usted más adelantado que él mismo. Diga usted, diga usted.

GORGONIO, aparte. (¡Maldita imprudencia!) Quise decir que me parecia... Hay probabilidades... pero faltan las pruebas. Y ¿qué le hace la familia para la persona? El muchacho es bueno: sáquele usted de España, créame usted: aquí hay Viñas de sobra, y en América no.

VENANCIO. Queria yo conocer á fondo su cepa.

GORGONIO, aparte. (¡Qué demonio!) Acaso le podrá dar á usted noticias el mercader don Roque Ruiz.

VENANCIO. ¿Don Roque! No necesito más: gracias por todo.

GORGONIO. No hay de qué... (Vase don Venancio.) Las noticias que adquiera de don Roque, serán harto vagas; pero no hallando otras, habrá de contentarse con ellas. Lo que es yo, libre está que declare más. ¡Guarda!

ESCENA IX.

DON LUCIO, DON GORGONIO.

LUCIO, aparte. (Los caleseros se niegan á servirme de balde, y la hora ha pasado: que salga Leocadia, y nos iremos á pié.) Buen viejo, ¿ha visto usted pasar por aquí á su hermosa vecina?

GORGONIO. ¿Doña Leocadia? Sí, ha salido y se ha vuelto.

LUCIO. ¡Carambita! ¿Salió sola?

GORGONIO. Sola salió; pero aquí encontró compañía.

LUCIO. ¿Compañía! ¿Quién!

GORGONIO. Un jóven.

LUCIO. ¿Un jóven! Y por casualidad, ¿sabe usted...? ¿Les oyó usted algo?

GORGONIO. No; pero presumo cuál seria el objeto de la conversacion.

LUCIO. ¡Me importaria tanto...!

GORGONIO. ¿Es usted por ventura el don Lucio, que pretende á Leocadia?

LUCIO. Silencio; que va usted á perderme.

GORGONIO. No, eso ya está hecho; nada tiene usted ya que perder.

LUCIO. ¿Pues cómo!

GORGONIO. El jóven que habló aquí á doña Leocadia, que es un tal Juan de las Viñas, hijo presunto de Bárbara Robles, vecina de Cuenca...

LUCIO. Sí, bien: ¿qué?

GORGONIO. Ese ha descubierto su amor de usted, y ha dado parte á don Venancio.

LUCIO. ¡Cielos!

GORGONIO. Ese quiere tambien á Leocadia.

LUCIO. ¿Es posible!

GORGONIO. Don Venancio lo sabe; y supongo que aprobará su amor, cuando trata de emplearle en América, adonde él se va.

LUCIO. ¿Con que mi rival se interpone entre mi ídolo y yo, y se alza con la proteccion del papá! ¡Carambita, caramba! Es menester que uno de los dos deje de existir.

GORGONIO. Nada perderia yo en que fuese el otro... Mírele usted por dónde viene.

LUCIO. ¿Aquel! Ya le conozco: el de ántes, el de sí señor y no señor, el que queria hacerme una chimenea en el occipucio. Me las ha de pagar.

GORGONIO, aparte. Por sí ó por no, estaré á la mira. (Vase á su casa, y quédase acechando detras de la puerta, que entreabrirá una ú otra vez durante la escena siguiente.)

ESCENA X.

JUAN, DON LUCIO; DON GORGONIO, dentro.

JUAN, sin ver á don Lucio. ¡Vaya que el don Venancio me ha dejado confuso! Que recoja mis papeles y todo lo que me pertenezca. Pues, señor, iré primeramente á San Blas, á ver si me da luces Cosme Candiles.

LUCIO. Señor don Juan de las Viñas...

JUAN. Señor don Lucio Quiñones...

LUCIO. Ya lo sé todo.

JUAN. ¡Dichoso usted, que nada tiene ya que aprender!

LUCIO. Usted ha estorbado la fuga de Leocadia, porque es mi rival.

JUAN. ¿Eh!

LUCIO. Sí, señor, porque usted la quiere.

JUAN. Santo varon, desengáñese usted... (Aparte.) Pero, ¿qué iba á decirle! Todo al reves.

LUCIO. ¿De qué me he de desengañar? Vamos.

JUAN. De que Leocadia no es para usted.

LUCIO. ¡Oh! no confíe usted en el favor del padre; no crea que porque él le agencie á usted un empleo en América...

JUAN. ¿Empleo en América! Ahora comprendo: esto es lo que me queria dar á entender con tantos circunloquios.

LUCIO. ¿Con que aún no lo sabia usted!

JUAN. No, amigo don Lucio; á usted debo tan agradable noticia.

LUCIO. Y ¡soy yo quien se la participa! — Señor don Juan, yo necesito desahogar mi bílis; yo necesito hacerle á usted algun daño, en trueque del que me hace. Yo no soy quimerista; pero estoy furioso, rabioso, reventando de odio y mala voluntad. Si usted no mide conmigo su espada, es un hombre sin honor.

JUAN. Oiga usted.

LUCIO. Un vil cobarde, un gallina.

JUAN. Oiga usted, seor abate renegado, véngase detras de aquellas tapias, y verá quién soy. (Vase.)

LUCIO. Al momento voy, al momento. ¡Carambita con el abridor de chimeneas! Pero Leocadia sale por allí sola: aprovechemos la ocasion. (Va á recibirla.)

GORGONIO, saliendo de su casa. ¡Un desafío! Esto es mejor que el viaje de América, para librarme del Juanito dichoso. Avisemos al Alcalde de las afueras. (Vase.)

ESCENA XI.

LEOCADIA, DON LUCIO.

LUCIO. Leocadia mia, sígueme: áun es tiempo.

LEOCADIA. Ya no lo es: mira hácia aquella puerta.

LUCIO. ¡Carambita! ¿Es tu padre el que está allí medio asomado!

LEOCADIA. El es, y de su parte vengo á hablar contigo.

LUCIO. ¡Carambola! Y ¿por qué? ¿y para qué?

LEOCADIA. Para pedirte buenamente que renuncies á mi cariño: solo á este precio me perdona mi padre.

LUCIO. Falsa, no es verdad eso; ya sé la verdad: tu nuevo amante acaba de confesármelo.

LEOCADIA. ¿Cuál nuevo amante!

LUCIO. Ese Juan de las Viñas, que ha trastornado mis planes para afirmar los suyos.

LEOCADIA. ¡Calla! ¿Con que todo lo que me dijo fué por estar enamorado de mí!

LUCIO. Luego ¿no lo sabias!

LEOCADIA. Si hasta ahora no se me ha declarado.

LUCIO. Y ¡soy yo quien le sirve de intérprete!

LEOCADIA. ¡Qué disimulado! ¡qué astuto! Mira, Luciito mio, no te enfades; pero, francamente, ese Juan de las Viñas sabe más que tú.

LUCIO. Eso es, alábale en mis barbas.

LEOCADIA. Y lo que es de persona...

LUCIO. ¡Carambita, carambola, caramba!

LEOCADIA. Con que si llego á quererle, no podrás decir que te he dado un sucesor indigno. Adios, y consuélate con ese recuerdo, que te envía mi padre. (Le da una cartera y vase.)

LUCIO. Un recuerdo... ¡una cartera! (La abre.) Libranzas contra don Roque Ruiz. ¡Librancitas á mí, y en tal circunstancia! Las haré más añicos... No, no; las hará añicos don Roque, si quiere, despues que yo las haya cobrado.

ESCENA XII.

JUAN, por un lado; DON GORGONIO, el Alcalde de las afueras y Alguaciles por otro; DON LUCIO.

JUAN. Señor don Lucio...

GORGONIO, aparte al Alcalde. Aquel es el retador, aquel es el verdadero culpable. (Señalando á Juan.)

ALCALDE. Estad á la vista, corchetes.

LUCIO. Señor mio... (Aparte.) Este pagará por las libranzas.

JUAN. Vengo á buscar á usted.

GORGONIO, bajo al Alcalde. Ya oye usted: él le busca.

LUCIO. Señor mio, vamos allá. Aunque he estado á pique de ser abate como decia, nuestro desafío ha de ser á muerte, como decia...

JUAN. Si usted decia eso, yo no lo oí, y yo no lo digo: no admito el duelo.

GORGONIO, aparte. ¡Maldito seas!

ALCALDE, aparte á don Gorgonio. Hombre, esto no es lo que usted me dijo.

LUCIO. ¿Con que usted no admite el duelo! (Aparte. Este es el momento de gallear.) Yo le he ofendido á usted, y estoy en ánimo de ofenderle verbal y manualmente, y cualquiera en su lugar....

JUAN. Es que yo hago lo contrario de lo que haria cualquiera.

LUCIO. Si usted no saca al punto la espada, le hago picadillo con esta. (La saca.)

JUAN. En ese caso, porque usted no me pique... ya me pico yo. (Saca la espada y las cruzan los dos.)

ALCALDE, corriendo á ellos. Ténganse al Rey. Prendedlos, desarmadlos. (Los alguaciles los desarman.) Les hemos oido á ustedes.

LUCIO, aparte. ¡Buena la hice!

JUAN, aparte. ¡Acerté en negarme!

ALCALDE. Señores, ustedes sabrán la severidad de las leyes contra el duelo; y si no lo saben, yo lo sé y basta. Usted (á don Lucio), que es el provocador, no merece miramiento ninguno: irá usted á la cárcel. Usted (á Juan), que ha resistido el duelo, podrá quedar bajo fianza en una casa segura.

JUAN. En la del señor, por ejemplo. (Por don Gorgonio.)

GORGONIO. En la mia no, en la de don Venancio.

LUCIO, aparte. ¡Cielos! ¡con Leocadia!

JUAN, aparte. ¡Con Leocadia!

ALCALDE, á un alguacil. Acompañe usted al señor á casa de don Venancio. (A don Lucio.) Y usted venga conmigo.

LUCIO. ¡Carambita, carambola, caramba! (Vanse.)

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de don Venancio.

Dos puertas laterales y una ventana. Otra puerta en el fondo. Un biombo cubriendo un ángulo donde hay un tocador.

ESCENA I.

DON VENANCIO, DON GORGONIO.

GORGONIO. Por estas razones me pareció que el muchacho estaria mejor en su casa de usted que en la mia.

VENANCIO. Sí, sí: diga usted que los dedos se le antojan huéspedes, y no diga más. Usted debia fiarle, porque le conoce mejor que yo.

GORGONIO. A usted le gusta, y á mí me encocora.

VENANCIO. Usted se queda aquí, y yo me voy mañana.

GORGONIO. ¿No me ha dicho usted que seria capaz de suspender el viaje hasta sacarle á Juan un destino!

VENANCIO. Ya se le he sacado, ya he visto al Rey. ¿Le parece á usted que si se forma causa sobre el duelo, me serviria de plato de gusto detenerme para custodiar á ese señorito!

ESCENA II.

LEOCADIA, dichos.

LEOCADIA. Ya está corriente la habitacion para el arrestado.

VENANCIO. ¡Qué hacendosa andas tú hoy, por no hallarte á solas conmigo! ¿Creerá usted que se ha compuesto de modo, que aun no he tenido ocasion de reñirla!

LEOCADIA. ¿Qué hay que reñir! Si yo he delinquido, tambien he satisfecho. Usted prometió perdonarme, si despedia á don Lucio: le despedí: estamos en paz.

VENANCIO. Eso es: todavía habrá que darte dinero encima. — Señor don Gorgonio, yo ando de prisa; y con los preparativos del viaje y con el huésped, tengo toda la gente ocupada. ¿Quisiera usted llegarse á la tienda de don Roque Ruiz y decirle que no se olvide de comunicarme las otras noticias que me ha ofrecido acerca de Juan?

GORGONIO. Con sumo gusto.

VENANCIO. Y perdone usted la molestia.

GORGONIO. Adios, señores.

VENANCIO. Abur.

LEOCADIA. Mucho se entretiene por allá nuestro preso. ¡Ah! ya sale aquí.

ESCENA III.

JUAN, DON VENANCIO, LEOCADIA.

LEOCADIA. ¿Qué le ha parecido á usted el cuarto? Lo he arreglado yo.

JUAN. Está como de mano de usted. Pero ¡qué incomodidades he venido á causar! Ustedes están de marcha, y habrán tenido que deshacer lios, desempaquetar trastos...

LEOCADIA. Favor que nada cuesta no es de estimar.

JUAN. Señor don Venancio, ¿daré yo ocasion á que usted retarde su marcha?

LEOCADIA. Y ¿qué importaria?

VENANCIO. Sí importaria algo; pero segun discurro, no hay que temer. A estas horas suelen sus majestades bajar de paseo al convento de Atocha: iré y daré cuenta al Rey de ese desafío; y aunque ya hoy le he molestado con una peticion, estoy seguro de que mandará poner á usted libre.

LEOCADIA. Sí, sí, papá: no se pierda el tiempo: corra usted.

VENANCIO. Llevaré de camino un ramo de flores para la Reina, lo mejor de mi estufa; las voy á coger. (Aparte á Juan.

Haga usted por desagradar á Leocadia, y se viene usted conmigo á las Indias.) Haz tú compañía al señor.

LEOCADIA. Cuanto usted quiera, papá. (Vase don Venancio.)

ESCENA IV.

JUAN, LEOCADIA.

LEOCADIA. ¿Gusta usted de que nos sentemos?

JUAN. Un preso está á la disposicion de su alcaide.

LEOCADIA. En efecto, el alcaide (ó la alcaidesa) ahora soy yo. En virtud, pues, de mis facultades... siéntese usted ahí.

JUAN. Obedezco sin réplica.

LEOCADIA. ¿Se le hace á usted muy dura la cárcel?

JUAN, aparte. (El padre me propone que la disguste; con que debo procurar agradarla.) ¡Ay, Leocadia hermosa! Lo que yo sentiré es que tan dulce cautiverio no dure siempre.

LEOCADIA. ¿De veras?

JUAN. ¿Duda usted de mí?

LEOCADIA. Deberia dudar, sí señor: ¡es usted tan misterioso, tan reservado!

JUAN. ¿Reservado yo! Por lo regular suelo decir cuanto me pasa al primero que llega.

LEOCADIA. Pues, y al propio tiempo suele usted guardar con la persona más interesada un silencio obstinado.

JUAN. ¿Tiene usted alguna queja de mí!

LEOCADIA. Si le parece á usted que no hay por qué...

JUAN, aparte. ¿Si se habrá persuadido tambien que la quiero!

LEOCADIA. ¡Declararse con don Lucio, y no tener confianza conmigo?

JUAN, aparte. ¡Ciertos son los toros!

LEOCADIA. Al diantre se le ocurre elegir por confidente á su opositor. ¿Qué habia de resultar! Un lance, de fijo. Si hubiese habido muerte ó heridas, ¿quién hubiera tenido la culpa!

JUAN, con tono sentimental algo afectado. La desgracia que sin cesar me persigue.

LEOCADIA. ¿Su desgracia de usted! Pues cierto que debe usted quejarse. Sin haber dicho esta boca es mia, se halla usted instalado en casa, con honores de favorito del padre y de predicador de la hija: ya es avaricia pretender más.

JUAN, aparte. (A una indirecta de esta especie, debia uno echarse á sus piés y declararle su amor: yo todo al contrario.) Señorita, (levantándose) las quejas de usted, que serian capaces de sacar de sus casillas á un anacoreta, me ponen en un extraño conflicto. Yo, señorita, soy un hombre particular

singular, exótico (como diria don Venancio): soy un hombre que siente en el corazon ciertos arranques centrípetos, y luégo en la cabeza ciertos sacudimientos centrífugos; hombre sistemático, problemático, tal vez lunático; hombre cuya razon y cuyos afectos andan tornapuntados... y entre sus afectos y su razon, entre la inclinacion impulsiva y la voluntad repelente... no sabe cómo demonios salir de la trapisonda en que se ha metido.

LEOCADIA. Habla usted que da envidia oirle; pero... ¿qué quiere usted decir?

JUAN. Señora, lo que digo es que entre su padre de usted por un lado, y usted por otro lado, y don Lucio por otro lado, y yo por otro, que son los cuatro costados de mi posicion, estoy aquí preso con muchísimo gusto... digo, contra mi santísimo gusto... me alegro, y lo siento... y... Cada vez me voy embrollando más.

LEOCADIA. Ya varía eso algo de lo que decia usted ántes. Al principio afirmó usted que se alegraba infinito de hallarse preso, y ahora veo que en parte se alegra y en parte lo siente. Pues lo que es yo, le prometo hacer que la prision dure todo lo posible: si á usted le agrada, para complacerle; y si no, para castigarle de sus enredos.

JUAN. ¡Oh! eso será lo que tase un sastre. Si se me antoja salir, ¿quién me detiene!

LEOCADIA. Amiguito, en nombre de su majestad ha sido usted preso: la obligacion de un buen vasallo es respetar la justicia del Rey.

JUAN. Es que yo...

LEOCADIA. Y la obligacion de un arrestado es no comprometer á su fiador.

JUAN. Eso basta para que haga yo todo lo contrario.

LEOCADIA. ¿Tratará usted de fugarse!

JUAN. Andandito.

LEOCADIA. Cerraré las puertas. (Va á cerrarlas.)

JUAN. Brincaré por la ventana.

LEOCADIA. No salte usted, no; que se hará usted daño. ¡Ah!

(Salta Juan por la ventana.)

ESCENA V.

DON VENANCIO, LEOCADIA.

VENANCIO. ¿Por qué chillas!

LEOCADIA. ¡Ay, papá! ¡qué picardía tan grande! ¡qué insulto! Enfádese usted. Consuéleme usted.

VENANCIO. ¿De qué? ¿Por qué? ¿Ha entrado algun rebaño en la huerta?

LEOCADIA. No señor, no ha habido entrada, sino salida: el arrestado se ha ido de casa sin hacerme caso.

VENANCIO. ¿Juan de las Viñas!

LEOCADIA. Juan de las Viñas, sí, señor, que se ha portado como un Juan Portal.

VENANCIO. ¡Lindo! Si el Rey no le indulta, vienen á tomarle declaracion; no podré presentarle, y me veré en un descubierto con la justicia.

LEOCADIA. Sí, señor: á eso nos expone.

VENANCIO. ¡Voto á la cebolla del azafran! ¡Y yo que no estaba léjos de aclimatar á ese cermeño en mi casa!

LEOCADIA. ¡Y yo que he estado bien cerca de decirle que le queria!

VENANCIO. ¿Eso ibas á hacer, cabeza de chorlito!

LEOCADIA. Como me habian asegurado que él me queria á mí...

VENANCIO. ¿Quién te lo ha contado!

LEOCADIA. Don Lucio.

VENANCIO. Y ¿de quién lo sabia don Lucio?

LEOCADIA. De quien no podia equivocarse, de Juan.

VENANCIO. Juan me juró á mí que en su vida te habia dicho palabra.

LEOCADIA. Eso es verdad: ni áun ahora se ha explicado tampoco.

VENANCIO. ¿No! (Aparte. Ya lo entiendo: como le mandé que la disgustase, ha huido para desairarla.) Pues, hija mia, cuando un mozo de las prendas del señor don Juan de las Viñas, ha sido capaz de abandonar la casa de su fiador, sus razones le habrán asistido: respetémoslas.

LEOCADIA. ¡Con que usted ya le disculpa!

VENANCIO. No me pregunte usted, no sonsaque usted á su padre.

LEOCADIA. ¡Ah! ya lo entiendo yo tambien. Usted le habrá exigido palabra de callarme su amor; y el pobrecillo, por no faltar á su promesa, y temiendo caer en la tentacion, ha recurrido al ingenioso arbitrio de la fuga.

VENANCIO, aparte. ¡Qué penetracion de chica! Toda ha salido á mí.

LEOCADIA. ¿Quién no ha de admirar un sacrificio tan grande! ¿quién no ha de querer á un jóven tan virtuoso!

VENANCIO. Niña, niña, usted sabe cuántas veces el Rey ha prometido casarla. Usted no debe querer sino á quien mande el Rey.

LEOCADIA. Yo le rogaré que me mande querer á Juan.

VENANCIO. Tú mereces otra cosa mejor.

LEOCADIA. Esa es vanidad de padre. Usted ha confesado que pensaba instalar en casa á mi prófugo.

VENANCIO. Sí, pero ¿por qué? Porque como él te queria, y yo pensaba que tú á él no, ninguno mejor para espantajo, digo, para vigilante tuyo y de tus pretendientes.

LEOCADIA. Por no hacer de espantajo, se habrá espantado él.

ESCENA VI.

El Alcalde, Dichos.

ALCALDE. Señores, señores, ¡gran novedad!

VENANCIO. ¿Lo dice usted por la escapatoria del preso?

ALCALDE. Tranquilícese usted: don Juan se ha encontrado conmigo al salir, y que quieras que no, le he hecho volver.

LEOCADIA. ¡Ah!

VENANCIO. ¡Hola!

ALCALDE. Leyendo queda un pliego, que le ha traido un dependiente de la Real Casa.

VENANCIO, aparte. Su nombramiento.

ALCALDE. La novedad que vengo á anunciarles á ustedes, es que don Lucio se halla ya libre.

VENANCIO. ¿Don Lucio libre!

LEOCADIA. Pues entónces, Juan...

ALCALDE. Queda libre tambien, por supuesto. Es lo único que le he dicho de cuanto pasa.

LEOCADIA. Pero ¿qué pasa!

ALCALDE. Que al entrar yo en Madrid con don Lucio y los alguaciles, tropezamos con sus majestades, que paseando á pié, venian á Atocha.

VENANCIO. En efecto, nada tenia de particular.

ALCALDE. Don Lucio atropella á su escolta, corre y se echa á los piés del Rey pidiéndole indulto. «¿Qué has hecho?» preguntó su majestad entre bondadoso y rígido. — «Señor, es un desafío; no ha habido sangre; apénas hemos llegado á cruzar las espadas: el Alcalde lo puede decir.» — Yo declaré que era verdad. — «Y ¿quién es el...?» — «El que ha reñido contigo», queria decir el Rey; pero la Reina le interrumpió, diciendo con gracia: «No preguntes quién es él, sino quién es ella.»

VENANCIO. ¡Hola! ¿Con que la Reina...?

ALCALDE. Al momento adivinó que habia dama por medio.

LEOCADIA. Y ¿qué les respondió don Lucio?

ALCALDE. ¿Qué habia de responder? que el duelo habia provenido de tener celos él de un galan más afortunado, y que la dama era doña Leocadia Morales.

VENANCIO. ¡Pues! ya saben los Reyes tus devaneos. ¡Buen escándalo das!

ALCALDE. «¡Leocadia!» exclamó el Rey, «ya la conozco: es una muchacha muy linda.»

VENANCIO, con enfado. Favor de su majestad.

ALCALDE. «Una niña muy loca», añadió la Reina.

LEOCADIA. Favor de su majestad.

ALCALDE. Con esto el Rey alargó benignamente la mano á don Lucio, pronunciando el: «Yo te perdono.»

VENANCIO. ¡Qué Rey tan bueno!

ALCALDE. Y volviéndose á mí, me dijo: «Cuéntale á Morales el lance; adviértele que se divulgará al momento, porque nos han oido más de treinta personas; y aconséjale en mi nombre que trate de que su hija se case al punto con el que ella prefiera.»

LEOCADIA. ¡Qué Rey tan bueno!

ALCALDE. Con que le cuento á usted el lance, le advierto que se divulgará al momento, porque lo han oido más de treinta personas, y le aconsejo en nombre de su majestad que trate usted de que la niña se case con el que ella prefiera.

VENANCIO. Pero, señor, si me voy de Madrid mañana.

LEOCADIA. ¿Si querrá su majestad que me case hoy!

ALCALDE. Su majestad me anunció por último que enviaria desde Atocha sus órdenes.

LEOCADIA. ¡Ay papá! mire usted: un caballerizo de su majestad.

ESCENA VII.

Un Caballerizo de su majestad, Dichos.

CABALLERIZO. El señor don Venancio Morales.

VENANCIO. Caballero caballerizo, yo soy.

CABALLERIZO. Su majestad me manda prevenir á usted que habiendo consultado con el señor Arzobispo, que estaba en Atocha, su excelencia dispensa las amonestaciones; y esperan á usted, á su hija y al novio para desposarlos dentro de media hora.

VENANCIO. ¡Dentro de media hora!

CABALLERIZO. El señor Alcalde será el padrino. Tal es la órden de su majestad. (Vase.)

ESCENA VIII.

DON VENANCIO, LEOCADIA, el Alcalde; luego Criados y Criadas.

LEOCADIA. ¡Dios mio! ¡yo novia de real órden!

ALCALDE. ¡Yo padrino!

VENANCIO. ¡Yo suegro!

LEOCADIA. Su majestad lo manda: no hay más que obedecer.

ALCALDE. No hay más que obedecer.

VENANCIO. No habrá otro recurso.

LEOCADIA, llegándose á una puerta. Juana, Manuela, Martina.

VENANCIO, llegándose á otra puerta. Andres, Tomás.

ALCALDE, asomándose á la ventana. Cabo de ronda, que le dé á usted mi ama de gobierno el vestido de gala. Corra usted; que es cosa del Real servicio. (Salen por distintas puertas tres criadas y dos criados.)

CRIADOS. ¿Manda usted, señor?

CRIADAS. ¿Manda usted, señorita?

VENANCIO. La casaca de corte, la peluca de sacatrapos: pronto. (Vanse los criados.)

LEOCADIA. Que abran, que descerrajen los cofres: traedme el jubon, la basquiña y la mantilla del Córpus. (Vanse las criadas.)

ALCALDE. Aquella bendita mujer no va á saber dónde están las hebillas. (Vase.)

VENANCIO. ¡Media hora para escoger un yerno!

LEOCADIA. ¡Media hora para peinarse y vestirse! ¡imposible!

VENANCIO. Y no hay que darle vueltas: su majestad quiere que case á la chica con el que ella prefiera.

LEOCADIA. Papá, ahora que me acuerdo: ¿á quién he de preferir yo? No venga usted luégo diciendo que no me he casado á su gusto: decídalo usted.

ESCENA IX.

JUAN, DON VENANCIO, LEOCADIA.

JUAN. Leocadia, ya ve usted que no me he escapado muy léjos. — Señor don Venancio, acabo de recibir una Real órden...

VENANCIO. Yo otra.

LEOCADIA. Yo puedo decir que otra tambien.

JUAN. La mia es un nombramiento.

LEOCADIA. La mia es una facultad de nombrar.

JUAN. A usted (por don Venancio) debo sin duda que cambie mi suerte con una novedad tan feliz.

VENANCIO. Hay más novedades.

LEOCADIA. El Rey está en Atocha.

VENANCIO. Y la Reina tambien.

LEOCADIA. Y el Arzobispo tambien.

VENANCIO. Y tendremos que ir nosotros tambien.

LEOCADIA. Pues, tambien nosotros. El primero mi papá.

VENANCIO. Pues, con la novia.

LEOCADIA. Y con el novio.

VENANCIO. Y el padrino, que ha ido á buscar las hebillas.

JUAN. Señores, ¿qué jerigonza es esta!

LEOCADIA. Si es lo más claro del mundo. Mire usted: don Lucio le ha dicho al Rey que no ha corrido sangre.

VENANCIO. El Rey le ha dicho á don Lucio que ¿quién era él?

LEOCADIA. La Reina le ha preguntado que ¿quién era ella?

VENANCIO. Luégo ha venido el Alcalde.

LEOCADIA. Luégo el Caballerizo: y ya no hay amonestaciones, y hay indulto, y un consejo y una órden.... y se divulgará el lance.... y dentro de media hora... ya verá usted.

JUAN. Lo que es hasta ahora estoy á ciegas.

ESCENA X.

Dos Criados y Dos Criadas, trayendo prendas de vestir; Dichos.

CRIADO. Señor amo, aquí está la ropa.

CRIADA. Señorita, cuando usted quiera.

LEOCADIA. Hablen ustedes; que detras del biombo bien puedo oirlos. (Ella y las dos criadas se colocan detras del biombo.)

VENANCIO. Señor don Juan de mi vida, voy á explicar á usted la rara situacion en que usted me encuentra, embrollado con una boda que ha de sembrarse, nacer, crecer y madurar en un periquete. ¿Me permite usted que en su presencia me vista?

JUAN. Es usted muy dueño. (Don Venancio se muda de peluca, chupa y casaca.)

LEOCADIA, detras del biombo. Papá, repito que disponga usted libremente; pero préstele un traje á Juanito, por sí ó por no.

VENANCIO. Sí, ya entiendo. Vé á buscarlo, Tomás. (Vase el criado.) Amigo don Juan de las Viñas, su majestad para atajar las murmuraciones que ha de producir el desafío de don Lucio y usted, quiere que Leocadia se case al instante.

JUAN. ¡Cielos! ¿Con quién?

LEOCADIA, detras del biombo. Con el que yo prefiera: tal es la augusta voluntad de la Real Persona.

VENANCIO. Me hallo, pues, en el caso de conferenciar con usted gravemente sobre el particular.

UN CRIADO, volviendo con un vestido. Aquí está la ropa, señor don Juan.

JUAN. Y ¿me he de encajar yo eso!

LEOCADIA, detras del biombo. Haga usted lo que se le mande.

JUAN. Veamos en qué para esta funcion. (Se quita su ropa.)

VENANCIO. Por fortuna, parece que á Leocadia no se le habia arraigado mucho la aficion al caballero Quiñones.

LEOCADIA, detras del biombo. ¡Qué pesadez! Corre pronto esa jareta, Martina.

JUAN. ¡Oh! El sermon que yo le eché esta mañana era capaz de ablandar á un risco.

VENANCIO. Usted por su parte me confesó que estaba prendado de la chica; usted hizo igual declaracion á don Lucio; don Lucio se lo contó á Leocadia; Leocadia lo sabe...

JUAN, enajenado. ¡Ah! Y yo sé tambien cómo debo aprovechar tan feliz coyuntura. (Acercándose al biombo.) ¡Leocadia, Leocadia hermosa! y bien... si sabe usted eso, ¿qué es lo que usted me dice?

LEOCADIA, detras del biombo. ¿Yo?... Vístase usted.

JUAN. ¡Dios mio! ¡qué dicha! Yo dudo si lo entiendo, yo dudo si me equivoco. Señor don Venancio, á usted acudo para...

VENANCIO. Hombre, vístase usted.

UNA CRIADA, detras del biombo. Señor amo, la señorita está mirando á don Juan por un agujero, y no se deja aviar. ¡Ay!

VENANCIO. ¿Qué ha sido eso!

CRIADA, detras del biombo. Un pellizco atroz.

JUAN, junto al biombo. Leocadia, vida mia, perdone usted mi turbacion, mi sorpresa...

VENANCIO. Que se pone usted la chupa al reves.

JUAN. ¿Quién piensa en la chupa ahora que...?

VENANCIO. Ahora que se trata de casaca: es verdad.

JUAN. Un sueño creo que es lo que me está pasando; pero ¡qué sueño tan delicioso! Ya por fin descubro los afectos de mi corazon, por fin me conozco. Sí, Leocadia mia, desde el momento que la he visto á usted, la he amado: mi amor, sin sospecharlo yo, me ha hecho por instinto impedir la fuga de usted, hablar con su padre, deslumbrar á mi rival, y dejarme conducir á esta casa. Leocadia, Leocadia mia, yo no la merezco á usted: yo no merezco ni alzar los ojos á mirarla. Desde aquí (arrodillándose junto al biombo) la adoro á usted postrado, porque en su presencia no tendria valor para estampar mis labios en esa mano hermosa, prenda de mi ventura.

LEOCADIA, sacando la mano por un agujero del biombo. Tómela usted sin verme. (Juan la besa repetidas veces.)

VENANCIO. Basta, basta, hombre: avíese usted; no se impacienten sus majestades.

JUAN. ¡Justo cielo! ¡Yo sin bienes, sin padres, sin ser conocido de ustedes, yo yerno de usted!

VENANCIO. Medía una órden del Rey, el cariño de una hija mimada, la poca aprension de un padre, y un viaje á Indias donde todo el mundo hace papel.

JUAN. ¡Qué injusticia tan grande hacia yo al saber de la Providencia! Figúrese usted que, amostazado de que mi honradez solo me atraia desgracias, me habia propuesto el absurdo sistema de hacer todo lo contrario de lo que me dictase mi corazon.

VENANCIO. Yerno mio, usted (sin vanidad) es un poco simple; y como su corazon, aunque honrado, no le dictaria más que imprudencias; el modo de acertar y proceder con cordura, era practicar todo lo contrario. Hay honradeces muy estúpidas, amigo Juan.

JUAN. ¡Calle! Pues bueno seria que tuviese usted razon. Recapitulemos. El primer acto de mi sistema fué abandonar á la que yo tenia por madre, que andaba triste y despegada conmigo.

VENANCIO. Si usted estorbaba, hizo bien en quitarse del medio.

JUAN. Luégo Leocadia me pidió su amparo, y se le negué.

LEOCADIA, detras del biombo. Hizo usted bien, porque de lo contrario, hago yo un disparate.

JUAN. Luego le emboqué á usted el cuento del galanteo de don Lucio.

VENANCIO. Hizo usted bien, porque peligraba mi honra.

JUAN. Luégo dije á don Lucio que yo amaba á Leocadia.

VENANCIO. Hizo usted bien, porque así se le desahuciaba y nos librábamos de él.

LEOCADIA, detras del biombo. Hizo usted bien, si dijo verdad.

JUAN. Sí que la dije, sino que áun no habia caido en ello. Pero ¿y el haber rehusado un desafío!

VENANCIO. Fué muy bien hecho, porque el duelo es un crímen.

JUAN. ¿Y el haber querido quebrantar el arresto!

VENANCIO. Entónces he conocido yo toda la delicadeza de usted.

LEOCADIA, detras del biombo. Y yo.

JUAN. Resulta que, sin saberlo, me he portado como un Salomon. ¡Viva mi fortuna! ¡viva mi sistema! Pero no: muera para siempre: desde ahora lo abandono y declaro que ya no rige.

VENANCIO. ¿Por qué?

JUAN. ¿No lo adivina usted! Porque lo que ahora me dicta mi corazon, y yo ejecuto, es aceptar con entusiasmo este enlace; y segun mi sistema lo deberia rehusar.

VENANCIO. ¡Toma! es que el rehusarlo seria una necedad tan grande como lo hubieran sido las que usted ha evitado: este caso no entra en regla comun.

ESCENA XI.

DON GORGONIO, con una carta en la mano; Dichos.

GORGONIO. Santas y buenas tardes, señores.

VENANCIO. Felices.

JUAN. Felicísimas.

GORGONIO. Señor don Venancio, don Roque acababa de salir de su tienda; pero habia dejado para usted esta carta, por lo cual se la traigo á usted.

VENANCIO. Désela usted á don Juan; que á él le pertenece.

JUAN. ¿A mí! Y ¿qué viene á ser esto!

VENANCIO. Tal vez halle usted ahí noticias acerca de su familia.

JUAN. ¿De mi familia! En entrando yo en la de usted, lo demas... (Abre la carta.)

LEOCADIA, saliendo de detras del biombo, ricamente vestida. ¿De la familia de Juanito se trata!

JUAN. ¡Ah! ¡qué hermosa está usted!

VENANCIO. Veamos, veamos.

JUAN, lee. «*Señor don Venancio Morales Valdeperal: Muy señor mio...*» (A Leocadia.) Es que parece usted un serafin... (Lee.) «*No pudiendo, como ya le previne á usted, ilustrarle más en órden á los padres de Juan de las Viñas...*»

GORGONIO, aparte. Ya sabia yo que seria bien poco.

JUAN, á Leocadia. El pico del peto está torcido. (Lee.) «*Mandé llamar, segun quedamos, á Cosme Candiles, el santero del San Blas...*»

GORGONIO, aparte. ¡Maldita ocurrencia! ¿Qué habrá dicho ese diablo?

JUAN, lee. «*Y suyos son los datos que á usted comunico.*» (A Leocadia.) En el hombro tiene usted cogido el encaje con el escote.

VENANCIO. Hombre, usted se emboba, contemplando á la chica, y á cada renglon hace una pausa. Dé usted aquí. (Quitale el papel.)

LEOCADIA. Lea usted pronto; que hay mucho que hacer.

VENANCIO, lee. «*Candiles... de San Blas... El susodicho Candiles declara que llevó desde Madrid á Cuenca á Juan de las Viñas, de edad de tres meses, y le puso en manos de Bárbara Robles, por encargo de una persona desconocida.*»

GORGONIO, aparte. Bien.

JUAN. Esa Robles es la que he tenido por madre.

VENANCIO, lee. «*Declara asimismo el referido Candiles,*

con toda seguridad y certeza, que acerca de los padres del expresado Juan de las Viñas nada sabe de fijo.»

GORGONIO, aparte. Salí del susto.

VENANCIO. Pues, señor, el informe del tio Candiles puede arder en un candil. ¡Vaya un...

LEOCADIA, cogiendo á su padre el papel. Si se interrumpe usted así, no acabaremos: yo seguiré. (Lee.) «*Nada sabe de fijo; pero segun lo que oyó á cierto sujeto que hoy se halla en Madrid...*»

GORGONIO, aparte. ¡Diantre!

LEOCADIA, lee. «*El padre del mencionado Juan de las Viñas fué... el difunto...*» (Soltando el papel.) ¡Dios mio! ¡qué horror! ¡qué horror! (Huye á su cuarto.)

JUAN. ¡Leocadia!

LEOCADIA. No se me acerque usted. (Entra y echa la llave.)

VENANCIO. ¡Qué diantres le pasa! (Coge el papel y lee.) «*El padre del mencionado Juan... fué...*» (Suelta el papel.) ¡Vírgen de los Enebrales! ¡qué descubrimiento! (Dirígese á su cuarto.)

JUAN. ¡Señor don Venancio!

VENANCIO. ¡Apártate de mí, infeliz! (Entra y cierra.)

JUAN. Pero, señor, ¿quién es mi padre! (Coge el papel.) Salgamos de dudas. (Lee.) «*El padre del mencionado fué...*» (Soltando el papel.) ¡Jesucristo! Yo no sobrevivo á este golpe. Voy á precipitarme en el pozo de la huerta. (Vase.)

GORGONIO. Pero ¿qué demonios dice ese papel, que vuelve loca á esta gente! Leamos. (Coge el papel y lee.) «*El padre de Juan de las Viñas fué el difunto ejecutor de justicia de esta Villa y Corte.*» ¡El ejecutor! El verdugo. ¡Ah! Ya lo adivino: bien fácil es. Pero ¿cómo habia yo de acordarme al pronto de lo que le dije á Cosme veinte años há! En fin, si el muchacho se ahorca de rabia, pleito por ménos.

ESCENA XII.

DON LUCIO, DON GORGONIO; luego VENANCIO.

LUCIO. El señor don Juan de las Viñas ¿está por acá?

GORGONIO. Ha salido á tomar el fresco.

LUCIO. ¡Carambita! su majestad me enviaba á que me reconciliase con él.

VENANCIO, saliendo por la puerta del fondo. Toma ese dinero, infeliz: huye donde nadie te... (Reparando en don Lucio.) Caballero, perdone usted. ¿Quién es usted?

LUCIO. Soy don Lucio Quiñones.

VENANCIO. ¡Don Lucio! El que me... el que la... Muy señor mio.

LUCIO. Vengo de Atocha, donde acabo de recibir una

gracia de su majestad, despues de haber recibido otra: total dos. Principio por pedir á usted el perdon más humilde. ¡No lo volveré á hacer más, no!

VENANCIO. ¿Viene usted de Atocha, eh? Su majestad ¿nos estará esperando?

LUCIO. Por momentos.

VENANCIO. Su majestad ¿se disgustaria si no se efectuase la boda?

LUCIO. Le he oido decir que tenia empeño formal en ella.

VENANCIO. ¡Empeño! Está visto, seria un escándalo el excusarse. Señor don Lucio, usted ha querido á Leocadia.

LUCIO. Y la quiero todavía; pero...

VENANCIO. Usted será su esposo.

LUCIO. ¡Carambola! Pero es que ya...

VENANCIO. Usted lo será, usted lo va á ser. Venga usted conmigo.

LUCIO. Mire usted que Leocadia...

VENANCIO. Leocadia ha de hacer lo que yo le mande, ó le costará la vida. Sígame usted.

LUCIO. ¡Caramba! Atiéndame usted.

VENANCIO. Sígame usted.

LUCIO. Señor, que yo...

VENANCIO. Señor, que yo lo quiero. Venga usted, venga usted. (Llévaselo por fuerza.)

ESCENA XIII.

DON GORGONIO, y luego JUAN.

GORGONIO. ¡Calla! ¿Con que al cabo don Lucio se casa con Leocadia, y entra en la boda el Rey! Y parece que don Venancio habia pensado ántes en otro yerno: no podia ser sino Juan.

JUAN, subiendo por la ventana, trayendo un palo. ¡Un hombre solo! Sí, sí: esto es lo que debo hacer. (Cierra la vidriera, y despues la puerta del fondo).

GORGONIO. ¿Aquí otra vez este! ¡Ay, Vírgen santa! — Oyes, oyes: ¿qué haces, chico!

JUAN. ¿Qué hago, eh! Lo que debe hacer un hombre desesperado y dejado de la mano de Dios.

GORGONIO. El que está desesperado se ahorca.

JUAN. Eso es lo que suele hacerse; pero no lo que se debe hacer. No debe uno ahorcarse, sino dejarse ahorcar: es más cristiano, más nuevo.

GORGONIO. Hombre, ¿quieres obligarme á que te ahorque yo?

JUAN. No señor, ello vendrá por sus pasos contados. El camino del cadalso es el delito: yo quiero delinquir.

GORGONIO. Delinque tú solo; déjame huir, para no ser tu cómplice.

JUAN. Yo no le quiero á usted para cómplice, sino para víctima.

GORGONIO. ¡Juanito!

JUAN. No hay Juanito que valga. En la huerta me he encontrado con el pozo abierto de par en par, que no parecia sino que me convidaba á sepultarme en su seno...

GORGONIO. Y ¿porqué has rehusado el convite?

JUAN. Porque no he querido meterme en honduras. Allí cerca vi este garrote...

GORGONIO. ¡Juanito!

JUAN. Y al momento comprendí que era el instrumento de muerte destinado á mí...

GORGONIO. ¿Para matarte!

JUAN. Para matar con él al primero que hallara.

GORGONIO. ¡Animas benditas!

JUAN. El primero ha sido usted: póngase bien con Dios, porque para merecer la horca, para ir al palo, voy á principiar por deslomarle á usted de una paliza.

GORGONIO. ¡Favor!

JUAN, *echándole mano.* Le ahogo á usted si chista, le derriengo si calla: escoja usted.

GORGONIO. ¡Juanito! — ¡Válgame Dios! Yo no sé que decirle para ablandarle. — Juanito, recuerda nuestras antiguas relaciones.

JUAN. Así será mayor el delito y mayor la pena, mejor para mí. ¡Muere á mis manos! (*Apalea á don Gorgonio.*)

GORGONIO, *huyendo.* Juanito, por Dios; que estás engañado; que yo he conocido á tu padre.

JUAN. Razon más para que te acogote. Toma.

GORGONIO. Que no es eso; que tu padre era un caballero ilustre.

JUAN. Eso lo dice usted por salvar su pellejo. Zurrido.

GORGONIO. Créeme: á fe de Gorgonio Grajales Ladron de Guevara. Tengo testimonios irrecusables, auténticos...

JUAN. Pues ¿qué! ¿No era mi padre verdugo!

GORGONIO. Sí; pero. .

JUAN, *dándole.* Toma.

GORGONIO. Hombre, no, no: óyeme. Verdugo era; pero él no era el verdugo.

JUAN. Toma, para que te vengas con retruécanos.

GORGONIO. Era Verdugo de apellido; de oficio no.

JUAN. ¿Será posible? ¡Verdugo de apellido! ¡apellido noble! Pero ¿cómo lo confundió el santero!

GORGONIO. Le dije... le... le deslumbré yo.

JUAN. Es decir que le engañó usted.

GORGONIO. Fué con la verdad.

JUAN. Y ¿á qué vino ese engaño!

GORGONIO. A que tus padres... — Hombre, tira ese palo, si quieres que me explique. (Juan lo tira.) Tus padres, que estaban proscritos por haber sido secuaces del Archiduque, murieron ocultos en mi casa, donde tú naciste.

JUAN. Y ¿por qué me hizo usted hijo de nadie, sin mi permiso! ¿por qué! (Coge el palo.)

GORGONIO. Tente, y te devolveré el dinero de tus padres que guardo todavía: tente, por Dios.

JUAN. ¿Con qué usted me ha robado mi herencia!

GORGONIO. Robarla, no: me quedé con la mitad, en remuneracion de haber escondido en mi casa á tus padres, y la otra mitad se la di á tu madre adoptiva en Cuenca.

JUAN. ¡Y se hizo usted nuestro administrador, para alzarse tambien con esa parte de mis bienes! De modo que pudiendo yo vivir cómodamente con lo mio, áun he tenido que ser gravoso á mi pobre nodriza. Es menester de todos modos acabar con usted. (Le apalea.)

GORGONIO. ¡Socorro! ¡socorro!

ESCENA XIV.

El Alcalde y Alguaciles; luégo DON LUCIO, DON VENANCIO y LEOCADIA; Dichos.

ALCALDE, abriendo la puerta del fondo, de una patada. ¿Qué alboroto es este! ¿Qué pasa aquí!

GORGONIO. Señor alcalde, sálveme usted de este verdugo.

JUAN. Señor alcalde, préndame usted á ese ladron.

LUCIO, saliendo, como que huye de don Venancio. Señor alcalde, haga usted que me escuche este hombre.

VENANCIO. Señor alcalde, mande usted á ese frugívoro que se deje casar.

LEOCADIA, que ha salido, deteniendo á su padre. Señor alcalde, sáqueme usted de aquí y lléveme á un convento.

ALCALDE. Por supuesto, al de Atocha: allá vamos todos.

LUCIO. ¡Carambita! ¿Me dejarán ustedes hablar! Yo no puedo casarme, porque acabo de aceptar un beneficio eclesiástico: voy á ser abate.

VENANCIO. ¿Abate! Y ¿quién se casa con mi hija ?

LEOCADIA. Ya que no ha de ser el señor (por Juan), ninguno.

JUAN, casi sin poder hablar de gozo. Es que... Leocadia mia... es que... señor don Venancio... es que... señor alcalde... es que ya puedo casarme yo.

VENANCIO. ¿Habiendo sido su padre de usted verdugo?

JUAN. Lo fué como yo: todos en mi familia hemos sido Verdugos, con muchísima honra, porque éste es el apellido de mi familia.

VENANCIO. ¡El apellido!

LEOCADIA. ¡Ah!

VENANCIO. ¿Es creible?

GORGONIO. Es cierto, indudable. Una equivocacion del santero. Yo tengo las pruebas y las presentaré á su Majestad. El señor es verdugo como yo soy ladron.

JUAN. Usted lo es de...

GORGONIO. Sí, Ladron de Guevara: y tú eres Verdugo de...

ALCALDE. De las Viñas.

GORGONIO, resintiéndose. De Costillares. Yo he sido hasta hoy depositario de ese secreto.

JUAN. Y de otras cosas.

GORGONIO. Pero hoy restituyo al señor su nombre y demas.

ALCALDE. ¡Señor don Juan Verdugo de Costillares!

VENANCIO. ¡Yerno mio!

LEOCADIA. ¡Juanito mio!

ALCALDE. ¡Ahijado mio!

VENANCIO. ¡Qué susto nos has hecho pasar!

JUAN. Todo el mal ha consistido en haberme separado de mi sistema: y si no vuelvo á él, y apaleo al señor...

ALCALDE. ¿Con que llegó usted á darle á don Gorgonio!

JUAN. ¡Oh! pero de firme. El señor lo puede decir.

GORGONIO, llevándose la mano á la espalda. Testimonios hay.

VENANCIO. ¡Qué atropello!

LEOCADIA. ¡Pobre vecino!

JUAN. Pero la virtud de ese talisman prodigioso (señalando el palo) ha hecho al señor confesar que conserva en su poder bienes de mis padres.

ALCALDE. ¡Hola, hola!

VENANCIO. Entónces has obrado perfectamente. Hay árboles, que dan á palos el fruto.

JUAN. Ahora me acuerdo de que mi madre me encargaba que hiciese hablar al señor de cualquier manera. Tiene usted razon, suegro: he hecho perfectamente. Ya ve usted, don Gorgonio: la obediencia filial...

VENANCIO. Don Gorgonio debe alegrarse de que le hayas excusado un pleito.

ALCALDE. Que lo hubiera perdido con costas.

GORGONIO. Me hubieran dolido ménos que las costillas.

ALCALDE. Pero ¿qué hubiera sido de usted, si le hubiese cogido la muerte, poseyendo lo ajeno!

LEOCADIA. ¡Ay! quizá debe usted su salvacion eterna á mi Juan.

GORGONIO. Vaya, pues... gracias por todo al señor don Juan.

JUAN. Mande usted, don Gorgonio, mande con franqueza sobre el particular.

ESCENA ÚLTIMA.

El Caballerizo de su Majestad, Dichos.

CABALLERIZO. Señores, está un coche de su Majestad á la puerta, para conducir á los individuos de la boda. ¿Se hallan prontos ustedes?

LEOCADIA. El papá sí.

VENANCIO. La novia tambien.

ALCALDE. El padrino y testigos tambien. (A don Lucio y don Gorgonio.) Ustedes lo serán.

CABALLERIZO. ¿Y el novio?

JUAN. ¡Qué pregunta! Por supuesto que el novio... Pero ¡qué digo? El novio no.

TODOS. ¿Cómo!

JUAN. Como que no: ¡estoy escarmentado! La única vez que he cedido á mi natural impulso, he recibido una noticia horrible: si hago lo mismo ahora, me va á suceder otro percance.

ALCALDE. Pero, hombre, ¿quiere usted casarse? Sí ó no.

JUAN. Quiero casarme; pero voy á decir que no quiero.

VENANCIO. Entónces ¿cómo te han de casar!

LEOCADIA. ¡Juanito!

JUAN. Compónganse ustedes como gusten: yo no quebranto mi sistema: yo no me dejo casar voluntariamente.

VENANCIO. Pues mi honor está ya comprometido, y la boda ha de verificarse.

LEOCADIA. Yo estoy comprometida tambien.

ALCALDE. Y yo, como alcalde y como padrino.

CABALLERIZO. Y sobre todo, la voluntad del soberano. Tiene usted que casarse por fuerza.

TODOS. Eso es, por fuerza, por fuerza.

ALCALDE. Alguaciles, cojan ustedes al novio, y llévenle al coche.

TODOS. Al coche, al coche.

JUAN. Basta, señores: eso ya es otra cosa. Cuando se me violenta, lo que mi ánimo me dicta es resistirme á todo trance: debiendo, segun mi sistema, hacer todo lo contrario... lo contrario de resistir es obedecer.

VENANCIO. ¡Gracias á Dios!

JUAN. Leocadia mia, estoy á tus piés. Señores mios,

estoy á sus órdenes. Señor don Gorgonio, despues ajustaremos cuentas. No corre prisa: cuanto ántes mejor.

LEOCADIA. ¡Ay! Vámonos, vamos: no se impaciente su Majestad.

JUAN. Al reves de lo que siento
(al público)
Procedo, y atino así:
Haga el auditorio aquí
Lo mismo en este momento.
Si es que ha quedado contento,
Con no aplaudir lo dirá:
Si es que disgustado está,
Retumben estas paredes
De aplausos: verán ustedes
¡Qué pesadumbre nos da!

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.

3390

LS
H338

Hartzenbusch, Juan Eugenio
Obras escogidas. Vol.1.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU